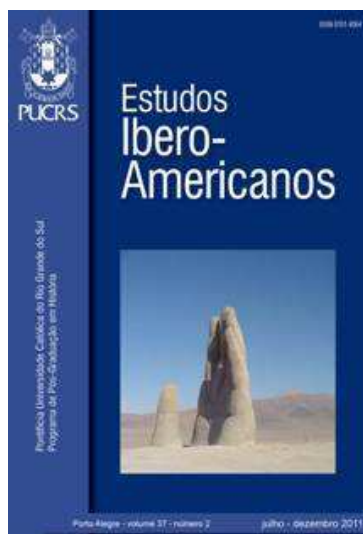


Capa > **Vol. 37, No 2 (2011)**

Estudos Ibero-Americanos



Estudos Ibero-Americanos é um periódico com publicação semestral editado pelo Departamento e pelo Programa de Pós-Graduação em História da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (PUCRS), destinado ao público universitário, tanto da área de História como das Ciências Humanas em geral. A revista publica artigos inéditos, sobre temáticas relativas ao mundo ibérico e ibero-americano, dentro de ampla abrangência cronológica, resultantes de pesquisas históricas, historiográficas ou de abordagens teóricas e metodológicas.

Vol. 37, No 2 (2011)

Sumário

Apresentação

[Apresentação](#)

[PDF](#)

M. Cristina dos Santos

Artigos

[Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño – 1958-1990*](#)

[PDF \(EM ESPANHOL\)](#)

Germán Alburquerque

[O diálogo entre o moderno e o antimoderno no discurso da Ação Integralista Brasileira](#)

[PDF](#)

Natalia dos Reis Cruz

[O Sonderweg do Rio Grande do Sul](#)

[PDF](#)

René E. Gertz

[A elite em festa: a comemoração do Carnaval de Pelotas na década de 1910](#)

[PDF](#)

Alvaro Augusto de Borba Barreto

[Gestación de la escultura en Chile: dilemas, actores e influjos](#)

[PDF \(EM ESPANHOL\)](#)

Pedro Emílio Zamorano Pérez

[La sociedad rural del oasis de Pica frente al proceso chilenezador: conflictos, interacciones y reacomodos \(Tarapacá, norte de Chile 1880-1900\)](#)

[PDF \(EM ESPANHOL\)](#)

LANGUAGE

[Português \(Brasil\)](#)

[Ajuda do sistema](#)

USUÁRIO

Login

Senha

Lembrar usuário

[Acesso](#)

CONTEÚDO DA REVISTA

Pesquisa

[Todos](#)

[Pesquisar](#)

Procurar

- [Por Edição](#)
- [Por Autor](#)
- [Por Título](#)
- [Outras revistas](#)

TAMANHO DE FONTE

[A](#) [A](#) [A](#)

INFORMAÇÕES

- [Para Leitores](#)
- [Para Autores](#)
- [Para Bibliotecários](#)

[SISTEMA ELETRÔNICO DE EDITORAÇÃO DE REVISTAS](#)

Luis Castro C., Natalia Rivera

[Entre interesses e possibilidades: a aproximação da política bragantina ao Rio da Prata](#)

[PDF](#)

Ronaldo Bernardino Colvero

[Histórias da nossa história: o acervo de José Honório Rodrigues](#)

[PDF](#)

Luciano Aronne Abreu

[A justiça e a produção do Direito em Castela no século XV](#)

[PDF](#)

Adriana Vidotte

[Figuras femininas e fronteiras sociais na poética de Manoel de Barros](#)

[PDF](#)

Rauer Ribeiro Rodrigues

Avaliadores 2011

[Avaliadores 2011](#)

[PDF](#)

EDIPUCRS Periódicos



**Ministério
da Educação**

**Ministério da
Ciência e Tecnologia**



PROEX – PROGRAMA DE EXCELÊNCIA ACADÊMICA



Os conteúdos deste periódico de acesso aberto estão licenciados sob os termos da Licença [Creative Commons Atribuição-UsaNãoComercial-ObrasDerivadasProibidas 3.0 Unported](#).

Apresentação

Presentation

Dando continuidade a proposta apresentada no primeiro número deste ano, nesta edição procurou-se equilibrar o espaço para a publicação de textos recebidos anteriormente e as novas submissões.

Os artigos deste segundo número apresentam variada amplitude temática e de enfoques sobre a História Ibero-Americana, porém todos estão adequados ao Escopo da Revista. Esperamos que dentre a diversidade temática, os leitores encontrem algo de seu interesse. Ao final deste número consta a Lista dos Avaliadores, aos quais, em nome do Conselho Editorial, agradeço pela disponibilidade e competência na emissão dos Pareceres Científicos ao longo de 2011.

A partir de 2012, a Revista continuará a manter espaço para temáticas diversas, mas serão privilegiados os textos que abordem as propostas dos Dossiês Temáticos. No primeiro número do Volume 38, o tema será *Estado e Sociedade Civil: Ditaduras na América Latina*. No segundo número a Revista publicará o Dossiê sobre *Viajantes Europeus na América do Sul*.

M. Cristina dos Santos

Editora

Tercer Mundo y tercermundismo en Brasil: hacia su constitución como sensibilidad hegemónica en el campo cultural brasileño – 1958-1990*

*Third World and Third Worldism in Brazil:
towards its constitution as hegemonic sensibility in
the Brazilian cultural field – 1958-1990*

Germán Alburquerque F.**

Resumo: O artigo examina como os conceitos de terceiro mundo e ideologia terceiro-mundista foram introduzidos e desenvolvidos no Brasil. Demonstra-se que a quase totalidade das ciências sociais e humanas são influenciadas por esta sensibilidade terceiro-mundista, ocupando um lugar cada vez mais importante no campo intelectual brasileiro entre as décadas de 1960 e 1980. Finalmente, distinguem-se as principais etapas deste processo, os autores mais relevantes e as ideias mais elaboradas e originais.

Palavras-chave: Terceiro Mundo, Terceiro-mundismo, Brasil

Resumen: El artículo estudia cómo el concepto de tercer mundo y la ideología tercermundista se introducen y se desarrollan en Brasil. Se constata que la casi totalidad de las ciencias sociales y las humanidades son influidas por esta sensibilidade tercermundista, ocupando un sitio de creciente importancia en el campo intelectual brasileño entre las décadas del sesenta y ochenta. Se distinguen las principales etapas de este proceso, los autores más relevantes y las ideas más originales y elaboradas.

Palabras clave: Tercer Mundo, Tercermundismo, Brasil

Abstract: The article examines how the concept of third-world and third world ideology are introduced and developed in Brazil. It demonstrates that the almost all of the social sciences and humanities are influenced by this sensibility of the third world, occupying a site of growing importance in the Brazilian intellectual

* Este artículo es producto del Proyecto FONDECYT de Postdoctorado n° 3110156.

** Investigador del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile. Doctor en Historia. E-mail: <german.alburquerque@usach.cl>.

field between the decades of the 1960s and 1980s. Finally, the work establishes the stages of this process, the most relevant authors and the more elaborate and original ideas.

Keywords: Third World, Third Worldism, Brazil

1 Introducción

El Tercer Mundo, en cuanto concepto, nació en 1952, en Francia, cuando Alfred Sauvy estableció una analogía entre el Tercer Estado de la Revolución Francesa y el conjunto de países menos desarrollados situados en la base de la pirámide social de las naciones. Así, Tercer Mundo nació para denominar una realidad dada y objetiva. En el momento que el objeto Tercer Mundo se convierte en el sujeto Tercer Mundo, nace el tercermundismo. Cuando los propios países del Tercer Mundo y sus elites políticas e intelectuales no solo asumen su condición tercermundista sino que la reivindican, erigiéndola como referente identitario, se empieza a articular un conjunto de ideas que configuran, finalmente, una ideología. En este artículo se examina cómo ocurrió todo este proceso en un país de América Latina y del Tercer Mundo, Brasil.

El tercermundismo se expandió por Latinoamérica en los años sesenta, por cierto no en forma homogénea. Tuvo gran acogida en la Cuba revolucionaria, que lo visualizó como una oportunidad dorada para abrir sus fronteras a África y Asia, por motivos estratégicos pero también porque coincidía con sus postulados tendientes a la solidaridad y la revolución mundial socialista. En Sudamérica, aparte de Colombia, donde tuvo bastante presencia, el Cono Sur fue el escenario privilegiado para el tercermundismo, lo cual se explica por la fuerza de la CEPAL, que reunió, en su gran mayoría, a economistas y sociólogos argentinos, brasileños, chilenos y uruguayos. No es que la CEPAL haya enarbolado la bandera del Tercer Mundo, sino que propició el interés y el trabajo de un grupo de especialistas que, al enfocar los problemas latinoamericanos, construyó puentes hacia los otros continentes. Así se armó, por ejemplo, el Foro Tercer Mundo, con liderazgo latinoamericano y participación asiática y africana. El mismo Raúl Prebisch presidió la UNCTAD con clara vocación tercermundista. Pero, en paralelo a la CEPAL, el pensamiento y las ciencias sociales de Brasil evidenciaron un entusiasmo con el tercermundismo bastante mayor al del resto del Cono Sur.

Uno de los objetivos que me planteo es explicar esta particularidad, así como establecer los alcances de tal propagación. Afirmo que el tercermundismo logró constituirse en una sensibilidad hegemónica en el pensamiento y en las ciencias sociales y humanas de Brasil. ¿Qué significa esto? Con sensibilidad se alude a una forma peculiar de entender y sentir el mundo –tiene un importante componente emotivo-, un filtro con que se observa la realidad y que se hace presente en distintas esferas, ya sea artísticas, intelectuales o científicas. Es más que una moda, si se entiende por ésta algo pasajero y superficial. Y es menos que paradigma, que tiene un carácter más permanente y totalizador. Ahora, el que esta sensibilidad se torne hegemónica también requiere análisis. Dentro de la segunda mitad del siglo XX, y en especial entre los sesenta y ochenta, en el campo intelectual brasileño destacó, entre sus sensibilidades dominantes o hegemónicas, el tercermundismo, lo que no quiere decir que éste haya sido la única y exclusiva sensibilidad, más bien se complementó con otras sensibilidades o corrientes de pensamiento, como el desarrollismo y la teoría de la dependencia. Ello se reflejó en la penetración del tercermundismo en la casi totalidad de las disciplinas humanas y sociales, situación que se prolongó por más de tres décadas. En cuanto conjunto de ideas, opiniones y sentimientos, esta sensibilidad tercermundista se definió por una actitud favorable y receptiva a todo lo concerniente al Tercer Mundo. Era bienvenido lo proveniente de Asia y África; se solidarizaba con los problemas que aquejaban a esos continentes; se demandaba de Brasil un acercamiento más decidido; se fomentaba el diálogo, en todos sus niveles, con los nuevos aliados; se compartía el resentimiento hacia el Primer Mundo, gran culpable del subdesarrollo generalizado; se vibraba con los triunfos y derrotas de los movimientos de liberación nacional; cundía la curiosidad y el interés respecto a los pueblos asiáticos y africanos, etc.

Pese a toda esta actividad, la historia de las ideas ocupada de Brasil ha soslayado el tercermundismo –convengamos que la latinoamericana ha hecho lo propio-. Sus preocupaciones han sido otras, sobresaliendo, entre ellas, el tema del carácter nacional, la interpretación y desciframiento de lo que Brasil es, la búsqueda de sus claves explicativas. Los siglos XIX y XX son pródigos en obras que realizan esta exploración, de la cual se desprende la creación de tipos nacionales, aquellos personajes que más genuinamente han expresado la identidad brasileña. El pensamiento político y social ha sido trabajado poniendo en tensión, por ejemplo, las ideas conservadoras y las liberales, o bien, el localismo frente al cosmopolitismo. Se ha estudiado con minuciosidad, quizá como en

ningún otro país de América Latina, el desarrollo de las ciencias sociales y las escuelas de pensamiento que han originado, como la teoría de la dependencia. Pero la reflexión en torno al Tercer Mundo no ha sido puesta en escena, y en la práctica se ha hecho invisible (Brandão, 2005; Devés, 2003; Ianni, 2000; Jackson, 2010; Miceli, 1989; Pecaut, 1990).

2 El campo intelectual brasileño de los cincuenta a los sesenta

En América Latina se ha remarcado que las ciencias económico-sociales tuvieron en las décadas del cincuenta y sesenta un notable protagonismo que eclipsó, de paso, el pensamiento de índole más ensayístico y humanista. En Brasil esto se habría profundizado aun más, en parte porque desde el poder político se fomentó su desarrollo, en parte por la propia dinámica de unas disciplinas que se abrían paso esgrimiendo métodos científicos con los cuales no solo diagnosticaban el presente sino que ofrecían soluciones a futuro.

Diversos actores dieron vida al quehacer intelectual brasileño del periodo. 1955 marca un hito porque allí se fundó el Instituto Superior de Estudos Brasileiros, ISEB, por decreto del gobierno de Café Filho.¹ Nada menos que el Presidente de la República entregaba esta expresiva señal de lo que se esperaba de los científicos sociales: estudiar la nación para luego proponer un plan de acción que condujera al tan deseado desarrollo, verdadera obsesión del organismo. Se ha subrayado que el principal legado del ISEB fue haber pensado la sociedad brasileña a partir de elaboraciones teóricas propias y no tomadas prestadas de Europa o Estados Unidos.² Otro actor insoslayable fueron las ciencias sociales de la Universidad de São Paulo, que en muchos casos se situaron en oposición al ISEB y a la escena intelectual carioca, que juzgaban muy politizada y a la que respondían con un supuesto mayor rigor científico. Por otra parte, en 1957, y por iniciativa de la UNESCO, nació el Centro Latinoamericano de Pesquisa en Ciências Sociais, CLAPCS, que fue vital en la articulación de especialistas brasileños con sus pares del Cono

¹ El ISEB era también vástago del IBESP, un centro autónomo formado años atrás por varios de los profesionales que trabajarían en el ISEB.

² Tenía cinco departamentos: ciencias políticas, economía, filosofía, historia y sociología, bajo la dirección de Hélio Jaguaribe, Ewaldo Correia Lima, Álvaro Vieira Pinto, Cândido Mendes y Guerreiro Ramos, respectivamente. También participaron Nelson Werneck Sodré, Roland Corbisier, Ignácio Rangel, Wanderley G. Dos Santos, entre otros.

Sur, algo que ya había sido adelantado por la CEPAL. Cabe reconocer la participación, también, de revistas, como *Civilização Brasileira*, y del Partido Comunista, con estrechos lazos con intelectuales y artistas (Pecaut, 1990; Toledo, 1977).

En este dinámico campo intelectual nacieron y se multiplicaron ideas y escuelas. Ya se mencionó el tema del desarrollo, catalogado como la “*ideia-força organizadora do campo intelectual*” de la época (Brandão, 2005, 240). Lo que estaba en cuestión era cómo lograr el desarrollo. Para el ISEB ello se relacionaba con el nacionalismo, el Estado y la revolución. Heredero en alguna medida del populismo de Getulio Vargas, el pensamiento del ISEB reivindicaba un nacionalismo – en cuanto soberanía sobre los recursos económicos – que debía impulsar una revolución conducida por el Estado que transformara estructuralmente la economía y liberara al país de las garras del imperialismo. Los sociólogos de la Universidad de São Paulo, en cambio, recelaban de esta revolución nacional-popular porque comprendía la participación de la burguesía. Desde una óptica más socialista y marxista, apuntaban a una transformación social derivada de la lucha de clases. A partir de estas posiciones se incubó la teoría de la dependencia, que irrumpe hacia fines de los sesenta y que pone el énfasis – en este ámbito – sobre los conflictos de clase al interior de los países subdesarrollados (Bresser, 2006). Subyacente al debate sobre el desarrollo asomó el tópico de la democracia, que en Brasil implicaba no solo participación política y justicia social, sino también igualdad racial.

Aunque aquí no parece haber mucho espacio para la reflexión sobre problemas internacionales. No fue tan así. De partida, el mismo nacionalismo del ISEB lo desmiente, ya que para explicar las barreras que frenaban el desarrollo nacional recurría a la teoría del imperialismo. Por otro lado, la circulación cada vez mayor de los científicos sociales del Cono Sur promovió la discusión sobre los problemas en común, siendo los brasileños artífices del pensamiento cepalino – con Celso Furtado y de la teoría de la dependencia que también emergería en Santiago de Chile – con Fernando Henrique Cardoso –. De cualquier manera debemos reconocer cierto desinterés por los temas regionales; de hecho, la integración latinoamericana, tan en boga por los años sesenta, no entusiasmó demasiado a los cuadros intelectuales de Brasil (Wasserman, 2010).

Fue en este campo cultural donde la semilla del Tercer Mundo y el tercermundismo fue arrojada. Y fue aquí donde, a pesar de algunos vientos en contra, logró germinar.

3 Bienvenida al Tercer Mundo (primera etapa)

Si logró germinar fue por la combinación de, al menos, tres elementos. Uno ya lo conocimos, el ISEB y su línea de investigación. Otro corresponde a un individuo, Josué de Castro. Y el tercero corresponde a un actor que deliberadamente omití al referirme al campo intelectual brasileño de la época: los centros de estudios dedicados a África y Asia.

Sobre la ISEB, insistir en que sus planteamientos sobre el desarrollo siguieron una evolución natural derivando en la extrapolación de lo nacional a lo global, o sea, en la certeza de que lo que afectaba a Brasil era similar a lo que enfrentaban los países pobres de otros continentes. Una de las más eminentes figuras del ISEB, el filósofo Álvaro Vieira Pinto, fue pionero en esta lectura de la realidad que, sin mencionarlo, aludía al Tercer Mundo. En *Conciência e realidade nacional*, hacia 1960, se ocupaba del desarrollo de Brasil desde la perspectiva nacionalista que ya hemos señalado, pero enfatizando la validez de ampliar el análisis a otras realidades. Alertaba que “ao nos medirmos, em geral, com países mais adiantados, perdemos o senso de comunidade com as nações subdesenvolvidas”, cayendo en el peligro de “esquecer a nossa comunidade de situação com os outros subdesenvolvidos” (Roux, 1990, 227). Por eso el nacionalismo no debe confundirse con aislamiento, al contrario, “o nacionalismo não se confina em considerar o processo histórico particular do país, mas o inclui no processo mais geral, o da totalidade das áreas subdesenvolvidas que buscam melhor modo de existência” (Roux, 1990, 249). De ello se deriva una confluencia de intereses que debe materializarse a nivel concreto:

As nações da periferia devem se constituir agora como um único ‘centro’ de ação [...] Nosso conceito de nacionalismo tem de ser interpretado como o procedimento pelo qual nos integraremos num internacionalismo autêntico, o das nações em luta pela humanização da vida de suas populações (Roux, 1990, 248).

Queda en evidencia que el nacionalismo de Vieira Pinto y, por extensión, del ISEB, iba mucho más allá de las fronteras de Brasil y, aunque en ningún momento se hacía uso del concepto Tercer Mundo, ya es apreciable una disposición positiva hacia esa formulación. Aquí entra en escena Cândido Mendes, cuya experiencia resulta perfecta para ilustrar la vocación tercermundista que se iba imponiendo. La

particularidad de Mendes radica en su “doble militancia”, ya que, tras fundar el ISEB y dirigir su departamento de historia, se allega al Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, precisamente uno de los centros que contribuyen a crear el clima adecuado para la semilla del Tercer Mundo. En 1963 Mendes publica un volumen con un título simple y elocuente: *Nacionalismo e desenvolvimento*. Además de acometer un muy completo y serio estudio sobre la situación de Asia y África, Mendes hace uso explícito del concepto Tercer Mundo, con lo que se cierra el círculo entre el ISEB y el tercermundismo. Para el autor en el mundo periférico se asiste a una serie de revoluciones nacionales en busca del desarrollo; estas naciones representan ya un sujeto histórico en movimiento que constituye el proletariado del orbe occidental. Además Mendes saluda el neutralismo positivo que muchos estados del Tercer Mundo – a partir de la Conferencia de Bandung (1955) – han aplicado frente a los bloques hegemónicos, privilegiando su propia lucha por el desarrollo.

En la cristalización del Tercer Mundo tuvo incidencia, como hemos previsto, la aparición de un nuevo objeto de estudio: Asia y África. En rigor fue el africanismo la punta de lanza, por razones claras. La presencia de la raza negra en la sociedad brasileña imponía la pregunta por los orígenes extracontinentales de buena parte de la población. Si bien fue el estudio de la raza negra en Brasil lo primero en aflorar, ya en los cincuenta se pasa a los estudios africanos en propiedad; en otras palabras, el africanismo sucede al afro-brasilianismo. El interés por Asia se hizo manifiesto, a su vez, en el primer instituto de este género, el Centro de Estudos Afro-Orientais de la Universidad Federal de Bahía, en 1959, que publicaría más tarde la revista *Afro-Asia*. Luego vendría el Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, creación del presidente Jânio Quadros en 1961, que respondía menos al interés académico que al diplomático, pues secundaba una política exterior que miraba con simpatía a los países africanos y asiáticos. Con el golpe militar de 1964, el Instituto se movería de la presidencia a la cancillería, para más tarde refundarse en el Centro de Estudos Afro-Asiáticos, esta vez al alero privado del Conjunto Universitario Cândido Mendes, en 1973. Completa el cuadro el Centro de Estudos Africanos, CEA, de la Universidad de São Paulo, nacido en 1965, que lanzó la revista *África* (Pereira, 1982).

Para ser justos, en paralelo e incluso antes de la emergencia de estos centros hubo diplomáticos e historiadores que vislumbraron la necesidad de conocer la realidad asiática y sobre todo africana con miras

a reorientar la política exterior del Estado brasileño. En 1956 Bezerra de Meneses llamaba a reconocer

que temos muitos traços de aproximação não só étnicos como espirituais com a África e com a Ásia. Que só as distâncias nos separam, pois que os ideais são os mesmos. Que somos tão anti-colonialistas como qualquer outro país que tenha participado de Bandung [...] Que somos...inteiramente anti-imperialistas (Bezerra, 1956, 330).

En términos similares se expresaba José Honorio Rodrigues en *Brasil e África: outro horizonte*, pues apelaba a diversificar las relaciones exteriores de su país sin perder sus “ligações essenciais” con Occidente ni abrazar la tercera posición, y así “assegurar uma posição mais favorável intercontinental” (Rodrigues, 1961, 358)³.

De esta manera se insinuaba, poco a poco, una alianza entre Brasil y los pueblos de Asia y África; con todo, el término Tercer Mundo todavía no entraba en el léxico de estos círculos. ¿Lo desconocían? ¿O bien lo conocían pero preferían ignorarlo en tanto neologismo vacío o aun peyorativo? El caso de Josué de Castro nos puede dar luces al respecto.

El médico brasileño desde temprano se hizo a notar por sus llamados de atención sobre el problema del hambre a escala global que acentuaba el carácter universal de dicho flagelo. Libros como *Geografia da fome* (1947) y *Geopolítica da fome* (1951), traducidos a más de veinte idiomas, examinaban la propagación del hambre en base a datos estadísticos y científicos que cubrían los cinco continentes pero que se enfocaban en África, Asia y América Latina. Sus preocupaciones y sus propuestas se centraban en lo que hoy conocemos como Tercer Mundo, pero a la fecha de sus escritos esta expresión aun no existía. Podemos catalogarlo así como un “proto-tercermundista” que, de haber conocido el concepto, de seguro lo habría usado. Es por eso que su contribución al surgimiento de una sensibilidad tercermundista debió ser decisiva: abrió nuevos campos de reflexión y evidenció la universalidad de carencias estructurales de las cuales se tenía poca conciencia.

En los años sesenta, cuando el concepto aún no alcanzaba gran aceptación, nuestro autor continuaba sin emplearlo, pese a que sus ideas profundizaban su vocación tercermundista. En la misma línea de los

³ Ver también Viana, 1959.

estudios afroasiáticos a los que ya nos referimos Josué de Castro aporta con “O Brasil e o mundo Afro-Asiático”, artículo que comprendía a Brasil como parte integrante del conjunto de pueblos proletarios y que por lo tanto debía multiplicar sus contactos con este mundo del futuro, aprovechando desde luego su afinidad racial con África. Además adhería al neutralismo de las naciones afroasiáticas y a lo que llama *terceira força* (Castro, 1961, 15). Ya en 1970 participa junto con otros autores en *O drama do Terceiro Mundo*, libro muy difícil de hallar y que no he podido consultar. Por fin, en 1972, Josué de Castro usa la expresión Tercer Mundo (Castro, 1974a). En este momento, además, De Castro certifica su pleno tercermundismo, el que refuerza dos años después, justo antes de su muerte, cuando proclama estar a la espera de la revolución en el Tercer Mundo, ya que confiar en una evolución histórica costaría la miseria eterna (Castro, 1974b, 35).

Desde diversos flancos, tanto intelectuales como instituciones van preparando el terreno para que el tercermundismo cuaje en Brasil. La actividad del ISEB, de los centros de estudios africanos y asiáticos, de los organismos latinoamericanos como la CEPAL y el CLAPCS, y de personajes como Josué de Castro, más la labor de diplomáticos y de ciertos gobiernos, confluyen para que la recepción del Tercer Mundo sea fecunda.⁴ Con timidez se va abriendo paso en el campo cultural brasileño, incluso sin ser formulado explícitamente, como en los casos de Vieira Pinto y del propio De Castro. Es momento de referirse a dos hitos que, en paralelo a este movimiento, completan el cuadro de esta primera etapa del tercermundismo en Brasil, la etapa de la bienvenida, recepción y apropiación.

El primer hito corresponde al libro de Paulo de Castro *Terceira Força*, de 1958. El autor, portugués residente en Brasil, utiliza por primera vez – según lo que hemos investigado – la expresión Tercer Mundo. Resulta muy sintomático que el sentido que se le atribuye en la obra a Tercer Mundo sea algo equívoco y, a nuestros ojos, torpe, reflejo de la dificultad que siempre supone la manipulación de algo nuevo, desconocido. Para Paulo de Castro Tercer Mundo significa el conjunto de las naciones afroasiáticas reunidas en Bandung el año 1955, lideradas por India, Indonesia, Egipto y Siria. A la fecha este grupo no adquiriría la denominación Movimiento de Países No-Alineados (Belgrado, 1961), pero menos aun la de Tercer Mundo. “*Terceira força*”, en cambio, más

⁴ También puede incluirse la figura del sacerdote dominico francés Louis Joseph Lebrét, cuyos análisis económicos causaron hondo impacto en los intelectuales brasileños.

próxima a tercera posición, tiene como misión ejecutar, en el ámbito internacional, una política independiente. Luego,

O ‘Terceiro Mundo’, neutralista, apesar de sua imensa importância e da defesa que exige que todos os que se opõem ao imperialismo e ao domínio direto ou indireto da Rússia, não constitui contudo a ‘Terceira Força’, noção que implica a polarização de todas as correntes mundiais e não apenas afro-asiáticas, em favor de uma solução econômica e política de base antiimperialista e socialista, frontalmente contrária tanto ao domínio americano, e ao capitalismo em geral, como à subordinação ou aceitação dos esquemas e da liderança da Rússia (Castro, 1958, 107).

El segundo hito lo constituye *Terceiro Mundo: unidade e emergência*, de 1962, primer libro publicado en Brasil que lleva en el título aquellas dos palabras. Su autor, J. Soares Pereira, analiza la situación histórica del colonialismo en Asia y África, adoptando una posición tercermundista al invitar a su país, integrante del Tercer Mundo, a converger en una política común con el resto de sus miembros dado que defienden los mismos intereses: el apaciguamiento de los bloques en disputa y la liquidación de los resquicios políticos de que se vale el colonialismo para seguir ejerciendo su dominio. Se trata de

a luta pela superação do atraso a que fomos relegados pelo colonialismo espoliador, luta que também nos irmanará diante da persistência da espoliação econômica e que ensejará contínuas e profícuas relações entre os povos do terceiro mundo, mantidos isolados pelo colonialismo (Pereira, 1962, 8).

De esta manera la actitud tercermundista ya hace uso explícito de su nombre: el Terceiro Mundo ha llegado.

4 Propagación del Tercer Mundo (segunda etapa)

Si en la primera fase asistimos a la recepción del Tercer Mundo, a sus primeros usos explícitos y a las primeras declaraciones tercermundistas – en un espectro que va de Paulo de Castro (1958) a Cândido Mendes (1963), incluyendo el proto-tercermundismo de Josué de Castro o de los africanistas –, en la segunda fase el concepto ya se ha generalizado e integrado al lenguaje académico e intelectual. Se da por contado que Brasil es parte del Tercer Mundo y casi no se discute la conveniencia de

augmentar el contacto con los países asiáticos y sobre todo africanos. Al mismo tiempo el tercermundismo deja de ser monopolio de las ciencias sociales (economía, historia, estudios internacionales) para ser adoptado por otras disciplinas, como la teología y la estética.

La tercermundialización de parte de la Iglesia Católica brasileña fue un fenómeno notable, en especial si reparamos que hacia su inicio, el año 1964, el Tercer Mundo recién empezaba a aceptarse en el medio cultural. Esa fecha Hélder Câmara, en su toma de posesión del arzobispado de Olinda y Recife, recurría al concepto con sorprendente soltura:

Carregamos a responsabilidade de ser a porção cristã, o continente cristão do Terceiro Mundo. É evidente que nem por sombra nos julgamos por isso maiores ou melhores do que nossos irmãos da Ásia e da África mas somos mais responsáveis (...) Da parte da América Latina cristã, a fraternidade real dentro do continente, o intercâmbio fraterno com o Terceiro Mundo, o diálogo de irmãos com o mundo desenvolvido serão o testemunho de Cristo mais fácil de ser entendido por nossos irmãos africanos e asiáticos (Potrick, 1983, 123).

Câmara y Leonardo Boff fueron los principales articuladores de Tercer Mundo y teología de la liberación (Câmara, 1966; Boff, 1978). Esta corriente tuvo en Brasil una de sus plazas más fuertes. Y uno de sus postulados clave, la opción por los pobres, fue la piedra angular del acercamiento a los pueblos del resto del Tercer Mundo, opción que implicaba la confrontación directa con los países ricos. Así se expresaba Frei Chico:

Não poderíamos dizer que os países do Terceiro Mundo estão sob o impacto de um vasto projeto internacional de opressão e tirania? Sim. Pessoalmente estou convencido. E esta tirania tem outro nome que pode desgostar a certos ouvidos falsamente delicados, mas que é uma realidade carregada de conseqüências. Trata-se do imperialismo (Araújo, 1968, 9).

Un avance cualitativo importante lo proporcionará el cineasta Glauber Rocha. Fundador del Cinema Novo brasileño, que postulaba retratar la más cruda realidad de la sociedad y sus miserias, fue todavía más allá al proponer la Estética da Fome (del Hambre). La ocasión en que la dio a conocer es significativa: el encuentro Terzo Mundo y comunidad mundial, en el Instituto Columbianum, Génova, en marzo

de 1965. En su ponencia descubría que el cine realizado en los países subdesarrollados estaba cruzado por la pobreza en general y el hambre en particular, y por lo tanto estaba dotado de un espíritu único que lo diferenciaba del resto de la industria cinematográfica:

A fome latina, por isto, não é somente um sistema alarmante: é o nervo da sua própria sociedade. Aí que reside a trágica originalidade do Cinema Novo diante do cinema mundial: nossa originalidade é nossa fome e nossa maior miséria é que esta fome, sendo sentida, não é compreendida. (Rocha, 1965, 167).

En otros textos y en su propia obra cinematográfica Rocha complementaría esta poética que reivindicaba la creación artística del Tercer Mundo y que sería verbalizada como “cinema tricontinental” (Cardoso, 2007).

El tercermundismo también asomó en otras disciplinas o se condensó en otros enfoques. El pedagogo Paulo Freire, por ejemplo, en los tempranos setenta hace su profesión de fe y se declara además un “hombre del Tercer Mundo” que se apersona en África para colaborar en la construcción de las nuevas naciones (Freire, 1987 y 1990). Milton Santos descubre, en 1971, las particularidades que supone ser geógrafo en los países subdesarrollados (Santos, 2009);⁵ J. Leite Lopes advierte cómo la ciencia en el Tercer Mundo genera otra situación de dependencia que entorpece el desarrollo (Lopes, 1968); y Celso Furtado, Hélio Jaguaribe y Josué de Castro, sin ser ecologistas, incorporan un prisma medioambiental al reaccionar ante un informe encargado por el Club de Roma que alertaba sobre el colapso ecológico al que se encaminaba el planeta, coincidiendo en afirmar que, en el Tercer Mundo, debe formularse un nuevo estilo de desarrollo que incorpore un uso más racional de los recursos. Insistir en el mismo desarrollo del mundo industrializado no solo sería inviable, sino especialmente perjudicial para el Tercer Mundo (Furtado, 1974; Jaguaribe, 1972; Castro, 1974b).⁶

Los años setenta no serían la edad dorada del tercermundismo brasileño, sobre todo en su segunda mitad, y en verdad muestra mayor vitalidad fuera del país, por ejemplo con la participación de Fernando

⁵ Para Santos en el Tercer Mundo se observa un espacio “derivado”, esto es, abierto, incompletamente organizado, discontinuo, no integrado, inestable, diferenciado y selectivo, características presentes simultánea e interdependientemente (Santos, 2009, 130).

⁶ Para este periodo ver también, con un enfoque más tradicional, Maia (1968) y Barreto (1968).

Henrique Cardoso y Celso Furtado en el Foro Tercer mundo. ¿Cómo explicar este declive? Hay varias pistas. La situación política de Brasil se agravó el año 1969, cuando el régimen militar se endurece reprimiendo con fuerza la actividad intelectual; muchos académicos se ven obligados a dejar sus universidades y otros tantos salen al exilio. Con el proceso de apertura, en el segundo lustro de los setenta, la preocupación fundamental será la recuperación de la democracia y la normalización institucional. A ello se agrega un fenómeno ambivalente. Tanto dentro como fuera del país nace y florece la teoría de la dependencia, escuela comandada, entre otros especialistas latinoamericanos, por los brasileños Fernando Henrique Cardoso, Theotônio Dos Santos y Rui Mauro Marini. Esto potencia el tercermundismo al dotarlo de nuevas categorías de análisis, pero lo perjudica al hacer abstracción de realidades concretas. Por ser, en lo general, más teórico, el dependentismo se desliga de la retórica tercermundista aludiendo simplemente a los países subdesarrollados.

5 Consolidación y apogeo (tercera etapa)

Adolpho Crippa ofrece un excelente corolario al intervalo del Tercer Mundo cuando cuestiona sus fundamentos más profundos:

No tem sentido fixar e isolar uma problemática singular do Terceiro Mundo, da América Latina ou do Brasil, quer à luz de fato colonial ou da teoria da dependencia. No que tange a América Latina, somos uma comunidade de destino com a Europa ocidental, firmados pela mesma cultura [...] A problemática do subdesenvolvimento e do Terceiro Mundo, depois de ter sido resultado de uma simplificação econômica, transformou-se numa sociologia e num moralismo retrógrados e inteiramente superados pelo desenvolvimento tecnológico (Crippa, 1978, 583-584).

Digo corolario porque en adelante el tercermundismo volvería con más fuerza que nunca, manteniendo su vigor por toda la década de los ochenta. Varios factores inciden en la recuperación. Por una parte, la vida política volvía a sus cauces más o menos normales, la transición estaba en marcha y la democracia se vislumbraba a la vuelta de la esquina. De esa manera el quehacer académico se regulariza y se expande, abriéndose a nuevas temáticas o retomando otras. En tanto, el debate económico recoge la movilización por el Nuevo Orden Económico Internacional, que en los setenta había madurado. A propósito del Informe Brandt se renueva la querrela contra los países ricos y la estructura financiera

occidental. Mientras algunos exigen logros efectivos al diálogo Norte-Sur – una terminología que en parte sustituye la visión de los tres o cuatro mundos –, otros lo desahucian y apuestan por la colaboración Sur-Sur. Brasil asoma como un país industrializado que sin embargo requiere participar en un mercado mundial más equitativo, reforzando su política comprometida con los países en desarrollo. En ese plano la crisis de la deuda externa en muchos países del Tercer Mundo – Brasil incluido – torna urgente una actitud más generosa de los amos de la economía internacional. Nuevos fenómenos estimulan la reflexión sobre el Tercer Mundo: emergen sub-bloques en su interior, con los países árabes petroleros y los llamados NICs asiáticos; recrudece el Apartheid en Sudáfrica; se desata una crisis económica internacional; guerras en Medio Oriente; nueva Guerra Fría, etc. Por último, la nueva oleada puede ser vista como una reacción intelectual ante el avance avasallador del neoliberalismo, tanto en Brasil como en otras partes del orbe.

Todos estos elementos convergen en un renacer del tercermundismo brasileño que se expresará en una nueva diversificación disciplinaria, en una militancia más comprometida, en elaboraciones teóricas más complejas y completas, y en cierta masificación entre el gran público.

El área de los estudios internacionales fue la más prolífica,⁷ sin perder peso, por su parte, el análisis económico.⁸ Entre las novedades disciplinarias, se aprecia en el periodismo el interés por retratar el devenir de los países del Tercer Mundo mediante el subgénero de la crónica. El mejor ejemplo es Mário Augusto Jakobskind (1982), quien publica un libro que reúne reportajes a países como Angola, Nicaragua, Namibia, México y Uruguay. El autor entiende que está contribuyendo al mejor conocimiento entre los pueblos del Tercer Mundo y respondiendo al alto interés que generan estos temas en Brasil. Además lo suyo es una reacción a la hegemonía de las agencias de noticias dentro de lo que llama la batalla por la información que remite a su vez al reclamo por un Nuevo Orden Informativo Internacional promovido en Naciones Unidas. Advertencias semejantes hace Arturo Diniz (1983) pero en referencia a la tecnología. Lo interesante es que se sitúa desde la perspectiva del derecho y los estudios jurídicos, pues su afán es estudiar el ordenamiento legal de las relaciones entre los países. Finalmente tenemos el ensayismo de inspiración política, de donde emergerán los

⁷ Ver Jaguaribe, 1982 y 1986; Lafer, 1982; Guerreiro, 1983; y Vigevani, 1990.

⁸ Ver Paula, 1981; y Dowbor, 1982.

proyectos tercermundistas más acabados y originales en las obras de Antonio Carlos Wolkmer y Celso Brant.⁹

A partir de una lectura dialéctica del presente mundial, Wolkmer ofrece un programa de medidas para revertir la pobreza en que se encuentra relegado el Tercer Mundo, “estrategias de efectividad” que operarían en los planos socio-económico, político-jurídico y ético-cultural. Es en esta dimensión, la ético-cultural, donde el autor alcanza mayor originalidad. Anuncia así una reformulación de principios y valores que dará origen a una revolución cultural que materializará un nuevo sujeto histórico y una nueva postura ética entre los actores del sistema global.

Brant, por su parte, no solo proclamaba que lo que le faltaba y le había faltado al Tercer Mundo era un proyecto, sino que también proporcionaba ese proyecto. Era la hora del Tercer Mundo, el momento de actuar y destruir el orden económico vigente, pero para lograrlo cada país debía promover una gran democratización interna –traspasándola después a las relaciones internacionales- que movilizara todas las fuerzas sociales. Por una cuestión de sobrevivencia y para evitar el colapso al que Estados Unidos conducía, el Tercer Mundo debía construir un socialismo propio, distinto desde luego al soviético y opuesto al capitalismo, que fuera producto de su experiencia y realidad particular. Luego, los países tercermundistas harían valer su mayoría en población y en número de Estados para erigir un nuevo orden, justo y racional:

O Terceiro Mundo é hoje subdesenvolvido, porque está sendo mantido imobilizado pelas potências dominadoras. Ao mobilizar-se, o Terceiro Mundo tomará consciência de sua força, derrubará as hegemonias reinantes, resolverá todos os seus problemas, e assumirá o comando da política mundial para dotar a Humanidade de um sistema democrático em que cada nação será ouvida na mesa das decisões e dará a sua contribuição para a construção de um mundo digno e humano, sob o império da justiça, da paz e do amor (Brant, 1987, 132).¹⁰

Un hecho relevante, pues da fe de la popularización del Tercer Mundo, es decir, de la existencia de un público interesado en la temática, tal como apuntaba el cronista Jakobskind, es la edición brasileña de la

⁹ Ver además A. T. Pereira, 1987.

¹⁰ Brant, personaje de la política nacional, creó efectivamente el Partido de Movilización Nacional, sin mucho éxito.

revista *Cuadernos del Tercer Mundo*, publicada en México desde 1974 y dirigida a un público culto pero no especialista. En 1980 empezó a salir, en Río de Janeiro, *Cadernos do Terceiro Mundo*, que se componía básicamente de reportajes y que se orientaba a la divulgación y no a la academia.¹¹

6 Conclusiones

El tercermundismo en Brasil impregnó una amplia diversidad de disciplinas sociales y humanas e incluso expresiones artísticas. Estudios internacionales, politología, economía, sociología, historia, teología, filosofía, geografía, pedagogía, periodismo, derecho, ecología, estética, todas se vieron influenciadas por el Tercer Mundo y le dedicaron su atención. Mostraron preocupación sobre el tema, aparte de la comunidad intelectual, organismos de gobierno, la Iglesia Católica, partidos y grupos políticos, ONGs y medios de comunicación. Sin ignorar algunas críticas, se constata cierta transversalidad del movimiento, en tanto no se aprecian rechazos consistentes y, al contrario, parece convocar a muchos actores por sobre diferencias políticas o de otro tipo.

Ha quedado en evidencia que el Tercer Mundo fue asumido, incluso con cierta ambigüedad, primero como objeto, aflorando, en un segundo momento, un sentimiento de identidad que comportaba un compromiso y hasta una militancia. Se asume que Brasil es parte del Tercer Mundo y que el Tercer Mundo es una entidad dueña de su historia y de su futuro, un sujeto, en última instancia. Con todo, adentrándonos en los años noventa, el tercermundismo parece haberse consolidado como referente pero haber perdido el brío de sus mejores tiempos, como si ya no representara una esperanza, como si la resignación ante sus escasos logros efectivos cancelara nuevos ánimos de rebeldía.¹²

Si el tercermundismo llegó a ser, en Brasil, una ideología, depende en buena medida de lo que entendamos por ésta. Lo es en tanto conjunto de ideas que realiza un diagnóstico del presente, fija las causas que lo forjan y señala el camino para una transformación radical. No lo es si lo consideramos como un conjunto disperso y poco sistemático de

¹¹ También debe destacarse el Centro de Estudos del Terceiro Mundo de la U. de São Paulo, que publicó, bajo la dirección de Osvaldo Coggiola, la revista *Estudos* entre 1986 y 1994.

¹² Este trabajo se inserta en una investigación sobre el tercermundismo en el Cono Sur entre 1952 y 1990, año en que, acabada la Guerra Fría, se inicia un nuevo orden mundial. Por ello nuestro límite temporal es 1990.

ideas. De cualquier modo es posible establecer los ejes de la ideología tercermundista, o del ideario si se quiere, en Brasil: 1. Comunidad de intereses y afecciones entre Brasil y el resto de los países del Tercer Mundo. 2. Necesidad de articular políticas conjuntas para intervenir en el escenario internacional y cambiar sus estructuras. 3. Identificación del imperialismo y del neocolonialismo como las causas históricas del estado actual de cosas y, en consecuencia, como los enemigos a derrotar. 4. Constitución de un sujeto nuevo fundado en los valores éticos que representan a la gran familia de pueblos tercermundistas. 5. Rescate y fomento del patrimonio simbólico y cultural del Tercer Mundo.

No existen aún las investigaciones que nos permitan comparar la fuerza del tercermundismo brasileño frente al de otras regiones. Sí podemos sugerir que el mayor cultivo en Brasil respecto al resto del Cono Sur se deriva de su mayor cercanía cultural y física con África. En ese sentido Brasil tiene, en efecto, otro horizonte. Por otro lado, ¿cuál sería el principal aporte brasileño al pensamiento tercermundista global? Aunque parezca contradictorio, sería la teoría de la dependencia, que si bien no incluimos de modo franco en el tercermundismo brasileño, sí ofreció un sistema teórico que permitió pensar el Tercer Mundo con nuevas argumentaciones. Todo esto, por cierto, ameritaría otra investigación pues excede los límites de ésta.

Bibliografía

ARAÚJO, Frei Francisco de (Frei Chico). A Igreja dos oprimidos. *Cadernos Brasileiros*. Rio de Janeiro: Congresso pela Liberdade de Cultura, 46, 1968.

BARRETO, Vicente. O Brasil e o Terceiro Mundo ou a missão frustrada. *Cadernos Brasileiros*. Rio de Janeiro: Congresso pela Liberdade da Cultura, 45, 1968.

BOFF, Leonardo. *A fe na periferia do mundo*. Petrópolis: Vozes, 1978. 128 p.

BRANDÃO, Gildo Marçal. Linhagens do Pensamento Político Brasileiro. *Dados*, Rio de Janeiro: IUPERJ, v. 48, n. 2, p. 231-269, 2005.

BRANT, Celso. *Terceiro mundo, terceiro caminho, terceiro milênio*. Rio de Janeiro: Editora da Mobilização Nacional, 1987. 152 p.

BRESSER-PEREIRA, Luiz Carlos. De la Cepal y el Iseb a la Teoría de la Dependencia. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires: IDES, v. 46, n. 183, p. 419-439, 2006.

CÂMARA, Hélder. Evangelização e humanização num mundo em desenvolvimento. *Paz e Terra*, Rio de Janeiro: Paz e Terra, n. 1, 1966.

CARDOSO, Maurício. *O Cinema Tricontinental de Glauber Rocha: política, estética y revolução (1969-1974)*. 285 p. Tesis (Doctorado en Historia) – USP, São Paulo, 2007.

- CASTRO, Josué de. Prefacio. In: ANGELOPOULOS, Angelos. *El Tercer Mundo frente a los países ricos* [tr. J Schwartzman]. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1974a [1972]. p. 7-12.
- CASTRO, Josué de. Desarrollo, ecología, desarme y descolonización; problemas del mundo actual. In: CASTRO, Josué de et al. *América Latina y los problemas del desarrollo: La encrucijada del presente y el reto del futuro*. Caracas: Monte Ávila, 1974b. p. 15-38.
- CASTRO, Josué de. O Brasil e o mundo Afro-Asiático. *Revista Brasileira*, São Paulo: n. 36, p. 9-15, 1961.
- CASTRO, Paulo de. *Terceira Força*. Rio de Janeiro: Editora Fundo de Cultura, 1958. 282 p.
- CRIPPA, Adolpho. A filosofia e o desenvolvimento brasileiro. *Convivium*, São Paulo: Sociedade Brasileira de Cultura, n. 6, p. 559-584, 1978.
- DEVÉS, Eduardo. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Buenos Aires: Biblos, 2003. v. II. 336 p.
- DINIZ, Arturo José Almeida. *A política e o Terceiro Mundo: Contradições econômicas contemporâneas*. Belo Horizonte: Revista Brasileira de Estudos Políticos, 1983. 224 p.
- DOWBOR, Ladislau. *Formação do terceiro mundo*. 10. ed. São Paulo: Brasiliense, 1988 [1982]. 110 p.
- FREIRE, Paulo. *Cartas a Guineá-Bissau: Apuntes de una experiencia pedagógica en proceso*. Trad. Antonio Alatorre. México: Siglo Veintiuno, 1987c. 238 p.
- FREIRE, Paulo. *La naturaleza política de la educación: Cultura, poder y liberación*. Trad. Silvia Harvath. Barcelona: Paidós, 1990. 204 p.
- FURTADO, Celso. El mito del desarrollo y el futuro del Tercer Mundo. *El trimestre económico*, México: FCE, n. 162, p. 407-416, 1974.
- GARCIA, Eugênio Vargas. O pensamento dos militares em política internacional (1961-1989). *Revista Brasileira de Política Internacional*, Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, v. 40, n. 1, p. 18-40, 1997.
- GUERREIRO, Ramiro Saraiva. Occidente e Terceiro Mundo. *Revista Brasileira de Política Internacional*, Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, n. 101-104, p. 147-162, 1983.
- IANNI, Octavio. Tendências do pensamento brasileiro. *Tempo Social*, São Paulo: USP, v. 12, n. 2, p. 55-74, 2000.
- JACKSON, Luiz Carlos. Generaciones pioneras de las ciencias sociales brasileñas. In: ALTAMIRANO, Carlos (Org.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Montevideo: Katz, 2010. v. II. p. 630-651.
- JAGUARIBE, Helio. El equilibrio ecológico mundial y los países subdesarrollados. *Estudios Internacionales*, Santiago: Universidad de Chile, n. 17, p. 92-123, 1972.
- JAGUARIBE, Helio. *O novo cenário internacional*. Rio de Janeiro: Guanabara, 1986. 387 p.
- JAGUARIBE, Helio. Para a adoção de um programa mínimo de reordenação econômica internacional. Notas introdutórias. *Estudos afroasiáticos*, Rio de Janeiro: Centro de Estudos Afro-Asiáticos, n. 6-7, p. 26-32, 1982.

- JAKOBSKIND, Mário Augusto. *A hora do Terceiro Mundo*. Rio de Janeiro: Achiamé, 1982. 100 p.
- LAFER, Celso. *Paradoxos e possibilidades: Estudos sobre a ordem mundial e sobre a política exterior do Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1982. 188 p.
- LOPES, J. Leite. Ciencia y universidad en el Tercer Mundo: la experiencia de Brasil. In: FURTADO, Celso et al. *Brasil hoy*. México: Siglo XXI, 1968. p. 165-184.
- LOVE, Joseph L. *Crafting the Third World: theorizing underdevelopment in Rumania and Brazil*. Stanford: Stanford University Press, 1996. 348 p.
- MAIA, Jorge. *O Brasil no terceiro mundo*. Rio de Janeiro: Bloch, 1968. 248 p.
- MENDES, Cândido. *Nacionalismo e desenvolvimento*. Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, 1963. 400 p.
- MENESES, Adolfo Justo Bezerra de. *O Brasil e o mundo Ásio-Africano*. Rio de Janeiro: Irmãos Pongetti, 1956. 402 p.
- MICELI, Sergio (Ed.). *Historia das ciencias sociais no Brasil*. São Paulo: Vértice, 1989. 490 p.
- PAULA, Samuel de. *América Latina no contexto do Terceiro Mundo e da internacionalização do capital*. Rio de Janeiro: Paralelo, 1981. 104 p.
- PECAUT, Daniel. *Os intelectuais e a política no Brasil: Entre o povo e a nação*. Trad. Maria Júlia Goldwaser. São Paulo: Ática, 1990 [1989]. 335 p.
- PEREIRA, Armando Temperani. *Infecção 3º Mundo: Teoria do poder*. Porto Alegre: Martins Livreiro, 1987. 148 p.
- PEREIRA, J. Soares. *Terceiro Mundo: Unidade e emergência*. Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, 1962. 198 p.
- PEREIRA, José Maria Nunes. Os estudos africanos na América Latina: um estudo de caso. O Centro de Estudos Afro-Asiáticos (CEAA). In: LECHINI, Gladys (Org.). *Los estudios afroamericanos y africanos en América Latina*: Herencia, presencia y visiones del otro. Córdoba: CLACSO-CEA, 2008. p. 277-298.
- POTRICK, Maria Bernarda. *Dom Hélder, pastor y profeta*. São Paulo: Paulinas, 1983. 175 p.
- ROCHA, Glauber. Uma estética da fome. *Civilização Brasileira*, Rio de Janeiro, n. 3, p. 165-170, 1965.
- RODRIGUES, J. H. A política internacional brasileira e a África. *Cadernos Brasileiros*, Rio de Janeiro: Congresso pela Liberdade da Cultura, n. esp., p. 65-70, 1962.
- RODRIGUES, J. H. *Brasil e África: Outro horizonte*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1961. 364 p.
- ROUX, Jorge. *Álvaro Vieira Pinto: Nacionalismo e terceiro mundo*. São Paulo: Cortez, 1990. 302 p.
- SANTOS, Milton. *O trabalho do geógrafo no Terceiro Mundo*. Trad. Sandra Lencioni. 5. ed.. São Paulo: USP, 2009 [1971]. 136 p.
- TOLEDO, Caio Navarro de. *OISEB: Fábrica de ideologias*. São Paulo: Ática, 1977. 194 p.
- VIANA, A. Mendes. O mundo afro-asiático – sua significado para o Brasil. *Revista Brasileira de Política Internacional*, Rio de Janeiro: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, n. 8, 1959.

VIGEVANI, Tulio. *Terceiro Mundo: conceito e história*. São Paulo: Ática, 1990. 104 p.

WASSERMAN, Claudia. La perspectiva brasileña del desarrollo y de la integración latinoamericana y regional (1945-1964): intelectuales, políticos y diplomacia. *UNIVERSUM*, Talca, Universidad de Talca, v. 2, n. 25, p. 195-213, 2010.

WOLKMER, Antonio Carlos. *O terceiro mundo e a nova ordem internacional*. São Paulo: Ática, 1989. 96 p.

Submetido em 14/11/2011.

Aprovado em 20/12/2011.

O diálogo entre o moderno e o antimoderno no discurso da Ação Integralista Brasileira

The dialogue between the Modern and Anti-Modern in Brazilian Integralist Action

Natalia dos Reis Cruz*

Resumo: O artigo aborda a Ação Integralista Brasileira, apontando para a relação entre os elementos modernos e antimodernos da sua proposta de organização social. Através da análise dos discursos dos seus três principais líderes, Plínio Salgado, Miguel Reale e Gustavo Barroso, conclui-se que o integralismo foi um movimento social moderno, que pretendia eliminar as consequências negativas da modernidade, recuperando os elementos tradicionais, sendo o principal exemplo o espiritualismo cristão.

Palavras-chave: Integralismo, Modernidade, Tradição

Abstract: The paper broaches the Brazilian Integralist Action, pointing to the relationship between modern elements and anti-modern in its proposal for a social organization. By analyzing the speeches of its three main leaders, Plínio Salgado, Miguel Reale and Gustavo Barroso, we conclude that the integralism was a modern social movement, which sought to eliminate the negative consequences of modernity, recovering the traditional elements, being the prime example christian spiritualism.

Keywords: Integralism, Modernity, Tradition

Dir-se-ia que para ser inteiramente moderno é preciso ser anti-moderno: desde os tempos de Marx a Dostoiévski até o nosso próprio tempo, tem sido impossível agarrar e envolver as potencialidades do mundo moderno sem abominação e luta contra algumas das suas realidades mais palpáveis. (Berman, 2007:22)

* Professora Adjunto I de História, Departamento de Fundamentos das Ciências Sociais, Instituto de Ciências da Sociedade e Desenvolvimento Regional, Universidade Federal Fluminense. Doutora em História Social pela Universidade Federal Fluminense. E-mail: <ndrc@globocom.com>.

Introdução

A Ação Integralista Brasileira (AIB), movimento político de caráter fascista, fundada em 1932, foi um dos principais atores sociais no contexto da modernidade brasileira nos anos 30. A sua relevância está no fato de ter sido o primeiro partido de massas do Brasil, com cerca de 500.000 adeptos, e de seu discurso e sua proposta de organização do Estado e da sociedade terem atingido simpatizantes em vários grupos sociais.

São muitos os estudos sobre a AIB, englobando os clássicos (como os trabalhos de Héglio Trindade, Ricardo Benzaquen de Araújo, Marcos Chor Maio, René Gertz, entre outros) até os mais recentes, com vários novos pesquisadores debruçados sobre as principais questões que cercam o surgimento e a natureza do integralismo brasileiro, bem como as diversidades regionais e locais do fenômeno em questão.

Tendo me dedicado à análise da questão racial no pensamento integralista em trabalhos anteriores, novas questões vêm chamando a minha atenção, ao me deparar novamente com as fontes produzidas pelas principais lideranças da AIB. Uma delas diz respeito às relações entre o moderno e o antimoderno no discurso integralista, e é sobre esta temática que o presente texto pretende trazer algumas colaborações para um entendimento cada vez mais aprofundado do integralismo.

Considero a Ação Integralista Brasileira um movimento político moderno, que compartilha da utopia criativa e da ideia de progresso e construção do novo, que caracterizam a própria modernidade; mas, paradoxalmente, recupera alguns elementos antimodernos que servem como baliza na construção da nova sociedade proposta pelo movimento, e um dos principais elementos são os valores cristãos ou, mais precisamente, o primado dos valores religiosos e espirituais em detrimento da cultura racionalista moderna.

O integralismo pode ser considerado um dos movimentos políticos e sociais que, no esteio da modernidade, reage às consequências negativas da própria modernidade, defendendo propostas de organização social que visem estancar o processo moderno de fragmentação, insegurança e instabilidade. Para tanto, usa um discurso próximo ao elaborado por vários movimentos reacionários e antimodernos, com críticas à razão, ao materialismo, ao individualismo burguês e ao cosmopolitismo. No entanto, os elementos antimodernos e a própria crítica da modernidade são reelaborados e ganham um novo significado para dar vazão a uma proposta de sociedade em que a própria utopia moderna de ordem e

controle seja recuperada, tornando-se realidade. Daí o integralismo cair como uma luva na mensagem da epígrafe que abre este texto.

Para analisar essa questão, utilizo o discurso das três principais lideranças do integralismo: Plínio Salgado (líder máximo integralista), Miguel Reale e Gustavo Barroso. Considero que, embora possam ser encontrados discursos heterogêneos entre os integralistas e até mesmo entre os três líderes citados, existem convergências básicas, que dão coerência ao discurso do movimento como um todo. Os três autores são essenciais para a compreensão da natureza do movimento, visto que eram representativos das principais tendências dentro do integralismo, e suas obras são tidas como discursos legítimos do ideário integralista da época.

O Conceito de Modernidade e a Inserção do Discurso Integralista

É importante conceituar a modernidade para se compreender como o integralismo se encaixa no ideal moderno e como também reage a ele. A modernidade coincide com a ascensão do capital e sua influência nas relações sociais e de produção, contribuindo para dissolver antigos laços e criar novos tipos de relações, mais impessoais. A consolidação do sistema capitalista de produção e sua expansão para diversas áreas do globo levaram a chamada modernidade para muitas outras regiões, além da Europa. No entanto, como o capital e o capitalismo foram as principais forças dinamizadoras do processo de modernização, as críticas que se fazem à modernidade acabam por se confundir com críticas ao capitalismo enquanto sistema, levando a uma preocupante desconsideração para com a relativa autonomia entre o projeto e a utopia modernas e o capitalismo em si. Dessa forma, muitos aspectos da utopia moderna que ainda deveriam ser considerados para a construção de uma realidade mais igualitária são praticamente que deslegitimados pelo processo de crítica ao capital e suas consequências.

Da utopia moderna de controle do homem sobre a natureza e sobre tudo que está fora dele próprio pouca coisa restou, já que essa promessa moderna não se realizou, nem mesmo com o auxílio da ciência. A modernidade em sua dimensão capitalista contrariou a própria utopia moderna de mais felicidade, de edificação de uma sociedade mais aberta às potencialidades de todos, da possibilidade de projetar novos mundos e prever e prevenir ameaças aos anseios humanos de uma vida melhor. A modernidade trazida pelo capital trouxe, ao contrário, insegurança,

instabilidade, desigualdade, incertezas e, principalmente, descontrole. O homem, que almejava ser o sujeito de todo o processo, muitas vezes é o objeto de forças estranhas, as quais não consegue controlar, como o mercado, por exemplo.

Marx e Engels falam das transformações modernas e da dissolução de antigas crenças e formas de organização econômica, social e política, associando-as estreitamente com o capitalismo, enfatizando a capacidade de criação destrutiva da burguesia e apontando para suas mazelas e para a possibilidade de criação de uma nova sociedade, em que as consequências nefastas da modernização capitalista sejam eliminadas (Engels, Marx, 1998).

Anthony Giddens, por sua vez, considera que faz parte da gênese moderna, desde o seu início, o seu poder de trazer insegurança, instabilidade e incerteza, mas que nos períodos mais recentes esse processo vem se aprofundando cada vez mais. As mudanças da modernidade são rápidas e constantes, trazendo uma descontinuidade intrínseca em seu bojo, e a criação de novas instituições como o Estado-nação, e novos processos sociais, como a mercantilização dos produtos e da força de trabalho (Giddens, 1991).

Já Zygmunt Baumann afirma que a modernidade caracteriza-se pela purificação e colocação das coisas em ordem, atividades conscientes e intencionais, que dão origem a uma nova ordem artificial. A estabilidade é o fim supremo da modernidade, pois as utopias modernas almejam um mundo perfeito, que permanecesse para sempre idêntico a si mesmo, em que nada estrague a harmonia, nada fique “fora do lugar”, um mundo sem sujeira e estranhos. A modernidade criou então a ideia de ordem e de caos, sendo aquela relacionada com um projeto e uma ação (Baumann, 1998).

Comparando-se as interpretações de Giddens e Baumann, podemos dizer que aquele enfatiza os aspectos concretos da modernidade, as suas consequências, enquanto este aponta para a grande utopia moderna, embora sua interpretação possa ser criticada, por tornar o fascismo quase que um produto inevitável da modernidade.

Não podemos desconsiderar que o anseio de ordem e controle fazem parte da utopia moderna, mas a busca pela concretização desse ideal pode dar origem a vários tipos de sociedade, sendo a sociedade fascista apenas uma delas. A própria ideia de ordem e controle podem ter significados distintos. Não esqueçamos que Marx advogava um tipo de sociedade totalmente diferente, em que a ordem e o controle fossem exercidos conjuntamente pelos produtores associados, gerando

uma organização social mais igualitária, e sua esperança dessa nova sociedade e a forma como a concebia também fazem parte da utopia moderna.

Assim sendo, acho apropriado falarmos de categorias abstratas, que podem se prestar a diferentes práticas políticas e sociais, de acordo com o projeto no qual estão inseridas. Podemos enumerar várias delas, além das categorias já citadas de ordem e controle: liberdade, igualdade, fraternidade (a famosa tríade da Revolução Francesa), por exemplo, inscrevem-se também nas utopias modernas, indicam a possibilidade de criação de uma nova sociedade, despida dos preconceitos e constrangimentos tradicionais, dando vazão à autonomia individual e ao sujeito. Muito embora tenham se prestado à edificação da sociedade burguesa e capitalista, foram e são recuperadas constantemente para projetos de organização social os mais variados, incluindo o comunismo e o próprio fascismo.

Os autores supracitados, em que pese as suas diferenças ideológicas e metodológicas, bem como suas conclusões distintas, abordam aspectos considerados essenciais para analisarmos a inserção do discurso integralista na questão da modernidade. Falam das mudanças que a sociedade moderna trouxe aos indivíduos, abordam categorias abstratas que fazem parte do discurso da modernidade, enfim, enfatizam a descontinuidade constante, a fluidez das relações sociais, a criação do novo e a utopia.

O integralismo não está fora dessas discussões, pelo contrário, participa delas, dialoga com todas as questões trazidas pela modernidade, apresenta um projeto político que procura solucionar muitos dos problemas da sociedade moderna, é prenhe da utopia moderna, muito embora a nova sociedade que propõe não abdique de elementos tradicionais, antimodernos ou arcaicos.

Para Ricardo Benzaquen de Araújo, o integralismo não pode ser vinculado à ideologia conservadora tradicional, já que em seu discurso está presente um “espírito revolucionário (Araújo, 1987:19-20). O autor refere-se à associação do integralismo com o totalitarismo, devido a uma concepção absolutizada da participação política das massas no processo de construção da nova sociedade e à equivalência entre igualdade e uniformidade no discurso integralista. O que nos interessa aqui é a ênfase no “espírito revolucionário”, a ideia do novo, da criação de uma nova sociedade, que coloca o integralismo do lado da modernidade. Ao contrário do que Araújo fala, porém, não ocorre um corte absoluto com as tradições anteriores, e sim a permanência do ideal de uma sociedade

estritamente hierarquizada e de elementos antimodernos (como a religião, por exemplo), baseado no modelo medieval de organização social.

A defesa de uma “nova sociedade” é baseada nos postulados fascistas, em que a questão social e a expropriação capitalista não são resolvidos por meio da luta de classes universal, mas pela colaboração de todas as classes dentro da nação (Sternhell, 1979). Tal colaboração exige a liquidação da sociedade liberal e do homem liberal, o “indivíduo”. Este deve ser substituído pelo “novo homem”, desprovido de interesses particulares, solidário ao próximo e identificado com a doutrina (Araújo, 1987:34).

O integralismo, assim como os fascismos de modo geral, fazem parte da modernidade, são movimentos modernos porque possuem uma utopia criativa e destrutiva ao mesmo tempo, característica da modernidade. No integralismo, a utopia criativa ou destruição criativa está presente em vários discursos das lideranças do movimento, mas estreitamente associado com um elemento absolutamente antimoderno: o espiritualismo cristão. Este é o motor da criação dessa nova sociedade e desse novo homem. Afinal, como construir uma nova sociedade sem reformar o homem, perguntavam-se os integralistas!

Toda a crítica integralista ao materialismo se fundamenta na defesa dos valores espiritualistas. Plínio Salgado concebia o materialismo e o espiritualismo como dois planos essenciais e antagônicos da existência humana, cuja presença teria sido constante em todos os tempos históricos. O triunfo do materialismo resulta na valorização do poder e do dinheiro entre os homens, assim como do individualismo e do egoísmo (Salgado, 1935:46).

Um paradoxo entre o moderno e o antimoderno aparece no discurso pliniano contra o materialismo e em defesa do espiritualismo. Plínio identificava o materialismo com leis naturais, que regem o comportamento do reino animal, vegetal, os fenômenos físicos e o comportamento humano. Agir instintivamente, sem consciência e sem controle, seria consequência da concepção materialista da vida, na qual o homem se deixa levar pelas leis naturais, sem nenhum tipo de autonomia ou atitude consciente. A existência humana passaria, assim, a ser regida pelos instintos, pelas “leis da selva”, levando à competição desenfreada. Tais leis naturais possuiriam um caráter “cego” e “inconsciente”, e assim também estaria o homem, ao agir por intermédio delas (Salgado, 1935:44).

Enquanto o moderno racionalismo iluminista prometia ao homem se desvencilhar das crenças religiosas, podendo tornar-se senhor de

seu destino e livre para intervir na realidade e modificá-la – visto que a concepção teológica tradicional não deixava outro papel ao homem a não ser aceitar a realidade como era, vendo-a como fruto da “vontade divina” –, no discurso integralista, o racionalismo moderno contribuiria para fortalecer o caráter “cego” e “inconsciente” do homem, que não teria nenhum controle sobre a realidade, mas a ela se submetendo. Para o integralismo, são exatamente os valores espiritualistas cristãos que teriam o poder de despertar o homem dessa “inconsciência”, tornando-o consciente e sujeito de sua história, e não dominado por “leis naturais” que não controla. Assim, é o elemento tradicional e antimoderno que teria a função, na percepção integralista, de realizar a promessa moderna de possibilitar ao homem o controle consciente de seu destino. Enquanto o elemento moderno (a razão materialista) não faria senão obstaculizar o potencial humano de realização.

Novamente recorremos a Plínio Salgado para demonstrar esse paradoxo descrito acima. Segundo ele, a interferência dos valores espirituais nas leis da matéria não é automática, porque a concepção espiritualista da vida não é algo natural e nem dirigida por leis inconscientes. Ela depende da vontade e da consciência humanas para se concretizar, sendo necessária, inclusive, a participação de todos na construção da nova sociedade, pois a união possibilitaria a intervenção e a modificação do curso “natural” das leis da matéria. O conceito de “revolução” aparece associado a essa ideia, sendo um movimento autêntico somente se for comandado por uma doutrina que possibilite aos militantes a mobilização em função dos princípios defendidos pela concepção espiritualista da existência (Salgado, 1935:44).

O modelo de sociedade que Plínio Salgado evoca é a civilização monoteísta medieval, em que haveria a dissolução das distinções e barreiras entre os homens, homogeneizando o seu comportamento com base na moral religiosa, cujo valor mais alto seria a busca da piedade e da existência fraternamente disciplinada. O livre-arbítrio, o relativismo e a experimentação teriam abalado o caráter absoluto e invariável do cristianismo medieval, gestando o mundo moderno (Salgado, 1935:85).

As categorias abstratas modernas aparecem claramente nos discursos do líder integralista. O que dizer da fraternidade, um dos três elementos elevados a valor supremo pela Revolução Francesa? Pois a realização concreta dessa categoria na sociedade só seria possível por intermédio do espiritualismo cristão. Plínio Salgado enfatizava que, além de afastar os homens de Deus, a razão moderna impede que eles se relacionem com

o mundo do ponto de vista da totalidade, ou seja, preocupem-se com o destino de seus semelhantes. Isso decorreria da mentalidade analítica imposta pela ciência que, ao exigir que tudo seja testado e provado empiricamente, levaria à desagregação do todo em partes separadas e específicas. Em consequência, o próprio homem começa a se ver como parte, como indivíduo egoísta e solitário, perdendo a solidariedade fraterna estimulada pelo espiritualismo (Salgado, 1935:85-90).

A relação paradoxal entre o elemento moderno e o antimoderno é uma constante nos discursos integralistas. A modernidade é descrita como o domínio da concepção materialista e ateísta, demonstrada pelo iluminismo e pelas revoluções burguesas. Inclusive, o Estado liberal-democrático representaria o ateísmo e o materialismo, visto que não intervém na realidade social e econômica, deixando as “leis naturais” da competição e da desagregação agirem livremente. Os integralistas percebiam claramente que as ideias de homem cívico e de soberania nacional que baseavam este Estado não se concretizavam, pois a sociedade liberal é dividida em indivíduos e grupos antagônicos. Assim, o Estado gerado pela modernidade não possibilita o controle dos indivíduos e grupos sobre seus destinos, pois favorece a fragmentação da sociedade, tornando-os somente sujeitos de conflitos sociais. O Estado liberal representa apenas interesses inexistentes (os valores universais e abstratos, vinculados ao homem cívico e artificial), por isso não teria eficácia e nem legitimidade (Salgado, 1933:48).

As leis da matéria teriam seu curso de ação livre pelo imobilismo do liberalismo político e pelo afastamento do espiritualismo por parte da ciência. Assim sendo, a única forma do homem obter o controle sobre sua existência seria recuperar os valores espirituais cristãos, e organizar a sociedade de acordo com eles. Os integralistas faziam uma crítica da sociedade moderna, atentando para os problemas gerados pelo capitalismo, como a exploração e a miséria das massas operárias e a competição desenfreada entre os capitais, mas reduzem tudo à questão do materialismo, desprezando a luta de classes e a possibilidade de superação do sistema capitalista e da propriedade privada burguesa. Pois, na humanidade ateísta, a valorização do conflito e da desordem viria acompanhada do desaparecimento dos padrões morais. A solução dos problemas sociais viria com a adoção dos valores cristãos de solidariedade, piedade e amor ao próximo e a edificação de um Estado forte que agregasse todos os grupos sociais harmonicamente.

Logo, a ideia de revolução, no integralismo, seria também restauração. Segundo Hannah Arendt, a palavra revolução não era

originariamente sinônimo de novidade, mas designava repetição ou movimento cíclico (Arendt, 1971:41). Para os integralistas, revolução significaria o retorno dos valores espirituais da Idade Média, e até mesmo de algumas concepções organizativas da sociedade medieval, como o corporativismo, com o objetivo de ordenar a nova sociedade que se queria construir.

Mas é importante atentar para o fato de que os integralistas não defendiam o retorno da antiga forma de sociedade. O que eles almejavam era uma nova sociedade que combinasse padrões modernos (como o industrialismo e o desenvolvimento econômico capitalista) com elementos antimodernos considerados úteis para organizar tal sociedade. A restauração que defendiam não era de um tipo de sociedade anterior, mas dos princípios que a regiam. Por isso, eram ao mesmo tempo modernos e antimodernos.

Um outro elemento constituinte da modernidade fazia parte do integralismo: o nacionalismo. A ideia de nação só pôde se desenvolver historicamente com a dissolução das hierarquias tradicional e rigidamente consolidadas, que separavam os homens em categorias sociais distintas. O advento dos valores modernos de igualdade e liberdade contribuíram para o reconhecimento do outro como um companheiro nas agruras da vida, e compartilhando determinados interesses e identidades comuns, o que possibilitou a criação do mito do pertencimento a uma ideia de comunidade ampla gerida por um Estado com jurisprudência sobre um dado território.

Ernest Gellner vê a nação como um artefato político levado a cabo pelo Estado nacional, em um contexto histórico marcado pela industrialização da sociedade. A nação seria uma comunidade, em parte, produzida e sustentada pelos Estados nacionais, por meio da padronização cultural e lingüística de seus membros, fazendo com que grupos estrangeiros, cultural e etnicamente distintos, sejam marginalizados, constituindo-se em uma “falha de comunicação”, que pode ser resolvida pela assimilação ao grupo dominante (Gellner, 1993:103).

O Estado moderno é aberto a todos, pois todos são considerados iguais. Por isso, ele se designa como Estado-nação, pois representa toda a nação. É claro que estou abstraindo a realidade concreta dos Estados modernos de tipo burguês que, na prática, legitimam e consolidam os interesses da classe burguesa como um todo, assegurando a acumulação do capital. O que interessa aqui é como os Estados modernos se auto-definem, pois é inconcebível que eles assumam abertamente que contêm um caráter de classe. Assim, a ideia de interesse geral é uma presença

constante nos discursos estatais. A ideia integralista de Estado não foge à regra. Miguel Reale foi quem melhor definiu o conceito de Estado no integralismo:

O Estado é a Nação organizada. É a organização hierárquica e solidária dos indivíduos e dos grupos que congregam esforços com o fim de alcançar um máximo de felicidade pessoal e geral. O Estado não se confunde com uma classe, nem com um grupo, só pode exprimir a totalidade da Nação. Por esse motivo, o Estado é soberano, está acima das classes, sendo superior a todas elas pela força de que deve dispor e pelos fins que deve realizar (Reale, 1983:16).

Nota-se, no trecho supracitado, a noção de hierarquia e solidariedade, que se mesclam nos discursos integralistas para gerar a ideia de harmonia e coesão social. Aqui subentende-se a negação do individualismo liberal e conflituoso, com a recuperação de um valor tradicional e até mesmo antimoderno, como a hierarquia das posições. Porém, a negação do individualismo e a defesa da hierarquia não significam uma negação da ideia moderna de indivíduo. Pelo contrário, as diferenciações são relacionadas às capacidades e vocações individuais. Isso aparece mais claramente na concepção econômica de Nação, segundo o próprio Reale (1983:15).

É claro que a definição de Reale acima exposta faz abstração total da expropriação que gerou o capitalista, e da desigualdade de condições gerada pelo sistema, relacionando a posição de trabalhador e de capitalista a simples resultado de vocações e capacidades individuais. Mas para o que estamos discutindo, o que importa é que a noção moderna de indivíduo está presente no discurso de Reale, e ela aparece combinada com a noção de hierarquia (mais apropriada a sociedades tradicionais). O moderno e o antimoderno se combinam novamente.

A ideia do corporativismo, também baseada numa concepção organizativa medieval (tais como as corporações de ofício), é combinada, por sua vez, com a ideia de democracia moderna, em que todos devem ter o direito e a possibilidade de intervir nos assuntos públicos e na gerência do Estado. Segundo Reale, a organização corporativa seria a única capaz de possibilitar a participação de todos no Estado, pois é do seio das profissões organizadas que deveriam sair os representantes da Nação. Todos os trabalhadores (no caso, usam a categoria trabalhador para todos os grupos, inclusive os capitalistas) deveriam se unir em associações para se fazerem representar no Estado, com paridade de

direitos e deveres e com espírito de colaboração (Reale, 1983:16-17 e 19).

O espiritualismo cristão seria o cimento da democracia orgânica defendida pelo integralismo. Assim, é o elemento antimoderno de fundo religioso que garantiria a possibilidade de existência da democracia moderna na futura sociedade integralista. Os valores espirituais baseiam toda a crítica que os integralistas fazem ao conflito social, e são usados na defesa da harmonia entre capital e trabalho e do uso social da propriedade privada. Ou seja, não negam o capital, apenas querem discipliná-lo em prol do bem comum, cabendo ao Estado respeitar a iniciativa privada e o campo da atividade individual, mas também assegurar que o proprietário não ameace os direitos dos não-proprietários (Reale, 1983:24).

O conceito moderno de liberdade também está presente no ideário integralista, a despeito de ser um movimento de caráter autoritário. Paradoxalmente, defendem a liberdade efetiva para todos, o que seria garantido através do primado do espiritualismo (desenvolvendo-se as categorias de liberdade positiva e liberdade negativa), e a crítica que fazem ao liberalismo é por este garantir somente a liberdade negativa, gerando a falta de liberdade de fato para os indivíduos (Reale, 1983:29 e 80).

O conceito de “liberdade negativa” designa, então, uma liberdade permissiva, cuja principal consequência seria o não respeito pelos direitos do outro, resultando na “anarquia social”. A liberdade negativa geraria indivíduos agressivos que não se importam com o bem-estar de seu semelhante, capazes de passar por cima dos direitos alheios, a fim de alcançarem seus objetivos e interesses. Configurar-se-ia, portanto, uma situação social de conflito e desagregação, que ameaça a integridade da vida nacional (Salgado, 1959:23-24).

Logo, os integralistas, em sua luta política contra a sociedade liberal, opõem um projeto de sociedade com base na chamada “liberdade positiva”. O conceito de liberdade pode adquirir variados significados, de acordo com a ideologia política que o utiliza. No caso dos integralistas, a ideia de liberdade não está descolada de sua visão de sociedade e do seu projeto político de nação. O integralismo lutava por uma sociedade desprovida de conflitos, harmônica, integrada, indivisível e una, onde a coletividade – a nação –, representando o bem comum, sobrepujasse qualquer interesse individual ou de grupos.

Dentro desta visão de sociedade, a liberdade deveria servir para preservar a harmonia e o equilíbrio social e nacional, opondo-se a quaisquer movimentos de separação e desintegração advindos

da supremacia das partes sobre o conjunto da vida nacional. Daí, o integralismo desenvolveu as categorias de liberdade positiva e liberdade negativa, procurando mostrar que não se opunha à liberdade em si, mas a determinadas formas de liberdade, consideradas ameaçadoras para a coletividade como um todo.

Miguel Reale resume a ideia de liberdade na concepção integralista:

é consciência da própria dignidade de homem, compreensão da missão que cabe a cada qual como indivíduo e como pessoa, harmonia permanente entre o conjunto dos direitos e a correspondente soma dos deveres, sem os quais os primeiros não existem, nem nunca existirão (Reale, 1983:221).

Para os integralistas, a liberdade positiva remete à ideia de que os direitos individuais devem ser preservados, porém, sem prejuízo para a coletividade. Já a liberdade negativa seria derivada do individualismo excessivo, capaz de dissolver os vínculos afetivos e sociais, originando a anarquia e a desordem e prejudicando a nação.

Reale chama de harmonia social o estado em que a liberdade fosse socializada para todos e, para isso, seria preciso impor limites às ações individuais. E conclui dizendo que “o nosso conceito de liberdade é complexo e realista, visando a defesa dos direitos naturais do indivíduo e da pessoa, sem sacrificar o supremo direito do Estado que é o de coordenar e dirigir, e sem ofender os valores morais, para o bem particular de cada qual e o bem comum da Nação” (Reale, 1983:85).

Já Gustavo Barroso enfatiza a supremacia dos interesses nacionais sobre os individuais como forma de se preservar a própria integridade dos indivíduos, “de sorte que o indivíduo submetendo-se aos supremos interesses nacionais, não faz mais do que defender a sua própria intangibilidade” (Barroso, 1933:101).

A interseção entre o moderno e o antimoderno reside na associação da moderna defesa do indivíduo e da noção integralista de liberdade com uma concepção moral e ética das relações interpessoais, baseada na visão espiritualista do mundo: “Onde não existe consciência moral não pode existir compreensão de liberdade. Eis porque o Integralismo se declara pelo espiritualismo, sem preferência de cultos e de crenças, mas exigindo de todos os seus adeptos a nota espiritualista” (Reale, 1983:221).

Para os integralistas, a liberdade positiva anda de mãos dadas com a solidariedade e com o espírito cristão, visto que o conjunto da

vida social não é esquecido. Isto é, defende-se os direitos individuais, mas não em detrimento do outro; reconhece-se que o ser humano, enquanto ser único, possui direito à liberdade, mas que, ao enxergar o outro como seu semelhante, percebe que sua liberdade não é ilimitada, visto que a liberdade do outro também deve ser preservada. É uma liberdade integradora, cujo sentimento de identidade com o outro permite a manutenção da harmonia social. Assim, dizia Miguel Reale: “Reconhecemos os valores particulares e exclusivos dos indivíduos, mas não fazemos do indivíduo um absoluto” (Reale, 1983:65-66).

O projeto da modernidade era baseado na ideia de progresso e conquista da felicidade, daí a visão extremamente otimista que acompanhou o início da era moderna, tendo a ciência como um dos pilares desse otimismo. O integralismo não abdica da ideia de progresso e nem da crença num futuro melhor e mais feliz, pois está eivado do espírito da modernidade. Mas torna essas promessas modernas totalmente dependentes do predomínio de uma concepção de ordem e moralidade. A moral adviria do respeito aos valores espirituais máximos, calcados na cultura cristã, e a concepção de política está ligada ao objetivo de construção da nova sociedade e do homem, sendo vista como “uma ciência de alto valor moral que ensina a dirigir sábia e honestamente os homens, organizando-os com disciplina e justiça em corpos coletivos, orientando-os para o progresso dentro da ordem e da moralidade, procurando assim, torná-los tão felizes quanto o permitam as possibilidades de seu destino à face da terra” (Barroso, 1933:15).

Procuramos até aqui demonstrar que o projeto político da Ação Integralista Brasileira está completamente inserido em uma perspectiva moderna, na medida em que reitera uma dimensão utópica e criativa e salvaguarda, no discurso de suas principais lideranças, o cumprimento das promessas da modernidade, atentando para a necessidade do sujeito conscientemente controlar o seu destino e atuar na construção de uma nova sociedade. O paradoxo está no fato de subordinar todo o lado moderno de sua ideologia a uma concepção tradicional e antimoderna da vida, colocando a dimensão espiritualista e cristã como a grande diretora de todo o processo. A própria ideia de “homem integral” deixa isso claro. Segundo Barroso, a “tríplice natureza do Homem” seria instintiva ou material, anímica ou racional e espiritual ou superior (Barroso, 1933:23).

Mas essa síntese social seria o homem dotado de vontade, mas norteado por um princípio Superior de bondade, uma inspiração Superior de verdade e uma exaltação Superior de fé ou sabedoria, tornando

a marcha totalmente vitoriosa. Logo, o homem deveria “recobrar” a sua consciência – despertando para o espiritualismo e livrando-se da “cegueira” e da “inconsciência” trazidas pelo materialismo –, tornando-se o sujeito autônomo de seu destino; porém, paradoxalmente, a sua autonomia não é absoluta, pois deve se subordinar aos desígnios superiores de uma suposta divindade. Os integralistas legitimam todo um projeto político e social na antiga ideia de “vontade divina”, já que são os valores cristãos que devem ser os grandes inspiradores da ação política, social e econômica do homem em sociedade.

Este aspecto antimoderno do integralismo convive o tempo inteiro com o lado moderno do seu discurso. Enquanto as categorias modernas de liberdade, fraternidade e até mesmo a ideia de democracia (embora numa concepção orgânica) estão presentes na fala dos líderes do movimento, a categoria da igualdade praticamente não aparece. Gustavo Barroso, pelo contrário, nega a noção moderna de igualdade, o que também não é prerrogativa apenas dos fascismos em geral, mas do próprio racismo. Barroso afirmava que os homens nascem fisicamente desiguais, gerando a desigualdade social e política, e a hierarquia seria, por conseguinte, um fenômeno natural (Barroso, 1933:33).

Na esteira do ataque à igualdade, Barroso estende sua crítica também à noção de soberania popular e à “destruição” das instituições seculares pelo racionalismo (leia-se as religiões), apresentando-se como defensor dos poderes políticos tradicionais baseados numa suposta divindade dos mesmos, cabendo ao povo simplesmente subordinar-se a essa vontade espiritual maior (Barroso, 1933:40). Uma perspectiva totalmente tradicional de poder político, que vai na contramão da ideia moderna dos indivíduos como sujeitos da criação do Estado e da sociedade política e reitera a noção de hierarquia.

A negação explícita da igualdade aparece com mais clareza no discurso de Barroso, não sendo tão veemente nas obras de Plínio Salgado e Miguel Reale. Nestes, embora o termo igualdade não seja uma categoria presente em seus pensamentos, a noção igualitária parece, às vezes, ficar subentendida na ideia de representação de todos no Estado via categorias profissionais (igualdade política) ou até mesmo na defesa de uma certa uniformidade ou homogeneidade étnico-racial e cultural.

O projeto integralista de nação tinha como objetivo a construção e formação de uma homogeneidade racial e étnica da população, através do caldeamento racial e cultural, resultando no almejado predomínio da raça e cultura brancas. Este projeto é justificado por sua pretensa

autenticidade, supondo-se que a miscigenação está ligada às tradições históricas, culturais e religiosas da nação, ou seja, estaria atrelada à “alma” e à “subjatividade” nacionais, moldadas desde o processo histórico da colonização (Cruz, 2004:256).

Nesse sentido, igualdade se confundiria com uniformidade, resultando na imagem de uma sociedade desprovida de conflitos e diferenças, composta por cidadãos homogêneos e ativos, segundo a perspectiva pliniana (Araújo, 1987:21). Em Reale, por sua vez, a noção implícita de igualdade está associada com a noção de liberdade positiva, pois, ao atacar o liberalismo, um dos argumentos, conforme já citado, é que este só garante a liberdade aos mais fortes, ao passo que o integralismo pretenderia garanti-la a todos igualmente, sendo imprescindível, para isso, que o espiritualismo cristão predominasse nas relações sociais.

Mas é bom ficar claro que a concepção integralista de igualdade, quando aparece implícita nos discursos de algumas lideranças, em nada se relaciona com uma igualdade social e econômica, pelo contrário. A propriedade privada é considerada legítima, devendo-se apenas ser administrada pelos limites impostos pelo bem comum, bem como as diversas classes sociais deveriam continuar existindo numa futura sociedade integralista, pois o que o integralismo repele não são as classes em si, mas a luta entre elas, que devem se harmonizar no espírito cristão de colaboração.

Conclusão

O integralismo era caracterizado por um discurso bastante dúbio, mesclando elementos modernos e antimodernos em sua doutrina e proposta de organização social e política. Podemos interpretar esta dubiedade fazendo referência à própria sociedade brasileira do período, ainda em transição para a modernidade, com a forte presença de resquícios da velha ordem e das elites tradicionais.

A organização da AIB foi levada a cabo por uma parte dos setores médios identificados com o ideal autoritário e conservador de Estado. A elite pensante do movimento era formada por advogados (Miguel Reale e Gustavo Barroso), jornalistas e/ou escritores (Plínio Salgado), economistas (Raimundo Padilha), professores, etc. Constituíam um grupo social que buscava garantir o espaço das camadas médias na sociedade em vias de industrialização, interessado então em controlar o processo de transformação social em curso, disciplinando o grande capital e o

proletariado. Daí advinham, em grande parte, os discursos integralistas contra o capital financeiro internacional, a urbanização acelerada, o cosmopolitismo e o comunismo. A fórmula política encontrada por esses setores foi a constituição de um Estado corporativista autoritário, acompanhado de toda uma doutrina nacionalista, que pregava a exclusão e a intolerância, em nome da identidade nacional e da homogeneização étnico-racial e cultural do povo brasileiro, tendo como substrato os valores espiritualistas cristãos.

Vários autores analisaram a situação das camadas médias na sociedade brasileira em transição, indo desde a afirmação de que o seu inconformismo ou radicalismo não conduzia a um projeto político autônomo, pois eram dependentes, a nível sócio-econômico, da estrutura predominante (Fausto, 1986:26), até a ênfase na dubiedade do comportamento político do grupo que, apesar de apresentar críticas efetivas ao regime político, defendia propostas estritamente conservadoras e ou ligadas ao campo liberal, não contemplando a realização plena da democracia (Mendonça, 1990:234).

No meu entender, a presença de fatores modernos e antimodernos no discurso dos integralistas também pode ser associada à própria modernidade incompleta da sociedade brasileira do período, aliado ao fato de haver uma profunda influência do processo de renovação espiritual que caracterizou o período em questão. Segundo Trindade, tal processo se manifestava sob a influência da renovação católica na França e se iniciou no fim do século XIX, com o objetivo de restaurar os valores espirituais na poesia, na prosa e na filosofia, contra o espírito naturalista e positivista. Este movimento espiritualista foi marcado pelo antimodernismo, pelo anti-burguesismo e pela nostalgia da Idade Média. No início do século, ele começa sob a influência do catolicismo reacionário e de correntes contra-revolucionárias da segunda metade do século XIX, e torna-se mais liberal entre as duas guerras, sob a inspiração do neotomismo. Tal movimento iniciou-se com o advento da República, após a separação entre a Igreja e o Estado, em 1890 (Trindade, 1979:98).

A AIB era portadora de um profundo conservadorismo, que mesclava o reacionarismo (manifestado nas críticas contundentes às consequências da modernidade associadas à construção mítica de um passado supostamente espiritualista) com o moderno, cujo objetivo seria a integração à ordem social presente, evitando-se os conflitos gerados dentro dela. Seu conservadorismo pode, portanto, ser definido da seguinte forma:

um corpo teórico articulado, musculoso e seminal, capaz de combinar apego à técnica e sonhos românticos sobre uma Idade Média que nunca existiu; racionalidade tecnológica e os mais profundos preconceitos sociais ou raciais, desenhando contradições que marcaram o século XX e ameçam invadir o século XXI (Silva, 2000:21).

Eis o que designava o integralismo: um movimento que combinava o desejo de restaurar um passado idílico, quando os grupos sociais interagiam em perfeita harmonia, com propostas ligadas ao pensamento conservador moderno, como a defesa de um Estado forte, capaz de harmonizar corporativamente os corpos sociais.

Não se desejava lutar contra o processo de industrialização, mas produzir um arranjo institucional por meio de um projeto de nação que englobasse os interesses industriais e médios e controlasse o movimento popular. Para isso, era necessário que o sistema político liberal oligárquico fosse substituído por uma outra forma de organização do Estado, que pudesse garantir a harmonia social.

O integralismo pertence à modernidade, pois seu discurso é eivado das mais famosas categorias modernas: liberdade, fraternidade, democracia, indivíduo. Os integralistas não negam nenhuma delas, apenas dão a elas um lugar e uma interpretação bem peculiares e funcionais ao seu projeto de sociedade.

Na ideologia integralista, o moderno está presente no projeto de engenharia social que visava colocar de cabeça para baixo a realidade existente, e edificar uma nova. Algumas ações eram consideradas essenciais: seleção das raças aptas a participar do caldeamento racial e da miscigenação como forma de eliminar as raças “inferiores” e sua “influência negativa” sobre o caráter da nação que se quer construir; organização de um Estado forte e de uma organização representativa de base corporativa; eliminação dos conflitos de classe.

Mas tal qual a construção de uma nova casa, a “nova sociedade” precisava de um cimento que mantivesse em harmonia todos os seus elementos; o cimento eram os valores espiritualistas cristãos, era o mito da recuperação de um passado espiritualista e harmônico; a ressurreição dos elementos cristãos é que garantiria que a “nova sociedade” fosse o contrário da sociedade trazida pela modernidade: coesa, harmônica e segura. Era necessário, também, um “novo homem”, que agisse em conformidade com os preceitos cristãos e reconhecesse que, para além dele, existe um Ser Superior, cujos desígnios deveriam ser respeitados para que se construísse uma sociedade à imagem e semelhança de uma suposta Ordem Divina.

O aspecto tradicional é, assim, representado pela cultura dos valores religiosos – o cristianismo –, que pauta todo o discurso referente às relações sociais entre as classes e entre a sociedade e o Estado. A modernidade tem como uma de suas características a libertação do homem frente a uma suposta ordenação divina do mundo e da sociedade. O homem passa a ser o senhor de seu destino e de sua história. Os integralistas, ao contrário, enfatizavam que a ação humana deve ser limitada pelos valores cristãos, construindo, portanto, um discurso tradicional.

Mas como quase tudo era dúbio no integralismo, o espiritualismo pode ser interpretado tanto como veículo do arcaico e antimoderno quanto como instrumento de “libertação” do homem frente ao “inconsciente” e às leis naturais, recuperando a possibilidade de controle do sujeito sobre o processo social, não através da razão, mas por meio do “despertar das consciências”, nos dizeres integralistas. Nesse caso, o espiritualismo seria também a via para a realização da utopia moderna, que a própria modernidade não conseguiu atingir.

Eliminar as consequências negativas da modernidade e concretizar a utopia moderna, qual seja, a felicidade, a segurança, o controle e a realização “efetiva” da liberdade, da fraternidade e, em alguns casos, da igualdade, estavam nos planos dos integralistas. O elemento antimoderno (os valores cristãos) seria essencial para a conquista dos anseios da modernidade.

A preocupação moderna com a ordem e a estabilidade está no cerne da condenação integralista ao individualismo excessivo. É uma tônica comum a todos os fascismos (sendo o integralismo a variante nacional brasileira), representando uma reação à insegurança e à instabilidade trazidas pela vida moderna. O novo homem e a nova sociedade fascistas propõem recuperar a estabilidade e fornecer um lugar fixo para o sujeito na sociedade.

Os fascismos são, portanto, um dos produtos da modernidade, mas não um produto inevitável, pois a modernidade possui dimensões bastante positivas e que devem ser resgatadas como forma de se combater, inclusive, as propostas e práticas autoritárias, excludentes e, por que não dizer, fascistas das nossas sociedades atuais.

Referência

ARAÚJO, Ricardo B. *Totalitarismo e Revolução. O Integralismo de Plínio Salgado*. Rio de Janeiro: Zahar, 1987.

- ARENDT, Hannah. *Sobre a Revolução*. Lisboa: Moraes Editores, 1971.
- BARROSO, Gustavo. *O Integralismo em Marcha*. Rio de Janeiro: Schmidt, 1933.
- BAUMANN, Z. *O mal-estar da pós-modernidade*. Rio de Janeiro: Zahar, 1998.
- BERMAN, Marshall. *Tudo que é sólido desmancha no ar. A aventura da modernidade*. São Paulo: Cia. Das Letras, 2007.
- CRUZ, Natalia R. *O Integralismo e a Questão Racial. A Intolerância como Princípio*. 2004, 281 p, Niterói, Tese de Doutorado, Programa de Pós-Graduação em História Social, Universidade Federal Fluminense.
- ENGELS, F. & MARX, Karl. *O Manifesto do Partido Comunista*. Petrópolis: Vozes, 1998.
- FAUSTO, Boris. *A Revolução de 30. Historiografia e História*. SP: Brasiliense, 1986.
- GELLNER, E. *Nações e Nacionalismo*. Lisboa: Ed. Gradiva, 1993.
- GIDDENS, A. *As Consequências da Modernidade*. São Paulo: Unesp, 1991.
- KOLAKOWSKI, Leszek. *L'Esprit Revolutionnaire*. Bruxelas: Editions Complexe, 1978.
- MENDONÇA, Sonia R. Estado e Sociedade: A Consolidação da República Oligárquica. In: LINHARES, Maria Yedda (org.). *História Geral do Brasil*. Rio de Janeiro: Campus, 1990, p. 316-326.
- REALE, Miguel. *Obras Políticas*. Brasília: Editora da UNB, 1983.
- SALGADO, Plínio. *O Que é o Integralismo*. Rio de Janeiro: Schmidt, 1933.
- SALGADO, Plínio. *Palestras com o Povo*. Rio de Janeiro: Livraria Clássica Brasileira, 1959.
- SALGADO, Plínio. *Psicologia da Revolução*. Rio de Janeiro: José Olympio, 1935.
- SILVA, Francisco C. T. Introdução. SILVA, Francisco C. T., MEDEIROS, Sabrina E. & VIANNA, Alexander M. (orgs.). *Dicionário Crítico do Pensamento da Direita. Ideias, Instituições e Personagens*. Rio de Janeiro: FAPERJ/Mauad, 2000, p. 11-21.

Submetido em 03/08/2011.

Aprovado em 15/11/2011.

O *Sonderweg* do Rio Grande do Sul

The Sonderweg of Rio Grande do Sul

René E. Gertz*

Resumo: Dentre as supostas ou efetivas peculiaridades do estado do Rio Grande do Sul, no contexto brasileiro, está a de que, no período republicano, a função dos líderes políticos locais, os “coronéis”, seria diferente do restante do país. A discussão historiográfica a respeito vem desde a década de 1960. Este texto sugere que essa discussão deveria ser retomada, pelas profundas implicações das respectivas interpretações, não só para o próprio estado, mas para todo o Brasil.

Palavras-chave: Rio Grande do Sul, “coronel-burocrata”, centralismo político

Abstract: Between the supposed or effective peculiarities of the State Rio Grande do Sul in Brazilian context is the one which tells that, by the republican period, the local political leader’s function, the “colonels”, was different from the rest of the country. The historiographical discussion about this issue comes from the 60’s decade. This text suggests that this discussion should be resumed due, to the deep implications of the respective interpretations, not just for the State itself, but for Brazil as well.

Keywords: Rio Grande do Sul, “coronel-burocrata”, political centralism

O esclarecimento sobre o título de minha intervenção nesta mesa-redonda se dará mais para o final.¹ A título de advertência preliminar, devo destacar apenas as enormes limitações da minha pequena fala. Sempre me dediquei à história política e, portanto, não poderia aventurar-me

* Professor nos Departamentos de História da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul e da Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre, Brasil. E-mail: <gertz@cpovo.net>.

¹ Este texto foi, originalmente, apresentado na mesa-redonda “Especificidades do Sul”, no X Encontro Estadual de História da ANPUH-RS, realizado na Universidade Federal de Santa Maria, Rio Grande do Sul, de 26 a 30 de julho de 2010. Isso explica o estilo coloquial de algumas passagens, mas como o texto pretende ser, também, um “manifesto”, que conclama à retomada de uma discussão, resolveu-se manter o formato original.

num outro campo, como alguns componentes desta mesa. E nessa perspectiva da história política, não há dúvida de que uma das supostas peculiaridades do Rio Grande do Sul mais popularizadas na tradição historiográfica das últimas décadas está subsumida na expressão “coronel burocrata”, a qual se refere a uma realidade que teria conferido ao estado mais sulino do Brasil uma característica bem específica, peculiar, numa comparação com o restante do país, sobretudo quando se atenta para a tradição que se instaurou após a proclamação da República. E é por aí que vou começar a me movimentar, ainda que, mais adiante, esse tema se desdobrará em outras direções. Devo antecipar, também, com toda ênfase possível, que não chegarei a nenhuma grande conclusão inédita, talvez até transpareça uma certa ambivalência em relação ao tema. Por isso, a única intenção é a de delinear alguns aspectos da discussão, recorrendo para isso a frequentes e, às vezes, longas citações, com o objetivo de destacar pontos que parecem centrais, e que, na minha opinião, merecem ser retomados, mesmo que a muitos dos presentes possa parecer que esse tema está totalmente ultrapassado, encerrado.

Penso, pelo contrário, que a grande divergência de opiniões que ficou em aberto após os debates até agora realizados justifica a retomada do assunto, ainda que alguns estarão chacoalhando a cabeça em sinal de desaprovação. Farei uma apreciação muito pessoal, inclusive sem nenhuma pretensão de incluir eventuais resenhas já feitas. O caráter arbitrário na escolha dos autores, e a “leitura” que eu fiz de seus textos visa, justamente, a ser polêmico, pois a própria definição desta mesa-redonda me pareceu ter como um de seus objetivos gerar alguma polêmica. Ao final, mediante o recurso à historiografia de um outro país, tentarei mostrar que essa discussão não é bizantina e restrita ao Rio Grande do Sul, que ela também foi travada em outros lugares, incluindo países assim chamados “centrais”. Enfim, vou propor que a inconclusão do debate travado no passado justifica sua retomada.

Início com uma brevíssima descrição do tema, porque talvez alguns ouvintes mais jovens não estejam totalmente familiarizados com a discussão.

Se minha memória e minhas leituras não me traem por completo, a expressão “coronel burocrata” foi cunhada, originalmente, por Sérgio da Costa Franco, em um artigo intitulado “O sentido histórico da revolução de 1893”, de 1962, e retomada em um livro de 1967 chamado *Júlio de Castilhos e sua época* (Costa Franco, 1962; e Costa Franco, 1967, respectivamente). Mais tarde, ela foi assumida e popularizada por Joseph Love, num livro que consta em qualquer bibliografia que um

aluno de um curso de História recebe na disciplina de História do Rio Grande do Sul, e leva o título de *O regionalismo gaúcho* (Love, 1975). O terceiro autor muitas vezes arrolado para exemplificar essa mesma linha de interpretação é Raymundo Faoro, em *Os donos do poder* (Faoro, 1975).

Mas, em relação a este último, talvez a professora Helga Piccolo não estivesse totalmente errada quando escreveu:

Não é porque Faoro fosse sul-rio-grandense que ele deveria puxar a brasa para o seu estado natal. Mas como pretendia escrever uma obra sobre o Rio Grande do Sul, poder-se-ia esperar que a história do Rio Grande do Sul tivesse um espaço significativo em *Os Donos do Poder*. Quem assim pensou, como nós, ficou frustrado.

[...].

É nos capítulos XIV e XV, respectivamente, sobre os fundamentos políticos da República Velha e sobre a Revolução de 30, que o Rio Grande do Sul mais aparece, embora palidamente. Nesse sentido, vale-se muito de Joseph Love, transcrevendo trechos do livro já clássico... (...). É de assinalar que a obra de Love é, na bibliografia consultada por Faoro, o livro mais recente de que se valeu. Como já foi dito, o factual é privilegiado por Faoro, sem aportes inovadores (Piccolo, 2004, p. 9-10).

O conceito de “coronel burocrata” recebeu sua primeira contestação mais elaborada por parte de Loiva Otero Félix, em uma tese de doutorado publicada sob o título *Coronelismo, borgismo e cooptação política* (Félix, 1987). Discípulos da professora Loiva Félix continuaram essa crítica, sob novas perspectivas, como o fez, por exemplo, Gunter Axt, em sua tese de doutorado intitulada *Gênese do estado moderno no Rio Grande do Sul (1889-1929)* (Axt, 2011). A primeira edição do livro da professora é de 1987. Cinco anos depois, ela publicou um artigo na revista *Estudos Leopoldenses*, da UNISINOS, chamado “As relações coronelistas no estado borgista: discussão historiográfica”. E é desse artigo que vou fazer uma citação mais ou menos longa, para depois tecer alguns comentários.

O poder local no Rio Grande do Sul continuou forte, ao longo das duas décadas do século [XX], não se chocando nem sendo anulado pelo Estado borgista, mas perfeitamente ajustado a ele, numa política de controle e complementariedade, estabelecendo-se o compromisso coronelista, através da intermediação dos subchefes de polícia. Em geral, o coronel gaúcho não tinha força suficiente

para o enfrentamento e [a] negociação direta com o Estado, pois no Rio Grande do Sul o poder estadual não é fraco diante do poder local, como foi a regra na grande maioria dos estados brasileiros. No Rio Grande do Sul, o poder local era forte, mas também o eram o Estado/Partido. Não sendo possível, nem desejado, o enfrentamento, a solução ideada por Castilhos e continuada por Borges, foi a de um comportamento político intermediário, integrando os coronéis à estrutura partidária, colocando-os nas comissões diretoras dos diretórios municipais do PRR e investindo-os em funções políticas intencionais, nos conselhos intencionais (ou municipais) e nas funções políticas do município e do distrito. Na verdade, o grande poder estava no partido, representado pelo Poder Executivo. O poder das comissões executivas era figurativo (conseguir emprego, abrir estradas etc...). Com isso, delineou-se um tipo de coronelismo conhecido como de *modelo borgista*, onde se uniam a cooptação e a coerção. Aqui [sim] parece-nos residir uma diferença na relação do Estado com o poder local relativamente à maioria dos demais estados, onde a força do coronel era maior diante de poderes estaduais (Félix, 1992, p. 83).

Para comentar alguns aspectos das afirmações contidas nessa longa citação, torna-se necessário apresentar, ainda que de forma absolutamente resumida, aquilo que Sérgio da Costa Franco, Joseph Love e Raymundo Faoro – os três citados pela professora Loiva como comprometidos com o conceito do qual ela discorda – escreveram sobre o “coronel burocrata”. Costa Franco o definiu como “chefe municipal, às vezes sem fortuna e sem raízes locais, porém armado de extraordinários poderes de coação, e inteiramente submisso à executiva do partido e ao presidente [do estado]” (Costa Franco, 1962, p. 215).² Love, por sua vez, deu maior ênfase à diferenciação em relação ao restante do país, quando escreveu que “em outros estados, o coronel obtinha usualmente sua posição no partido oficial em função de seu poder econômico e prestígio social dentro de certa área. Apesar de estes fatores terem um significado no Rio Grande [do Sul], existia uma qualificação indispensável para alguém exercer o poder local: a disposição de acatar decisões partidas de cima” (Love, 1975, p. 84).

Quanto a Faoro, além da crítica de Helga Piccolo de que ele, na verdade, não traria nada de novo além daquilo que, antes dele, dissera Love, a coerência de seu posicionamento ao longo de todo o livro *Os donos do poder* sugere que as peculiaridades ou diferenças a que ele

² A frase foi repetida quase *ipsis litteris* em Costa Franco, 1967, p. 203.

se refere devam ser classificadas muito mais de “nominalistas” que de “essencialistas”, entre os coronéis do Brasil, em geral, e os do Rio Grande do Sul, em particular.

Que ninguém vá buscar na tradição filosófica universal uma definição dos adjetivos “nominalista” e “essencialista” – o que quero dizer é que para Faoro essa diferença, provavelmente, não era fundamental para a tese central do seu livro. É possível, por isso, que aquilo que a própria professora Loiva aponta em sua contribuição para o tema esteja no fato de ele ter valorizado um coronel que é *formalmente* burocrata, com destaque especial para o oficial da Brigada Militar. Assim, numa pergunta retórica, Faoro escreveu: “Por que não simplifica[r] as coisas, com a adoção do modelo Borges de Medeiros, transformando o coronel em burocrata, cujo padrão seria o coronel da Brigada Militar?” (Faoro, 1975, p. 638). Essa frase talvez nos autorizasse a dizer que, na opinião do autor, o coronel sul-rio-grandense constituía o modelo – ou o “típico-ideal” – mais “perfeito” do coronel brasileiro.³

Apresentadas, dessa forma extremamente fragmentada e resumida, as posições de ambos os lados, vamos a algumas poucas considerações. Como mostra a citação da professora Loiva, ela própria admite uma diferença daquilo que chama “modelo borgista” de coronel, na comparação com o modelo supostamente dominante nos demais estados brasileiros. Mas eu penso que da mesma forma que Faoro admite essa diferença, sem que ela seja – para ele – *qualitativamente* decisiva, e, por isso, apenas “nominalista”, assim também a professora Loiva admite que a diferença existe, mas não teria peso *fundamental*. Vejo a questão da seguinte forma: em Faoro, o modelo patrimonialista caracterizaria o Brasil como um todo, e esse modelo poderia registrar no Rio Grande do Sul sua versão mais elaborada, sem que fosse fundamentalmente diferente. Inversamente, para a professora Loiva o modelo daquilo que ela chama de “cooptação” (expressão que *aqui* é apresentada sem comentário, mas à qual se voltará mais adiante) caracterizaria a situação brasileira como um todo, e se apresentaria de forma apenas um pouco diferente no Rio Grande do Sul.

Se essa interpretação é correta, as críticas a Sérgio da Costa Franco e a Joseph Love teriam outra base, se localizariam em outro patamar. Trata-se da discussão sobre as relações *fundamentais* de Estado versus Sociedade ou, em outros termos, da discussão sobre o primado

³ Tenho plena consciência de que essa possa ser uma simplificação, mas creio que uma “leitura” “ideal-típica” a justifica.

da política, por um lado, ou o primado de economia e sociedade, por outro lado. E nessa perspectiva, é possível fazer deduções em várias direções. Até se poderia chegar a ver nesses dois autores um endosso – ainda que subentendido e, certamente, não intentado – daquilo que costuma ser chamado de “historiografia tradicional” situacionista sobre o tema, com sua ênfase em grandes personalidades. Pois se aqui no Rio Grande do Sul vigora o primado da política, essas personalidades poderiam ser vistas como agindo em favor do interesse comum, como grandes líderes políticos, que se empenhariam pelo bem da “nação” gaúcha. Dessa forma, a assim chamada “historiografia tradicional”⁴ poderia estar sugerindo que aqui o poder dos grupos socioeconômicos estava submetido a algum controle, que aqui bons políticos faziam uma administração a favor do bem comum – é evidente que uma “historiografia tradicional” oposicionista dizia o contrário.

Mas, inversamente, pode-se desqualificar afirmações desse tipo – as quais, sem dúvida, tentam refletir uma imagem positiva da política gaúcha – como “ideológicas”, por tentarem encobrir a dominação de grupos de interesse socioeconômicos, de frações de classe ou de classes. Tanto nos textos da professora Loiva quanto na tese de Gunter Axt, defende-se justamente o posicionamento de que *também* no Rio Grande do Sul a dominação socioeconômica foi muito parecida com aquela do restante do Brasil (e do mundo), e que a hegemonia política correspondia, de forma simétrica, a essa dominação. Em vez de uma frase da professora Loiva, recorro aqui a uma frase de Gunter Axt, ao definir o sentido de sua tese de doutorado: “A reflexão conduzida nesse trabalho foi inspirada, de uma parte, na discussão historiográfica *brasileira* sobre o sistema coronelista, e, de outra, nos conceitos do atual debate marxista acerca das funções e características da instituição estatal em conexão *direta* com os interesses sociais” (Axt, 2011, p. 12 – os grifos foram acrescentados ao original).

Espero não estar errando na “leitura” dessa frase, mas entendo que ela queira dizer que o coronelismo no Rio Grande do Sul não possui *nada* de *essencialmente* diferente daquele do restante do país, e que todo e qualquer coronelismo reflete uma correspondência entre dominação socioeconômica e poder político (abstraindo, é claro, de eventuais detalhes sobre “autonomia relativa” do Estado, e coisas do gênero). Poderia dizer-se, também, que Gunter Axt queria mostrar que

⁴ Tanto Loiva Otero Félix (1992, p. 69) quanto Gunter Axt (2011, p. 17) referem-se, de forma expressa, a essa suposta terceira tradição historiográfica.

existe um caminho “normal” de concretização da “lógica” dos interesses socioeconômicos dominantes, em qualquer parte do mundo, e que no Brasil – incluindo o Rio Grande do Sul – não foi diferente. Quem, entre os historiadores acadêmicos, pleiteia uma *peculiaridade* para o estado gaúcho poderia correr o risco de parecer tão “ideológico” quanto os historiadores chamados “tradicionais”, com suas louvações aos “grandes homens”, que são pressupostos – nesse tipo de historiografia – como agindo acima e independentes da citada “lógica”.⁵

Antes de prosseguir, convém fazer um parêntese para observar que, na tradição intelectual brasileira, com muita frequência, não só o Rio Grande do Sul é apresentado como *diferente* daquilo que se supõe como “normal”. Há uma tradição de pensamento muito forte – ao menos no período republicano – que apresenta o Brasil todo como *diferente*, e, em geral, *negativamente* diferente, de algo que seria “normal”.⁶ Sérgio Buarque de Holanda (1936), com sua classificação de “homem cordial”, vai nessa direção, pois o autor não queria elogiar-nos com essa expressão. O citado Raymundo Faoro (1975), com seu diagnóstico sobre os efeitos nefastos do patrimonialismo, é outro exemplo na mesma direção.

Entre autores contemporâneos de Buarque de Holanda e de Faoro, temos um diagnóstico correspondente, ainda que em sentido inverso. Se nos termos da discussão atual o diagnóstico de Holanda e Faoro passava pelo lamento do não-funcionamento daquilo que se poderia chamar de “modelo de mercado” – que seria o “normal” –, já nos anos 1920 aqueles que – em artigo clássico de Bolívar Lamounier (1977) – foram rotulados de “ideólogos do Estado” pensavam que no Brasil se tentara implantar, equivocadamente, porque de forma artificial, uma “normalidade” que aqui não tinha chance de prosperar, motivo pelo qual se teria de implantar algo *diferente*, para lidar com as deficiências e as mazelas produzidas pela ordem liberal, pelo “mercado”, que foi artificialmente intentada. Interpretando o posicionamento desses pensadores, poderia dizer-se que, no Brasil todo, uma ordem política baseada no primado de economia e sociedade não tinha possibilidade de vingar, e que a confusão derivada dessa opção só seria sanada com a implantação de algo diferente, o estabelecimento da primazia do político. Nessa perspectiva, no Brasil

⁵ Quanto à discussão em torno das relações do poder local com o poder regional ou mesmo nacional, no Brasil, pode-se recorrer a Carvalho, 1998.

⁶ Existem também avaliações que apresentam um Brasil *positivamente* diferente, linha de interpretação que pode passar pelo conde Affonso Celso (1900), por Gilberto Freyre (1933), e desembocar, na atualidade, em autores como Jessé Souza (2000). Cf. Sell, 2007.

se teria cometido um grande erro ao tentar ser “normal”. E, por isso, a construção de algo diferente, a implantação de uma realidade em que houvesse a supremacia da política, constituiria um imperativo ético, político.

Chama a atenção que os formuladores desta última concepção, com sua respectiva proposta, são, muitas vezes, classificados como “protofascistas”, como precursores e ideólogos da ditadura estadonovista. Mas, de repente, a gente se surpreende que num livro de um dos mais destacados ideólogos do esquerdista ISEB, lá na década de 1950, se encontra um elogio escancarado a essa gente. Trata-se de Alberto Guerreiro Ramos, em seu livro *A crise do poder no Brasil*. Ele dedicou três capítulos a correntes de pensamento do período da revolução de 1930: a “ideologia da ordem”, representada, sobretudo, pelo pensamento arquiconservador católico; as elocubrações da “*jeunesse dorée*”, que seriam produto de pensadores com barriga cheia; e, finalmente, aqueles que seriam classificados, de forma injustamente pejorativa – segundo o autor –, como “inconsciente sociológico”, entre os quais arrolou os citados “protofascistas”. Nesse contexto, Guerreiro Ramos escreveu que, “ao reler os trabalhos de Azevedo Amaral, ninguém pode furtar-se à verificação de que neles está presente o estudioso mais lúcido e competente da década de 1930” (Ramos, 1961, p. 178-179). Não tenho dúvida de que devemos interpretar essa afirmação como um claro endosso à “ideologia de Estado”, e, nesse sentido, a tradição gaúcha do primado da política pode ser vista como indiretamente elogiada. E veremos que não estou falando de uma hipótese abstrata. Vou citar ao menos um autor que se alinha, claramente, a essa orientação.⁷

Feito esse excursão sobre alguns autores que destacam a peculiaridade do Brasil como um todo, devo fazer uma referência a mais dois autores que se dedicam às supostas ou efetivas especificidades do Rio Grande do Sul, e sua inserção no Brasil. O primeiro deles é Simon Schwartzman, um dos mais destacados discípulos de Raymundo Faoro. Mas se aqui foi dito que o mestre, aparentemente, não deu importância fundamental a uma possível diferença do nosso estado frente à situação do país como um todo, o discípulo, sem dúvida, viu a situação numa perspectiva bastante diferente. Em 1975, Schwartzman publicou um livro intitulado *São Paulo e o Estado Nacional*. Ainda que uma versão revisada do mesmo tenha sido publicada em 1982, como *Bases do autoritarismo brasileiro*, não

⁷ A bibliografia a respeito da contraposição entre “idealismo constitucional” e “idealismo orgânico”, subjacente a essa discussão, é extensa, motivo pelo qual remeto a apenas um autor: Brandão (2007, em especial, p. 21-67).

há dúvida de que o título da primeira edição é extremamente importante para uma compreensão adequada daquilo que aqui nos interessa. O autor propõe uma regionalização do Brasil, destacando quatro regiões básicas: a Capital (historicamente, o Rio de Janeiro), as regiões “tradicionais” (que seriam aquelas que tiveram esplendor econômico, no passado, mas o perderam – concretamente: Minas Gerais e Nordeste), São Paulo (com seu desenvolvimento relativamente independente em relação ao poder político central), e Rio Grande do Sul. Sobre este último estado, o autor afirma que sempre desempenhou, no contexto nacional, um papel *político* proporcionalmente superior a sua importância *econômica*; de forma que, apesar da marginalidade geográfica, no mínimo desde o final do século XIX, faz parte do *centro* da política nacional; por sua posição de fronteira militar, desenvolveu um peculiar amálgama entre uma tradição militar local e a “cultura boiadeira”; e assim, “o papel político do Rio Grande, a nível nacional, tem, historicamente, mais a ver com sua tradição militar, caudilhesca, revolucionária e oligárquica do que com os aspectos modernos e europeizados de sua economia e sociedade”; internamente, a política não é tradicional e baseada em fidelidades construídas em algum momento do passado, quando a economia era mais dinâmica (Schwartzman, 1975, p. 52-54; a citação está na p. 54).

Importante nessa visão de Schwartzman é que nem tudo no Brasil está perdido. Há uma região que tinha, e – apesar do pessimismo confesso do autor – continua tendo tudo para dar certo: São Paulo. Mas esse estado foi manietado pelo tradicionalismo do restante do Brasil, e, sobretudo, pelo predomínio político exercido e difundido pelo Rio Grande do Sul.

“Neste livro, será proposta uma relação íntima entre ‘patrimonialismo’, uma característica estrutural, e ‘cooptação política’, própria do nível político” (Schwartzman, 1975, p. 21); “cooptação política tende a predominar em contextos em que estruturas governamentais fortes e bem estabelecidas antecedem historicamente os esforços de mobilização política de grupos sociais” (Schwartzman, 1975, p. 22). À cooptação contrapõe-se a “representação”,

modelo [que] supõe que o surgimento de uma economia capitalista mais ativa em um país tende a gerar grupos de interesse ativos nos dois lados da divisão social de classes. O tipo de política que assim emerge implica, geralmente, em mais preocupação com políticas governamentais que com empregos; quando os políticos

aumentam seu poder e prestígio, aumenta também a necessidade de as lideranças corresponderem às expectativas e demandas das bases que lhes outorgam poder. Eles podem tornar-se burocratas de seus partidos, *mas dificilmente burocratas governamentais*.

[...].

É possível mostrar que, se formas embrionárias de *representação* política existiram no Brasil, elas tenderam a se concentrar na área de São Paulo. Elas nunca chegaram a ser suficientemente fortes para moldar o quadro político nacional, mas foram suficientemente significativas para manter o estado de *São Paulo como uma entidade politicamente diferenciada dentro do país* (Schwartzman, 1975, p. 23-24).

É claro que, na opinião de Schwartzman, no Rio Grande do Sul teria vigorado o modelo de *cooptação*.⁸

Quem conhece a obra de Schwartzman – e o próprio título indica muita coisa – sabe que aquilo que ele defende é que São Paulo foi a região que apresentava elementos embrionários de um desenvolvimento “normal” para o Brasil, para a implementação de uma ordem liberal, um estado moderno, não-patrimonialista. E, nesse sentido, São Paulo apresenta uma peculiaridade única *positiva* frente ao restante do país. Se essa tendência não tivesse sido frustrada, abafada, o Brasil poderia ser um país desenvolvido. Parafraseando uma conhecida propaganda de vodka, poderia dizer-se que aquilo que São Paulo *poderia ter sido*, o Brasil todo *poderia ser hoje*. Infelizmente, o Rio Grande do Sul teve um papel muito importante para impedir que esse “efeito Orloff” se concretizasse neste país. Desgraçadamente, a política de “cooptação” gaúcha teria sido vitoriosa sobre a política de “representação” paulista – e essa seria a tragédia do Brasil, segundo Schwartzman.⁹

Mas, numa prática que possui alguma tradição na história intelectual do planeta, muitas vezes, intelectuais aproveitam seu inspirador para

⁸ Ainda que não se queira aprofundar essa questão, parece que a professora Loiva não tem a mesma compreensão da palavra “cooptação”. Mesmo que a diferença com a concepção de Schwartzman não fique totalmente evidente na definição formal do conceito, na introdução do livro (Félix, 1987, p. 16), as diferenças ficam mais claras no citado artigo. Numa crítica a um trabalho de Alírio Eberhardt, a autora diz o seguinte: “O próprio autor contradiz-se quando, no trecho anteriormente citado, nega a existência de cooptação no RS e, mais adiante, reconhece o poder dos coronéis e sua relação com o governo” (Félix, 1992, p. 74). Essa frase sugere que a autora quer dizer que a “cooptação” constitui o padrão “normal” de coronelismo em todo o país – enquanto em Schwartzman “cooptação” é aquilo que não é típico da “normalidade” paulista, mas sim da “peculiaridade” do Rio Grande do Sul.

⁹ Sem entrar em detalhes, cabe referir também o debate travado entre Schwartzman e Richard Morse, no final da década de 1980, resumido por Oliveira, 2000.

virá-lo de cabeça para baixo, a fim de propor ou pleitear o inverso daquilo que ele disse ou defendeu. Nessa linha, Luiz Roberto Pecoits Targa, em artigo intitulado “Negações da identidade do Rio Grande do Sul”, abriu uma nota de rodapé com um grande elogio a Schwartzman, louvando-o por ter sido um dos poucos a destacar e a assumir as *diferenças* do Rio Grande do Sul em relação ao restante do Brasil. “O resultado de toda essa valentia intelectual [daqueles que tentam negar as peculiaridades do Rio Grande do Sul] é o de borrar a fisionomia da história do Sul, o de esmaecer seus traços característicos. No fundo, o que a maioria precisa negar é a autonomia e a individuação da formação histórica meridional”. E a essa observação Targa acrescenta a seguinte nota: ”Existe uma *notória exceção*: Simon Schwartzman. Ele distingue quatro regiões com culturas políticas distintas no Brasil: (a) a constituída pelo centro político nacional (Rio de Janeiro, depois Brasília); (b) a constituída por Minas Gerais e o ‘resto do País’; (c) a de São Paulo; e (d) a do Rio Grande do Sul” (Targa, 2003b, p. 301).¹⁰

De fato, nesse artigo, e também noutro sobre a revolução federalista de 1893-95, publicado antes, no mesmo ano, Targa coloca Schwartzman de cabeça para baixo. Se este enxerga em São Paulo um potencial para trilhar o caminho “natural” da modernização do Brasil, com seus ensaios de implantação de uma política de “representação”, ensaios que, *infelizmente*, teriam sido frustrados pela política de “cooptação” praticada pelo Rio Grande do Sul, e exportada para todo o país, sobretudo a partir de 1930 e a subsequente subjugação de São Paulo neste ano e, depois, em 1932, ele, Targa, transforma o Rio Grande do Sul no centro irradiador da ação salvífica do país.

Como não disponho de tempo para uma análise minuciosa do texto, vou reproduzir as frases inicial e final do artigo de Targa:

É evidente, para qualquer pessoa de bom senso, seja ela um sul-riograndense, seja um outro brasileiro, que o mundo do Sul, mesmo hoje em dia, continua sendo muito distinto dos demais mundos brasileiros, e muito mais do que eles o são entre si. No entanto, a maior parte dos intelectuais gaúchos formados nas escolas do “centro” – assim como, é claro, a própria intelectualidade das universidades do “centro” – decidiu que não é assim. Todos resolveram que o Rio Grande do Sul deveria ser *igual* ao resto do País. Para esses intelectuais, obviamente, o seu exercício lhes

¹⁰ O artigo de Targa deriva de sua tese de doutorado (Targa, 2002), a qual não foi utilizada aqui. Uma rápida resenha da mesma pode ser conferida em Heinz, 2006, p. 144-145.

parece ser o de ir além das aparências. No entanto, não vão. O que fazem é repetir o modelo interpretativo ensinado no “centro”.

[...].

Possuímos enormes dúvidas quanto à possibilidade de pensarmos que uma economia e uma sociedade periféricas sejam capazes de gerar experiências políticas de vanguarda no contexto nacional, fato que quer dizer, para nós, que a sociedade meridional nunca foi uma sociedade periférica. No bem dizer de Vitor Ramil, ela é “o centro de uma outra história” (Targa, 2003b, p. 300 e 319-320).

Com isso, o autor quer dizer que se algo de bom aconteceu ao Brasil foi o fato de o Rio Grande do Sul ter sido *diferente*. Se para Simon Schwartzman o “efeito Orloff” (isto é, a possibilidade de, amanhã, sermos todos iguais a São Paulo – e mais: iguais ao “primeiro mundo”), *infelizmente*, não aconteceu, para Targa, *felizmente*, aconteceu algo de ótimo, em sentido inverso, pois, mesmo que o Brasil ainda não se tenha convencido, talvez um dia venha a convencer-se de que se hoje o país apresenta algo de bom – sua industrialização, sua modernização, sua legislação social – ele o deve ao fato de ter-se transformado naquilo que o Rio Grande decidiu ser ontem, graças à clarividência de Júlio de Castilhos.

Esse impasse historiográfico – mas também ético, normativo, político – em que nos encontramos não é exclusivamente gaúcho e brasileiro. Um dos mais importantes debates na mesma direção realizou-se na Alemanha, sob a rubrica do *Sonderweg*, a “via peculiar” – motivo do título deste texto. Na tradição de língua portuguesa certamente é mais conhecida a expressão “via prussiana” para designar o modelo alemão que, supostamente, lá se desenvolveu, no mínimo, desde meados do século XIX, mas, sobretudo, depois da unificação alemã, em 1871. Mais ou menos como no caso do Rio Grande do Sul, a ideia de um desenvolvimento *sui generis* foi encarada, durante muito tempo, sob uma luz positiva – intelectuais e políticos alemães enxergavam a “peculiaridade” alemã como elemento vantajosamente distintivo frente ao restante da Europa, e também frente à continuidade do suposto ou efetivo absolutismo oriental, russo.

Segundo o historiador Winfried Schulze, “enquanto [o conceito de *Sonderweg*] expressava, ao final do século XIX, a certeza que a Alemanha tinha de si mesma de que era superior aos sistemas político-culturais da Europa ocidental, constituindo, portanto, a partir da perspectiva alemã, um conceito *positivo*, ele se transformou, sobretudo depois da Segunda Guerra Mundial, em um modelo de interpretação *negativo*, utilizado para explicar a ‘catástrofe alemã’” (Schulze, 2002,

p. 229).¹¹ Hans-Ulrich Wehler foi um dos principais historiadores a se preocupar com a perspectiva do *Sonderweg*, e, segundo ele, as pesquisas a respeito “destacaram os efeitos do fracasso da revolução de 1848 e do regime autoritário de Bismarck, que durou três décadas, mostraram as fraquezas dos partidos e do sistema parlamentar, a força continuada das velhas elites agrárias, da burocracia e do exército, a influência de valores e normas tradicionais, mesmo em um período que se caracterizou pela rápida modernização econômica da Alemanha” (Wehler, 1998, p. 79).

Wehler, ao detalhar aspectos empíricos do *Sonderweg* – que ele trata como realmente existente, e não apenas como “ideologia” – refere os seguintes elementos: tensão entre tradição e modernidade; domínio prussiano; posição antiparlamentar e antidemocrática; absolutismo esclarecido, que executou algumas reformas até antes da Revolução Francesa, levando, porém, a uma prática de submissão e de fidelidade incondicional à autoridade constituída; destaque especial para o ser alemão e sua especificidade em relação aos demais povos da Europa; tendência de enfatizar a *cultura* alemã, em contraposição à *civilização* universal (a primeira seria histórica, emocional, hierárquica; a segunda seria abstrata, racional, democrática de massas); o modelo teria levado a uma modernização socioeconômica rápida, mas a modernização política teria sido prejudicada, com a permanência de elites pré-modernas (*Junker*), e uma burguesia sem acesso direto ao poder, assim que a frustração resultante das restrições ao poder da burguesia teria derivado para o nacionalismo, o antissemitismo, o militarismo, o colonialismo.¹²

Ainda que essa visão sobre o *Sonderweg* não seja unânime na historiografia alemã, ela teve uma grande aceitação depois da Segunda Guerra Mundial, e esteve no centro de uma das mais acirradas “querelas” de que os historiadores alemães participam, de tempos em tempos, desde, no mínimo, o final do século XIX. Trata-se da assim chamada “querela de historiadores”, o *Historikerstreit*, que, cronologicamente, se concentrou nos anos de 1986 a 1988. Entre os muitos aspectos envolvidos nessa querela estava a pergunta se o nazismo e o consequente Holocausto constituíram um simples “acidente” histórico, ou se eles foram um resultado óbvio, teleológico, do *Sonderweg* alemão, do desenvolvimento “peculiar” da Alemanha?¹³

¹¹ Resenhas sobre a discussão historiográfica em torno do *Sonderweg* podem ser vistas em Kocka, 1982; Peter, 1995, p. 143-152.

¹² Cf. também Kocka, 1982.

¹³ Sobre o *Historikerstreit*, cf. Peter, 1995; Borowsky, 2005; Pohlmann, 2007.

Talvez um pouco parecido com nosso debate sobre as peculiaridades do Rio Grande do Sul, a “querela de historiadores” alemães não chegou a um ponto final, e, muito menos, a um consenso. A própria queda do muro, em 1989, pode ter levado a sua suspensão. Mas justamente a reunificação fez com que alguns historiadores alertassem para os perigos que essa nova situação poderia representar em tentativas de percorrer, mais uma vez, uma “via peculiar”, um novo *Sonderweg* para o país reunificado. Nesse sentido, um dos mais destacados historiadores alemães, Jürgen Kocka, escreveu na conhecida revista *Die Zeit*, em 1990, um artigo com o significativo título “Por favor, não venham com um novo *Sonderweg* – qualquer parcela de desocidentalização constituiria um preço demasiadamente elevado para a unidade alemã” (Kocka, 2001, p. 68-77).

Claro, no Rio Grande do Sul e no Brasil não ocorreu um Holocausto – ao menos não de 6 milhões de seres humanos. Tivemos os mais de 10 mil mortos da Revolução Federalista, um número não muito preciso de mortos no Estado Novo¹⁴, mais as centenas de mortos, desaparecidos e torturados do regime militar. E podemos encarar essa trajetória como consequência das maldades iniciadas por Júlio de Castilhos – “o homem que inventou a ditadura no Brasil” (Freitas, 1998) –, continuadas pelo maquiavelismo de Getúlio Vargas durante, no mínimo, 15 anos, e retomadas pelo autoritarismo dos três generais gaúchos que governaram o Brasil durante o regime militar.

Mas pode-se contar essa trajetória também por outro ângulo: ela teria começado com a gloriosa vitória de Júlio de Castilhos na Revolução Federalista, já que, na opinião de Luiz Roberto Targa, por exemplo, “a ditadura [então] instalada pelos positivistas possui[u] a função *necessária* de afastar a oligarquia tradicional do poder regional” (Targa, 2003a, p. 148 – grifo acrescentado ao original); continuou depois com a clarividência de Getúlio Vargas em relação ao processo de modernização do país, com o desenvolvimentismo, a industrialização e a inclusão da classe operária; e, mesmo que alguns ainda terão pruridos em fazer elogios expressos aos governos de Costa e Silva e, sobretudo, de Médice, com um pouco de coragem, o nome de Geisel já pode ser pronunciado, sem maiores problemas, como continuador desse processo,

¹⁴ Um historiador que destaca a continuidade entre a tradição (não necessariamente “negativa”) do castilhismo e o Estado Novo é Hentschke (2004). A respeito do “ensaio” intervencionista de Vargas enquanto governador do Rio Grande do Sul (1928-1930), cf. Axt (2006).

pois, afinal, seu programa estatizante talvez não tenha sido dos piores, e ele até “peitou” os Estados Unidos.¹⁵

Por tudo isso, em vez de dar por encerrada nossa discussão sobre a “via peculiar” do Rio Grande do Sul, talvez não fosse de todo desaconselhável desencadear também entre nós um *Historikerstreit*, uma “querela de historiadores”.¹⁶ O tema, com certeza, comporta mais debates, seja na perspectiva normativa, política, seja na perspectiva historiográfica. Não é de todo indiferente qual das duas alternativas se esteja trilhando ou se queira trilhar.

Referências

AXT, Gunter. The origins of an “enigma”: Getúlio Vargas, Rio Grande do Sul’s decaying *coronelismo*, and the genesis of the interventionist state before the 1930 revolution. In: HENTSCHEKE, Jens R. (ed.). *Vargas and Brazil: new perspectives*. New York: Palgrave Macmillan, 2006. p. 31-53.

AXT, Gunter. *Gênese do estado moderno no Rio Grande do Sul 1889-1929*. Porto Alegre: Paiol, 2011.

BOROWSKY, Peter. Der Historikerstreit. Wie geht die Deutsche Geschichtswissenschaft mit der nationalsozialistischen Vergangenheit um? In: BOROWSKY, Peter. *Schlaglichter historischer Forschung*. Studien zur deutschen Geschichte im 19. und 20. Jahrhundert. Hamburgo: Hamburg University Press, 2005. p. 63-87. Disponível em: <http://hup.sub.uni-hamburg.de/opus/volltexte/2008/9/pdf/HamburgUP_Borowsky_Schlaglichter.pdf>.

BRANDÃO, Gildo Marçal. *Linhagens do pensamento político brasileiro*. São Paulo: Aderaldo & Rothschild Editora, 2007.

CARVALHO, José Murilo de. Mandonismo, coronelismo, clientelismo: uma discussão conceitual. In: CARVALHO, José Murilo de. *Pontos e bordados: escritos de história e política*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 1998. p. 130-153.

CELSO, Affonso. *Porque me ufano do meu país*. São Paulo: Laemmert, 1900.

COSTA FRANCO, Sérgio da. O sentido histórico da revolução de 1893. In: *Fundamentos da cultura rio-grandense*. Porto Alegre: Faculdade de Filosofia da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 1962. p. 193-216.

COSTA FRANCO, Sérgio da. *Júlio de Castilhos e sua época*. Porto Alegre: Globo, 1967.

FAORO, Raymundo. *Os donos do poder*. Porto Alegre: Globo, 1975.

FÉLIX, Loiva Otero. *Coronelismo, borgismo e cooptação política*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1987.

¹⁵ *O Estado de São Paulo* de 29 de abril de 2010 noticiou que o presidente Lula disse que Ernesto Geisel foi “o presidente que comandou o último grande período desenvolvimentista do país”.

¹⁶ Tivemos um “momento denso” dessa discussão no início do século XXI, pois em três anos surgiram três teses de doutorado a respeito: Herrlein Jr., 2000; Axt, 2011 (original de 2001); e Targa, 2002. Mas, aparentemente, essa discussão não se “popularizou” entre historiadores-políticos.

FÉLIX, Loiva Otero. As relações coronelistas no estado borgista: discussão historiográfica. *Estudos Leopoldenses*, São Leopoldo, v. 28, n. 127, 1992.

FREITAS, Décio. *O homem que inventou a ditadura no Brasil*. Porto Alegre: Sulina, 1998.

FREYRE, Gilberto. *Casa grande e senzala*. Rio de Janeiro: José Olympio, 1933.

HEINZ, Flávio M. Elites, estado y reforma en Uruguay y Brasil meridional: castilhismo y batlismo em perspectiva comparada. El caso de las elites de Rio Grande do Sul en la transición del siglo XIX al XX. In: REGUERA, Andrea et al. *Los rostros de la modernidad: vías de transición al capitalismo: Europa y América Latina – siglos XIX/XX*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2006. p. 137-161.

HENTSCHKE, Jens R. *Positivism gaúcho-style: Júlio de Castilho's dictatorship and its impact on state and nation-building in Varga's Brazil*. Berlim: Verlag für Wissenschaft und Forschung, 2004.

HERRLEIN Jr., Ronaldo. *Rio Grande do Sul, 1889-1930: um outro capitalismo no Brasil Meridional?* Tese (Doutorado) – UNICAMP, Campinas, 2000.

HOLANDA, Sérgio Buarque de. *Raízes do Brasil*. Rio de Janeiro: Livraria José Olympio Editora, 1936.

KOCKA, Jürgen. Der “deutsche Sonderweg” in der Diskussion. *German Studies Review*, Northfield (MN/USA), v. V, n. 3, p. 365-379, 1982.

KOCKA, Jürgen. Nur keinen neuen Sonderweg. Jedes Stück Entwestlichung wäre als Preis für die deutsche Vereinigung zu hoch. In: KOCKA, Jürgen. *Interventionen: der Historiker in der öffentlichen Verantwortung*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 2001. p. 68-77.

LAMOUNIER, Bolívar. Formação de um pensamento político autoritário na Primeira República. Uma interpretação. In: FAUSTO, Boris (dir.). *História Geral da Civilização Brasileira*. São Paulo: DIFEL, 1977. v. 9. p. 343-374.

LOVE, Joseph L. *O regionalismo gaúcho*. São Paulo: Perspectiva, 1975.

OLIVEIRA, Lúcia Lippi. Iberismo e americanismo. In: OLIVEIRA, Lúcia Lippi. *Americanos: representações da identidade nacional no Brasil e nos EUA*. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2000. p. 47-67.

PETER, Jürgen. *Der Historikerstreit und die Suche nach einer nationalen Identität der achtziger Jahre*. Frankfurt/M: Peter Lang, 1995. Disponível em: <<http://www.all-at-one.de/JuergenPeter/Historikerstreit2.pdf>>.

PICCOLO, Helga Iracema Landgraf. *Os Donos do Poder*, de Raymundo Faoro. *Cadernos IHU Ideias*, São Leopoldo: UNISINOS, ano 2, n. 19, 2004.

POHLMANN, Friedrich. Der “Historikerstreit” in Deutschland, Eine rückblickende Bewertung. Transmitido pelo *Südwestfunk* (rádio), em 23 de janeiro de 2007; disponível em: <<http://www.swr.de/swr2/programm/sendungen/essay/-/id=1866118/property=download/nid=659852/1gmbfz/swr2-radioart-essay-20070123.rtf>>.

RAMOS, Guerreiro. *A crise do poder no Brasil*. Rio de Janeiro: Zahar Editora, 1961.

SCHULZE, Winfried. Vom “Sonderweg” bis zur “Ankunft im Westen”: Deutschlands Stellung in Europa. *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, Berlim, n. 53, p. 226-240, 2002. Disponível em: <http://www.historicum.net/fileadmin/sxw/Lehren_Lernen/Schulze/Vom_Sonderweg_bis_zur_Ankunft_im_Westen.pdf>.

SCHWARTZMAN, Simon. *São Paulo e o Estado Nacional*. São Paulo: DIFEL, 1975.

SCHWARTZMAN, Simon. *Bases do autoritarismo brasileiro*. Rio de Janeiro: Campus, 1982.

SELL, Carlos Eduardo. Leituras de Weber e o Brasil: da política à religião, do atraso à modernidade. *Ciências Sociais Unisinos*, São Leopoldo, v. 43, n. 3, p. 241-248, 2007.

SOUZA, Jessé. *A modernização seletiva: uma interpretação do sistema brasileiro*. Brasília: Editora da Universidade de Brasília, 2000.

TARGA, Luiz Roberto Pecoits. 1893: interpretações da guerra. *Ensaio FEE*, Porto Alegre, v. 24, n. 1, p. 127-150, 2003a.

TARGA, Luiz Roberto Pecoits. Negações da identidade do Rio Grande do Sul. *Ensaio FEE*, Porto Alegre, v. 24, n. 2, p. 299-322, 2003b.

TARGA, Luiz Roberto Pecoits. *Le Rio Grande do Sul et la création de l'Etat "developmentiste" brésilien*. Tese (Doutorado) – Université Pierre Mendès, Grenoble, 2002.

WEHLER, Hans-Ulrich. Raus aus der Sackgasse des "deutschen Sonderwegs"? In: WEHLER. *Die Gegenwart als Geschichte*. München: Beck, 1995. p. 181-185.

WEHLER, Hans-Ulrich. "Deutscher Sonderweg" oder allgemeine Probleme des westlichen Kapitalismus? In: Wehler, Hans-Ulrich. *Politik in der Geschichte*. München: Beck, 1998. p. 78-92.

Submetido em 06/10/2011.

Aprovado em 15/11/2011.

A elite em festa: a comemoração do Carnaval de Pelotas na década de 1910

The Elite in party: the celebration of Pelotas Carnival in decade of 1910

Alvaro Barreto*

Resumo: O artigo busca caracterizar os diferentes modos de comemorar o Carnaval, promovido pela elite da cidade de Pelotas, nos anos 1910. Para isso, promove um inventário dessas práticas, procura relacioná-las às que eram realizadas em outras cidades, em especial o Rio de Janeiro, bem como às análises de historiadores e cientistas sociais.

Palavras-chave: Carnaval, Elite, Pelotas, Década 1910

Abstract: This paper aims to describe the different ways of celebrating Carnival, sponsored by the elite of Pelotas city in the years 1910. For this, it promotes an inventory of such practices and seeks to relate them to what have been held in others cities, especially Rio de Janeiro, as well as the analysis of historian and social scientists.

Keywords: Carnaval, Elite, Pelotas, Decade 1910

Introdução

Na década de 1910, a cidade de Pelotas possuía aproximadamente 45 mil habitantes¹, era a segunda mais populosa do Rio Grande do Sul, atrás apenas da capital, Porto Alegre. Reconhecida por suas atividades recreativas e culturais (Magalhães, 1993; Loner, 2002; Müller,

* Professor do Instituto de Sociologia e Política da Universidade Federal de Pelotas. Doutor em História (PUCRS). E-mail: <albarret.sul@terra.com.br>

¹ O município atingia 82 mil pessoas (FEE, 1986). As informações referem-se ao Censo de 1920, pois ele não foi realizado em 1910.

2010), naquele período ela oferecia um tipo de folia no qual se destacava o “Grande Carnaval” (Queiroz, 1992), um festejo inspirado nas cidades de Veneza, Nice e Paris, promovido pela elite urbana, a partir de seu próprio imaginário, no qual apenas ela podia preponderar.²

A distinção entre as classes se expressava pela construção de espaços inacessíveis aos demais, como baile de salão, préstito e corso. Nesse sentido, para participar ativamente da festa, eram necessários significativos recursos econômicos e inserção em determinados grupos sociais, com vistas a: associar-se ao clube, adquirir a fantasia; ser proprietário ou poder alugar carro ou automóvel.

Isso não significava a ausência de comemorações populares na folia, no entanto, o modelo europeizado predominava no centro da cidade e na cobertura da imprensa e, dele, os mais pobres estavam excluídos, ao menos como atores de destaque. Restava, então, o papel de assistência, o qual era desenvolvido com entusiasmo, pois havia um grande público ávido por ver a elite se exhibir.

Em todos esses aspectos, o “Grande Carnaval” chocava-se com o Entrudo, a forma de comemoração ainda existente. Embora Ferreira (2005) argumente que a denominação seja genérica, pois abrange brincadeiras muito diferentes entre si, cujo ponto em comum reside no fato de não estarem incluídas no modelo “requintado” imaginado pela elite, a base de tal comemoração reside no fato de as pessoas jogarem umas nas outras: líquidos (água, perfume e outros não tão recomendados), ovos, lama e diversos tipos de pós, em especial farinha. Essa característica fazia com que qualquer um pudesse participar do Entrudo e ele fosse comemorado em qualquer lugar.³

A diferença entre ambos e o fato de o Entrudo ser a festa estabelecida, fez com que ele fosse duramente combatido pelas sociedades carnavalescas e pela imprensa, que o tacharam de: bárbaro e

² Tanto no caso das elites brasileiras quanto no das europeias, o conjunto de festejos que o configuravam resultou de escolhas deliberadas, as quais implicaram construir tradições, selecionar alguns costumes, desconsiderar ou marginalizar outros. Nesse sentido, a festa que as inspirou foi construída e/ou inventada. Ver: Ferreira (2005).

³ Apesar disso, também era marcado por distinções sociais, que se expressavam especialmente nas regras relativas a quem poderia molhar quem, como mostram Queiroz (1992), Araújo (1996), Flores (1999) e Araújo (2008), e nos utensílios utilizados. Aos limões de cheiro, somavam-se: recipientes caseiros (canecas, baldes, jarros e bacias) e artefatos surgidos ao longo do século XIX, produzidos especialmente para a comemoração e que compreendiam preços variados (sifões, bisnagas e seringas). Lazzari (2001, p. 124-125) mostra como, em Porto Alegre dos anos 1870, a introdução de bisnagas importadas da França trouxe dificuldade para que alguns pudessem fazer frente à nova moda.

pouco refinado, desregrado, perigoso à saúde, inapropriado para cidades em processo de modernização.⁴

Porém, nos anos 10, o “Grande Carnaval” já dava sinais de cansaço no Rio de Janeiro, o principal centro irradiador deste modelo (Eneida, 1958; Queiroz, 1992; Cunha, 2001). No mesmo período, em Pelotas, ele atingia um patamar sem medida de comparação com o que apresentara até então, principalmente graças à rivalidade entre dois clubes carnavalescos⁵: Diamantinos, fundado em 1906, e Brillhante, criado cinco anos depois.⁶ A denominação dessas entidades não deixa dúvidas sobre a qualidade de seus componentes, afirmados como jóias de alto valor, reflexo de suas posições na hierarquia social.

Com vistas a caracterizar a folia pelotense dos anos 1910, o texto apresenta os principais festejos realizados pela elite e, sempre que possível, relaciona-os com as formas de comemoração promovidas em outras cidades, em especial o Rio de Janeiro, e com as análises de historiadores e cientistas sociais.

1 Préstito

O ponto alto da atividade dos clubes residia no préstito, o desfile de carros alegóricos pelas ruas da cidade, evento que buscava mostrar luxo, refinamento e arte, com vistas a deslumbrar a plateia.⁷ O padrão era a realização de dois passeios: um durante o tríduo momesco, outro durante a Pinhata.⁸ O Diamantinos veio a público nos anos de 1907 a 1918 e em 1920. Já o Brillhante, de 1912 a 1920, com exceção de 1918.⁹

Embora não houvesse um itinerário rigidamente definido, o desfile compreendia: partida da caverna¹⁰ e a passagem por diversas ruas do

⁴ Sobre as críticas, ver: Cunha (2001), Lazzari (2001), Pereira (2004), Ferreira (2006).

⁵ A expressão identifica entidades que afirmavam a intenção de comemorar os Dias Gordos, especialmente por meio do préstito. Isso não as impedia de desenvolver atividades recreativas não especificamente carnavalescas.

⁶ As duas entidades, já centenárias, continuam ativas, agora como clubes sociais. Nessa condição, promovem festas e possuem infraestrutura para atividades de lazer e de esportes.

⁷ No carnaval pelotense, eles não eram novidade, pois vinham sendo apresentados desde a década de 1870, embora não de modo contínuo.

⁸ O final de semana posterior ao Carnaval, o que em outras localidades é chamado de “Enterro dos Ossos”.

⁹ Eles também desfilaram ocasionalmente ao longo dos anos 1920-1930, período em que surgiram outros dois clubes que apresentaram carros alegóricos (Fantoches e Atrasados), mas que não resistiram muito tempo.

¹⁰ Local onde os carros alegóricos eram construídos. Originalmente, era o apelido da sede da sociedade carnavalesca carioca Tenentes do Diabo.

centro, sem faltar jamais a rua Quinze de Novembro, entre a rua Gal. Neto e a praça Coronel Pedro Osório. Deve-se destacar que tal trecho, bem como o entorno da praça, era o espaço por excelência do carnaval pelotense até o início dos anos 1980.¹¹

O préstito era aberto por uma banda de clarins a cavalo, seguindo-se os carros alegóricos, a começar pelo do Porta-Estandarte. Alguns possuíam guarda de honra, em especial o da Rainha. Fechavam o cortejo: o zabumba¹² e decorados veículos de tração animal (depois substituídos por automóveis de capota descoberta) que transportavam diretores, associados e simpatizantes. As bandas ficavam entre algumas das alegorias para garantir que sempre houvesse acompanhamento musical.¹³

Montados sobre estrados cedidos pela companhia ferroviária, os carros eram puxados por parelhas de cavalos ou bois enfeitados, conduzidas por guarda fantasiada, composta por negros.¹⁴ Eles cumpriam o trajeto em velocidade reduzida tanto pela dificuldade de movimentação motivada pelo excesso de público e de peso quanto para facilitar a observação. Por esses motivos – aos quais se podem acrescentar as paradas para declamação de poemas, apresentação de discursos e oferecimento de homenagens –, o préstito tinha longa duração.

O desfile ocorria à noite, mas a concentração começava em torno das 15h, pois o processo de retirada dos carros da caverna e colocação dos figurantes não era fácil, ainda mais quando o clube não tinha nenhuma obrigação formal a cumprir. Não havia coordenação entre as entidades para formular regras comuns em relação aos cortejos e tampouco ação do poder público com vistas a definir o dia e a duração do passeio, a ordem de saída das entidades e o roteiro a ser percorrido.¹⁵ Igualmente, inexistia concurso oficial.

¹¹ Desde então os desfiles têm sido realizados em diversos pontos da cidade, sem que se estabeleça um local definitivo.

¹² No caso do préstito, tratava-se de um carro alegórico mais simples em comparação aos demais, que trazia rapazes fantasiados que tocavam instrumentos de percussão.

¹³ Cunha (2001) destaca que as sociedades cariocas desfilavam ao som de trechos de ópera. Em Pelotas, não foi possível encontrar referências definitivas sobre a trilha sonora que acompanhava os clubes.

¹⁴ Os negros também participavam do préstito como músicos das bandas contratadas pelos clubes.

¹⁵ A intervenção do governo municipal ficava restrita a: oferecimento de uma pequena subvenção, limpeza e reparo do calçamento das vias em que passaria o préstito. Não se incluem nesta questão as atividades de manutenção da ordem pública que eram reforçadas durante a festa.

Diversas vezes a imprensa reclamou da demora dos préstitos que, em alguns anos, só apareceram à rua Quinze de Novembro após às 23h. A ausência de coordenação também gerava situações potencialmente conflituosas: em 1915, os carros vinham em sentido contrário na rua Quinze de Novembro e fatalmente se encontrariam, o que poderia gerar tumulto e uma série de xingamentos e de agressões físicas. Diante do quadro, o Diamantinos retardou a chegada à esquina, o que possibilitou ao Brilhante dobrar à rua Gal. Neto e evitou o choque entre os carros (Barreto, 2003).

A totalidade do préstito não formava um enredo a ser desenvolvido, pois cada carro era independente dos demais. Apesar disso, eles procuravam cumprir um princípio pedagógico comum: trazer alegorias suntuosas, elaboradas com requinte artístico, marcadas pela elegância, o que mostrava a superioridade cultural de seus promotores e, ao mesmo tempo, trazia erudição ao povo. Desse modo, seria possível preencher as ruas de civilidade e de civilização, tudo isso por meio do imperativo da alegria.

Ele representava claramente o universo cultural dos setores burgueses locais. Pode-se sintetizar a temática em: críticas a fatos do cotidiano e a personalidades, principalmente políticas; homenagens a instituições, a entidades de classe ou de esportes, bem como a vultos nacionais, a símbolos da pátria e ao elemento indígena. Os clubes também gostavam de alegorias com motivos clássicos e românticos ou com representações de locais exóticos. Não faltavam, ainda, referências a objetos comuns (cesta de frutas, ramallete, novelo de lã).

As homenagens formavam quadros mais harmônicos, mas aqueles realmente “orgânicos” eram os de crítica, nos quais os componentes faziam performances e distribuíam poemas satíricos, embora estes não fossem os mais luxuosos.¹⁶ Assim como ocorria com as sociedades carnavalescas cariocas naquele período, que haviam abandonado os “carros de ideia” tão adotados nos anos 1880, havia mais alegorias que tinham por objetivo render homenagem e representar objetos ou ambientes distantes no tempo e no espaço do que promover críticas (Cunha, 2001; Pereira, 2004).

Os clubes também demonstravam o gosto por inovações tecnológicas, como: novos efeitos de iluminação, uso de diversos tipos de espelhos e, grande destaque, alegorias móveis, que estrearam em

¹⁶ Eles não figuram nos registros dos carros alegóricos. Ou não foram considerados importantes o suficiente para serem fotografados ou tais registros se perderam.

1913. A iluminação era um dos segredos do sucesso, mas também de preocupações dos organizadores, pois havia risco de as serpentinas provocarem um incêndio.

Os adultos apenas participavam da organização, desfilavam em veículos colocados ao final do desfile ou acompanhavam as alegorias, com vistas a evitar risco para os participantes, em especial quedas ou agressões do público.¹⁷ Nos carros saíam apenas crianças, adolescentes e homens solteiros (estes, apenas no carro Zabumba), fantasiados ou em trajes requintados e que não expunham os corpos além do que já era aceito em outros ambientes sociais. As vestimentas a serem utilizadas eram pré-definidas, assim como o local que cada um iria ocupar no carro, embora não se saiba quem custeava a confecção da roupa (provavelmente a família do associado). O préstito era familiar e não exaltava o erotismo e a sensualidade, razão pela qual também nesse quesito estavam mais próximos das primeiras grandes sociedades cariocas do que daquelas que atingiram o apogeu nos anos 1880, que se afirmavam como tipicamente masculinas e apresentavam prostitutas com trajes indecentes e em atitudes lascivas (em ambos os casos, para os padrões da época).¹⁸

Tal comportamento pode se referir aos clubes dos anos 1910, mas não é extensivo ao carnaval pelotense como um todo. Como indica Loner (2002, p. 46), “para a década de [18]90 aparecem referências a carros que percorreram as ruas com ‘horizontais’, termo galhofeiro usado para referir-se a prostitutas”. Situação semelhante ocorria em Porto Alegre: Lazzari (2001) aponta o caráter familiar dos préstitos apresentados por Venezianos e Esmeralda, nos anos 1870-1890, mas registra a presença de uma entidade que incorporou prostitutas no início do século XX.

Todavia, o préstito dos anos 1910 marcou tão fortemente o imaginário pelotense – ao menos o da elite intelectualizada – que Salis Goulart escolheu um dia de carnaval em que Brilhante e Diamantinos desfilaram como a abertura da novela “A Vertigem”, publicada em 1925,

¹⁷ Não foram encontrados casos de agressão, contudo, dois fatos ocorridos em 1917, relatados por Guimarães (2002), revelam a facilidade de acesso ao cortejo. No primeiro, Zilda Maciel, Rainha do Diamantinos, declarou ter passado por um grande susto, quando um homem subiu no carro alegórico. A intenção dele era amistosa (proferiu um discurso e entregou-lhe um presente) e provavelmente já tivesse sido informada aos diretores do clube, o que facilitou a aproximação. No segundo, os populares, entusiasmados com o préstito, mesmo sem o consentimento da diretoria, desatrelaram os cavalos e passaram a puxar o carro da Rainha.

¹⁸ Para mais detalhes, ver: Cunha (2001), Pereira (2002) e Pereira (2004).

considerada por Magalhães (2002, p. 294) a primeira obra de ficção que teve como cenário o meio urbano de Pelotas. O autor narra:

era já meia-noite e os clubes carnavalescos demoravam a sua entrada triunfal, ao estrídulo das cornetas belicosas e ao compasso dos tambores rolantes. Uma ansiedade de expectativa pairava em todos os corações, no desejo irrequieto de cotejarem o brilho aparatoso dos dois clubes contendores, que dentro em breve entrariam na rua Quinze, movendo as grandes rodas dos carros pelos paralelepípedos do calçamento. Num dado momento, ovações entusiásticas se fizeram ouvir – Viva o Clube Diamantinos! – Viva o Clube Brilhantes! (Goulart, 1925, p. 4-5 apud Idem, p. 291-292).

Na continuidade, Salis Goulart narra o arrefecimento do entusiasmo popular após a passagem dos clubes: “desde que os carros do último clube haviam cruzado a cidade, acentuava-se a deserção dos pontos mais procurados. E agora um contínuo rodar de carruagens, como que fugindo do centro, a povoar de ruídos as ruas desertas”.

Esta não é a única obra literária a incluir referência aos préstitos: na novela “Os Fios Telefônicos”, de Fernando Melo, escrita em 1948, mas publicada apenas em 1996, duas personagens recordam como se conheceram em meio à folia: “– Tempos bons – disse o velho – Te conheci no corso. Num carnaval...tu era uma moça bonita... A velha riu. – Havia de ser que tu preferiu. – Me lembro dos carros do Diamantinos e do Brilhantes¹⁹, tu parecia uma rainha empoleirada...” (Melo, 1996, p. 77). O diálogo gira em torno da lembrança de evento dos 1910, quando da juventude das personagens, porém é relevante que o autor tenha escolhido a festa como este registro, que a represente por meio do corso e do préstito, sendo que a mulher havia desfilado em um dos carros alegóricos, indício de um nível mais intenso de engajamento.²⁰

2 Corso

Outra opção no cardápio carnavalesco incluía participar do corso e da batalha das flores²¹, que nada mais eram do que passeios, por itine-

¹⁹ Tanto Goulart quanto Melo grafam “Brilhantes” ao invés de “Brilhante”. Ou ambos cometeram o mesmo equívoco ou, o que é mais provável, era o assim que a entidade era chamada pela população, o que é reforçado pelo modo como Melo busca reproduzir a linguagem coloquial.

²⁰ Sobre a novela, ver: Barreto (2004).

²¹ Era promovida pelo comércio da rua em que estava programada, tendo sido inspirada em evento realizado em Nice desde os anos 1870. Mais informações, ver: Ferreira (2005, 2009).

rários pré-definidos, realizados por carros e automóveis decorados, descobertos ou de capota arriada, que conduziam famílias, amigos ou vizinhos, geralmente fantasiados, às vezes mascarados²², que jogavam entre si e para a multidão: confetes, serpentinas, jatos de lança-perfume e flores. Tais desfiles ocorriam tradicionalmente no Domingo e na terça-feira gorda, bem como no Domingo da Pinhata, e, conforme Simson (1984, p. 214-215), ao menos para o caso paulistano, havia proteção do Estado para que eles fossem realizados, pois as ruas eram isoladas, os meios de acesso e de dispersão determinados e a velocidade permitida regulamentada.

Em outro trabalho, Simson (1989, p. 29), ao referir-se ao curso do bairro do Brás, em São Paulo, apresenta novos elementos, seguramente extensivos ao caso pelotense: participavam “pessoas de todas as idades, desde crianças até pessoas idosas, mas observava-se uma certa predominância dos elementos jovens, moças e rapazes, pois o curso era uma ótima ocasião para se entabular namoro”.

Embora uma parte da historiografia registre que o primeiro curso ocorreu no Rio de Janeiro em 1907 (Eneida, 1958; Valença, 1996), o hábito de passear em veículo decorado durante o carnaval existia há muitas décadas. O que ocorreu em 1907 foi a oficialização, sob uma denominação específica, de uma prática que recentemente havia sido incrementada em função do avanço do automóvel e da inauguração de amplas e modernizadas avenidas.

Uma nota da imprensa pelotense de 1895 indica a existência do costume e, inclusive, o uso do termo antes desse período: “somente podem formar no curso (...) as pessoas que, até às 16h, prevenirem a comissão” (DIÁRIO POPULAR, 02 mar. 1895, p. 1). Ainda nesse ano foram registrados mais de 50 carros na Batalha das Flores (Idem, 05 mar. 1895, p. 2). Em 1896, praticamente todos os elementos que configuram o curso já estavam estabelecidos: “muitos carros particulares e de praça, ocupados por famílias e alegres rapazes, faziam constantes voltas pelas ruas centrais” (Ibidem. 18 fev. 1896, p. 1). Já em 1913, a nota permite observar o crescimento do curso (houve a participação de 200 carros, quatro vezes mais do que 18 anos antes) e a transição que a cidade vivia em termos de meios de transporte (40 eram automóveis e os outros 160 diferentes veículos de tração animal) (Ibid. 05 fev. 1913, p. 1).

²² As denominações se prestam a confusão, seja no âmbito do curso, seja em outras atividades carnavalescas, pois o folião podia usar: 1) máscara, acompanhada ou não de fantasia; 2) fantasia, com o rosto descoberto ou não. Neste trabalho, os termos “fantasia” ou “fantasiado” excluem o uso da máscara, embora os termos “máscara” ou “mascarado” possam contemplar o acompanhamento de fantasia.

No entanto, Valença (1996, p. 26) lembra que

a grande maioria dos foliões, não possuindo automóveis – luxo restrito a uns poucos na primeira década do século – não ficaria alijada do curso. Assim, à volta dos carros se formavam fileiras de pessoas que, dançando e cantando as músicas em voga, saudavam as moças fantasiadas, jogando sobre elas flores e confetes.

O confete merece uma especial referência, pois foi um artigo que modificou o modo de celebrar a folia. Em Pelotas, o primeiro registro data de 1895, o que implica atraso em relação a outros centros, caso do Rio de Janeiro, no qual ele chegou em 1892 (Efegê, 1982, p. 86).²³ O que o determinou foi a Revolução Federalista (1893-95), período no qual a folia praticamente não foi comemorada nas ruas. Algo semelhante ocorreu em Porto Alegre, que conheceu o artefato em 1896 (Damasceno, 1970, p. 107).

A vantagem do confete residia em: ser versátil (podia ser usado sem restrições em todas as atividades carnavalescas), não ter um custo proibitivo²⁴ e representar uma alternativa refinada, civilizada (e seca, obviamente) de praticar as mesmas ações que caracterizavam o Entrudo, tanto que foi chamado de “Entrudo civilizado” (Araujo, 1996, p. 237). Este ainda tinha grande apelo, inclusive entre a elite, pois vários autores registram que, em pleno período de apogeu do “Grande Carnaval”, ele continuava a ser praticado pelas famílias em salões de hotéis, bailes ou em suas residências, pois a brincadeira em si era divertida, o que não soava agradável era ficar à mercê de qualquer um ao sair à rua. Ferreira (2005, 2006), por exemplo, distingue duas acepções da “molhada” do Entrudo: a “popular” (e perigosa), que ocorria nas ruas, suscetível às mais diversificadas tensões sociais, e a “familiar”, inocente e aceitável,

²³ O artigo teria surgido em Paris nesse mesmo ano. O que há de novo nesse confete é o fato de ele ser de papel cortado em formato circular, por isso bem mais leve, pois, cf. Ferreira (2004, p. 54-55), ele vinha sendo utilizado no Brasil pelo menos desde os anos 1850 sob a forma de pequenos confeitos (daí o seu nome), de grãos ou de gesso que eram jogados nas pessoas, assim como ocorria na Europa. Mas há referência ao uso de “pequenos papéis de diversas cores, cortados em pedaços” ou “microscopicamente” antes de 1892, como em Santos, na folia de 1888 (Bandeira Júnior, 1974, p. 61), e em São Paulo, em 1891 (Simson, 1988, p. 138).

²⁴ O confete era vendido por peso e acondicionado em sacos. Havia produtos mais caros e que serviam para reforçar a distinção social, como aqueles inseridos em estojos e os “confetes de fogo”, elaborados com pólvora e que os lançavam à grande altura (Cunha, 2001, p. 82). Porém, era possível participar da brincadeira ainda que o folião não tivesse recursos para comprá-lo, bastava apanhar aqueles que estivessem ao chão, prática que recebia a alcunha de “confete do agacha” e não era vista como adequada a indivíduos refinados.

praticada por pessoas que se conheciam e que respeitavam as normas sociais que regulavam o jogo.

Nesse contexto, substituir a água pelo confete era uma forma de manter a essência da brincadeira (atirar coisas nos outros) e atingir um grau de sofisticação adequado ao ideário do “Grande Carnaval”, o que se verifica claramente quando ele era usado como meio de corte: o mesmo interesse manifestado via limão de cheiro ou bisnaga, agora ocorria por meio do confete, especialmente durante o corso (Barreto, 2003). Esta não é a posição de Cunha (2001), pois ela enfatiza que, apesar das novas possibilidades que oferecia, o confete guardava mais traços de continuidade com o Entrudo do que de correspondência ao ideário civilizatório do “Grande Carnaval”. Nessa perspectiva, Eneida (1958, p. 162) informa que o povo o adotou “se bem que de começo a[o] incluísse entre os jogos violentos; confetes enchiam bocas, eram jogados dentro de roupas etc”, bem como Araújo (2008, p. 157) registra crônicas da imprensa que clamavam aos foliões o uso elegante, isto é, que o confete não podia servir para agredir os demais, uma comprovação de que, em meio à festa, e apesar das diferenças materiais entre ele e um limão de cera, podia ser utilizado de modo muito semelhante ao que ocorria no Entrudo.

3 Baile de salão

Uma das alternativas à disposição do folião pelotense dos anos 1910 era frequentar os bailes de salão, tanto os de máscaras (*bal masqué*²⁵), quanto os à fantasia, comemorados nos mais prestigiados recintos da cidade (Biblioteca Pública, clubes Caixeiral e Comercial).

Eles não constituíam uma novidade naquela época, pois compunham o elenco da folia há muito tempo – e assim continuam. Embora necessários à festa, que sem os bailes não seria a mesma, nem por isso eram vistos como uma manifestação que pertencesse à essência do carnaval, isso porque não eram realizados nas ruas, o *locus* por excelência das comemorações. Assim, o “Grande Carnaval” precisava dos bailes de salão, mas se só houvesse tais festejos, faltaria o principal, composto pelo préstito e, em menor medida, pelo corso. Em 1906, por

²⁵ Eram raros nos anos 1910, depois de terem sido muito realizados em décadas anteriores. Cf. Müller (2010, p.170), os primeiros ocorreram em fevereiro de 1853, no Teatro Sete de Abril. A mesma fonte (Idem, p. 200-202) indica que eles também eram promovidos em hotéis e em outros períodos do ano, logo, não eram atividade exclusivamente carnavalesca. Ferreira (2005) aponta a mesma situação no Rio de Janeiro.

exemplo, o Diário Popular (27 fev. 1906, p. 2) anotou que: “Momo não teve comemorações externas, passeatas brilhantes, mas intermuros, foi um dar de pernas como nunca! Dançou-se, ainda dança-se e dançar-se-á futuramente até a Pinhata.”

O evento a que este artigo faz referência era uma festa privada ou particular, restrita a público abastado e que trazia como exigências: apresentar uma roupa adequada (fantasia, máscara ou, simplesmente, uma vestimenta elegante), ser sócio da entidade que a realizava ou, quando isso não era possível, ser digno de um convite. Como destaca Queiroz (1992, p. 130), “os participantes de um baile ‘fechado’ formam por definição um conjunto homogêneo uma vez que foram previamente escolhidos com essa finalidade; divertem-se num recinto que pode não ter divisões internas e estão verdadeiramente ‘entre pares’”.

Conforme Piccoli (1996, p. 17), aquele realizado pelo Diamantinos em 1914 contou com aproximadamente duas mil pessoas, das quais 350 pares tomaram parte na *polonaise*.²⁶ No evento promovido pelo Brillhante em 1917, 233 pares dançaram a primeira *polonaise* e, às 4h30min, 94 tomaram parte na segunda (Barreto, 1991, p. 45). É importante lembrar que os bailes não contavam com um repertório de músicas propriamente “carnavalescas”, já que repetiam os ritmos dançados nas demais festas: polcas, valsas, schottish, mazurkas e havaneiras.²⁷ Era comum que os salões fossem tomados por grupos com fantasia padrão, os blocos de salão, aos quais será feita referência mais adiante.

Como todo evento do gênero, além de espaço para dança e diversão, esses bailes serviam como uma oportunidade para aproximação entre os jovens, com vistas a namoros e futuros casamentos, porém eram eminentemente “familiares” e havia rígido controle sobre os comportamentos aceitáveis. Logo, embora a cobertura da imprensa exaltasse a beleza das mulheres ali presentes e evocasse um clima de maior descontração nos costumes – típico da mitologia do baile de Carnaval, como analisou Queiroz (1992) –, eles estavam muito longe da permissividade apresentada por aqueles promovidos pelas

²⁶ Cf. Pfalz (2009): “Os cronistas do século XVII descreveram isto como uma dança distinta, graciosa usada à abertura e encerramento de apresentações. A dança tenta imitar a conversação elegante, que é alcançada por gestos e acompanhada por passos vivos. (...) No centro da moda cosmopolita, em Paris, ao término do século XVIII, a dança foi mudada artisticamente por mestres de balé do período e recebeu o nome ‘La Polonaise’. Assim foi se tornando mundialmente conhecida e usada para abrir e encerrar festas.”

²⁷ Sobre as músicas dos bailes carnavalescos no período, ver: Eneida (1958) e Queiroz (1992).

principais sociedades carnavalescas do Rio de Janeiro, nos quais havia a participação de muitas prostitutas e amantes.

Os bailes de salão tinham a sua versão “popular”, chamada de “público” porque o critério básico para ter acesso era pagar o ingresso, o que produzia a convivência entre diferentes perfis sociais. Tais festas eram realizadas quase sempre por empresários, em espaços fechados, como teatros e hotéis. Em Pelotas, o Teatro Sete de Abril era o local por excelência dessas festas. Alugado, ele se transformava no salão Olimpo, prática iniciada no século XIX e ainda mantida nos anos 1910. Apesar de ocorrer em um espaço bastante conhecido dos pelotenses – ele foi inaugurado em 1831 –, tais eventos preocupavam a imprensa (que os noticiava, mas com alertas quanto ao tipo e ao comportamento dos frequentadores) e a polícia, que buscava desarmar os presentes ou reforçar o efetivo.

Assim, os bailes não se distinguiam radicalmente daqueles realizados em outros períodos do ano: não havia diferenças de público participante, de ritmos e de músicas executadas, de danças realizadas, de trajes utilizados ou de regras de condutas esperadas. O fato de predominar a fantasia ou a máscara poderia distinguir o baile carnavalesco, mas não de modo definitivo, pois, como indicado, elas também eram utilizadas em outros eventos dançantes realizados ao longo do ano.

4 Mascarado

O folião também poderia participar de grupos carnavalescos que comemoram nas ruas. O melhor exemplo de um festejo refinado e elegante é o já referenciado bloco de salão que, quando estava a caminho do clube, aproveitava o deslocamento para brincar pela cidade. Conforme Ferreira (2004), eles são reminiscências dos passeios que as sociedades carnavalescas cariocas faziam de suas sedes até os teatros, onde participavam de bailes de máscaras. A chegada dos sócios dessas entidades, previamente acordada com os promotores, era uma das atrações do evento, pois implicava o ingresso de um número significativo de foliões e envolvia algum tipo de divertimento específico, como discursos e apresentações musicais. Em Pelotas, registra-se a permanência do costume em 1896, quando o Clube Democrático anunciou que faria passeio burlesco antes da entrada triunfal no baile pré-carnavalesco que a Sociedade Terpsychore realizaria na Biblioteca Pública (DIÁRIO POPULAR, 14 e 17 jan. 1896). Nos anos 1910 esta modalidade já se perdeu, pois os clubes carnavalescos promovem seus próprios bailes.

Outra modalidade era participar de grupos de assalto. Eles não apresentam nenhuma característica de imprevisibilidade ou animosidade, como o nome pode sugerir. Eram festas realizadas em residências particulares, que seguiam o seguinte roteiro: um grupo de jovens (fantasiados ou mascarados) chegava à casa “de surpresa”, fazia uma saudação e oferecia, por meio de seu orador, flores ou outra lembrança à família que estava sendo invadida. O dono agradecia o discurso, entregava a residência aos “assaltantes” e, logo após, iniciavam-se as danças. Pode ser que o uso original do termo indique a prática, adotada ainda no século XIX, de as residências serem invadidas por amigos e parentes dos moradores, cuja visita não era prevista e/ou desejada, com vistas a promover grandes batalhas d’água. Contudo, se esse caráter existiu em alguma oportunidade, perdeu-se no tempo.

Ressalva-se que nos anos 1910, espremido em um calendário lotado de evento, o costume perdia força em benefício dos bailes de salão ou das festividades de rua, como o préstito. O mesmo não ocorria em outras cidades: os trabalhos de Barbosa (2007, cap. 3), Pedreira (2004, p. 52-53) e Martins (2000, p. 102-103) mostram, respectivamente, a vitalidade do costume em Fortaleza, entre o final dos anos 1920 e o início dos 1930; em Natal, no final da década de 1920; e em São Luis do Maranhão, até pelo menos os anos 1950. Por fim, cabe registrar que o termo “assalto” continuou a ser utilizado por muito tempo para indicar um tipo de comemoração carnavalesca, mas não mais como sinônimo de festas em casas de particulares, e sim de visitas de grupos organizados de foliões de uma entidade à sede de outra, como registra Germano (1999) para o caso de Porto Alegre nos anos 1930 e 1940.

O folião também poderia realizar passeio burlesco de modo solitário. Para os representantes da elite, antigamente esta era uma oportunidade para exibir a faustuosa fantasia e/ou a refinada máscara, cuja inspiração remetia às cortes europeias. Como explica Araujo (1996, p. 249), “a mascarada, tal como a idealizavam seus propagandistas e fiéis defensores, deveria ser luxuosa, ter muito brilho, expressar o cuidado e o esmero com que fora planejada e confeccionada, bem como demonstrar o quanto custou ao bolso daquele que a exibia ou a patrocinava.”

O passeio costumava ser realizado mais a cavalo ou de carro do que a pé, como forma de manter a distinção e de não ficar tão à mercê dos populares. Cunha (2001, p. 26) anota que, no caso do Rio de Janeiro, no século XIX, “as máscaras podiam esconder a identidade individual, mas não faziam o mesmo com o status social. Mascarados a cavalo ostentavam seu prestígio olhando de cima aqueles que, a pé, praticavam

uma brincadeira generalizada sob múltiplos disfarces (...).” Em 1876, a imprensa local lamentou:

o que não podemos deixar passar sem reparo e sem censura é a maneira por que os máscaras em geral foram tratados pelos entrudistas. (...) Aqui, a prevalecer o costume teremos apenas as burlescas figuras carnavalescas, porque ninguém quererá se expor uma roupa de custo às violências do Entrudo (CORREIO MERCANTIL, 02 mar. 1876, p. 1).

Em 1891, 15 anos depois, a confirmar a previsão, foi registrado que

o máscara fidalgo, da alta elite, de finíssimos borzeguins e rico manto constelado de canutilhos, pedrarias e lantejoulas (...) este não apareceu ou por intuição judiciosa de que malbarataria tempo e dinheiro, ou porque receia encarvoar-se ao contato de lamarenta e maltrapilha mascarada (...) (DIÁRIO POPULAR, 12 jan. 1891, p. 1).

Desse modo, nos anos 1910, membros da elite raramente passeavam sozinhos ricamente mascarados ou fantasiados, pois havia novas opções de comemoração, como o corso e o préstito, nas quais, segundo esta ótica, eles estavam mais protegidos, pois não precisavam conviver com as tais “burlescas figuras carnavalescas” ou “encarvoar-se” como anunciava a imprensa, ou seja, com aqueles que perambulavam a apresentar vestimenta e comportamento tão vulgares e perigosos que denunciavam seus níveis sociais e cor da pele.

Isto está longe de significar o desaparecimento dessa tradição, pois fantasiar-se ou mascarar-se e sair em desfile solitário era um costume que vinha sendo adotado também pelos mais pobres, ainda que a partir de versões simplificadas ou improvisadas daqueles trajes utilizados pela elite ou que incorporavam temáticas estranhas ao universo burguês europeizado. Araújo (1996) afirma que, entre os populares, mascarar-se era um hábito mais antigo do que entre a elite, o que Simson (1984, p. 171) confirma. A partir dos anos 1850, como em Recife e no Rio de Janeiro, a elite passou a mascarar-se também nas ruas – ou seja, não somente no ambiente protegido dos salões, no qual já era prática corrente –, o que exigiu adaptar este costume ao seu imaginário, pois, cf. Araújo (1996, p. 188), “mascarar-se pelo Carnaval deixava de ser coisa de preto e costume selvagem ou algo vinculado ao passado colonial para transformar-se em sinal de civilidade, polidez, bom gosto e luxo”.

Logo, os mais pobres mantiveram o hábito foi depois que a elite passou a evitar praticá-lo nas ruas, a tal ponto de, no século XX, ter se tornado sinônimo de uma festa sem requinte e inadequada ao modelo do “Grande Carnaval”.²⁸ Segundo Araújo (Idem, p. 190), a reviver práticas carnavalescas medievais, o que o tornava atraente para o gosto popular era a possibilidade de troçar, injuriar, criticar e lançar ditos picantes a desconhecidos, inimigos, rivais ou mesmo amigos, e permanecer no anonimato e na impunidade.

5 Eventos pré-carnavalescos

No período que antecedia à folia – e como parte da mobilização para a festa –, era possível engajar-se em uma série de eventos. A começar pelos passeios burlescos, realizados por fantasiados ou não, acompanhados por bandas de música. Tais passeios se pareciam muitos com aqueles promovidos durante os dias de carnaval e, invariavelmente, envolviam a visita aos cafés e às redações dos jornais.

Também era possível participar da recepção ao Rei Momo – comemoração criada pelo Clube Diamantinos, em 1907 – e que constava de um passeio burlesco, realizado nos primeiros dias do ano, ocasião em que Momo instalava-se na sede do clube para comandar a folia. Esta modalidade tinha todos os elementos dos demais passeios, acrescida de algumas peculiaridades: a encarnação de Momo²⁹ realizada por um sócio, que inclusive fazia pronunciamentos bestialógicos ao povo de Pelotas; a representação dos papéis femininos, como os da esposa e da filha, por homens travestidos; a utilização de um carro alegórico para recepcionar o convidado (e que seria depois incorporado ao préstito).

Havia, ainda, a possibilidade de acompanhar as solenidades de coração das rainhas dos clubes, realizadas em teatros. Essas soberanas eram jovens de 15-17 anos, filhas de sócios importantes no âmbito da entidade ou da sociedade como um todo, as quais eram “cultuadas” pelos “súditos”: tinham destaque no baile (comandavam a *polonaise* e ocupavam um trono), no préstito (desfilavam em carro próprio, ricamente decorado, com direito a guarda honra, pajem e corte), bem

²⁸ Cunha (2001) constrói, a partir do caso do Rio de Janeiro, um diversificado catálogo dessas representações, como: diabinho, morcego, pricês, dominós, pierrôs, velho, além de reprodução do rosto de personalidades então em evidência e a brincadeira do “você me conhece?”. Ver também Eneida (1958).

²⁹ É importante evidenciar que o costume foi desenvolvido antes do advento da encarnação do Rei Momo, o que ocorreu no Rio de Janeiro na década de 1930 e de onde se espalhou pelo país.

como recebiam uma série de homenagens ao longo do ano, a começar pela cerimônia de coroação. Esta principiava por um cortejo de gala, cujo roteiro incluía recepcionar a jovem em sua casa e levá-la até o local do evento. A coroação propriamente dita era antecipada por atividades artísticas que extrapolavam em muito o campo carnavalesco, tais como: balé, canto lírico e operetas. Alguns números envolviam ritmos mais animados, também presentes nos bailes, como: maxixes, tangos brasileiros e modinhas.

Por fim, apresentações artísticas semelhantes, assim como exposições e quermesses, eram realizadas pelos clubes no segundo semestre, com vistas a arrecadar fundos para a construção dos carros alegóricos e/ou pagar dívidas da folia precedente.

Conclusão

O propósito do texto foi apresentar as diferentes opções de comemoração que compunham o elenco do “Grande Carnaval” em Pelotas, nos anos 1910, e, desse modo, demonstrar que, apesar de realizada por e para os estratos mais altos da sociedade, era uma festa diversificada. O carnaval se expressava pelo préstito, pelo baile de salão, pelo corso, pelos mascarados solitários ou em bloco, por uma série de eventos preparatórios, todos caracterizados pelo alto custo associado à sua realização, o que colaborava para a distinção social.

Logo, a folia se transformava em uma multiplicidade de eventos, reunidos sob uma única denominação, e que permitia à elite construir a sua própria festa. Contudo, e de modo algo paradoxal, a imagem que surge em uma dimensão mais específica revela outro cenário: modos de comemorar marcados por variações intensas, a indicar a existência de diferentes carnavais, assim como que nesse período as barreiras sociais não estivessem abolidas, os preconceitos superados e as distinções comportamentais suspensas, ou seja, estava-se muito longe de uma harmonia social.

Referências

ARAÚJO, Patrícia Vargas Lopes de. *Folganças populares: festejos de Entrudo e Carnaval em Minas Gerais no século XIX*. São Paulo/Belo Horizonte: Annablume/UFMG, 2008. 186p.

ARAÚJO, Rita de Cássia Barbosa de. *Festas: máscaras do tempo: Entrudo, mascaradas e frevo no Carnaval do Recife*. Recife: Fundação de Cultura Cidade do Recife, 1996. 423p.

- BANDEIRA JÚNIOR. *História do carnaval santista*. Santos: A Tribuna, 1974. 102p.
- BARBOSA, Carlos Henrique Moura. *A cidade das máscaras: carnavais na Fortaleza das décadas de 1920 e 1930*. 157p. Dissertação (Mestrado em História Social) – UFCE, Fortaleza, 2007.
- BARRETO, Alvaro. *Dias de Folia: o carnaval pelotense de 1890 a 1937*. Pelotas: Educat, 2003. 156p.
- BARRETO, Alvaro. *Clube Brilhante 80 anos de História*. Pelotas: Clube Brilhante, 1991. 143p.
- BARRETO, Alvaro. A Representação de Pelotas na novela “Os Fios Telefônicos”. In: GILL, Lorena Almeida / LONER, Beatriz Ana / MAGALHÃES, Mário Osório (Org.). *Horizontes Urbanos*. Pelotas: Armazém Literário, 2004, p. 7-41.
- CORREIO MERCANTIL. Pelotas. 02 mar. 1876.
- CUNHA, Maria Clementina Pereira. *Ecos da folia: uma história social do carnaval carioca entre 1880 e 1920*. São Paulo: Companhia das Letras, 2001. 396p.
- DAMASCENO, Athos. *O Carnaval porto-alegrense no século XIX*. Porto Alegre: Globo, 1970. 125p.
- DIÁRIO POPULAR. Pelotas. 12 jan. 1891; 02 mar. 1895; 05 mar. 1895; 14 jan. 1896; 17 jan. 1896; 18 fev. 1896; 27 fev. 1906; 05 fev. 1913.
- EFEGÊ, Jota [João Ferreira Gomes]. *Figuras e coisas do Carnaval carioca*. Rio de Janeiro: MEC-Funarte, 1982. 326p.
- ENEIDA [Eneida de Moraes]. *História do Carnaval Carioca*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1958. 315p.
- FERREIRA, Felipe. *O Livro de Ouro do Carnaval brasileiro*. Rio de Janeiro: Ediouro, 2004. 421p.
- FERREIRA, Felipe. *Inventando carnavais*. Rio de Janeiro: UFRJ, 2005. 358p.
- FERREIRA, Felipe. O Triunfal passeio do “Congresso das Summidades Carnavalescas” e a fundação do carnaval moderno no Brasil. *Terceira Margem*. Rio de Janeiro, n. 14, p. 11-26, jan./jun. 2006.
- FERREIRA, Felipe. Um Carnaval à francesa: a construção da folia na cidade de Nice. In: CAVALCANTI, Maria Laura / GONÇALVES, Renata (Org.). *Carnaval em múltiplos planos*. Rio de Janeiro: Aeroplano, 2009. Cap. 1, p. 15-34.
- FLORES, Moacyr. Do entrudo ao carnaval. *Estudos Ibero-Americanos*. Porto Alegre: Edipucrs, v. XXII, n. 1, p. 149-161, jun. 1999.
- FUNDAÇÃO DE ECONOMIA E ESTATÍSTICA. *De Província de São Pedro a Estado do Rio Grande do Sul*. Porto Alegre, 1986. 330p.
- GERMANO, Iris Graciela. *Rio Grande do Sul, Brasil e Etiópia: os negros e o carnaval de Porto Alegre nas décadas de 1930 e 40*. 275p. Dissertação (História) – UFRGS, Porto Alegre, 1999.
- GUIMARÃES, Vicente Falchi. *Fundação e outras histórias do Clube Carnavalesco Diamantinos*. 26p. Monografia (Licenciatura em História) – UFPel, Pelotas, 2002.
- LAZZARI, Alexandre. *Coisas para o povo não fazer: carnaval em Porto Alegre (1870-1915)*. Campinas: Unicamp, 2001. 247p.

- LONER, Beatriz Ana. Pelotas se diverte: clubes recreativos e culturais do século XIX. *História em Revista*. Pelotas, n. 8, p. 37-68, dez. 2002.
- MAGALHÃES, Mário Osório. *Opulência e cultura na Província de São Pedro do Rio Grande do Sul* – um estudo sobre a história de Pelotas (1860-1890). Pelotas: UFPel, 1993. 312p.
- MAGALHÃES, Mário Osório. *Pelotas toda prosa*. Pelotas: Armazém Literário, 2002. v. 2. 307p.
- MARTINS, Ananias. *Carnaval de São Luís, diversidade e tradição*. São Luís: Sanluiz, 2000. 148p.
- MELO, Fernando. *Os fios telefônicos*. Pelotas: UFPel, 1996. 146p.
- MÜLLER, Dalila. “*Feliz a população que tantas diversões e comodidades goza*”: espaços de sociabilidade em Pelotas (1840-1870). 340p. Tese (Doutorado em História) – Unisinos, São Leopoldo, 2010.
- QUEIROZ, Maria Isaura Pereira de. *Carnaval brasileiro: o vivido e o mito*. São Paulo: Brasiliense, 1992. 239p.
- PEDREIRA, Flávia de Sá. *Chiclete eu misturo com banana: carnaval e cotidiano de guerra em Natal 1920-1945*. 267p. Tese (Doutorado em História) – Unicamp, Campinas, 2004.
- PEREIRA, Cristiana Schettini. Os Senhores da alegria: a presença das mulheres nas grandes sociedades carnavalescas cariocas em fins do século XIX. In: CUNHA, Maria Clementina Pereira (Org.). *Carnavais e outras f(r)estas*. Campinas: Unicamp, 2002. Cap. 9, p. 311-339.
- PEREIRA, Leonardo Affonso de Miranda. *O Carnaval das letras: literatura e folia no Rio de Janeiro do século XIX*. 2. ed. rev. Campinas: Unicamp, 2004. 318p.
- PFALZ, Rheinland. *Danças polonesas*. 2009. Disponível em: <<http://portal.rheinland.com.br/dancas-folcloricas/polonesas/17-danca-polonesa.htm>>. Acesso em: 12 abr. 2011.
- PICCOLI, João Carlos Jacottet. *Clube Diamantinos: 90 anos de história*. Pelotas: Clube Diamantinos, 1996. 92p.
- SIMSON, Olga Rodrigues von. *A Burguesia se diverte no reinado de Momo: sessenta anos de evolução do carnaval na cidade de São Paulo (1855-1915)*. 283p. Dissertação (Mestrado em Ciências Sociais) – USP, São Paulo, 1984.
- SIMSON, Olga Rodrigues von. *Branco e negro no Carnaval popular paulistano (1914-1988)*. 245p. Tese (Doutorado em Antropologia Social) – USP, São Paulo, 1989.
- VALENÇA, Rachel. *Carnaval: para tudo se acabar na quarta-feira*. Rio de Janeiro: Relume Dumará, 1996. 98p.

Submetido em 03/06/2011.

Aprovado em 04/11/2011.

Gestación de la escultura en Chile: dilemas, actores e influjos

Gestation of sculpture in Chile: dilemma, actors and influences

Pedro Emilio Zamorano Pérez*

Resumen: Este artículo examina el desarrollo de la escultura en Chile, desde los inicios de su enseñanza en el país bajo una estructura académica, hasta la medianía de la pasada centuria. Plantea tres ejes de análisis: la relación del Estado chileno con los procesos estéticos; el modelo clásico como soporte formal e iconográfico de la escultura nacional y, finalmente, la relación de la actividad escultórica con las escuelas europeas (influjos). Analiza, además, aquellos autores que han tenido una mayor presencia y gravitación en el escenario artístico nacional, entregando antecedentes acerca de su formación académica, obras y relevancia en nuestro medio artístico. De otra parte proporciona información acerca de como se evoluciona desde un modelo estético clásico, que había caracterizado al arte y a los autores nacionales durante el siglo XIX, hacia conceptos artísticos y repertorios iconográficos más identificados con las propuestas vanguardistas, que se comienzan a desarrollar en el país durante las primaras décadas del siglo XX. El trabajo establece también algunos paralelismos entre la escultura chilena y la de otros países americanos.

Palabras clave: Escultura, Chilena, Influjos

Resumo: Este artigo examina o desenvolvimento da escultura no Chile, desde quando começou a ser ensinada dentro de uma estrutura acadêmica até a metade do século passado. A proposta se desenvolve em três eixos de análise: a relação do Estado chileno com os processos estéticos; o modelo clássico como suporte formal e iconográfico da escultura nacional e, por fim, a relação da atividade escultórica com as influências das escolas europeias. Também são analisados aqueles autores que tiveram maior presença e circulação no cenário artístico nacional, apresentando antecedentes sobre sua formação acadêmica e obras de relevância no meio artístico.

* Magíster en Artes; Mención Teoría e Historia del Arte, Universidad de Chile (1985). Doctor en Historia del Arte, Universidad Complutense de Madrid, España (1987), Investigador Principal en varios proyectos Fondecyt (Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología), Profesor Titular de la Universidad de Talca, Chile. E-mail: <pzamoper@utalca.cl>.

Por outro lado, apresentam-se informações sobre a evolução a partir do modelo estético, que havia caracterizado a arte e os autores nacionais durante o século XIX, até os conceitos artísticos e repertórios iconográficos mais identificados com as propostas vanguardistas, que começaram a se desenvolver no país durante as primeiras décadas do século XX. O trabalho estabelece alguns paralelos entre a escultura chilena e aquela dos países americanos.

Palavras-chave: Escultura, Chilena, Influências

Abstract: The development of sculpture in Chile is examined in this article, from its beginning where it was taught within the academic structure of the country, up to the middle of the past century. The article presents three crucial points of analysis: The relationship of the Chilean State with the esthetic processes; the classical model as the formal and iconographic support for national sculpture, and finally, the relationship between sculpturing activity and the European schools (influences). Besides, it analysis those authors that have had a higher presence and gravitation in the national artistical scenario, providing data about the academic formation, work and outmark in our artistical media. On the other hand it provides information about how it evolves from a classic esthetic model that had characterized the art and the national authors during the XIX century XIX to artistical concepts and iconographic repertories more identified with the latest proposals that begin to develop in the country during the first decades of the XX century. The work establishes also some parallelisms between the Chilean sculpture and the other American countries.

Keywords: Sculpture, Chilean, influences

La escena decimonónica: relación entre los procesos estéticos, el Estado y el modelo clásico.

Una vez consolidada la Independencia, la naciente sociedad del Chile post colonial tuvo que darse una estructura, un orden social y cultural, en ámbitos en donde estaba todo por hacerse. En el terreno de las artes, el país necesitaba formar a sus pintores y escultores. La Academia de Pintura fue la primera en crearse, en 1849, nombrándose como primer director al pintor italiano Alejandro Cicarelli (1811-1879). Después, en 1850, se creó el curso de Arquitectura, en cuya dirección se dejó al arquitecto galo Claude Françoise Brunet des Baines. Recién en 1854 se aborda por parte del Estado la formación de escultores, creando el Curso de Escultura¹, el que se deja bajo la responsabilidad Augusto

¹ En 1854 es creada la Escuela de Escultura Ornamental en Relieve. Se trata de una escuela para formar artesanos que funcionaba en la sacristía de la Capilla de la Soledad, al lado del Convento de San Francisco. Su director y maestro inicial fue el escultor francés Augusto François. En 1859, se pasa a denominar Curso de Escultura, dividido en dos secciones: Escultura Estatuaria y Dibujo Ornamental.

François (1814-1896), artista francés vinculado a la escuela neoclásica europea.

El 7 de enero de 1859, a través de un Decreto Supremo, los cursos de pintura y escultura pasan a depender de la Universidad de Chile, reorganizándose los estudios bajo el sistema académico francés. La cátedra de escultura fue atendida por François hasta 1871, año en que retorna definitivamente a su patria. La herencia de este maestro en Chile se reduce a algunas escasas obras y al hecho, no menor, el hecho de haber iniciado la enseñanza de la disciplina en el país.

La organización de los estudios artísticos en torno a una estructura académica tuvo por objeto, de una parte, brindar oportunidades de formación artística para la juventud; de otra, reproducir y difundir la tradición clásica europea. “El arte de la Antigüedad griega y romana, mayoritariamente la escultura, formó el centro de esta tradición” (Voionmaa Tanner, 2004, p. 102). Con ello comienza a imponerse en Chile el peso de una tradición académica europea, que hundía su mirada en el pasado grecorromano. Ello, entre otras cosas, por la procedencia y el énfasis pedagógico de los primeros directores de la Escuela, por los modelos formales e iconográficos que se promueven en la enseñanza y por la continuidad de estudios en Europa (principalmente París) de muchos de los jóvenes artistas nacionales. Detrás de esta mirada dogmática podemos encontrar a la clase dirigente del país y a las propias estructuras del gobierno nacional.

Surge aquí una primera cuestión relevante: el rol significativo que tuvo el Estado, como organizador y luego ordenador, del campo cultural nacional². El acento tradicionalista que tuvo en sus orígenes la enseñanza del arte y la actividad cultural, dice relación con esta situación. La mirada oficial de las autoridades de la época estuvo ciertamente más cercana del canon neoclásico que de cualquier intento de innovación estético-formal. Esta sensibilidad se legitima, podríamos decir, desde el propio Estado, sostenedor de nuestro principal centro de instrucción artística. Tal situación se hacía evidente no sólo en la enseñanza del arte, sino, además, en los salones, en los encargos y en determinar las líneas y orientaciones pedagógicas que debían seguir los artistas que se becaban a Europa. El comentario de Alejandro Cicarelli, en su discurso inaugural de la Academia de Pintura, de transformar a Chile

² Véase, Zamorano Pérez, Pedro Emilio, Rol del Estado en el desarrollo del arte en Chile; desde la fundación de la Academia de Pintura hasta 1928 (Statens roll i Konstens utveckling i Chile), revista *Heterogénesis*, Universidad de Lund, Suecia, año 9, n. 31.

en la “Atenas de la América del Sur”³, tenía sentido respecto de una sociedad, cuya dirigencia admiraba la cultura clásica europea.

En esta etapa fundacional de la institucionalidad estética chilena encontramos puntos de coincidencia con otros países latinoamericanos. La fundación de academias bajo el modelo europeo neoclásico fue un elemento común en varios países americanos⁴. También lo fue la política de enviar a los jóvenes más promisorios a continuar estudios a Europa. En Argentina, a modo de ejemplo, un número importante de artistas recibe durante la segunda mitad del siglo XIX becas del Estado para seguir sus estudios en el Viejo Continente. Muchos de ellos van a Italia, otros a París⁵. En otros países americanos la situación es similar.

En Chile el modelo clasicista caracterizó a la mayor parte de los escultores – y también los pintores – formados en la Escuela. Es el caso de José Miguel Blanco, Nicanor Plaza, Virginio Arias, Carlos Lagarrigue, Guillermo Córdova, entre otros. En el ámbito de la crítica adhieren a este paradigma, entre otros, el citado escultor José Miguel Blanco, el pintor Pedro Lira⁶, Vicente Grez⁷ y, en la primeras décadas del pasado siglo, José Backhaus⁸, Nathanael Yáñez Silva⁹ y Ricardo Richon

³ En el discurso de la fundación de la Academia de Pintura, en 1849, Cicarelli comentó lo siguiente: “Cuando examino, señores, el bello cielo de Chile, su posición topográfica, la serenidad de su atmósfera, cuando veo tantas analogías con la Grecia y con la Italia, me inclino a profetizar que este hermoso país será un día la Atenas de la América del Sur”. Cicarelli, Alejandro, discurso pronunciado en la apertura de la Academia de Pintura, en 1849. Citado por Rosario Letelier, Emilio Morales y Ernesto Muñoz, *Artes Plásticas en los Anales de la Universidad de Chile*, Museo de Arte Contemporáneo, Editorial Universitaria, 1993.

⁴ La primera Academia de arte de estilo europeo en América fue la Real Academia de San Carlos de la ciudad de México del año 1785. La siguió la Academia Imperial de Bellas Artes de Río de Janeiro en 1826 y el mismo año la de Caracas.

⁵ Entre 1873 y 1890 partieron rumbo a Europa, entre otros, los siguientes artistas argentinos: Ángel Della Valle, José Bouchet, Augusto Ballerini, Lucio Correa Morales, Graciano Mendilaharsu, Francisco Cafferata, Reinaldo Giudice, Eduardo Sívori, Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, entre otros.

⁶ Pedro Lira (1845-1912) fue uno de los principales maestros de la pintura chilena. Junto a su vasta obra creativa tuvo una activa participación en el campo teórico. En 1902 publicó su *Diccionario biográfico de autores*, obra pionera de la historiografía artística local.

⁷ Vicente Grez (1847-1909). Escritor y crítico de arte, funda la *Revista de Bellas Artes* (1889-1890). Participa como secretario de la comisión organizadora de la presentación de Chile en la Exposición Universal de París de 1889, ocasión en que escribió el libro *Les beaux arts au Chili*.

⁸ José Backhaus Pintor chileno. Nació en Santiago en 1884 y falleció en París en 1922. Dedicó gran parte de su tiempo a la crítica de arte y a escribir trabajos sobre artes visuales, entre los que sobresalen “Orientaciones Modernas de Arte”.

⁹ Nathanael Yáñez Silva (1884-1965). Novelista, dramaturgo, cuentista y periodista. Su obra crítica tiene un fuerte acento tradicionalista.

Brunet¹⁰. La oficialización de este modelo en Chile en el escenario social, político y cultural, impide que los alcances de la innovación artística, que comienzan a manifestarse con fuerza especialmente en Francia desde la segunda mitad del siglo XIX, llegaran al país, pese a la inquietud de cambio que ya comenzaba a manifestarse en algunos grupos de intelectuales y artistas¹¹.

Aun cuando sesgada en lo académico, la acción de Estado fue ciertamente beneficiosa para el desarrollo artístico y cultural del país. Hubo progresos en un campo en donde todo estaba por hacerse. El sector oficial –léase Estado y sociedad influyente- hacía valer su opinión a través de algunas organizaciones culturales de carácter participativo, que apoyan el desarrollo artístico local. Entre ellas la Sociedad Artística¹², fundada en 1867; la Comisión Permanente de Bellas Artes, y el Consejo Superior de Artes y Letras¹³, que presidía el propio Ministro de Instrucción Pública y que tenía a su cargo la “vigilancia general” de todos los establecimientos públicos de enseñanza artística del país¹⁴. El fomento del buen gusto estético fue una de las prerrogativas más importantes de este Consejo. Un buen gusto que debemos entender asociado a ciertos principios formales e iconográficos tradicionales y a una crítica que legitimaba al arte nacional desde una mirada europea y academicista.

El Estado tuvo también una fuerte presencia en la organización de la Exposición Internacional del Centenario, en 1910. Este certamen, de un claro trasfondo diplomático, fue manejado por el Consejo de Bellas Artes, razón por la cual se privilegiaron en la conformación de las

¹⁰ Ricardo Luis Jorge Richon Brunet, pintor y crítico. Nació en París en 1866. Falleció en Santiago, Chile, el 28 de Abril de 1946. Su pluma estuvo cercana al academicismo, tal como consta en sus numerosas publicaciones de revista Selecta. Tuvo a su cargo el catálogo oficial de la exposición del Centenario.

¹¹ Hacia fines del siglo XIX y, más precisamente en las primeras décadas del XX, encontramos a varios artistas y grupos que plantean una visiones más renovadas en el plano estético. Resaltan a este respecto los pintores de 1913, la figura de Juan Francisco González, el grupo conocido como Los Diez, la colonia Tolstoyiana, Vicente Huidobro, entre otros.

¹² Fue fundada por Pedro Lira y Luis Dávila Larraín, incorporando además, artistas, aficionados y coleccionistas. Dentro de sus principales realizaciones cuenta la creación del Primer Museo de Bellas Artes, inaugurado en 1880.

¹³ Creado mediante decreto el 31 de mayo de 1909.

¹⁴ También le correspondía la supervigilancia y la dirección de la Escuela de Bellas Artes. Sus prerrogativas eran, desde luego, establecer las políticas y orientaciones, pero, además, podía dictar o modificar los planes de estudio y reglamentos internos de los diversos establecimientos artísticos; proponer al Gobierno el nombramientos de sus directores; nombrar o remover a los profesores y empleados; determinar las pruebas que debía exigirse a los alumnos “que aspiren al título de idoneidad profesional” y expedir los mismos títulos.

distintas comisiones, que actuaron tanto en Chile como en el extranjero, criterios tradicionales y académicos.

La famosa exposición del Centenario en 1910, fue el paradigma de la hegemonía del arte académico. El Consejo de Bellas Artes –integrado en su mayoría por personalidades de la vida pública– la organizó, seleccionó los invitados, presidió los jurados de las diferentes secciones de la exposición y escogió las obras que se compraron para el Museo Nacional (Lizama; Patricio, 1992, s/p).

Como es posible apreciar, las responsabilidades que el Gobierno había asumido sobre las Bellas Artes tuvieron un alcance mucho mayor que el sólo financiamiento de sus planteles de enseñanza. El Gobierno pesó siempre con su visión, hizo valer y con fuerza su opinión (a través precisamente de su facultad discrecional de financiamiento) sobre el complejo mundo de ideas estéticas que la enseñanza y difusión que esta disciplina comportaba. En este mismo orden de ideas, otro antecedente ilustrador: cuando en 1928, bajo el primer gobierno del General Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), el Ministro de Instrucción Pública, Pablo Ramírez, decretó por encargo del Gobierno el cierre de la Escuela de Bellas Artes, dejando en funcionamiento sólo los cursos de dibujo, queda de manifiesto, una vez más, el rol patronal del Estado frente a las manifestaciones culturales. Los fundamentos de la decisión guardaban relación con los conflictos y desavenencias que se habían producido al interior del plantel. Se resolvió, entonces, enviar a Europa a veintiséis estudiantes y algunos profesores a estudiar distintas disciplinas relacionadas con pintura de caballete, pintura mural, escultura, artes aplicadas y organización de museos, entre otras. Es decir, tomado esto en un sentido literal, parte importante de la Escuela de Bellas Artes comenzó a funcionar en Europa, principalmente en París. A través de estos acontecimientos y circunstancias se refuerzan aún más ciertos patrones de dependencia ideológica, cuestión que se hace más evidente y estrecho todavía por algunas exposiciones de arte francés que se organizan en el país y, sobre todo, por la reflexión crítica de algunas plumas locales, entre ellas Nathanael Yáñez Silva y Ricardo Richon Brunet. Este último autor comentó lo siguiente: “Todo hombre tiene dos patrias: la suya y París”. Y agrega “... todo artista extranjero que tenga genio, talento y originalidad, puede conservar su nacionalidad y llegar a ser un artista parisiense, o si no que digan lo contrario Jongking, Wistler, Sargent, Zuloaga, etc.” (Richon Brunet, 1912, p. 141). Este comentario no es marginal; Richon Brunet fue algo así como el crítico

oficial del país por aquella época, autor, además, del catálogo ilustrado de la Exposición Internacional del Centenario, en 1910, actividad con la cual el Gobierno celebró la conmemoración secular. Como se ve, el Estado tuvo un rol de tutelaje ideológico en la cultura local. Un Estado militante, ordenador y con un fuerte acento tradicionalista respecto de sus manifestaciones culturales. Eso, hasta bien adentro del siglo XX.

Primeras promociones de escultores nacionales

En las promociones de escultores formadas en la Escuela de Bellas Artes destaca un primer grupo, a quienes Víctor Carvacho denomina los escultores del “bello estilo” (Carvacho, 1983, p. 187), integrado por José Miguel Blanco (1830-1897), Nicanor Plaza (1841-1918) y Virginio Arías (1855-1941). Todos ellos adhieren a la corriente neoclásica, de tradición grecorromana, cuyas referencias teóricas más directas es posible encontrarlas en los ideales de unidad, armonía, proporción y sencillez plateados por Johann Winckelmann¹⁵. Estos artistas, aparte de su formación inicial con el maestro Augusto François, tienen como elemento común el hecho de haber proseguido estudios en Europa, bajo el alero de las academias oficiales de corte neoclásico. Este hecho es relevante, toda vez que define un primer nexo formal a través del cual se facilitan ciertas relaciones de intercambio y con las escuelas europeas. A *José Miguel Blanco*, el Gobierno le concede una beca en 1867 para estudiar en Europa¹⁶. En París se incorporó al Taller de Grabados del escultor Jean Baptiste Faronchon¹⁷. Luego fue admitido en la Escuela de Bellas Artes, cuyo Director era por esos años Eugenio

¹⁵ Johann Winckelmann (1717-1768). Tras estudiar las culturas griega y romana, logra en 1755 una beca para trasladarse a Roma. Aquí ejerció en 1756 el cargo de conservador de las antigüedades romanas y más tarde bibliotecario del Vaticano. Escribió informes y relaciones sobre los descubrimientos que asombraron a toda Europa y que abrieron el camino de un conocimiento más profundo acerca de la antigüedad clásica. Sus escritos ejercieron gran influencia en el progreso del arte y la estética en el siglo XVII. Defendió el neoclasicismo y otorgó carácter científico a la historia del arte. Su obra mayor es “*Geschichte der Kunst der Altertuns*” (1764). Sus teorías estéticas y su tratado de la pintura y escultura griegas fundamentan el idealismo clásico.

¹⁶ En 1867 el Gobierno concede una beca a José Miguel Blanco, para que vaya al extranjero a especializarse en grabado de medallas, con la intención que prestara más tarde sus servicios en la Casa de Moneda. Viaja en compañía de su maestro François, quien facilitó sus primeros años en el Viejo Mundo.

¹⁷ Jean Baptiste Faronchon (1812-1871), escultor y grabador en medallas. Obtuvo el Premio Roma, en 1835. Pertenece a la escuela neoclásica.

Guillaume¹⁸. En su afán de perfeccionamiento Blanco va a Nápoles y a Roma, principales referentes en su época de los ideales neoclásicos, incorporándose en ambos lugares a las academias artísticas respectivas. Se reintegra al país en 1875, trayendo algunas obras originales, libros de arte, reproducciones en yeso y fotografías de obras extranjeras. *Nicanor Plaza*, por su parte, había sido pensionado en 1863 para proseguir estudios en Viejo Continente. En París se incorpora al taller del escultor Francois Jouffroy¹⁹, recibiendo el influjo del academicismo europeo²⁰. En 1871 el artista fue llamado por el Gobierno chileno para hacerse cargo de la clase de escultura que había dejado el maestro François, desempeñándose por largos años en el cargo, en donde da forma a una extensa progenie de escultores. *Virginio Arias*²¹, el discípulo más importante de Plaza, es otro de los artistas que logra desarrollar una obra significativa en producción y calidad, que tiene una formación fuertemente influenciada por la Ciudad Luz.

Un segundo conjunto de escultores, que se asimilan más a la corriente romántica, está integrado por Carlos Lagarrigue (1858-1927), Guillermo Córdova (1866-1936), José Lucas Tapia González (1876-1938) y, un poco más tardío, Raúl Vargas (1908-1992). Todos ellos se inician en la Escuela de Bellas Artes de Chile, para luego encaminar sus pasos a Europa, especialmente a París, en donde se integran a aquellos espacios y circuitos de corte neoclásico y romántico, que gozan todavía de reconocimiento y significación en la alta sociedad y en el mundo oficial. *Carlos Lagarrigue*, a modo de ejemplo, se perfeccionó en París y Roma, entre 1877 y 1891. En la capital francesa realizó cursos en la Escuela de Bellas Artes, trabajando después en los talleres de los artistas Aimé Millet (1819-1891), Charles Gauthier (1831-1891) y Jules Dalou (1838-1902), este último, un afamado escultor de estatuas y bustos. Fue Dalou quien transmitió al escultor nacional "... su vigor y mesura, haciendo su factura más plena" (Meltchers, 1982, p. 78). Años más tarde, Lagarrigue estudia en Roma con Giulio Monteverde (1837-1917),

¹⁸ Jean Baptiste Claude Eugenio Guillaume (1822-1905). Escultor de bustos y alegorías. Obtiene el Premio Roma en 1845, una especie de consagración de los escultores neoclásicos.

¹⁹ Francois Jouffroy (1806-1882). Escultor de estilo neoclásico, con estudios en la Academia Francesa de Bellas Artes en Roma.

²⁰ En 1866 abrió en París un taller propio, ejecutando un número importante de obras que fueron admitidas y elogiadas en los salones oficiales franceses.

²¹ En 1876 ingresa a la Escuela de Bellas Artes, bajo la tutela de Jouffroy. Asiste también a clases en la Escuela de Artes Decorativas. Sus maestros fueron Falguiere y Carson. Después ingresó a la Escuela de Dibujo, del maestro Jean Paul Laurens.

uno de los artistas italianos más importantes de su época, quien fuera años más tarde maestro de Rebeca Matte. *Guillermo Córdova* fue también enviado en 1906 por el Gobierno a seguir estudios en París. Allí desarrolló su talento y habilidades como escultor de obras monumentales y de relieves alegóricos²². *José Lucas Tapia*, por su parte, también incorpora en su obra el sello de una formación europea.

En un sentido genérico, el modelo clásico fue el punto de encuentro de la mayoría de estos artistas. Un paradigma cuyas raíces históricas las encontramos en la cultura grecolatina y cuyos antecedentes más directos están en la escuela neoclásica, liderada en el terreno de la escultura por Antonio Cánova y el danés Berthel Thorvaldsen. Este modelo imponía una lógica estética y un repertorio iconográfico bien definido. Dentro de lo primero, prima el idealismo clásico y el virtuosismo técnico; en lo segundo, vemos la supeditación de lo estético a una narrativa discursiva pomposa, historicista, de intención alegórica o documental. Un arte refinado y elegante, propenso al virtuosismo técnico, que en Chile sintonizaba con el gusto de la clase dirigente.

Como se ha señalado, este modelo tuvo en Chile un carácter oficial. El Estado y los principales jerarcas sociales lo valoraban, entre otras cosas, porque respondía a las necesidades de testificación iconográfica que requería el país en ese entonces. Era necesario ir dotando a las plazas y avenidas de una estatuaria que exaltara a los personajes, las hazañas y símbolos patrios; se necesitaban expertos en la confección de relieves alegóricos de edificios, monumentos funerarios, diseño de cuños para monedas, entre otros objetos artísticos. El monumento público fue la expresión primordial; se transforma en testimonio más importante del arte estatuario, no solo en Chile sino en la mayor parte de la América post colonial²³.

Conceptos y metodologías en la enseñanza de la escultura

La clase de escultura suscribió desde sus inicios, en lo que respecta a sus fundamentos estéticos e iconográficos, las directrices de la cultura grecorromana. El modelo de las academias europeas, francesas e

²² Su obra más conocida, el relieve para el frontón del Palacio de Bellas Artes, premiado en la Exposición del Centenario.

²³ A modo de ejemplo Rebeca Matte ejecutó *Los Mártires de la Aviación*, *Los Héroes de la Concepción*; Virgilio Arias, el Monumento del General Baquedano y *El Defensor de la Patria* (conocido también como el “*Roto chileno*”); José Miguel Blanco realizó estatuas en homenaje a Arturo Prat y Benjamín Vicuña Mackenna.

italianas principalmente, fue incorporado casi literalmente en el espacio académico en nuestro país. La École Nationale des Beaux-Arts fue el sitio de referencia de mayor valor simbólico para la enseñanza de los artistas locales. Al analizar el reglamento de la École, publicado en 1908²⁴, se advierten muchas coincidencias con los modelos y conceptos metodológicos que se profesaban en Chile²⁵.

La estatuaria clásica y su enseñanza dice relación con normas específicas que se manifiestan a través de la representación de ciertos conceptos tales como los cánones helénicos, que hacen eje en la medida y valor simbólico de la figura humana. Estas normas, puestas en uso por los escultores clásicos, buscaban la representación armónica del cuerpo y connotan ideas y conceptos de carácter filosófico.

Responden a formulaciones retóricas que pueden ser rastreadas en las ideas de los filósofos que, como Aristóteles o los pertenecientes a las escuelas estoicas o epicúrea, se preocuparon por los problemas formales en la poesía y en las artes (Maderuelo, 1994, p. 16).

En esta puesta en valor iconográfica y simbólica del mundo heleno es necesario relevar también el aporte de algunos historiadores e intelectuales. El más conocido fue Johann Joachim Winckelmann (1717-1768). En una de las primeras obras de este autor, *Reflexiones sobre la imitación de obras griegas en pintura y escultura* (1755) se aspiraba no solo recuperar el pasado helénico, sino que mantenerlo en vigencia como parámetro para la estética de su momento histórico presente. “El único camino que se nos abre para hacernos grandes, o mejor dicho, y si es posible, inimitables, es la imitación de los antiguos”²⁶.

²⁴ Règlement École Nationale des Beaux – Arts, Ministère de L’Instruction Publique des Beaux – Arts et des Cultes, Delalain Frères Éditeurs, Paris 1908.

²⁵ A modo de ejemplo, la parte teórica fue importante tanto en la École, como en la Escuela de Bellas Artes chilena. En la École, cada año, los artistas cursaban los siguientes ramos: Historia y Arqueología, Historia general, y Literatura, cursos que se desarrollaban a los largo de tres años. También fueron relevantes los cursos de historia del arte y estética.

La expresión más consagratoria en la época para los artistas franceses era la obtención del Premio Roma. Varios países europeos, entre ellos Francia y España tenían respectivas academias en la Ciudad Eterna. La academia francesa en Roma, situada en la Villa Médicis, en los jardines de la Villa Borghese, en el Pincio romano, era el destino para aquellos artistas que obtenían en Francia el Premio Roma, que consistía en una beca de cinco años. Algunos artistas que obtuvieron la distinción fueron el pintor Raimundo Monvoisin y Denys Puech, quien dirigió la entidad entre 1921 y 1933.

²⁶ Mencionado por Rudolf Wittkower en *La escultura procesos y principios*, p. 252.

De otra parte Georg W. F. Hegel (1770-1831) nos introduce con mayor profundidad en la fenomenología de la estatuaria clásica. El trabajo realizado por este pensador alemán es de especial importancia debido a sus análisis de los sistemas constructivos de la figura humana. A este respecto señala:

El centro de nuestra consideración será dado según lo dicho, a la manera en que lo ideal clásico alcanza a través de la escultura, su mas adecuada realidad. Pero antes de poder pasar a este desarrollo de la escultura ideal, debemos primero mostrar qué contenido y qué forma conviene estrictamente al punto de vista de la escultura, como arte particular, y la conducen, en consecuencia, a representar el ideal clásico en la figura humana espiritual animada y su forma abstracto espacial (Hegel, 1985, p. 143).

Las obras escultóricas realizadas en Chile durante el siglo XIX, su enseñanza, modelos y repertorios iconográficos son influenciados por estas teorías, que se institucionalizan en el espacio de las academias oficiales, los sectores oligárquicos y la crítica más conservadora. Obras tales como *Giotto*, de Carlos Lagarrigue, *Hoja de Laurel y Dafne y Cloe*, ambas de Virginio Arias, *La Quimera*, de Nicanor Plaza y *Alegoría de las Bellas Artes*, de Guillermo Córdova, constituyen ejemplos interesantes de esculturas realizadas por nuestros artistas en donde es posible seguir el clasicismo como huella orientadora y formativa. Hablamos de obras cuyos modelos y dimensiones semánticas fueron planteadas inicialmente por la estatuaria griega del siglo V al II a.C., continuadas por la cultura romana y reinterpretada por el Renacimiento, especialmente en su manifestación italiana. Estos códigos clásicos y helenísticos se ponen de manifiesto en nuestro medio bajo diferentes categorías, las cuales van desde la copia, los préstamos formales y las re-interpretaciones.

Hacia fines del siglo XIX, la estatuaria nacional empieza a incursionar en otros conceptos estilísticos y espacios iconográficos. Aparecen temas relacionados con la estética romántica, además de una tendencia vinculada con el realismo. Tendríamos también que sumar también algunas obras de connotación más ecléctica, que inscriben en su configuración la imbricación de discursos estéticos diversos. En este sentido, la combinación realismo-romanticismo pareciera ser una de las variables estéticas más persistentes en nuestro medio, especialmente en el tránsito del siglo XIX al XX. Algunas obras como *La miseria*, de Ernesto Concha y *El mendigo* de Simón González, pueden constituir buenos ejemplos de lo expresado precedentemente.

Las nuevas formas escultóricas.

En los inicios del siglo XX la demanda de esculturas procedía, principalmente, del mundo público. El problema fue que declinó el mercado de su principal producto: el monumento público (Hobsbawm, 1999, p. 18).

La escultura se abrió a espacios que fueron más allá de la tradicional estatuaria asociada a las demandas iconográficas decimonónicas. Esta renovación modificó, primero, los sustentos formales y temáticos de las obras, luego, el propio sentido del arte del volumen. Dentro de los muchos cambios que se plantean en este sentido está la propia ubicación de las esculturas²⁷. Otro elemento que declina su importancia, ya en los años iniciales del siglo XX, fue el pedestal. Esta estructura arquitectónica tenía como misión elevar la obra del suelo a la vez que subrayar su valor simbólico²⁸. Augusto Rodin marca en este sentido un cambio. En su *Monumento a Balzac*, fundió la escultura y el pedestal en un único bloque, indiferenciado, marcando de este modo un camino de autonomía estética para la obra. Similares actitudes encontramos en algunas obras de Constantino Brancusi y Alberto Giacometti. “La pérdida del pedestal en la escultura moderna refleja la ausencia de voluntad conmemorativa y, como consecuencia, evidencia el carácter efímero que se opone a la noción de permanencia que caracteriza a la escultura tradicional” (Maderuelo, 1994, p. 19).

Otro rasgo que señala un cambio en la escultura chilena es el alejamiento de algunos artistas del uso de aquellos medios expresivos considerados tradicionalmente como nobles. La madera, el hierro, el cemento, el granito y otras piedras reemplazan casi en su totalidad al mármol y el bronce.

En forma paralela a los cambios señalados y, quizá motivados los escultores por llevar su obra a los espacios de circulación de la pintura, se produce una drástica reducción de la escala monumental de la obra escultórica. La innovación más importante, sin dudas, fue el reemplazo del tradicional modelado por la técnica de la talla directa.

²⁷ El tradicional monumento conmemorativo asociaba su prestigio e importancia a una ubicación preeminente en el espacio público. De este modo, la obra podía dotar de un significado o convertir en hito a ciertos lugares de la ciudad.

²⁸ Obras tales como *Homenaje a Hernando de Magallanes*, de Guillermo Córdova, en Punta Arenas, el *Homenaje a los héroes de Iquique*, de Denys Puech, en Valparaíso y la *Escultura ecuestre a Bernardo O'Higgins*, de Carrière Belleuse, en Santiago, ilustran acerca de la importancia que tuvo el pedestal en los monumentos públicos emplazados en nuestro país.

El escenario europeo de fines del siglo XIX y comienzos del XX oscilaba entre las persistencias académicas y los debates rupturistas. La pintura evolucionó quizá más rápido que la escultura hacia la búsqueda de nuevas miradas y soluciones. El arte escultórico, en su afán por salir del neoclasicismo pomposo, declamatorio e historicista, encuentra cierta orientación ideológica en la obra de Augusto Rodin. Este nuevo escenario –con algunos desfases de tiempo– comienza a incidir en nuestro país.

En Chile llevan la escultura a un concepto de mayor modernidad y autonomía artística varios autores. Entre ellos Simón González (1858-1919), Ernesto Concha (1874-1911), Rebeca Matte (1875-1929) y Lorenzo Domínguez (1901-1963). Estos artistas, que imponen en sus obras un realismo más expresivo, desarrollan también parte importante de su formación estética en Europa. *Simón González*, a modo de ejemplo, siguió estudios en París junto a Jean Injalbert²⁹, escultor y profesor en la Escuela de Bellas Artes parisina. En 1906 el artista regresa al país, siendo nombrado profesor de la Escuela de Bellas Artes, cargo que desempeñó hasta su muerte. *Ernesto Concha*, por su parte, terminada su beca, permanece en Francia en donde fallece a la temprana edad de 37 años; *Lorenzo Domínguez*, más cercano al mundo hispano, realiza su formación en el entorno de la Academia de San Fernando, en Madrid. Capítulo aparte merece *Rebeca Matte*. La artista se insertó muy joven en el medio europeo, estudiando escultura en Roma, con Giulio Monteverde. La formación de Rebeca Matte prosiguió en París con los maestros Denis Pierre Puech (1854-1942)³⁰ y Dubois, quien oficiaba como maestro en la Academia Julian. La obra de Rebeca Matte se distingue por su calidad, carácter y sentido expresivo.

El contacto con los medios franceses refrenó de manera positiva los desbordes iniciales, le dio el sentido de la medida en lo expresivo, la compostura compositiva más realista y natural y suavizó el sentido táctil de las formas humanas al tratarlas con mayor blandura y sin tanta retórica de venas, tendones y cartílagos (Carvacho, 1983, p. 208).

Durante las décadas iniciales del siglo XX y siempre bajo un paradigma europeo, la escultura chilena tiende hacia una renovación.

²⁹ Jean Injalbert (1845-1933), artista neoclásico de cierta celebridad, especialmente por sus esculturas de figuras y bustos.

³⁰ Denis Pierre Puech, fue un destacado escultor de figuras, bustos, estatuas y grabador de medallas. Fue también Director de la Villa Médicis en Roma (1921-1933) y un destacado actor del mundo cultural parisino de la época.

Augusto Rodin pasa a ser un referente significativo para los artistas nacionales, por liberar a la escultura de su mediatización histórica y por lograr "... un retorno a la materia y a la vida, modelando formas inacabadas, sugerentes de una realidad simbólica superior" (Cruz de Amenábar, 1984, p 449). Francisco Gazitúa (2004, p. 21) señala a Rodin, Bourdelle, Brancusi y Moore como "gestores poderosos de una parte fundamental de la historia de la escultura en Chile".

La renovación más radical es protagonizada en nuestro medio por artistas tales como Abelardo Bustamante (1888-1934); Totila Albert (1892-1967); José Perotti (1886-1956); Julio Antonio Vázquez (1897-1976); Laura Rodig (1901-1972) y Samuel Román (1907-1995), entre otros. Al igual que sus antecesores, estos artistas abordan preferentemente el tema de la figura humana. La diferencia está en que ensanchan sus posibilidades iconográficas y, sobre todo, abandonan el arquetipo neoclásico en búsqueda de nuevas soluciones estéticas y renovados perfiles expresivos. "Es en ese momento cuando el artista comienza a entender de otra manera la relación entre el mundo del arte y el mundo del entorno" (Gaspar Galaz 2004, p. 87). *Abelardo Bustamante* ("Paschín"), conocido también como pintor, es considerado por Víctor Carvacho (1983, p. 223) como el "primer escultor moderno, de formación culta". Personaje pintoresco y bohemio, cultiva variadas expresiones del arte y las artesanías. *Tótila Albert* nace en Chile pero se forma artísticamente en Berlín. Escultor, poeta, músico, filósofo y esteta. Su obra se sitúa en un espacio de modernidad todavía no visto en el país. "La pasión por el dinamismo, por el ritmo, por las líneas y las formas estilizadas que encierran rotundamente sus composiciones y figuras en musicales arabescos, en cadencias contenidas, aludiendo a una espiritualidad simbólica situada más allá de las fronteras de la realidad" (Cruz de Amenábar, 1984, p. 452).

José Perotti cultivó diversas expresiones de las artes visuales. En España se forma en el entorno de la tradicional Academia de San Fernando, con el escultor Miguel Blay y los pintores Joaquín Sorolla y Julio Romero de Torres. Luego, en París, se motiva por las innovaciones de Rodin y, especialmente, de Antoine Bourdelle, uno de los escultores más influyentes en la escultura chilena³¹, figura esta última determinante en su posterior labor como escultor. De regreso en Chile en 1923, Perotti

³¹ Bourdelle fue maestro de varios escultores chilenos: Lorenzo Domínguez, en 1928, Julio A. Vázquez, en 1929, Raúl Vargas, de 1928 a 1931, José Perotti, en 1920, Lily Garáfulic y Marta Colvin, en 1938.

participa de las inquietudes rupturistas de los artistas vinculados al grupo Montparnasse, desarrollando una amplia labor docente³². *Julio Antonio Vázquez* forma parte del grupo de artistas becados a Europa en 1928. En París estudia con Bourdelle en la Academia Grand Chaumiere. Luego, en Alemania, estudia en la Escuela de Altos Estudios Artísticos de Berlín, junto al escultor Ernst Barlach (1870-1938). Ejerció por largos años como profesor de escultura en la Escuela de Bellas Artes de nuestro país. La obra de este artista distingue dos etapas. La primera, con cierto apego a la tradición decimonónica; después, una etapa de mayor simplificación formal, llegando hasta el cubismo y la abstracción. *Laura Rodig* – artista muy vinculada a la poetisa Gabriela Mistral – sigue otro libreto formacional. En 1924 viaja a México en donde se interesa por la escuela indigenista. Luego continúa sus estudios en Madrid y París. Algunas de sus obras, especialmente aquellas relacionadas con el tema de la maternidad, muestra rasgos indigenistas. Laura Rodig realizó una vasta labor docente y una amplia labor creativa, en donde se incluyen, además de sus esculturas, algunos murales. *Samuel Román* es uno de los primeros escultores que arraiga en su obra una mirada artística más local, americanista: “tiene un temperamento americano muy fuerte y muy propio, ligado al conocimiento y la compenetración más perfecta con los ideales plásticos europeos”³³. En 1937 obtiene una beca para estudiar en Berlín junto a los escultores Barlach y Peter Bahrens. Su prolífica y dilatada obra oscila entre el realismo y la abstracción. Román obtiene el Premio Nacional de Arte en 1964.

Víctor Carvacho e Isabel Cruz de Amanábar distinguen dos generaciones escultóricas en la medianía del siglo XX. La primera, de los años cuarenta, en donde incorporan, entre otros, a Lily Garáfulic (1914), Marta Colvin (1907-1995), María Fuentealba (1914-1963), y Peter Horn (1908-1969). Otra, que va de la década del cincuenta al sesenta, incluye a nombres tales como de Sergio Mallol (1922-1973), Claudio Girola (1923-1994), Jaime Antúnez (1923), Rosa Vicuña (1925), Sergio Castillo (1925), Juan Egenau (1927-1987), Matías Vial (1931) y Federico Assler (1929), entre otros.

³² Por esta época asume el cargo de profesor de escultura en la Escuela de Bellas Artes. Al cerrarse el plantel en 1928 se hace cargo de la sección de Artes Decorativas y dos años más tarde es designado como director de la Escuela de Artes Aplicadas.

³³ Linfert, Carlos, citado por Víctor Carvacho, *La historia de la Escultura en Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1983, p. 247.

Influjos y transferencias.

Como es posible observar, las artes visuales en Chile han estado influenciadas fuertemente por las escuelas europeas, especialmente la francesa, la italiana, la inglesa, la alemana y la española. Muchas son las razones de esta vinculación. Entre ellas, los modelos estéticos que se instalan junto a la fundación de los primeros planteles de enseñanza artística en el país, la llegada de maestros europeos, las becas otorgadas por el gobierno para que los artistas nacionales perfeccionen sus conocimientos en el Viejo Continente, las orientaciones de una elite dirigente, etc. El español Antonio Romera, figura clave en la historiografía artística local, señala al “influjo francés” como una de las constantes del arte nacional. “El fenómeno es casi universal pero en Chile, por la mayor porosidad espiritual de sus artistas, adquiere características de persistencia” (Romera, 1976, p. 14).

El pintor y crítico francés Ricardo Richon Brunet, en el Catálogo Oficial Ilustrado de la Exposición del Centenario (1910, p. 28-29) comentaba ya esta relación

Todos los artistas chilenos, durante los últimos treinta años pasaron por los talleres de los maestros franceses: la influencia de la escuela francesa y de la intelectualidad artística de los franceses es indudable, y esta influencia fue tanto más fuerte, cuanto que algunos de los artistas chilenos que volvieron después a Chile, la introdujeron y la esparcieron en el país ya muy preparado, por lo demás, para recibirla.

La vinculación de Chile con las escuelas europeas se articula, precisamente, a partir de estas y otras circunstancias. Aquí es posible distinguir dos factores que sistematizan esta relación: influjos y transferencias. Los influjos se manifiestan en un contexto más bien cultural, no exclusivamente acotado al fenómeno estético, y actúan también en otras facetas de la cultura: literatura, moda y arquitectura, a modo de ejemplo. Las transferencias, por su parte, se manifiestan al interior del discurso estético, a nivel de extrapolaciones formales, conceptuales y técnicas.

El concepto *influjo* dice relación con una especie de transfusión cultural, de carácter más bien unidireccional, que, nos parece, ha caracterizado la sociedad y la cultura chilena, podríamos decir, a lo largo de toda su historia. Nuestra sociedad, cultura y pensamiento, se han visto forzados desde su origen colonial a reproducir la cultura

y pensamiento europeos, a desarrollarse como “periferia de otro universo” (Subercaseaux, 2004, p. 19). Este fenómeno está, sin dudas, condicionado por la imperiosa necesidad de establecer en Chile un orden social y cultural que fuera perfilando arquitecturalmente el Estado de la joven nación. En este sentido hubo una clara predisposición de la clase dirigente en orden a replicar patrones culturales externos, en casi todos los dominios de la actividad nacional. Aquí cobra un rol relevante las elites ilustradas y los grupos de intelectuales: núcleos sociales se auto percibían como europeos. Ellos intentan reconstruir modelos exógenos con desfases históricos y sin las condiciones materiales y espirituales que dieron origen a estos movimientos en Europa. Tendríamos, en consecuencia, “barroco sin contrarreforma, liberalismo sin burguesía, positivismo sin industria, existencialismo sin segunda Guerra Mundial, post modernismo sin modernidad, etc.” (Subercaseaux, 2004, p. 20). De este modo, la cultura europea que se ha venido reproduciendo, tiene, entonces un carácter más bien epidérmico, “es una máscara carente de una relación orgánica con el cuerpo social y cultural latino americano” (Subercaseaux, 2004, p. 21). Esta noción de influjo o más bien “apropiación” connota una idea de dependencia, en la cual se convierten en propios elementos ajenos. A veces transplantados en su literalidad de origen; en otros casos incorporando algunos niveles de elaboración o adaptación de rasgos más locales. Estos influjos dicen relación con un contexto cultural y se manifiestan en ámbitos bastante más amplios al fenómeno estético.

En Chile, como se ha señalado, fue el propio Estado quien definió una política de intercambio con Europa. De este modo, muchos jóvenes intelectuales, científicos, artistas y profesionales, en todos los ámbitos de la vida nacional, fueron a al Viejo Continente a seguir estudios y a conocer modelos y teorías que fueron luego replicadas en el contexto de la vida nacional. Hubo una clara predisposición de la sociedad chilena para aprehender y asimilarse a esta condicionalidad exógena. Propician, además, esta relación los viajes, la literatura llegada al país (libros y revistas), objetos suntuarios que se importan (muebles, vestuario, joyas, vajilla, etc.), la replica de modelos arquitectónicos, paisajísticos y urbanísticos, entre otros elementos.

La escena latinoamericana durante el siglo XX

Latinoamérica es un espacio cultural heterogéneo, en donde adquieren importancia las historias locales y los sedimentos étnicos y

culturales. Con todo, se han generado durante la pasada centuria algunos procesos culturales y estéticos relevantes, con un nivel de inmanencia interesante de analizar. Es así como algunos planteamientos realizados por movimientos vanguardistas latinoamericanos de principios del siglo XX han definido un contexto simbólico alternativo al modelo centralista europeo.

La experiencia histórica de los países latinoamericanos, en la formación de sus estados republicanos, tiene ciertos niveles de coincidencia cronológica y simbólica. En este sentido, la cultura y las expresiones estéticas decimonónicas plantean puntos de coincidencia. Durante las primeras décadas del siglo XX se van haciendo evidentes mayores niveles de diferenciación, dependiendo ello de la propia dinámica de los procesos sociales de cada país, como también de los sustratos étnicos, que comienzan a presionar en el plano cultural.

Los comienzos formales del modernismo³⁴ en esta parte del mundo deben situarse hacia la década de 1920. El fenómeno vanguardista tiene un alto nivel de coincidencia – y quizá de determinación – con algunos procesos de cambios sociales que se manifiestan en Latinoamérica. Algunos acontecimientos importantes que impactan en la escena artística fueron la Revolución Mexicana, iniciada en 1910; las reformas laborales del segundo periodo (1911-15) de Beattie Ordóñez en Uruguay; las luchas de Brasil durante los años veinte hasta la implantación de la dictadura nacionalista (1930-45) de Getulio Vargas; la lucha de Sandino en Nicaragua y la reforma universitaria iniciada en Córdoba en 1918. Estos acontecimientos guardan relación e impactan, con más o menos fuerza, en el plano estético. Es así como, entre 1920 a 1930, encontramos varios movimientos artísticos cuyos planteamientos dicen relación con revisiones estéticas, con demandas y planteamientos sociales y, dependiendo del lugar, con más o menos fuerza, con la búsqueda de una identidad estética americanista. Entre ellos tenemos al movimiento muralista mexicano, con su Manifiesto del Sindicato de Artistas Revolucionarios, elaborado en 1929 por David Alfaro Siqueiros³⁵; el grupo que promovió, actuó y se constituyó a partir de la Semana de Arte Moderno de San Pablo, en 1922³⁶; el movimiento

³⁴ Modernismo en los términos como lo entiende Edward Lucie-Smith, *Arte Latinoamericano del siglo XX*, Ediciones El mundo del Arte, página 13.

³⁵ A partir de 1922 surgió en México la Escuela Muralista, con el propósito de colaborar con el Gobierno desarrollando la “Revolución de la educación, organización y cultura de las masas a través de la pintura mural”.

³⁶ Que incorpora a varios artistas, tales como Anita Malfatti (1896-1964), Emiliano di Cavalcanti (1897-1976) y Vicente do Rego Monteiro (1899-1970).

martinfierrista, aglutinado alrededor de la Revista “Martín Fierro”, publicada en Buenos Aires, a partir de 1924; el grupo Montparnasse, en Chile, cuya primera exposición de 1923 recoge el influjo de las vanguardias europeas de principio de siglo; y otros movimientos generados en Cuba, Argentina y Uruguay. El fortalecimiento de la escena artística latinoamericana conjuga una doble mirada: una, hacia la búsqueda de una identidad americanista; de otra parte, sintonizar su discurso estético con los procesos vanguardistas europeos. A todo ello debemos agregar un fuerte compromiso ideológico de muchos de los artistas con la realidad social y con su momento histórico.

La relación con Europa y, luego Norteamérica, tiene grados y matices distintos, dependiendo ello de las propias experiencias y patrimonios étnicos y culturales de cada país. Algunos teóricos, entre ellos Marta Traba, presentan interesantes planteamientos sobre temas de colonialismo cultural. La autora argentina se interroga acerca de la medida en que el arte latinoamericano se somete arbitrariamente a los códigos de las corrientes culturales norteamericanas y europeas. La autora realiza un análisis de las vanguardias a partir de un mapa del continente en el que confronta las áreas abiertas de Buenos Aires y Caracas (debiéramos agregar Chile), expuestas a las influencias europeas, con las áreas cerradas de Bogotá y Lima, caracterizadas por modelar su patrimonio cultural en el tiempo circular de sus tradiciones. Frente a lo que llama el arte de la entrega y la estética del deterioro, ella propone un arte de la resistencia, que releve su propia esencialidad y tradiciones. En Chile esta resistencia, en el terreno de las artes visuales, fue más bien débil. La propuesta de un arte vernáculo más potente provino de un sector de la literatura nacional. Misael Correa, en la revista *Sucesos* (1919) señala como parámetro que la literatura “debe perpetrar los tipos de una raza y la mentalidad de una época”, alejándose de los poetas que copian e imitan los modelos europeos.

La sentencia de Marta Traba de un arte o estética de la entrega tiene sentido en la historia de la pintura y la escultura chilena. Esa vinculación potente con los arquetipos europeos, subrayado también por Romera como “influjo francés”, ha marcado un eje definitorio en el desarrollo de nuestras artes visuales. Primero, bajo el paradigma clasicista; luego, en la adhesión a los modelos vanguardistas europeos de comienzos del siglo XX. No ha habido aquí una estética de la resistencia, excepto por el testimonio de algunos escasos autores. ¿Arte chileno o arte hecho en Chile? He ahí un dilema a despejar.

Conclusión

Los escultores reseñados en estas páginas y sus obras están atravesados por ciertos influjos y transferencias procedentes de un modelo europeo, que muta desde la ortodoxia clasicista a visiones más abiertas al fenómeno de la vanguardia. Este modelo, con sus argumentaciones estéticas y simbólicas, se transfiere desde Europa a Chile a través de distintas formas. Las más importantes, desde luego, tienen que ver con los procesos de enseñanza que, en nuestro país, dicen relación con una asimilación casi literal de la enseñanza académica francesa, especialmente del modelo de la *École de Beaux Arts*. Refuerza esta vinculación la política del Gobierno de Chile, de enviar a los alumnos artistas más destacados, pintores y escultores, a perfeccionar sus estudios a París. De otra parte, los salones, la escritura artística, las decisiones acerca del coleccionismo público y la mirada y valoración y censo de la sociedad influyente favorecían el paradigma de lo clásico.

Testificada esta dependencia, expresada en los conceptos de influjos y transferencias, resulta interesante interrogarse acerca del status de nuestra escultura en esta relación con las escuelas foráneas. ¿Somos dependientes sistemáticos –sujetos pasivos o activos- en esta relación?

Nuestra escultura, en sus tendencias individuales y genéricas, ha tenido niveles disímiles de elaboración propia en este intercambio con las escuelas foráneas. Hay similitudes –quizá las más- y también algunas asimetrías, que puedan ser leídas como rasgos específicos de nuestro discurso estético. En este sentido, resulta interesante analizar el trasfondo simbólico americanista que se manifiesta en algunos artistas nacionales, entre ellos Lorenzo Domínguez, María Fuentealba, Samuel Román, Laura Rodig, Marta Colvin y Lily Garáfulic. Para estos autores –aun cuando su obra se inscribe en una matriz europea- el simbolismo de América cobra sentido y dimensión en su obra.

¿Copiamos literalmente un modelo de carácter internacional o tenemos una participación activa, aunque desde la periferia en el mismo?

Referências

CARVACHO HERRERA, Víctor. *La historia de la Escultura en Chile*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1983. 328 p.

GACITUA, Francisco. De Virginio Arias a Lily Garáfulic. *Escultura chilena contemporánea 1850-2004*. Santiago de Chile: Ediciones Arte Espacio, 2004.

GALAZ, Gaspar. Algunos aspectos históricos y críticos de la escultura chilena. *Escultura chilena contemporánea 1850-2004*. Santiago de Chile: Ediciones Arte Espacio, 2004. p. 87.

CRUZ DE AMANABAR, Isabel. *Arte: lo mejor en la historia de la pintura y la escultura chilena*. Santiago de Chile: Editorial Antártica, 1984.

HEGEL, W. F. *Estética*. La arquitectura y la escultura. Ediciones Nueva Visión, 1985.

HOBSBAWN, Eric. *A la zaga: decadencia y fracaso de las vanguardias del siglo XX*, (1998). Crítica. Barcelona, España: Egedsa, 2009.

IVELIC, Milan. *La escultura chilena*. Serie Patrimonio Cultural Chileno, Colección Historia del Arte Chileno, Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación. Santiago, Editora Gabriela Mistral, 1976.

LATELIER, Rosario; MORALES, Emilio; MUÑOZ, Ernesto. *Artes Plásticas en los Anales de la Universidad de Chile*. Museo de Arte Contemporáneo, Editorial Universitaria, 1993.

LIZAMA Améstica; PATRICIO, Jean Emar. *Escritos de Arte (1923-1925)*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1992.

MADERUELO, Javier. *La pérdida del pedestal*. Madrid: Círculo de Bellas Artes, 1994.

MELCHERTS, Enrique. *Introducción a la escultura chilena* (Primer Premio Concurso “Jaime Eyzaguirre, 1982, convocado por la Embajada de España en Chile), publicación patrocinada por el Colegio Regional de Periodistas A. G. y el Círculo de Prensa de Valparaíso, 1982. 352 p.

Règlement École Nationale des Beaux – Arts, Ministère de L’Instruction Publique des Beaux – Arts et des Cultes. Paris: Delalain Frères Éditeurs, 1908.

RICHON BRUNET, Ricardo. Conversando sobre arte. *Revista Selecta*, n. 5, p. 141, ago. 1912.

RICHON BRUNET, Ricardo. *Catálogo Oficial Ilustrado*. Exposición Internacional de Bellas Artes, Santiago de Chile, sept. 1910.

ROMERA, Antonio. *Historia de la pintura chilena*. 4. ed. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1976.

SUBERCASEUAUX, Bernardo. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (el Centenario y las vanguardias). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004. Tomo III.

SUBERCASEUAUX, Bernardo, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Nacionalismo y cultura). Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2007. Tomo IV.

VOIONMAA TANNER, Liisa Flora. *Santiago 1792-2004, Escultura pública; del monumento conmemorativo a la escultura urbana*. Santiago de Chile: Ocho Libro Editores, 2004.

WITTKOWER, Rudolf. *La escultura: procesos y principios*. Madrid: Alianza Forma, 2006.

ZAMORANO PÉREZ, Pedro Emilio. Rol del Estado en el desarrollo del arte en Chile; desde la fundación de la Academia de Pintura hasta 1928 (Statens roll i Konstens utveckling i Chile). *Revista Heterogénesis*, Suecia: Universidad de Lund, año 9, n. 31.

La sociedad rural del oasis de Pica frente al proceso chilenzador: conflictos, interacciones y reacomodos (Tarapacá, norte de Chile 1880-1900)*

*The rural society of the Pica Oasis towards the
chilenization process: conflicts, interactions and
adaptations (Tarapacá, Northern Chile 1880-1900)*

Luis Castro C.*
Natalia Rivera C.**

Resumen: Mediante documentación notarial se analiza y describe el alcance que tuvo el proceso de chilenización en el oasis de Pica durante las dos primeras décadas de dominio chileno sobre este territorio. Más que acotar la mirada en los grandes procesos político-administrativos, el artículo se aboca a revisar dinámicas de la vida cotidiana que pusieron en tensión a lugareños y funcionarios estatales y la vez generaron espacios de articulación y negociación entre estos actores. Desde esta perspectiva se revisan aspectos hasta ahora no considerados en los estudios sobre la temprana chilenización de los territorios del actual extremo norte de Chile, especialmente aquellos referidos al impacto que tuvo la defensa de intereses privados y el uso de los dispositivos legales para defender derechos adquiridos.

Palabras clave: Chilenización, conflictos, interacciones, oasis de Pica, Chile 1880-1900

Resumo: Por meio da documentação de registros notariais, o texto descreve e analisa o alcance que teve o processo de chilenização na região do oásis de Pica durante as primeiras décadas do domínio chileno sobre este território. Ao invés

* Este artículo forma parte, y es resultado, del proyecto Fondecyt 1100060 “Agentes fiscales, poblaciones indígenas y sociedad regional: articulaciones y conflictos durante el proceso de chilenización (Arica-Tacna y Tarapacá, 1880-1930)”.

** Investigador del Instituto de Historia y Ciencias Sociales, Universidad de Valparaíso, Chile. Investigador responsable proyecto Fondecyt 1100060. E-mail: <quismalc@yahoo.com>.

*** Profesora de Historia y Ciencias Sociales y Licenciada en Historia y Educación, Universidad de Valparaíso, Chile. Tesista investigadora proyecto Fondecyt 1100060. E-mail: <nataliariverac@gmail.com>

de demarcar o olhar nos grandes processos político-administrativos, o artigo se aproxima a revisar dinâmicas da vida quotidiana que geraram tensões entre os habitantes locais e os funcionários estatais, ao mesmo tempo em que criaram espaços de articulação e negociação entre estes atores. A partir desta perspectiva são revisados aspectos, até agora não considerados sobre o começo da chilenização dos territórios localizados atualmente no extremo norte do Chile, em especial aqueles envolvidos no impacto que teve a defesa de interesses privados e o uso dos dispositivos legais para defender os direitos adquiridos.

Palavras chave: Chilenização, conflitos, interações, oásis de Pica, Chile 1880-1900

Abstract: The implication that the chilenization process had in the Pica Oasis for the two first decades of Chilean dominion over this territory is analyzed and described through notarized documentation. More than delimiting the view of the great political and administrative processes, this article is addressed to examine the every-day life dynamics that caused tension to locals and government employees and at the same time generated organization and negotiation spaces among these actors. From this perspective aspects that were not considered until now in studies about the early chilenization of the territories of the Far North of Chile are examined, especially those referred to the impact that the defense of private interests and the use of legal mechanisms in order to protect acquired rights had.

Keywords: Chilenization, conflicts, interactions, Pica Oasis, Chile 1880-1900

Introducción

El oasis de Pica dista aproximadamente a 118 kilómetros al sureste de la ciudad de Iquique en el extremo norte de Chile en lo que actualmente es la región de Tarapacá, y está conformado por los pueblos de Pica, Matilla, el valle de Quisma y el Puquio Núñez. En términos generales describe “un paisaje de chacras distribuidas en torno a varias vertientes naturales y filtraciones artificiales por donde aflora el agua que se utiliza para el regadío” (Castro, 2010, 29).

Al ser un lugar muy fértil por disponer de aguas freáticas y un clima bondadoso a pesar de estar en el desierto más árido de planeta, el de Atacama, tuvo durante el periodo prehispánico un temprano poblamiento asociado al cultivo de maíz, calabazas, zapallos y porotos (Núñez, 1985, 157-158). Este rasgo medioambiental actuó, durante la etapa colonial, como atracción para el asentamiento de españoles, especialmente de aquellos que estaban vinculados a las extracciones mineras de Potosí. De este modo, muchos de ellos eligieron el oasis de Pica para entablar preliminarmente algunas quintas de recreo para, posteriormente, asentar un sistema hacendal de producción agrícola de uvas para la elaboración

de vino y aguardiente y de plantas frutales como mangos, guayabos, limones, naranjos y granados. Hacia fines del siglo XVIII los más exitosos agricultores fortalecieron su rol empresarial (en consecuencia también su nivel de riqueza) al vincularse a la extracción y refinamiento de plata en los cercanos yacimientos de Huantajaya y Santa Rosa. Para la etapa republicana peruana (1821-1879) la importancia económica, demográfica y social del oasis de Pica se terminó por consolidar no sólo porque sus campesinos encontraron en las iniciales faenas de explotación del salitre un mercado consumidor cautivo a sus productos agrícolas, reemplazando sin mayores inconvenientes los circuitos coloniales, sino también porque las familias más poderosas continuaron con el rol de empresarios mineros, esta vez en la etapa de las paradas salitreras (Bermúdez, 1987, 17-43; Castro, 2010, 29-60; Figueroa, 2001, 27-121)¹. El resultado de todo este proceso fue la conformación de una comunidad agrícola sostenida en una fuerte cohesión social constituida a partir de numerosos lazos de parentesco entre las familias españolas, indias y mestizas, algunas de las cuales adquirieron para el contexto regional un gran poder político y social (Bermúdez, 1973: 41, Bermúdez, 1987, 90-92; Castro, 2010, 29-52; Figueroa, 2001, 59-80).

Al pasar, a comienzos de la década de 1880, todo este territorio desde la administración peruana a la chilena², el fuerte apego a sus tradiciones por parte de los pueblos rurales y andinos fue percibida por las nuevas autoridades como una adhesión incondicional a las costumbres y sentir peruanos, característica que inquietaba toda vez que se quería erradicar lo más rápido posible todo aquello que pudiera obstaculizar la plena chilenuzación de Tarapacá³. En el caso particular del oasis piqueño, esta situación se tornó en extremo una preocupación para la agencia administrativa chilena asentada en Iquique toda vez que

¹ Las "paradas" fueron el primer sistema mediante el cual se lixivió salitre (entre 1830 a 1870) y consistía en unas enormes ollas de acero en donde se calentaba agua a gran temperatura para separar el mineral de la escoria.

² Entre 1880 y 1883, a razón de sus triunfos militares en la Guerra del Pacífico, Chile se hizo cargo del entonces departamento de Tarapacá en calidad de región anexada. En octubre de 1883 mediante el Tratado de Ancón el Perú le cede a plenitud y perpetuidad este territorio, lo que le permite al año siguiente crear la provincia de Tarapacá, la que se organizó en subdelegaciones a cargo de las distintas secciones territoriales. La subdelegación de Pica, la más importante, tuvo jurisdicción desde la costa hasta la cordillera de los Andes, donde estaba el límite con Bolivia, siendo su cabecera administrativa el pueblo de Pica.

³ Es necesario precisar que para la gran mayoría de estos agentes chilenos la noción de lo peruano involucraba de igual modo la condición de indígena, lo que aumentaba la percepción de estar ante poblaciones atrasadas y, por tanto, necesarias de transformar con las herramientas de la modernidad y la civilización.

durante el período peruano había sido una cabecera administrativa por su importancia económica solventada en su agricultura extensiva; también por residir en sus parajes poderosas familias las que adicionalmente contaban con algunos miembros que habían sido y/o seguían siendo para la época relevantes empresarios mineros y comerciantes; por tener una ubicación estratégica en lo que tocaba a la conexión entre las tierras bajas (costa y pampa) y altas (valle, sierra y altiplano); y por ser una fuente proveedora de insumos agrícolas y de mano de obra a las faenas extractivas de salitre, actividad vital para los intereses de Chile y la causa principal de la conflagración que lo enfrentó con el Perú y Bolivia.

En este contexto, el presente artículo se aboca a describir y analizar algunas de las características y alcances que tuvo el proceso chilizador en el oasis de Pica durante las dos primeras décadas de soberanía chilena sobre Tarapacá, poniendo su atención no solo en las dificultades, tensiones y conflictos desatados entre los residentes de este lugar y los agentes fiscales chilenos, sino también en los tipos de interacción entendiendo que en este ámbito se manifestaron mecanismos endógenos asumidos y desplegados por piqueños, matillanos y quismeños de manera colectiva e individual destinados a dar respuesta y reacomodarse al nuevo escenario que implicaba el posicionamiento institucional y legal de Chile sobre este territorio.

A diferencia de los planteamientos que sostienen que la chilenización generó un colapso estructural de los componentes sociales, culturales y económicos de las comunidades rurales, en particular de las andinas (Van Kessel, 2003; Chipana, 1986, 251-261; Muñoz, 1993; Choque, 2009; Díaz, 2006; Díaz y Ruz, 2003; Díaz, Ruz y Mondaca, 2006), proponemos (basándonos en información disponible en el fondo Notarial de Pica hasta ahora no utilizada) que la sociedad del oasis de Pica (también rural y campesina) fue capaz de responder y adaptarse al nuevo escenario que implicó el traspaso del territorio tarapaqueño desde Perú a Chile. Si bien este reacomodo-articulación-respuesta no estuvo carente de conflictos, algunos de ellos de gran envergadura, en lo cotidiano primaron un conjunto de dinámicas que le posibilitaron a estos lugareños posicionarse y defender desde un comienzo sus intereses mediante distintas modalidades de negociación como a través de la utilización de ciertas herramientas legales-administrativas aportadas por la propia institucionalidad fiscal chilena⁴.

⁴ Un trabajo reciente que comparte esta perspectiva para el caso de la chilenización en la zona andina de Arica entre 1880y 1929 es el de Aguirre y Mondaca, 2011, 5-50.

1 La chilenización en Tarapacá

1.1 *El contexto*

La Guerra del Pacífico, que enfrentó a Chile con Perú y Bolivia entre los años 1879 y 1883, tuvo su fundamento principal en la riqueza salitrera existente en las desérticas regiones de Antofagasta (entonces la provincia boliviana del Litoral) y Tarapacá (en aquél momento un departamento peruano). El interés de Chile por este fertilizante salino emergió y se definió en el transcurso de la década de 1870 a partir de la decisión de modernizar y expandir su aparato estatal y civilizar la nación, un proyecto estratégico de gran envergadura que necesitaba grandes recursos monetarios destinados a inversiones públicas como la construcción de ferrocarriles, escuelas, caminos, infraestructura urbana, etc.⁵. No es raro entonces que en 1881, una vez consolidada la posesión político-administrativa de Antofagasta y Tarapacá, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores y posterior Presidente de la República, José Manuel Balmaceda, explicitara este propósito como una ineludible misión de Estado (La misión civilizadora de Chile. Circular del Ministro de Relaciones Exteriores, Diario Oficial, Santiago de Chile 25/7/1881, sin pp.).

De ahí es que desde un comienzo las autoridades chilenas de ocupación se orientaron a afianzar con cierta articulación tres tareas básicas en Tarapacá: a) llevar a cabo una política de modernización amparada en un espíritu misional y civilizador; 2) dismantelar el aparato burocrático peruano que existía en la zona con el objeto de provocar un rápido cambio de administración política; y c) procurar la pronta normalización de la minería salitrera (Pinto, 1985, 107-127; Castro, 2008, 219-233).

El conjunto de estas medidas implicó que el Estado chileno – al amparo de un modelo de desarrollo concordante tanto con los intereses de la oligarquía dominante como con las exigencias de un aparato fiscal

⁵ Por ejemplo entre 1850 y 1851, inaugurando este énfasis modernizador y civilizador del Estado chileno, se construye el ferrocarril desde la ciudad minera de Copiapó al puerto de Caldera; 1852 se da comienzo a las obras del tren entre Santiago, la capital del país, y el puerto de Valparaíso, trabajos que finalizan en el año 1863. En 1880 se habilita el tramo entre La Calera y Cabildo, base del tren longitudinal al norte, es decir a las ya provincias chilenas de Antofagasta y Tarapacá, ferrovía que en 1880 es autorizada por ley su habilitación. Es decir obras públicas de gran envergadura y costo que, a razón de la clase gobernante, traerían consigo el progreso cultural de los chilenos, especialmente de las clases populares, y la modernidad a partir de la tecnología más avanzada de la época: los trenes.

en crecimiento – transitara rápidamente de una ocupación física del territorio tarapaqueño a un dominio estratégico de éste, especialmente del espacio en donde se encontraban los yacimientos de salitre (la pampa) y donde se podía sacar esta producción (la costa y sus puertos) a efecto de cobrar la llamada *renta salitrera*, es decir un impuesto específico a cada quintal métrico de este mineral – y su derivado el yodo – que se exportara al mundo desde el desierto de Atacama (Castro, 2005, 11-57). A partir de este modelo rentista, operó en el ejercicio agencial estatal chileno una concepción modernizadora y civilizadora tanto del territorio de Tarapacá como de los sujetos residentes en él (especialmente aquellos identificados como peruanos y/o indígenas)⁶, reproduciendo un férreo determinismo del lugar en donde se encontraba la civilización y la modernidad a partir de rasgos estereotipados (además de exógenos por antonomasia) tales como ausencia de condiciones materiales modernas (uso de maquinarias por ejemplo), el ocio, la ignorancia, la falta de moral, la ebriedad, la carencia de aseo, etc. (Figuroa, 2010, 8-9); fisonomías culturales peyorativas que en Tarapacá encontraron un sustento en las visiones de los expedicionarios chilenos, como Alejandro Bertrand, que construyeron una imagen de esta agreste zona, particularmente de la fracción rural andina, a partir de sus estudios realizados en la década de 1870, es decir antes de que se iniciara la guerra, en donde se afirmaban cuestiones tales como que la “población civilizada de Tarapacá [refiriéndose al pueblo de San Lorenzo y el valle homónimo] es poca numerosa; hay en general poco espíritu de asociación y progreso” (Bertrand, 1879, 21).

Este sesgo ideológico provocó que en el ejercicio administrativo cotidiano el aparato estatal (especialmente el asentado en Iquique, la principal ciudad-puerto de Tarapacá, y Santiago) centrara su mirada y su preocupación en el quehacer salitrero dejando en un cierto rezago la zona rural andina tarapaqueña, área en donde se ubicaba el oasis de Pica. De este modo, rápidamente en las localidades rurales andinas se generaron intersticios suficientes como para permitir la actuación de los sujetos locales, subalternos y sometidos, como de numerosos agentes estatales al amparo de intereses particulares por sobre institucionales,

⁶ El componente civilizatorio de este modelo, que, por derivación hizo mella en el ejercicio agencial estatal chileno en Tarapacá durante las décadas de 1880 a 1920, tuvo su raíz fundamental en las ideas de Domingo Faustino Sarmiento, un componente que encontró en los áridas y riquísimas regiones conquistadas por Chile en el desierto de Atacama una posibilidad de ser materializado y puesto a prueba. El pensamiento sarmientinas se puede revisar en: Villavicencio, 2008.

reproduciendo por lo mismo mayores mecanismos de interacción y negociación que de conflicto y/o enfrentamiento.

1.2 *Enfoques, metodología y perspectivas historiográficas*

Uno de los mayores problemas que ha tenido la revisión y problematización sobre la llegada del Estado-nación chileno a los áridos parajes de Tarapacá hacia fines del siglo XIX ha sido el buscar continuidades al amparo de dinámicas políticas y sociales genéricas en concordancia con posicionamientos dicotómicos⁷. En estos términos, se ha entendido la penetración e imposición de lo chileno como una agencialidad secuencial y acumulativa con una marcada tendencia a lo compulsivo (Van Kessel, 2003; Muñoz, 1993; Chipana, 1986; Choque, 2009), una postura que ha permitido una descripción homogénea de la chilenización que ha minimizado (si es que derechamente inhibido) su entendimiento como un proceso complejo y, en algunos momentos, contradictorio y disperso.

Bajo este prisma es que proponemos, en tanto un ejercicio metodológico historiográfico interpretativo, que la chilenización fue un recurso político que estuvo siempre condicionado a *escenarios contextuales*⁸, los mismos que reprodujeron dinámicas, algunas de ellas de larga data (es decir que venían del período peruano e incluso de antes), que con regularidad describieron tanto las diferencias con que operó la socialización forzada de lo chileno entre las diversas zonas involucradas como las prioridades que comenzó a establecer el Estado chileno para cada una de ellas dependiendo de si eran funcionales o no a sus propósitos estratégicos⁹.

⁷ Este mismo inconveniente se delata para los estudios de las otras regiones del actual extremo norte que Chile incorporó a partir de su triunfo en la Guerra del Pacífico, es decir Antofagasta y Arica.

⁸ Por *escenarios contextuales* entendemos factores externos ubicados en distintos niveles que afectaron las intensidades, los rasgos y los modos que adquirió materialmente la chilenización, entre ellos: los perfiles de los funcionarios fiscales (más o menos honrados, más o menos resueltos a utilizar su cargo para dar cuenta de sus intereses personales por sobre sus obligaciones administrativas), la capacidad de negociación de las comunidades-localidades tarapaqueñas, el nivel de influencia de algunos miembros líderes de estas comunidades-localidades a partir de su capacidad mediadora entre la agencia estatal y sus vecinos, etc.

⁹ Por zonas diversas hacemos referencia a los distintos pisos ecológicos de estas desérticas regiones incorporadas por Chile y las poblaciones adscritas a ellas y el mayor o menor interés que el Estado chileno tuvo sobre ellas en razón de sus recursos productivos. Por ejemplo, Tarapacá está dividida en la franja costera donde están los puertos (entre 0 y 800 m.s.n.m.), la pampa donde se hallan los mantos salitrales (800 a 1.000 m.s.n.m.), la pre-cordillera o sierra donde se despliegan los pequeños valles endorreicos y los oasis posibilitando la agricultura (1.000 y 2.800 m.s.n.m.) y, finalmente, el altiplano y la cordillera destacando la ganadería de camélidos como llamas y alpacas (3.000 a más de 4.000 m.s.n.m.).

Estas diferencias terminaron por sostener prácticas estatales específicas como respuestas heterogéneas por parte de los variopintos residentes locales.

Sin duda el contexto impositivo con que se produjo el traspaso político-administrativo de Tarapacá desde Perú a Chile conllevó un reacomodo del tejido social de esta región, proceso que describió tanto acciones compulsivas y aculturativas por parte de la agencia estatal chilena como *movimientos reactivos* por parte de quienes residían en esta región desde antes de la dominación chilena. Estos *movimientos reactivos*, en tanto respuestas derivadas, no necesariamente tuvieron un matiz confrontacional, sino más bien se expresaron como articulaciones asimétrizadas en donde los residentes locales buscaron, en su condición de subalternos, posicionarse o reposicionarse agencialmente en estructuras sociales modificadas exógenamente. Como lo señala Gyan Prakash (1997), si bien el concepto inglés de *agency* (agencia) es traducible como iniciativa histórica, también es posible dar cuenta, o hacer alusión, a un campo más vasto de significados referidos al despliegue de la capacidad de un sujeto que asume el papel de actor en un escenario vertiginosamente cambiante y poco propicio. De este modo, entre las décadas de 1880 y 1900 la chilenización, especialmente en la zona rural andina, dio cabida tanto a conflictos como a distintas modalidades de articulaciones amparadas en algún grado de acuerdo a partir de intereses compartidos entre los agentes fiscales y los residentes locales (Gundermann, 1997, 1998 y 2001; Tudela, 1993-1994; Canales, 2004; Aguilera, 2003 y 2008; Díaz, 2006; Díaz, Mondaca y Ruz, 2000; Díaz y Ruz, 2003; Díaz, Ruz y Mondaca, 2006).

En efecto, cuando se habla de chilenización no es posible olvidar los vericuetos que posibilitaron el uso de diversos mecanismos (tácitos, legales, administrativos, etc.) por parte de los residentes tarapaqueños como por los agentes fiscales chilenos para resolver dificultades y generar posicionamientos en un escenario de cambios vertiginosos. De este modo, es posible entender que no obstante la configuración desigual que impuso el Estado chileno al asentar su soberanía en los territorios conquistados de Tarapacá, a la hora de materializar lo administrativo no sólo estuvo presente el conflicto sino que fue mucho más recurrente la negociación toda vez que posibilitó articular los intereses generales (nacionales o comunitarios por ejemplo) con aquellos más bien particulares y/o privados. Es aquí cuando las poblaciones locales, particularmente la rural andina, dejan de ser agentes meramente pasivos y pasan a ser protagónicos a pesar de la asimetría estructural.

Es decir, reconocer que en la temprana chilenización las poblaciones locales demarcaron ciertas estrategias, patrones y modalidades políticas, económicas y culturales sustentadas en un largo aprendizaje histórico de relaciones desbalanceadas (el orden colonial y la república peruana) como en el resguardo de sus intereses ocupando estratégicamente los mecanismos de los propios agentes y sujetos dominantes. Aún más, también asentir que la administración chilena instalada en estos áridos territorios no fue un aparato cabalmente homogéneo y consistente.

Precisamente es esta dimensión histórica la que pretendemos desarrollar posicionando, en un marco de relaciones dialécticas, los componentes configurantes de los intereses de las poblaciones tarapaqueñas rurales (enlazadas en algunos casos con lo nacional peruano y, en otros, con lo étnico y/o indígena), componentes interactuantes (en tanto relaciones y conflictos) primero con las dinámicas de modernización y civilización que trajo consigo el Estado chileno, enseguida con la economía de enclave asociada a la explotación del salitre y, por último, con los nuevos parámetros legales en cuanto a la propiedad de los recursos productivos y su situación como sujetos natural-jurídicos.

Valiéndonos de algunos recursos categoriales que se han derivado de la discusión poscolonial y la subalternidad, pero también de la historia social, sobre todo el enfoque relacional, proponemos algunas inflexiones analíticas sobre la dinámicas de agencialidad de los residentes piqueños (en tanto un estudio de caso) en un contexto de asimetría político-social; lo anterior a fin de reconocer la complejidad de la trama que conflictuó y articuló con la misma intensidad a piqueños, matillanos, quismeños y agentes fiscales chilenos en una historia, la de la chilenización, hasta ahora contada bajo una narrativa historiográfica demasiado homogeneizada¹⁰. Consecuentemente, es factible aceptar que los marcos explicativos tradicionales que han pretendido ver en el despliegue de la chilenización a los residentes tarapaqueños cabalmente aislados y sometidos a las corrientes estatales están lejos de la realidad histórica. Aún más, es posible preguntarse si alguna vez existió esta situación

¹⁰ Entendemos esta utilización categorial en estricto rigor a una búsqueda funcional, lo cual nos aleja de un compromiso formal con los planteamientos de los estudios subalternos, especialmente en lo que toca a la idea de la autonomía del sujeto subalterno. Del mismo modo, esta misma funcionalidad nos acerca a ciertas propuestas que se han derivado de la discusión postcolonial, especialmente los cuestionamientos a cómo entender la construcción del Estado-nación, la relocalización de los subalternos como sujetos históricos desde la otredad, y la necesidad de reformular la problemática de la agencialidad subalterna. Una revisión sinóptica de algunos de estos temas en: Castillo et al, 2003.

tan rígida¹¹. Como sea, ya no es admisible pensar a las comunidades-localidades tarapaqueñas de esta forma tan constreñida en referencia a los contactos con el vecindado aparato estatal chileno¹², sino por el contrario, que entre fines del siglo XIX y comienzos del XX lo que operó fue el establecimiento de contrastes sociales o dicotomización en el marco de un campo suficientemente amplio de interacciones compartidas o complementarias¹³.

Tal como lo mencionamos líneas arriba, las poblaciones rurales tarapaqueñas sostuvieron su vinculación con el Estado-nación entre fines del siglo XIX y comienzos del XX desde la perspectiva de la subordinación. Un carácter subalterno que al decir de Antonio Gramsci está definido porque estos grupos “sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan” (Gramsci, 1988, 493)¹⁴. Sin embargo, este rasgo lejos de estigmatizar la historicidad de los sujetos tarapaqueños no chilenos de aquella época bien puede potenciar cierta renovación historiográfica. Precisamente, esta dimensión interactiva irremediablemente acota la existencia, al interior de la lógica de dominación, de una “otra cara”. Como lo plantean Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, parafraseando a la nicaragüense Ileana Rodríguez, es aquí donde se localiza el subalterno y sus estrategias de negociación con el poder (Castro-Gómez y Mendieta, 1998, 19). Este tipo de vínculo asimétrizado, donde los sectores subalternos terminan negociando mediante patrones endógenos su participación en los espacios de dominación, se delata claramente en el trabajo de Sergio González (2002) referido a cómo las poblaciones indígenas aymaras de Tarapacá aceptaron y actuaron en pos de la presencia de la escuela fiscal chilena hacia las décadas de 1940 y 1950 en vez de resistirse a ella en

¹¹ El enfoque más crítico a esta visión analítica de desarrollos autónomos no interactivos es de: Wolf, 1982.

¹² Por formas constreñidas se debe entender: 1) Las limitaciones de la “reproducción sincrónica” propuesta por los enfoques estructural-funcionalistas; 2) La uniteralidad de la propuesta materialista que señala que las formaciones políticas periféricas están únicamente determinadas por su inserción como “clases” en el Estado u orden capitalista mundial.

¹³ Siguiendo a Thomas Eriksen, 1993: por *dicotomización* se debe entender a procesos y situaciones en los que las memberships y lealtades son confirmadas y reforzadas particularmente en relaciones de competición y conflicto, denotando una mutua demarcación. Por *complementariedad*, a su vez, a aquél proceso correlativo en el que se da un reconocimiento recíproco que es inherente al proceso de comunicación de diferencias culturales.

¹⁴ En este punto es conveniente señalar que los Estudios Subalternos, al menos en su etapa inicial, se separan del concepto de subalternidad planteado por Gramsci ya que éste nunca consideró analíticamente la autonomía del sujeto subalterno.

tanto aparato reproductor de dominación cultural. Para ser más precisos, no obstante esta relación asimétrica entre dominadores y subalternos, estos últimos no son sujetos pasivos, hibridizados por una lógica cultural que se impone desde afuera, sino actores activos, capaces de elaborar estrategias culturales de resistencia, o agencialidad, y de acceder incluso a ciertos niveles constituyentes de los patrones hegemónicos (Castro-Gómez, 2003).

Lo anterior, más allá de ciertas precauciones analíticas, nos resulta de suyo interesante para nuestros propósitos analíticos por dos motivos. Primero, porque permite obtener una vía bastante plausible para historiar la agencialidad de los sujetos tarapaqueños no chilenos a través de los *movimientos* de los agentes y la agencia estatales en juego. Un punto en donde volvemos a rescatar las insinuaciones de Antonio Gramsci cuando explícitamente señala que los movimientos de las clases subalternas coinciden con los movimientos de las clases dominantes por motivos concomitantes (Gramsci, 1988, 311). Segundo, porque una vez disipado el camino endógeno seguido por las poblaciones locales hacia su constitución de sujetos históricos, es dable poder reconocer y, en consecuencia, describir los componentes sociales de esta agencialidad – la interacción y organización – no obstante ciertas contradicciones conductuales que puedan ser vistas como anti-orgánicas. Esto último no puede extrañar a la hora de la búsqueda metodológica referida a la historia de “los otros”, de “los vencidos”, de “los de abajo”, etc.¹⁵. En este sentido Homi Bhabha nos resulta muy sugerente y decidor cuando afirma que los conceptos culturales nacionales homogéneos, la transmisión contigua y consensual de las tradiciones históricas o las comunidades étnicas orgánicas se encuentran en un proceso de renovación profunda (Bhabha, 2002).

Con lo anterior, y en esto secundamos a Gyan Prakash, no queremos indicar la posibilidad de un rescate positivista de la historia de los que están bajo la línea de dominación, sino -y por el contrario- la noción de heterogeneidad, ya que no autonomía, de los subalternos (en el caso que nos preocupa los residentes del oasis de Pica) con respecto al mundo dominante (Prakash, 1997, 302). Ante sí, entonces, se nos presenta un escenario de *dramas* diferentes pero interrelacionados.

La posibilidad de escuchar a los subalternos, en este caso, nos posiciona a cierta distancia de los estudios subalternos, especialmente

¹⁵ La trayectoria de estas corrientes historiográficas y sus nexos epistemológicos con los estudios poscoloniales y subalternos se describe en: Dube, 2001, 39-89, cap.2. Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes.

de su corriente latinoamericanista¹⁶. En efecto, aquí no se trata de situarse epistémicamente de modo exclusivo en la trama de los “textos contruidos” (y de-construidos) y la posibilidad de leerlos sin contenido histórico fáctico (materialismo histórico diría Carlos Marx), sino en la disposición siempre alerta de no estar reproduciendo, por una parte, agencialidades esencialistas y, por otra, validando nuevas hegemonías a partir de la otredad. Es decir, y en esto seguimos a Cecilia Méndez, más que explicitar y narrar la historia de los subalternos, estemos reproduciendo y legitimando la historia de quienes a partir de su condición de dominantes posibilitan la existencia a-histórica de la subalternidad (Méndez, 2009: 207-258). De este modo, debemos ser capaces de describir los contextos de cambios (como lo ocurrido con los habitantes de Tarapacá una vez materializada la anexión por parte del Estado-nación chileno a partir de la década de 1880) como *momentos pluralizados* donde cabe más de una agencialidad y como tramas de confrontación-relación antes que de mera y exclusiva transición, exclusión y dominación.

2 La presencia de la agencia fiscal chilena en el oasis de Pica: reacciones y conflictos

La llegada de un nuevo Estado soberano produjo en el oasis de Pica de forma inevitable la emergencia de distintas formas de reacción, desde aquellas más pacíficas y tolerantes al invasor y que veían la llegada de éste como una nueva oportunidad para usufructuar de diferentes formas, hasta aquellas posturas más radicales en su rechazo a lo chileno.

En este abanico, los mayores inconvenientes se dieron a partir de aquellos procedimientos ejecutados por los agentes fiscales chilenos que terminaron provocando algún grado de perjuicio, trazas fácticas muchas veces impuestas por las urgencias tangenciales o por las lógicas propias de un Estado -como el de Chile- ensimismado en un propósito modernizador y civilizador, como por la búsqueda de beneficios particulares que se escapaban de los intereses fiscales generales por parte de algunos funcionarios estatales que se sentían abandonados en los difíciles parajes rurales de Tarapacá como por iniciativa de algunos agricultores piqueños, matillanos y/o quismeños con muchas pertenencias que cuidar.

La constante alza de impuestos establecidas por las diferentes comisiones de avalúo municipales será uno de estos temas de conflicto

¹⁶ Ver Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, 1998, 85-100.

recurrente. Esta seguidilla de gravámenes, de una u otra manera, generó roces entre la burocracia chilena y los habitantes piqueños, matillanos y quismeños debido a las irregularidades en el cobro tanto por su exceso como por no estar bien estipulado en la ley de impuestos vigentes de la época. Precisamente esto es lo que delata el reclamo cursado el 16 de septiembre de 1898 por los propietarios agrícolas Matías Leguía, Antonino Vernal, Pedro Amas, Manuel Mamani, Antonio Guagama, Teodoro Leguía, Eulalia Capetillo, Damiana Guagama, Dominga vda. de Sandoval, Sótera Luenaya vda. de Palape y María Manuela Lecaros aduciendo una falencia ilegal en la aplicación de las tasas impositivas a sus propiedades:

...propietarios todos, libres administradores de sus bienes vecinos de ésta a quienes doy fe conozco y expusieron: que confieren poder especial a don Andrés Almonte, poder judicial bastante y cuanto ley se requiera, para que reclame ante el señor juez letrado de Iquique, sobre el excesivo impuesto que la Comisión Avaluadora nombrada por la Ilustre Municipalidad de la Comuna, ha hecho de sus propiedades ubicadas en esta localidad, como de las nuevas contribuciones con que se le afectan otros inmuebles y que comisiones anteriores no los clasificaron, por no estar comprendidos en el monto prefijado por la ley; pudiendo en consecuencia, entablar todas las acciones judiciales como extrajudiciales que crea conveniente... (Archivo Nacional de Chile, Fondo Notarial de Pica (en adelante ANP), vol. 2, n° 18, Pica 16/9/1898, fol. 22).

Igualmente la queja entablada al día siguiente, el 17 de septiembre de 1898, por Vicente Luza, Juana Cano y Agustina Mamani vda. de Contreras por el mismo motivo:

...expusieron: que confieren a don Francisco Mendizaval, poder judicial para que reclame ante el señor juez letrado de Iquique, sobre el excesivo aumento que la 'Comisión Avaluadora' nombrada por la Ilustre Municipalidad de la comuna ha impuesto a sus propiedades; aparte de otras nuevas contribuciones que se les imponen a los inmuebles, que comisiones anteriores no los clasificaron fue por no estar comprendidos en la ley de impuestos... (ANP, vol. 2, n° 21, Pica 17/9/1898, fol. 24).

Por último, la apelación de Mariano Morales cursada el 16 de septiembre de 1901 detallando el monto de la carga impositiva que estaba en tela de juicio:

... expuso: que confiero poder judicial bastante y en cuanto a ley se requiera a don Francisco de Paula Marquezado para que reclame sobre el avalúo de setecientos pesos impuesto a su negocio ubicado en ésta i que anteriormente solo pagaba veinticinco sin que su capital haya aumentado en sus negociaciones tomando mayor peso, pudiendo en consecuencia, en lo principal e incidencias acudir la razones que tenga para el efecto, valerse de todos los medios y recursos que le franqueen las leyes... (ANP, vol. 3, nº 17, Pica 16/9/1901, fol. 21. El subrayado es nuestro).

Otorgados los respectivos poderes a Andrés Almonte, Francisco Mendizaval y Francisco de Paula Marquezado para que actuaran como representantes de sus intereses en el juzgado de letras Iquique, el argumento principal que utilizaron los afectados para entablar dichas demandas fue que la elevada alza de impuestos no era justificable ni aceptable ya que la ley en vigor no estipulaba los cobros que estaba realizando el municipio piqueño; es decir, el conflicto como el resguardo de sus derechos lo situaron al amparo de las propias disposiciones legales establecidas por la agencia estatal chilena. La condición de no chilenos, o si se prefiere de peruanos, de este modo no terminó siendo un impedimento para enfrentar a funcionarios y reparticiones empecinadas en chilenizar costumbres, procedimientos, organizaciones, obligaciones, etc., un aspecto no menor tomando en cuenta que para muchos piqueños, matillanos y quismeños las arremetidas de este tipo por parte de las reparticiones fiscales chilenas obedecían a su nacionalidad (Bermúdez, 1987, 89). Tomando en cuenta esto último, la idea del arraigo hacia lo peruano en la sociedad piqueña es de suma importancia tratarla con cierto cuidado ya que puede generar percepciones erróneas acerca de cómo se dio la tensión de lo peruano *versus* lo chileno en el marco de una chilenización desplegada en un espacio de articulación sustentado en una comunidad tradicional y rural como la del oasis de Pica.

René Aguilera señala una diferencia entre los conceptos chilenización y desperuanización que nos puede llevar a precisar mejor el por qué de los rasgos articuladores desplegados por los piqueños en un contexto de asimetría estructural. A su entender, no obstante que ambos fueron procesos que interactuaron mezclados durante las primeras décadas de intervención estatal chilena en Tarapacá, describen aspectos y énfasis diferenciados. La chilenización consistió en un proceso de *transculturación* o *aculturación* de la zona incorporada por Chile post guerra del Pacífico, proceso que al estar basado en un estado de derecho difundió un cambio cultural de baja conflictividad compulsiva y más

bien se orientó a socializar paulatinamente a la población regional en los principios de la identidad nacional chilena en reemplazo de un identidad nacional peruana. En tanto, la desperuanización fue un acto de violencia e imposición que incluyó el desarraigo, la persecución y la expulsión de las personas con origen peruano o con afinidades por la causa peruana (Aguilera, 2008). Al amparo de esta precisión, entonces, podemos aquilatar y reconocer que no era inviable acotar a márgenes negociables y legales las diferencias emergidas a partir de la mayor o menor intensidad aplicada en la dinámica chilenezadora.

Es evidente, a la luz de estos datos, que este tipo de conflicto no se solventó exclusivamente en una actitud intencionada por parte de los piqueños a efecto de generar problemas a la administración chilena, sino más bien en una reacción extendida de los afectados ante lo que entendían como un exceso y conculcación de prerrogativas en tanto productores agrícolas contenidas en la propia legislación que se imponía por el acontecer de la historia. La explicación de esta carga impositiva probablemente esté, por una parte, en el hecho de que en las zonas rurales las reparticiones fiscales desde un comienzo debieron autofinanciarse para enfrentar sus gastos siempre crecientes, como, por otra, en que ocasionalmente algunos ediles trataran a través de esta modalidad conseguir beneficios indebidos que aportaran a su peculio personal sobrepasando las disposiciones legales. En este sentido, es presumible que en muchas ocasiones ambas dinámicas se hayan -en la práctica- complementado alterando los ánimos de los productores agrícolas de las localidades de Pica, Matilla y el valle de Quisma. Sin embargo, es relevante señalar que en los registros revisados en ningún momento se encontró en las reclamaciones algún sesgo de tipo anti-chileno o pre-peruano que fundamentara su enunciación pública, por lo mismo estimamos que estos asuntos se restringieron al estricto marco de la legislación chilena y a una percepción negativa centrada en la persona, o la instancia institucional específica, que se entendía como responsable de la aplicación de una medida ilegal.

En estos términos, la fuerte reprobación y descontento hacia la imposición de este tipo de medidas se acotaron a lo que se entendía como una falta de conocimiento y de criterio por parte de algunos funcionarios públicos que preferían la tensión por sobre la negociación. Bajo este contexto, entonces, para algunos residentes del oasis de Pica era absolutamente válido, legítimo y legal el negarse a pagar los importes cursados por la repartición consistorial recurriendo para ello a las instancias que fueran necesarias. De esta manera, los conflictos y

roces provocados por el cobro de impuestos nos muestran una sociedad piqueña no pasiva ni aletargada, sino por el contrario un cuerpo social totalmente despierto y alerta frente a los cambios que la nueva administración chilena traía consigo apelando a cuanto dispositivo tuvieran a mano.

Otro ámbito de conflicto recurrente fue el relacionado con los abusos de poder, un tipo de fricción que además de seguir el patrón de apelación a las instancias legales, contuvo el del cuestionamiento directo al rol funcionario, por tanto operaba mediante una diferenciación tácita entre la agencialidad estatal chilena y el empoderamiento indebido e individual del cargo. Por lo mismo los recursos nunca se cursaron hacia el Estado chileno sino a personas. Precisamente esto delata la querrela entablada en 1895 por el comerciante Pedro Zamudio en contra el alcalde de Pica, José Miguel Zúñiga, por haber estipulado una orden de arresto en su contra sin ninguna causa justificada salvo la arbitrariedad:

... compareció don Pedro Zamudio mayor de edad, comerciante vecino de ésta a quien doy fe conozco y dijo: que confería poder especial a don Rafael E Lagunas, vecino de Iquique para que se querelle ante el Juzgado del Crimen contra el Alcalde de esta Comuna donde José Miguel Zúñiga por haber ordenado arbitrariamente e ilegítimamente la prisión del compareciente el veintisiete del pasado mes, que se llevó a efecto por la policía con allanamiento de domicilio. Lo faculta para entablar la querrela correspondiente, rendir información, pedir la prisión y pena del culpable, acusar en forma, prestar juramentos, recusar, valerse de todos los medios de defensa que la ley permita... (ANP, vol. 2, n° 3, Pica 2/2/1895, fol. 4).

Incidente similar es el presentado por Lorenzo Lema al acusar, el 26 de noviembre de 1897, al juez de subdelegación Ramón Besoain y al repartidor de aguas Bruno Ojane por disponer de facultades que no les correspondían, una falta agravada según Lema por la evidente mala intención hacia su persona e intereses por parte de los interpelados a la hora de sancionar la repartición de las aguas de regadío correspondientes a su chacra:

... compareció don Lorenzo Lema, mayor de edad, casado, de profesión agricultor, vecino de esta, a quien doy fe conozco y dijo: que confiere poder judicial a don Juan B. Loayza, de Iquique para que a su nombre y en su representación se querelle y entable juicio ante quien o quienes corresponda contra don Ramón Besoain Juez

de Subdelegación de esta localidad, por arrogarse facultades que no le pertenecen con marcado perjuicio a mis intereses y don Bruno Ojane, repartidor de aguas i propietarios, por despojo, ayudado de la fuerza pública que el primero le facilitó en el riego que se practicaba el veinte del actual, en la chacra de mi propiedad comprada según títulos legales al doctor Vicente F. Eck... (ANP, vol. 2, n° 32, Pica 26/11/1897, fol. 30).

Resulta tangible en todos estos pleitos, al igual que lo ocurrido con la oposición recurrente al incremento de impuestos, la apelación por parte de los piqueños afectados de derechos sustentados en un principio de plena ciudadanía, es decir, independiente si eran peruanos o chilenos, cuestión que no aclaran formalmente, entienden que pueden apelar en base a disposiciones legales que los resguardan por el solo hecho de vivir bajo soberanía chilena, en estos términos la chilenización no sólo la tradujeron como una condición de subalternidad (es decir obligaciones asimétricas) sino como un estatus garantista con el que era posible negociar y, en algunos momentos, tensionar.

Por lo mismo, en estos antecedentes no sólo se observa una disposición proclive de los piqueños a usar el recurso de la demanda para resolver inconvenientes, sino también el conocimiento que tenían de las leyes vigentes. De ahí que las disposiciones administrativas entendidas como arbitrarias rápidamente deducían la alteración de derechos, una percepción que debió ocasionar en ciertos sectores de la sociedad del oasis de Pica una conducta de recelo y desconfianza hacia la administración fiscal chilena. No obstante, es necesario manifestar que muchas de estas situaciones no fueron generadas por la agencia estatal chilena en sí, sino por sujetos que trabajaban para ésta y que a través de sus cargos buscaron aumentar poder y ganancias personales, aspecto que también debió estar en la opinión pública piqueña y que debió morigerar cualquier intención de hacer de este conjunto de conflictividades una excusa para validar conductas de resistencia a lo chileno asumiendo una plena peruanidad.

3 Administración chilena y población piqueña: interacciones y reacomos

Apenas se instaló la administración chilena en el oasis de Pica no sólo comenzaron a tomar forma tensiones y conflictos, sino igualmente diversos procedimientos y dinámicas interactivas entre sus residentes y los agentes estatales chilenos. En ellas confluyeron variados afanes, ambiciones y requerimientos.

Para los funcionarios fiscales recién llegados, la orden de normalizar con rapidez las actividades económicas y el profundo desconocimiento que tenían de este lugar fueron el mayor aliciente para que buscaran entablar vínculos de todo tipo, especialmente con los residentes más poderosos, más allá de inevitables roces. En tanto, la necesidad de mantener privilegios, influencias y recursos impulsó a los vecinos del oasis de Pica a generar formas de diálogo y acuerdos con las nuevas autoridades.

A través de diferentes caso notariales vemos que esta interacción no fue únicamente un proceso con ribetes de estricta funcionalidad, sino que también soportó el despliegue de salidas negociadas a las demandas y problemas (tanto cotidianos como políticos) teniendo como base el usufructo del nuevo marco legal. En estos términos, el estado de subalternidad a la que quedaron expuestos bajo dominio chileno no fue traba para que piqueños, matiilanos o quismeños apelaran a derechos, incluso aquellos que se sostenían explícitamente en la condición de peruanos. Todavía más, para un conjunto no despreciable de lugareños el tema de la dicotomía peruano-chileno, más allá de inconvenientes puntuales, podía llegar a ser un recurso formal a objeto de obtener garantías de ambas partes; es así que para estos grupos el acomodarse pasaba más bien por conveniencias personales que por sentirse partes de una de las nacionalidades en juego. Independiente si la agencia estatal chilena a su llegada a los parajes tarapaqueños se encontró o no con poblaciones plenamente peruanizadas, o si ciertas posiciones pro-peruanas eran producto o no de una cabal conciencia nacional¹⁷, numerosos antecedentes evidencian que muchas de las tensiones y fricciones ocurridas en el período inicial de chilenización (1880-1910) se fundamentaron en estrictos (e incluso excluyentes) intereses particulares y no en cuestiones de orden nacional.

Un caso bastante ilustrativo en estos términos es el de José Zanca que, a fines de 1887, otorgaba un mandato especial a Andrés Lladó

¹⁷ Un análisis más acabo de este complejo problema todavía es un tema pendiente. Casi todos los trabajos que han abordan el proceso de chilenización parten, de modo explícito o implícito, de la premisa que la población regional tenía asumido (emocional o racionalmente) hacia la segunda mitad del siglo XIX un sentir de pertenencia a lo peruano, incluso aquellos que bordeaban la condición étnica aymara. Por lo mismo, se hace necesario acotar bajo nuevas categorías de análisis los alcances de la peruanidad, en lo que entonces era el extremo sur del Perú, tomando en cuenta la existencia de un Estado (el peruano) inconcluso, fraccionado y carente de soportes institucionales como para llegar en plenitud a cada rincón de su territorio y socializar un sentir nacional. En estos términos, basta tomar nota de las conclusiones a la que han llegado historiadores peruanos y chilenos, al menos, del por qué el Perú perdió la guerra del Pacífico o del Salitre con Chile.

para que en su representación gestionara en Lima el pago de una deuda monetaria que a su entender tenía pendiente el Estado peruano producto de los servicios que le había prestado durante la guerra con Chile:

...compareció don José Zanca, mayor de edad, comerciante de este domicilio, a quien doy fe, conozco y dijo: que venía con el objeto de conferir poder especial con facultades amplias a don Andrés Lladó mayor de edad con residencia en este pueblo i en viaje a Lima capital del Perú, para que en representación de sus derechos y a su propio nombre solicite y perciba por todos los medios legales de las autoridades tribunales u hombres públicos del Perú lo que se adeuda tanto por sus servicios personales como también por los gastos pecuniarios que tuvo que desembolsar en tiempos de la guerra con Chile, según consta de los documentos que para este objetivo le entrega. Al efecto autoriza a dicho señor Lladó para transar de la manera que crea más conveniente, firmar y dar recibos o documentos que crea necesarios en conclusión de lo que perciba, y practique todas las diligencias que fuesen legales para el mejor desempeño de su cometido. (ANP, vol. 1, n° 19, Pica 19/11/1887, fol. 24).

Lo peculiar de esta tramitación es que ya habiendo concluido algunos años la guerra, estando instalada en la zona la agencia estatal vencedora con todo su aparataje¹⁸, siendo legalmente esta provincia territorio soberano de Chile y existiendo la amenaza latente de que reivindicar el atributo de peruano trajera consigo agresiones por parte de quienes buscaban una acelerada chilenización, existieran algunos lugareños -como José Zanca- que a través de instrumentos fiscales chilenos se atrevieran a dejar constancia de su participación en la conflagración a favor del Perú y entregaran facultades a terceros para llevar a cabo una demanda de devolución de dineros adeudados por esta causa nada menos que en Lima. Sin duda aquí no sólo está la cuestión de utilizar parte de la jurisdicción chilena para gestionar lo que se pensaba como un derecho alterado por parte de quién precisamente estuvo en litigio armado con Chile, sino también el hecho de exponerse públicamente como un colaborar del Perú durante el conflicto bélico en un escenario, el de las década de 1880 a 1910, en donde algunos intentaban erradicar incluso a la fuerza todo atisbo de peruanidad (Ver: González, 2004).

¹⁸ En el caso de Pica el subdelegado, los jueces de subdelegación y distrito, los inspectores de subdelegación y distrito, una oficina de Registro Civil, una Notaría y el resguardo de policía.

En estos términos, el escenario explicativo más probable es que tanto para Zanca como para los agentes chilenos asentados en el oasis de Pica reivindicaciones de este tipo se entendieran y se asumieran (a partir de preliminares conversaciones, negociaciones, acuerdos, explicitación de necesidades compartidas, etc.) como reacomodos naturales a los cambios que estaban operando, más aún cuando se sustentaban en dos componentes que se reiterarán en otros casos: a) el resguardo de los intereses particulares, rasgo que rápidamente se asentará no sólo en los residentes del oasis sino fundamentalmente en el quehacer rutinario de los funcionarios chilenos, generando de este modo un espacio de ligazón y de contención de problemas¹⁹; b) la explicitación de la “fidelidad nacional” (concepto que preferimos a la de “identidad nacional”) como un recurso estrictamente funcional.

Otro procedimiento semejante es el emprendido en 1894 por Vicente Luza que, a través de su testamento, dejaba claramente estipulado que a su muerte fueran traspasados a su esposa la subvención que recibía por parte del gobierno peruano a razón de los servicios que había ejercido durante la guerra como oficial del ejército de ese país:

Vicente Luza i Bustos casado, profesión comerciante, peruano...
Declaro que la subvención que recibo del supremo gobierno del Perú por mi indefinida [sic] militar, pase igualmente á percibirla mi citada esposa Celia. (ANP, vol. 2, nº 11, Pica 1894, sin fol.).

Luza, un comerciante de cierto nivel, con esta declaración no solo dejaba en evidencia su condición de militar peruano sino además que recibía por los canales regulares -lo que implicaba la utilización de los procedimientos legales peruanos y chilenos a la vez- un estipendio por esta ocupación.

Este tipo de vínculos entre los habitantes de Pica y el Perú será algo que estará presente durante todo el periodo estudiado, evidenciando un tipo de arraigo estrictamente funcional al punto de poder ser explicitado en los marcos de la compleja y dificultosa chilenización de Tarapacá sin mayores temores e inconvenientes. Qué mejor prueba de lo anterior que la demanda iniciada en 1902 por Celia Baltierra, la esposa de Luza, exigiendo al Perú el pago del montepío que su marido recibía en vida como oficial de su ejército:

¹⁹ Para una revisión más extensa de lo relevante que fue el predominio de los intereses particulares por sobre los institucionales en el cometido de los agentes fiscales chilenos asignados a la zona rural andina entre las décadas de 1880 y 1930 ver: Castro, 2011, 104-113, 132-141.

Celia Baltierra Viuda de Luza, mayor de edad, profesión comerciante, vecina de ésta a quien doy fe conozco y expuso: que confiere poder especial bastante y cuanto en ley se requiera a don Estanislao B. Granadino, vecino de la ciudad de Lima República del Perú para que a su nombre y en su representación como viuda de don Vicente Luza oficial del ejército de aquella nación reclame y pida del Supremo Gobierno el montepío que como a tal se sirva acordarle; cobre y perciba las pensiones que en el carácter de indefinida gozaba su citado esposo, pudiendo en consecuencia, en lo principal e incidencias instaurar las acciones y producciones que mas convengan a la representación con las más amplias e ilimitadas facultades... (ANP, vol. 3, n° 51, Pica 10/12/1902, fol. 50).

Lo singular de estos tres casos expuestos no está tanto en las demandas hacia el Perú a razón de los servicios prestados a este país durante la guerra con Chile, sino que recurrieran a los instrumentos jurídicos chilenos para defender estos derechos; es decir que Zanca, Luza y Baltierra tendieran un puente legal para entablar una demanda o entregar un poder especial. Probablemente lo que estuvo detrás de esta modalidad usada por estos influyentes comerciantes piqueños fue el intentar resguardar sus derechos a ambos lados de la nueva frontera con el propósito central de impedir que tanto el Perú como Chile desconocieran la legitimidad de sus demandas. Sin embargo, por más que parezca este asunto como un procedimiento natural a la hora de buscar la mantención de algunos beneficios en una época de cambios, no se puede desconocer que se hicieron en un ambiente poco propicio, más aún cuando estas demandas implicaban el haber (o seguir) teniendo vínculos con el Perú en un momento de impulsiva (y en algunos casos incluso una histórica) chilenización.

En este último aspecto vale también señalar que, más allá de las tensiones socio-culturales propias de un proceso de suyo complejo como lo fue la modificación de la soberanía territorial de Tarapacá, para que estos piqueños tomaran la decisión de utilizar los mecanismo legales chilenos para exigir sus derechos al Perú el proceso de chilenización tuvo que tener rasgos bastantes contenidos respecto a dinámicas más represivas y violentas, de otro modo no se hubiese dado que desde la década de 1880 algunos piqueños lograran comprender que para seguir con sus respectivas solicitudes en estas materias era necesario recurrir a las instancias legales que sólo Chile podía brindar en ese momento. Por lo mismo, creemos que no se debe confundir la generación de cierta inestabilidad producto de la llegada del aparato burocrático chileno

(característica fundada entre otras cosas por una natural sensación de incertidumbre) y la emergencia de roces puntuales entre ciertos agentes fiscales chilenos y lugareños (algunos de ellos provocados por intereses estrictamente personales) con una práctica política compulsiva. Es así que, en el caso del oasis de Pica, una vez instalada la agencia fiscal chilena (una implementación que de paso cabe señalar que fue bastante precaria en lo cuantitativo como en lo cualitativo por mucho tiempo) los lugareños de una u otra forma tuvieron que hacer un uso extensivo de los nuevos mecanismos legales y administrativos. De este modo, la interacción expuesta no sólo se desplegó a partir de una aceptación tácita por parte de piqueños, matillanos y quismeños de la soberanía chilena y sus mecanismos legales, sino también a través de la tolerancia de ciertos patrones culturales endógenos y tradicionales por parte de los agentes fiscales chilenos a condición de poder llevar a cabo sus funciones con cierta fluidez.

Tal dinámica caló tan hondo que se hizo frecuente durante todo este periodo la materialización de distintos nexos legales que involucraban a residentes peruanos de uno y otro lado de la nueva y caliente frontera entre Chile y Perú. Este es el caso de la matillana Juana González que en 1902 otorgaba por sí y por sus hijas poder notarial para que Eugenio Marquezado vendiera en Lima a Juvenal Muñoz una hacienda que poseía en el valle de Tana²⁰ como herencia de su marido Francisco Oviedo:

... compareció don Eugenio Marquezado, mayor de edad, su estado viudo, propietario, vecino de Iquique, a quien doy fe conozco y expuso: que como apoderado de la señora Juana González viuda de Oviedo y sus hijas las señoritas María Luisa, María Manuela y Enriqueta Oviedo, según acredita en poder otorgado en la ciudad de Lima e inscrito en treinta de Abril de mil ochocientos noventa y siete ante el notario público de Iquique don Teobaldo Ernesto Pérez; venía a virtud de las facultades que las citadas personas le confirmaron para vender a don Juvenal Muñoz, el fundo de su propiedad denominado 'Tana' ubicado en el departamento de Pisagua, en delegar a don Francisco Oviedo su representación para recabar y percibir del señor Francisco Rietta apoderado de don

²⁰ La hacienda de Tana se ubicaba en el valle homónimo a más de 100 kilómetros al noroeste del oasis de Pica y a un costado del camino que unía Iquique, Pisagua y las oficinas y pueblos salitreros aledaños con Arica, por tanto era un lugar recurrentemente ocupado por los viajeros para abastecerse y un paso ineludible para dirigirse por tierra a la zona de mayor tensión entre Perú y Chile, inconveniente que recién se resolverá a fines de la década de 1920.

David Puch y fiador del señor Juvenal Muñoz, las sumas de un mil soles, moneda peruana y la de un mil cuatrocientos en dividendos mensuales de a doscientos en igual moneda, que aun quedan por satisfacerse para la cancelación del contrato de compra venta del fundo ya expresado 'Tana'; pudiendo en consecuencia, el señor Otero cobrar, percibir y firmar a nombre del compareciente los correspondientes recibidos, recurrir si preciso fuere ante quien corresponda para exigir su cumplimiento e instaurar todas las acciones judiciales como extrajudiciales que más convengan... (ANP, vol. 3, n° 44, Pica 21/10/1902, fol. 43).

Tal procedimiento notarial llevado a cabo por Juana González implicaba, nada menos, que la autoridad estatal chilena asentada tanto en Pica como en Iquique asumiera la obligación de reconocer certificados legales emitidos en el Perú, validándolos como ciertos y legítimos para ejecutar una compraventa en el vecino país de un inmueble ubicado en territorio soberano de Chile, un antecedente más que relevante para reconocer que la imposición cotidiana de los mecanismos de articulación a partir de intereses privados alcanzó tal nivel de profundidad que no le costó mucho superar las dificultades derivadas de las divergencias nacionales en juego como de los rasgos más compulsivos de la chilenezación. En efecto, en la materialización de este procedimiento primó, por una parte, la pretensión de Juana González que poco tomó en cuenta los niveles de tensión políticos y diplomáticos entre Chile y Perú como, por otra, la conveniencia que significaba para el subdelegado de Pica recibir como tributación una parte del valor de venta y, con ello, ingresar fondos -a una arca siempre escuálida- destinados a financiar su quehacer administrativo, al menos en lo formal.

En estos términos, la tarea chilenezadora del espacio rural andino al cual estaba adscrito el oasis de Pica terminó siendo más maleable que compulsiva al primar en lo cotidiano la conveniencia de todas las partes y las soluciones prácticas y funcionales. De ahí que fuera bastante frecuente, entre las décadas de 1880 y 1900 inclusive, que desde la intendencia avalaran a los subdelegados asignados a toda esta zona la aplicación de las disposiciones legales peruanas para resolver inconvenientes generales que tuvieran los residentes de las distintas localidades a su cargo. El ejemplo más relevante de esta disposición fue la aplicación en el año 1887 de la ley promulgada en 1828 para normalizar la propiedad de la tierra agrícola de los valles de Camiña, Tarapacá, Mamiña y el oasis de Pica, medida que estuvo vigente hasta la década de 1900 (Castro, 2011, 258-318).

A la par de los mecanismos de interacción, también en el oasis piqueño se hizo presente otro fenómeno al que tipificamos como de reacomodo. Este tipo de conducta fue recurrente en aquellos individuos que aceptaron sin mayor cuestionamiento la soberanía chilena a partir de las garantías que de esta situación podían obtener. De este modo, no resistieron la llegada del aparato fiscal chileno y tampoco demandaron derechos aludiendo a una condición particular, sino que simplemente se reacomodaron a esta situación. Un buen ejemplo de este modo es la declaración de Hipólito Huatalcho tramitada en el año 1905 a propósito de validar, en su testamento, los derechos a herencia de su familia:

... declaro, que siendo soltero procreo con la que es hoy mi esposa a los siguientes niños: Mariano, Cosme, Leonidas, Juana, Manuela, Julia y Juan a quienes reconozco solemnemente por mis hijos y como a tales, quiero y ordeno gocen de todos los derechos y prerrogativas que como a tales les confieran las leyes del País, declarándolos por consiguiente como mis únicos y universales herederos de mis presentes bienes y futuras sucesiones incluso mi señora esposa a quien le corresponderá la porción marital determinada por los códigos vigentes... (ANP, vol. 3, n° 15, Pica 11/5/1905, fol. 12. El subrayado es nuestro).

El recurso utilizado por Huatalcho fue simplemente el dejar estipulado los derechos de sus hijos y esposa aduciendo las prerrogativas legales que otorgaban las leyes chilenas. En estos términos hay una evidente toma de opción que bien pudo ser distinta considerando que hasta la década de 1900 convivieron tanto las disposiciones legales peruanas como chilenas en lo que tocaba a la resolución de numerosas situaciones de orden jurídico-administrativo. Desde esta perspectiva, el reacomodo emerge a partir de la apelación funcional a la condición de ciudadano chileno (para él como demandante y para su familia como beneficiarios) buscando dar plena legitimidad a su requerimiento evitando cualquier atisbo de fricción. Con esto no queremos señalar que Hipólito Huatalcho abandonara su sentir y/o nacionalidad peruana, no tenemos antecedentes para afirmarlo ni desmentirlo, sino que simplemente utilizó a su favor – probablemente con el propósito de evitar la emergencia de complicaciones – un recurso impulsado por la propia agencialidad estatal chilena: la de estar frente ante un ejercicio político que deducía, más allá de cuestiones particulares (como tener otra nacionalidad) y en base a los principios de civilización y modernidad, la existencia de plena ciudadanía para todos salvo que se faltara a la ley.

El ejercicio y demanda de derechos sin conflicto con la administración chilena, o al menos con un bajo nivel de tensión, se hará recurrente y alcanzará diversos aspectos de la vida diaria de los habitantes del oasis de Pica. Este fue el caso de Leonor Cayo viuda de Bustos, piqueña y peruana, la cual en 1907 no tuvo reparos en arrendarle su casa en 40 pesos a la Municipalidad de Iquique para que funcionara una escuela pública chilena:

... compareció doña Leonor C. vda. de Bustos, peruana, mayor de edad, libre administradora de sus bienes, a quien doy fe conozco i expuso: que confiere poder especial bastante y cuanto en ley se requiera, a don David Olcay, para que a su nombre y en su representación como propietaria de la casa en que ha funcionado y continua ocupando la Escuela Pública Fiscal de esta localidad; cobre y perciba de la tesorería Municipal de Iquique la suma de cuarenta pesos, valor de los cánones mensuales en que ha tenido en arriendo... (ANP, vol. 4, n° 4, Pica 6/2/1907, fol. 3).

El arriendo de esta casa a la Municipalidad de Iquique tomando en cuenta que era para operar uno de los instrumentos socializadores de lo chileno, nos permite advertir un acto sustentando en una conveniencia mutua de tipo económico, rasgo que posibilitó el dejar de lado lo que podía llegar a ser una disociación difícil de resolver (salvo por la fuerza) entre Leonor Cayo como peruana y la Municipalidad de Iquique como expresión de la administración chilena. Desde esta mirada, el reacomodo se opuso al de resistencia, ya que de haberse dado lo segundo al amparo de una postura peruanizada lo más probable es que los agentes fiscales chilenos no hubiesen encontrado disponibilidad de los piqueños, como Leonor Cayo, para que accedieran a arrendarles o cederles un inmueble para ubicar allí un centro educacional propagador de un currículum chilenezador²¹.

Este mecanismo utilizado por muchos piqueños, matillanos y quismeños (especialmente aquellos menos influyentes y más humildes) se acotará por sus características a cuestiones menores pero que, en consideración a los alcances de mediano plazo, provocará el asentamiento en el entramado social del oasis las lógicas chilenas de funcionamiento y la plena legitimación de las disposiciones legales del Estado vencedor,

²¹ En torno al tema de la escuela pública, la administración fiscal y la chilenezación en el espacio rural de Tarapacá véase: Castro, 2004, 57-68; Castro, Figueroa y Silva, 2011, 139-175; Figueroa, 2007, sin págs.; Figueroa y Silva, 2006, 37-53; González, 2002; Silva, 2009, 121-146; Silva, 2010a, 74-79; Silva, 2010b, 73-86.

por lo mismo el ejercicio del reacomodo terminó siendo un dispositivo socializador en donde los residentes comunes y corrientes del oasis tuvieron un rol bastante protagónico en cuanto a acoplar sus necesidades a las obligaciones legales de la nueva administración fiscal.

Las articulaciones como los reacomodos finalmente nos terminan mostrando un cuadro dinámico, en donde los residentes del oasis de Pica de todo tipo y posición no sucumbieron frente a la llegada del nuevo agente invasor, sino más bien fueron capaces de re-articularse, es decir, el adquirir una notoria capacidad de respuesta y protagonismo a partir de sus propios intereses permeando los dispositivos administrativos y legales chilenos.

Conclusiones

A partir de los antecedentes expuestos es claro que la chilenización en el oasis de Pica fue un suceso dinámico donde no solo operaron los procedimientos compulsivos sino también las lógicas articuladoras; desde esta perspectiva poco hubo de una sociedad desestructurada y pasiva, sino muy por el contrario. El protagonismo y la participación activa utilizando los mismos dispositivos traídos consigo por la administración estatal chileno marcó, entonces, parte del rumbo de la chilenización en esta zona. El uso de instrumentos legales chilenos para concretar demandas que el Perú tenía con ellos será uno de estos recursos apropiados; también el reconocer las nuevas leyes impuestas por el gobierno de Chile y utilizarlas a su favor. En ambos mecanismos el eje central fue la demanda de ciudadanía, un espacio de negociación exigido a partir de las premisas generales impulsada por la agencia estatal chilena: modernidad, civilización y pleno estado de derecho.

Es en este marco que se puede entender el riesgo que asumieron algunos piqueños al exponer su rol como colaboradores del ejército peruano -en su calidad de hijos de esa patria- ante las autoridades chilenas y, más encima, utilizar la legalidad del invasor para demandar derechos una vez terminada la guerra. Por lo mismo, la agencialidad asumida por piqueños, matillanos y quismeños a partir de los dispositivos legales chilenos contuvo un sesgo de resistencia contenido a su vez en la búsqueda del menor costo posible. Utilizar una demanda para apelar a abusos de poder y querellarse por el alza de impuestos en un contexto de conflictividad no resuelto toda vez que ni Chile ni Perú se ponían de acuerdo en la cuestión Arica-Tacna y estando presente

todavía el anhelo peruano de recuperar Tarapacá²², deduce un escenario lejos de la pasividad asumiendo sin más la condición subalterna, pero también distante de un pleno e intencionado desacato (véase: Aguilera, 2008, 127). Aquí hubo un riesgo calculado que se sostuvo tanto en las capacidades negociadoras de los residentes del oasis de Pica (a razón de su riqueza, influencias y su rol como uno de los principales abastecedores de insumos a las oficinas y pueblos salitreros) como por las fracturas de la agencia estatal chilena a partir de su precaria presencia material en el espacio rural tarapaqueño como por el ejercicio individualista e interesado de muchos de sus funcionarios.

Referencias

Fuentes

Archivo Nacional de Chile, Fondo Notarial de Pica, vol. 1, n° 19, Pica 19/11/1887; vol. 2, n° 3, Pica 2/2/1895; vol. 2, n° 18, Pica 16/9/1898; vol. 2, n° 21, Pica 17/9/1898; vol. 2, n° 32, Pica 26/11/1897; vol. 3, n° 15, Pica 11/5/1905; vol. 3, n° 17, Pica 16/9/1901; vol. 3, n° 44, Pica 21/10/1902; vol. 4, n° 4, Pica 6/2/1907.

Bibliografía

AGUILERA, René. La anexión del territorio de Tarapacá a Chile y sus efectos en la realidad andina de los valles tarapaqueños (1880 a 1922). In: GÁLVEZ, Macarena; RUZ, Rodrigo; DÍAZ, Alberto (comps.), *Tarapacá un desierto de historias. Historia, cultura y memoria en el norte Chileno S. XIX y XX*. Iquique-Chile: FONDART y Taller de Investigaciones Culturales TINCU, 2003. p. 21-36.

AGUILERA, René. Resistencia y ciudadanía en la desperuanización y chilenización de los valles tarapaqueños (1900-1930). 199p. Tesis (Magister en Antropología) – Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama-Chile, 2008.

AGUIRRE, Claudio; MONDACA, Carlos. Estado nacional y comunidad andina. Disciplinamiento y articulación social en Arica. *Historia*, Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, v. I, n. 44, p. 5-50, 2011.

BERMÚDEZ, Oscar. Pica en el siglo XVIII. Estructura económica y social. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago de Chile: Sociedad Chilena de Historia y Geografía, n. 141, p. 7-56, 1973.

BERMÚDEZ, Oscar. *El Oasis de Pica y sus Nexos Regionales*. Arica-Chile: Editorial Universidad de Tarapacá, 1987. 153p.

BERTRAND, Alejandro. *Departamento de Tarapacá. Aspecto jeneral del terreno, su clima i sus producciones*. Santiago de Chile: Imprenta de la República, 1879. 32p.

BHABHA, Homi. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires-Argentina: Manantial, 2002. 320p.

²² Hay que recordar que la sanción definitiva de este asunto recién se vino a poner término el año 1929.

CANALES, Jorge. El otro fantasma de la pampa: la ideología del Estado frente al movimiento obrero salitrero de Tarapacá entre 1930 y 1960. 267p. Tesis (Antropología Social) – Universidad de Chile, Santiago de Chile, 2004.

CASTILLO, Alejandra et al. (eds.). *Nación, Estado y Cultura en América Latina*. Santiago de Chile: Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2003. 348p.

CASTRO, Luis. Una escuela fiscal ausente, una chilenización inexistente: La precaria escolaridad de los aymaras de Tarapacá durante el ciclo expansivo del salitre (1880-1930). *Cuadernos Interculturales*, Viña del Mar-Chile: Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio, Universidad de Valparaíso, n. 3, p. 57-68, 2004.

CASTRO, Luis. *Regionalismo y Desarrollo Regional*: debate público, proyectos económicos y actores locales (Tarapacá 1880-1930). Viña del Mar-Chile: Coedición CEIP Ediciones, Universidad de Valparaíso, Universidad Santo Tomás, 2005. 165p.

CASTRO, Luis. El Estado chileno, los agentes fiscales y el temprano ordenamiento administrativo del espacio andino de la provincia de Tarapacá (1880-1930). *Chungara*, Arica-Chile: Universidad de Tarapacá, v. 40, n. 2, p. 219-233, 2008.

CASTRO, Luis. *Modernización y Conflicto Social. La expropiación de las aguas de regadío a los campesinos del Valle de Quisma (Oasis de Pica) y el abastecimiento fiscal a Iquique, 1880-1937*. Valparaíso-Chile: Universidad de Valparaíso Editorial, 2010. 274p.

CASTRO, Luis. *Estado chileno y poblaciones indígenas*: articulaciones y conflictos en el periodo del rentismo salitrero y la chilenización (Tarapacá 1880-1930). Manuscrito inédito, Proyecto Fondecyt 1100060, 2011. 345p.

CASTRO, Luis; FIGUEROA, Carolina; SILVA, Benjamín. Estado nacional y escuelas rurales en el espacio andino y pampino del norte de Chile (Tarapacá 1880-1930). In: CIVERA, Alicia; ALFONSECA, Juan; ESCALANTE, Carlos (coords.). *Campesinos y escolares. La construcción de la escuela en el campo latinoamericano, siglos XIX y XX*. México: Miguel Ángel Porrúa y El Colegio Mexiquense, 2011. p. 139-175.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago; MENDIETA, Eduardo. Introducción: la translocalización discursiva de “Latinoamérica” en tiempos de la globalización. In: CASTRO-GÓMEZ, Santiago; MENDIETA, Eduardo (coords.). *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Miguel Ángel Porrúa y University of San Francisco, 1998. p. 5-30.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago (traductor). Manifiesto Inaugural. Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, 2003. Disponible en: <<http://www.ensayo.rom.uga.edu/critica/teoria/castro/manifiesto.htm>>.

CHIPANA, Cornelio. La identidad étnica de los aymaras de Arica. *Chungara*, Arica-Chile: Universidad de Tarapacá, n. 16-17, p. 251-261, 1986.

CHOQUE, Carlos. Divergencias y antagonismo del movimiento social indígena en la Región de Arica y Parinacota (1965-1985). *Confluente*, Bologna-Italia: Università di Bologna, v. 1, n. 2, p. 267-289, 2009.

DÍAZ, Alberto. Aymaras, peruanos y chilenos en los Andes ariqueños: resistencia y conflicto frente a la chilenización del norte de Chile. *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, España: Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red, v. 2, n. 1, p. 296-310, 2006.

DÍAZ, Alberto; MONDACA, Carlos; RUZ, Rodrigo. Antecedentes político-administrativos implementados por el Estado chileno en el área rural de Arica, durante 1880-1929. *Percepción*, Arica-Chile: Taller TINCU, Universidad de Tarapacá, n. 3-4, p. 5-22, 2000.

DÍAZ, Alberto; RUZ, Rodrigo. Cuando se agitaron las banderas. Conflicto y chilenización en la sierra ariqueña: El caso de Antonio Mollo (1901-1926). In: GÁLVEZ, Macarena; RUZ, Rodrigo; DÍAZ, Alberto (comps.), *Tarapacá un desierto de historias. Historia, cultura y memoria en el norte Chileno S. XIX y XX*. Iquique-Chile: FONDART y Taller de Investigaciones Culturales TINCU, 2003. p. 61-83.

DÍAZ, Alberto; RUZ, Rodrigo; MONDACA, Carlos. La administración chilena entre los aymaras: resistencia y conflicto en los Andes de Arica (1901-1926). *Revista Antropológica*, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, n. 22, p. 215-235, 2006.

ERIKSEN, Thomas. *Ethnicity and Nationalism. Anthropological Perspectives*. London: Pluto Press, 1993. XVI+160p.

FIGUEROA, Carolina. Riego y Sociedad: Pica Siglo XVIII. 214p. Tesis (Licenciatura en Historia) – Universidad de Valparaíso, Viña del Mar-Chile, 2001.

FIGUEROA, Carolina. Discursos sobre la barbarie: el encuentro entre la escuela y los niños cremadores de Mamiña, 1880-1930 (Tarapacá, Chile). In: *Acta VIII Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2007, sin número de páginas (versión en CD).

FIGUEROA, Carolina; SILVA, Benjamín. Entre el caos y el olvido: la acción docente en la provincia de Tarapacá (1880-1930). *Cuadernos Interculturales*, Viña del Mar-Chile: Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio, Universidad de Valparaíso, n. 6, p. 37-53, 2006.

FIGUEROA, Carolina. La genética como discurso político: la escuela primaria rural y la transformación del indígena (Tarapacá 1880-1920). *Naveg@merica*, España: Revista Electrónica de la Asociación Española de Americanistas, n. 4, p. 1-19, 2010. Disponible en: <<http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/99861/95391>>.

GONZÁLEZ, Sergio. *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino 1880-1990*. Santiago de Chile: Dibam, Universidad Arturo Prat, Instituto de Estudios Andinos Isluga, Centro de Investigaciones Barros Arana, 2002. 292p.

GONZÁLEZ, Sergio. *El Dios Cautivo. Las Ligas Patrióticas en la chilenización compulsiva de Tarapacá (1910-1922)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2004. 194p.

GRAMSCI, Antonio. *Antologías*. México: Editorial Siglo XXI, 1988. 520p.

GUNDERMANN, Hans. Etnicidad, identidad étnica y ciudadanía en los países andinos y en el Norte de Chile. Los términos de la discusión y algunas hipótesis de investigación. *Estudios Atacameños*, San Pedro de Atacama-Chile: Universidad Católica del Norte, n. 13, p. 9-26, 1997.

GUNDERMANN, Hans. Comunidad aymara, identidades colectivas y estados nacionales en los albores del siglo XX. In: *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Santiago de Chile: LOM Editores, DIBAM, Centro de Investigaciones Barros Arana, Universidad Arturo Prat, 1998. p. 153-181.

GUNDERMANN, Hans. Comunidad, sociedad andina y procesos socio-históricos en el norte de Chile. 490p. Tesis (Doctorado en Ciencias Sociales) – El Colegio de México, México, 2001.

MÉNDEZ, Cecilia. El inglés y los subalternos. Comentarios a los artículos de Florencia Mallon y Jorge Klor de Alva. In: SANDOVAL, Pablo (comp.). *Repensando la subalternidad*. Lima-Perú: Sefhis-CLACSO-IEP, 2009. p. 207-258.

MUÑOZ, Bernardo. Procesos de Cambios Sociales en el área de San Pedro de Atacama. Pérdida y recuperación de la identidad étnica. Una contribución antropológica para el Desarrollo. 219p. Tesis (Doctorado en Antropología) – Eberhard-Karls Universität, Bonn-Alemania, 1993.

NÚÑEZ, Lautaro. Recuérdalo, aquí estaba el lagar: la expropiación de las aguas del valle de Quisma (I Región). *Chungara*, Arica-Chile: Universidad de Tarapacá, n. 14, p. 157-167, 1985.

PINTO, Julio. La sociedad tarapaqueña durante los primeros años de la ocupación chilena, 1879-1884. *Nueva Historia*, Londres-UK: Asociación de Historiadores Chilenos, v. IV, n. 15-16, p. 107-127, 1995.

PRAKASH, Gyan. Los estudios de la subalternidad como crítica post-colonial. In: RIVERA, Silvia; BARRAGÁN, Rossana (comps.). *Debates post-coloniales: Una introducción a los estudios de la Subalternidad*. La Paz-Bolivia: Historias, SEPHIS, Aruwiry, SIERPE Publicaciones, 1997. p. 293-313.

SILVA, Benjamín. Registros sobre la infancia: una mirada desde la escuela primaria y sus actores (Tarapacá, Norte de Chile 1880-1922). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Santiago de Chile: Universidad de Santiago, v. 13, n. 2, p. 121-146, 2009.

SILVA, Benjamín. Ideas pedagógicas norteamericanas en Chile. Las propuestas del Visitador de Escuelas Juan Guillermo Álvarez. Tarapacá-Chile, 1914-1920. *Estudios Norteamericanos*, Santiago de Chile: Asociación Chilena de estudios Norteamericanos, n. 21-22, p. 74-79, 2010a.

SILVA, Benjamín. Voces de maestras en la provincia de Tarapacá: las silenciadas críticas al sistema de instrucción pública (Norte de Chile 1880-1900). *Cuadernos Interculturales*, Viña del Mar-Chile: Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio, Universidad de Valparaíso, n. 14, p. 73-86, 2010b.

TUDELA, Patricio. Chilenización y cambio ideológico entre los aymaras de Arica (1883-1930): Intervención religiosa y secularización. *Revista Chilena de Antropología*, Santiago de Chile: Universidad de Chile, n. 12, p. 201-231, 1993-1994.

VAN KESSEL, Juan. *Holocausto al progreso. Los aymaras de Tarapacá*. Iquique-Chile: IECTA, 2003. 359p.

VILLAVICENCIO, Susana. *Sarmiento y la nación cívica. Ciudadanos y filosofías de la nación argentina*. Buenos Aires-Argentina: EUDEBA, 2008. 221p.

WOLF, Eric. *Europe and the People without History*. Berkeley-USA: University of California Press, 1982. 534p.

Submetido em 03/11/2011.

Aprovado em 07/12/2011.

Entre interesses e possibilidades: a aproximação da política bragantina ao Rio da Prata

*Between interests and opportunities:
The Bragantina's policy approach to the Rio da Prata*

Ronaldo Bernardino Colvero*

Resumo: Em 1808, interesses antigos, aliados às novas possibilidades começaram a ser analisados para que Portugal garantisse, além de sua hegemonia na América, medidas econômicas renovadas para tentar resolver velhos problemas. O objetivo deste artigo é compreender a forma com que a Coroa portuguesa, por meio da especulação diplomática disponível à época, movimentou seu recém instalado aparato político, econômico e militar na colônia do Brasil no intuito de expandir suas imprecisas fronteiras meridionais até a região do Rio da Prata logo da chegada da Corte portuguesa em território americano.

Palavras-chaves: Rio da Prata, Política, Diplomacia

Abstract: In 1808th, old interests coupled with new opportunities began to be examined to guarantee that Portugal, in addition to its hegemony in America, renewed economy measures to try solved old problems. The aim of this article is to understand the form that the Portuguese Crown, through the diplomatic speculation available at the time, moved its newly installed apparatus political, economic and military power in the colony of Brazil, with the objective to expand your imprecise southern borders to the Rio da Prata region once the arrival of the Portuguese Court in American territory.

Keywords: Rio da Prata, Politics, Diplomacy

* Professor titular da Universidade Federal do Pampa, campus de São Borja. Diretor do curso de Ciências Sociais – Ciência Política. Doutor em História das Sociedades ibéricas e americanas pelo PPGH da PUCRS. E-mail: <ronaldo.colvero@unipampa.edu.br>.

Introdução

Alguns pesquisadores propõem que o projeto de mudar a sede e a estrutura do governo português para a colônia já existia mesmo antes da vinda da família real ao Brasil em 1808. Esse projeto também já contava com o apoio inglês, mas foi a invasão de Portugal por tropas francesas sob o comando de Napoleão, representado pelo general Junot, que acelerou os planos da mudança. Esse fato teria importância capital para, mais tarde, serem deflagrados os processos de abertura econômica da colônia e da independência do Brasil. De acordo com Sheila de Castro Faria (2001, p. 107):

independente das intenções iniciais, o fato mostrou-se relevante para o entendimento do processo de independência e, mais ainda, para as transformações que marcaram a sociedade brasileira, em níveis culturais, políticos e econômicos. Pela primeira vez na história, um Rei colocou os pés em sua colônia.

Em 29 de novembro de 1807, as embarcações ocupadas pela família real e toda a “camarilha” que se beneficiava da máquina governamental, mais criados, toda a receita que fora possível carregar, obras das mais variadas, uma tipografia e tudo mais que era necessário ao traslado da corte saíram de Portugal em direção ao Brasil. Entretanto, aqui, o vice-rei dom Marcos de Noronha e Britto desconhecia completamente o fato da viagem, somente tomando ciência disso em janeiro de 1808, quando toda a família já estava prestes a aportar em terras coloniais e, mais precisamente, no Rio de Janeiro.

O vice-rei, então, tomou medidas de urgentíssima efetividade, incluindo o despejo sumário de diversas famílias que residiam em prédios próximos à sede do governo e de parte do palácio em que ele próprio residia. Além das medidas adotadas na cidade, foram expedidas correspondências às autoridades e aos governadores de Minas Gerais e São Paulo, para que providenciassem o envio de todos os víveres que pudessem conseguir à sede do governo. Entretanto, o príncipe regente, em virtude da separação das naus durante uma tempestade, aportou primeiramente em Salvador, demorando mais de trinta dias para então dirigir-se à capital (Norton, 1979).¹

¹ É possível se ter uma idéia da chegada da família real com detalhes pormenorizados e em tom romanesco, através dessa bela narrativa de Norton que pode servir de base para verificar, de maneira sucinta, as alterações políticas, econômicas, administrativas e culturais no Brasil após a chegada da família real.

As medidas adotadas por dom João logo de sua chegada ao Brasil, em 1808, principalmente a de abolir as restrições comerciais da colônia abrindo seus portos, possibilitaram a ampla liberdade de comercialização com outros países². Esse fato “é considerado por muitos analistas o verdadeiro fim do período colonial brasileiro, já que teria rompido a premissa básica do sistema: a de que a colônia só poderia comercializar com sua MetrÓpole” (FARIA, 2001, p. 107). Segundo Oliveira Lima,

a abertura dos portos nacionais constitui em verdade uma medida altamente simpática e liberal, mas não se pode dizer que representasse uma desinteressada e intencional cortesia do príncipe regente aos seus súditos ultramarinos. Era antes uma precaução econômica necessária e inadiável. (Lima, 1996, p. 136)

Os comerciantes portugueses da MetrÓpole ficaram bastante desgostosos com as medidas adotadas por dom João. Mesmo que as tarifas fossem mais baixas para estes que para os comerciantes de outras nacionalidades, a questão era que a abertura comercial da colônia para outras nações tirava uma grande fatia do mercado exportador de Portugal. É simples de ser entendida a indignação dos portugueses, apoiando-se estritamente no plano econômico, pois, antes da abertura dos portos, eles tinham todas as vantagens em comercializar com a colônia brasileira, visto que era a própria colônia que arcava com todas as despesas, já que:

os impostos diretos pagos pelo comércio brasileiro, ou melhor, o comércio estabelecido no Brasil, e que indiretamente recaíam sobre os consumidores nacionais, como não podia deixar de acontecer pela falta de concorrentes nas transações coloniais, subiam a 150% no cálculo feito por Luccock, que foi negociante da praça do Rio depois da franquia dos portos. Quer isto simplesmente dizer que Portugal recebia 250 libras por cada 100 libras mandadas sob forma de material de escambo ou antes de venda e de trabalho, além dos ganhos apurados nos fretes, juros do capital empregado, monopólios e estancos etc.” (Lima, 2001, p. 240)

Podemos, no entanto, perceber que esse comércio, mesmo após a abertura dos portos, continuou sendo muito lucrativo para Portugal,

² É importante frisar que os países dos quais trata a Lei responsável pela abertura dos portos do Brasil são somente aqueles que colaboravam com a corte portuguesa, principalmente, naquela ocasião, a Inglaterra.

que acumulava altíssimos valores provenientes das importações e exportações. Isso foi possível porque o Brasil produzia exclusivamente para exportar e devia vender para poder comprar o que não era produzido na colônia. Essa situação dava a Portugal a possibilidade de cobrar o que lhe fosse conveniente, ou seja, explorar a colônia ao máximo e enquanto fosse possível.

A abertura dos portos possibilitou o aumento do comércio legal por toda a costa do Brasil, de norte a sul, chegando até Montevidéu e, mais tarde, até os rios Paraná e Uruguai. Isso levou a que a colônia brasileira se tornasse um grande baluarte do comércio na América do Sul, conseguindo crescer por meio do comércio local, que se dava inicialmente pela costa, desenvolvendo cidades, povoados, vilas, tanto no litoral do oceano Atlântico quanto nas margens dos rios e afluentes, proporcionando a distribuição de produtos dentro do continente.

As relações comerciais entre as cidades ribeirinhas e litorâneas brasileiras foram consolidadas pela abertura dos portos, mas isso não significa que tais relações não existissem antes da decisão real. O que corriqueiramente acontecia era o contrabando, prática comum, que fora determinante para o crescimento econômico do Brasil nos primeiros dois séculos de colonização e que continuou sendo amplamente realizado de norte a sul do país. Na porção meridional, o contrabando colaborou especialmente para os contatos entre luso-brasileiros e hispano-platinos. Este problema, aos olhos do governo, era motivo de constante discussão entre os representantes das Coroas portuguesa e espanhola, pois constituía-se num problema à arrecadação de tributos para o Estado, além de ser um entrave à formalização dos limites territoriais na América Meridional.

Portanto, o objetivo deste artigo é verificar as nuances pelas quais se torna possível compreender a forma com que a Coroa portuguesa movimentou seu recém instalado aparato político, econômico e militar na colônia do Brasil, em 1808, no intuito de expandir suas imprecisas fronteiras meridionais até a região do Rio da Prata.

As impressões a partir da chegada da Corte em solo brasileiro

Mesmo com a chegada da corte, a liberação dos portos para comercialização com outras nações e o crescimento da administração local, intensificando os serviços burocráticos que se faziam necessários à administração da colônia, não houve mudança na posição da elite

econômica existente. O que se alterou foi a ampliação do volume de negociações entre a colônia – agora com novas perspectivas de crescimento – e outros países de todas as partes do mundo. Assim, podemos verificar que a estrutura anterior não mudou; apenas se ampliou de forma considerável. (Fragoso in: Fragoso, et. al., 2001)

Com essa liberdade de comercialização, o Brasil iniciava uma nova fase, um período de crescimento econômico voltado ao mercado internacional. Isso durou até o início do ano de 1816, quando a elevação do Brasil a Reino Unido, nas mesmas condições de Portugal e Algarves, possibilitou que os comerciantes disponibilizassem à população variados produtos vindos de outros países, posto que também puderam lucrar mais. Assim, é possível dizer que o Brasil obteve certa autonomia administrativa local, que resultou, posteriormente, na autonomia política.

Como resultado das medidas burocráticas iniciadas com o estabelecimento da corte portuguesa no Brasil foi constituído o novo ministério, porém com peças já antigas no cenário português: o Ministério dos Negócios do Reino foi composto por dom Fernando José de Portugal e Castro, 2º marquês de Aguiar; o ministério dos Negócios Estrangeiros e da Guerra passou a ser comandado por dom Rodrigo de Sousa Coutinho³, futuro conde de Linhares; por último, o ministério dos Negócios da Marinha e do Ultramar que foi chefiado por João Rodrigues de Sá e Melo, o visconde de Anadia.

Nessa nova formação ministerial destacamos a personalidade e as realizações do conde de Linhares perante o governo de dom João. A política implementada por dom Rodrigo foi considerada uma continuidade dos desejos e das políticas do marquês de Pombal, como pode ser verificado quando vemos algumas medidas protecionistas e a adesão à liberdade econômica demonstradas por este ministro, sem contar sua formação prática e inclinação ideológica voltadas ao modelo pombalino e anglófilo⁴. Norton, corroborando com essa visão, garante

³ Seu nome completo era Rodrigo Domingos Antônio de Sousa Coutinho, que recebeu o título de conde de Linhares. Nasceu em 1745, em Portugal, e faleceu em 1812, no Brasil. Foi por duas vezes ministro da pasta de Estrangeiros e da Guerra, tendo assumido em 1801 e em 1808. Vários foram os escritores que sobre ele dissertaram ou escreveram algumas linhas, em função de sua preponderância nas decisões que eram emitidas pela regência do príncipe dom João durante o período de 1808 a 1812. A princesa Carlota, por sua vez, sempre o detestara, chamando-os, dentre outras coisas, de “Torvelinho”, ou seja, que vivia em constante agitação.

⁴ Tanto o marquês de Pombal quanto o conde de Linhares partilhavam de uma forte admiração e simpatia pelos ingleses.

que o conde de Linhares chegou a ser chamado, sem falsa ironia, de “o Novo Pombal” (NORTON, 1979, p. 32).

Como exemplo das idéias que defendia em relação à administração, podemos ver as anotações escritas antes da partida para a América, nas quais já idealizava a constituição de um Estado nos moldes absolutistas. A colônia americana, dizia dom Rodrigo:

A feliz posição do Brasil [...] dá aos seus possuidores uma tal superioridade de forças pelo aumento de povoação, que se alimenta dos seus produtos, e facilidade do comércio, que, sem grandes erros políticos jamais os vizinhos do norte e do sul lhes poderão ser fatais, e pelo mar só pelo comércio interlopo e fraudulento é que necessariamente devem inquietar-nos logo que a nossa taxaço se afastar dos princípios que unicamente podem suspender e contrariar este cruel flagelo. Para segurar os meios da nossa superior força, é que com olhos políticos se deve estabelecer a divisão das nossas capitãneas, e aí salta aos olhos a necessidade que há de formar dois grandes centros de força, um ao norte, e o outro ao sul, debaixo dos quais se reúnam os territórios, que a natureza dividiu tão providamente por grandes rios, ao ponto de fazer ver que esta concepção política é ainda mais natural do que artificial. Os dois grandes centros são, sem contradição o Pará e o Rio de Janeiro⁵

Sua máxima política era “Agir. Chorar em lugar de obrar quando o perigo é manifesto, é prova d’imbecilidade”⁶. Dessa forma, acreditava ser a melhor arma “reformular de cima, transformar sem substituir, melhorar sem revolucionar” (Lima, 1996, p. 140), tanto para manter intacta a empresa absolutista quanto para prover o desejado progresso. Dom Rodrigo de Sousa Coutinho faleceu por causas não suficientemente elucidadas, em 1812, aos 56 anos de idade, deixando um legado bastante considerável para administrações futuras, principalmente novos hábitos na corte e estreitas relações comerciais e políticas com representantes estrangeiros.

⁵ Exposição transcrita na obra do marquês de Funchal “O conde Linhares”, p. 44 et seq. apud Norton, 1979, p. 33. Cabe observar que as transcrições das fontes utilizadas neste artigo obedecerão a grafia original das mesmas.

⁶ Trecho de carta enviada a D. Fernando Portugal, no ano de 1809, em função das reclamações advindas do Reino (apud Lima, 1996, p. 139). A menção ao Pará, como um dos grandes centros, devia-se em razão de ter sido aquele, durante quase dois séculos, um Estado administrativamente independente do Estado do Brasil Em 1772, por obra das reformas pombalinas, foi dividido em Estado do Grão-Pará e do Rio Negro, com capital em Belém, e o Estado do Maranhão e Piauí, cuja capital era São Luís. Ambos mantinham relações diretas com Lisboa até a chegada da família real ao Brasil, em 1808. A anexação ao Estado brasileiro de fato só ocorreu após a independência, em 1822, quando passou a ser a Província do Grão-Pará.

Durante todo o período em que esteve à frente dos negócios exteriores do Império, nunca deixou de tentar, se não anular, ao menos controlar muito de perto as intenções da esposa do príncipe regente, dona Carlota Joaquina. Os embates entre ambos girariam principalmente em torno da questão platina, a partir de 1808, sobre a qual Carlota mantinha o foco de seus desejos e dom Rodrigo, por sua vez, também tentava impor, com a devida anuência de dom João, a sua visão colonialista, expansionista e de controle econômico.

Podemos afirmar que as investidas do príncipe regente, alimentadas pelas assertivas do conde de Linhares, caracterizaram uma nova etapa das relações mantidas entre a Coroa portuguesa e os vice-reinados espanhóis na América. As correspondências trocadas desde o início de 1808 foram a “ponta do *iceberg*” que se pronunciava sobre o Vice-Reinado do Rio da Prata. A partir desse momento, e apesar de alguns reveses, Portugal se lançaria decididamente à conquista de novos territórios na América Meridional.

Destarte, à medida que a situação na região ibérica se agravava, o governo português estabelecido no Brasil dava início a um projeto de Estado que visava, ao menos como justificativa, manter a solidez da América colonial por meio de uma possível união ibero-americana, regida pela Coroa de Portugal. Para isso, suscitou alguns motivos que, *a priori*, não surtiram o efeito desejado na camada dirigente do Vice-Reinado do Rio da Prata.

Praticamente em todo o vice-reinado, antes mesmo do recebimento das correspondências enviadas pelas principais autoridades do governo português, já estava sendo posta em prática uma reorganização de tropas para evitar a possível invasão que a chegada do príncipe regente português, no entendimento dos governantes platinos, anunciava. O tempo iria demonstrar que os dirigentes do vice-reinado não estariam equivocados. Deu-se início, portanto, a uma mobilização defensiva no Rio da Prata, que pode ser percebida pela correspondência reservada de 17 de março de 1808, entre o vice-rei interino⁷ de Buenos Aires, Santiago de Liniers y Brémont⁸, e o ministro

⁷ O título de vice-rei foi confirmado em finais de 1807, mas chegou ao conhecimento de Liniers somente em junho de 1808.

⁸ Liniers era francês, nascido em Niort (Poitiers), no ano de 1753. Em 1775, iniciou sua escalada militar na Marinha espanhola, a qual lhe possibilitou assistir à conquista da Colônia do Sacramento. Em 1788, passou ao Rio da Prata, de onde, no comando das lanchas canhoneiras de Montevideú, combateu os ingleses que atacavam o comércio espanhol (1796-1802). Tomada a cidade de Buenos Aires pelos britânicos comandados por Beresford (1806), Liniers, nessa época chefe da estação daquele porto, reconquistou-a e fez prisioneiro o general inglês e todas as suas tropas, pelo que recebeu o título de brigadeiro

da Guerra, dom Antonio Olaguer Feliu, na qual o primeiro pedia que:

en el caso de peligrar la Paz entre nuestra Nacion y la Portuguesa se Sirva V.E. promover que se haga un extraordinario esfuerzo para surtir esta Provincia del competente numero de Tropa Armas, Municiones y demàs efectos de Guerra correspondientes à èl, à fin de aseguràr estos interesantes Dominios [...] y evitar los incalculables quebrantos que nos ocasionaria la perdida de ellos⁹.

As ações levadas a cabo para proteger o vice-reinado estavam sendo arregimentadas, pois a sua extensão e a longa fronteira com o Estado português eram pontos de extrema preocupação. Por outro lado, a falta de tropas, dinheiro e armas para protegê-las preocupava os dirigentes do vice-reinado, como informava o governador do Paraguai, dom Manuel Gutierrez, ao vice-rei em 17 de março de 1808:

En el precente estado de indefencion en que me hallo, sin Dinero, sin Municiones, sin Armas, y hasta careciendo de un Maestro Armero [...] yo no puedo responder al REY de esta Provincia y mucho menos de la de Micionen comprometendome unicamente, como me comprometo, à tomar un Fucil, y de este modo, ó de otro qualquiera, derramar la ultima gota de mi sangre, por el REY, y por la Patria, pero sin ser responsable de lo que no puedo defender, ni conservar si los Enemigos me atacan¹⁰.

De fato, as notícias enviadas por Jose Lariz, comandante de fronteira em Santo Tomé, ao governador do Paraguai, no início do mês de março, davam conta de que o perigo de um ataque era iminente. Na

da Real Armada. A Inglaterra, inconformada com o duro golpe recebido em Buenos Aires, no final de 1806, destacou em frente a Montevideu uma frota sob comando do Almirante Murray que conduzia 15.000 homens, conforme as ordens do general Whitelocke. As forças britânicas tomaram a praça, Liniers, que havia acudido em seu auxílio, retirou-se para Buenos Aires. Nesta cidade, rechaçou o ataque inglês, obrigando o inimigo a retirar-se e a devolver a praça de Montevideu depois de ter causado mais de 4.000 baixas (1807). Por isso, Liniers tornou-se chefe de esquadra e foi nomeado interinamente como vice-rei, governador e capitão-general das províncias do Rio da Prata. Em Papagayos (Argentina), no ano de 1810, por determinação da Junta Revolucionária de Buenos Aires, juntamente com Gutiérrez de la Concha e outros espanhóis, foi morto a tiros. Consultar: <http://cvc.cervantes.es/actcult/museo_naval/sala7/personajes/personajes_11.htm>. Acesso em: 19/12/2005. Assim como, para ter conhecimento sobre a genealogia do vice-rei, deve-se consultar <http://ar.geocities.com/genealogia_fernandez/pafg1139.htm#32634>. Acesso em: 19/12/2005.

⁹ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 22.

¹⁰ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 27.

correspondência, Lariz afirmava, “que aquel Gobierno [português], ha mandado reunir sus tropas; que las estan disciplinando diariamente en el manejo del Arma, y de el de cañon y que estan entricherandose, y haciendo Cuarteles en la Vanda Oriental de Uruguay”¹¹.

Assim, ainda não estavam claras aos vizinhos platinos as reais intenções dos portugueses em relação às suas fronteiras. Por consequência, qualquer movimento era motivo para que houvesse uma intensa troca de correspondências reservadas entre os principais setores da camada dirigente platina.

Curado e a observação da realidade platina

No dia 13 de março de 1808, para levar adiante o projeto português de expansão até o Vice-Reinado do Rio da Prata, o ministro dom Rodrigo de Sousa Coutinho, assim que chegou ao Rio de Janeiro, enviou uma correspondência ao Cabildo¹² de Buenos Aires. O ministro, possivelmente, tinha em mente as indicações do comandante Joaquim Xavier Curado¹³, passadas anteriormente à chegada da família real

¹¹ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 28-29.

¹² O Cabildo, durante o período colonial, funcionava como um conselho municipal, onde o elemento *criollo* deveria estar representado. Nessa instituição havia um conjunto de cargos que, freqüentemente, eram vendidos pela administração espanhola quando houvesse necessidade de dinheiro. Por isso, a função dentro do Cabildo era por vezes tratada como propriedade privada, sendo negociada e, quase sempre, hereditária. Em situações graves, era organizado um *Cabildo Abierto*, onde todos os moradores da cidade reuniam-se para tomar as decisões. Ao final do século XVIII, a importância desta instituição estava abalada pelo poder conferido aos vice-reis e corregedores. (Azevedo, 1990, p. 66-67) Conforme José Cláudio Williman e Carlos Pons (1977, p. 61-63), as funções do Cabildo seriam: a) legislativas, devendo redigir as “ordenanzas municipales”; b) eleitorais, tendo em vista a eleição de seus próprios membros; c) judiciais, sendo a segunda instância depois da decisão dos Alcaldes Ordinarios; d) administrativas, sendo responsáveis pelas necessidades urbanas do município.

¹³ Segundo nota de artigo de Francisca Nogueira de Azevedo, Joaquim Xavier Curado era filho de João Gomes Curado e de dona Maria Josefa Pinheiro. Nasceu no dia 1 de março de 1743, na Freguesia de Meia Ponte, Estado de Goiás. Ficando órfão de pai, partiu de sua cidade natal com destino ao Rio de Janeiro, onde pretendia habilitar-se para ingressar na Universidade de Coimbra. Com apenas 21 anos, ingressou no exército como soldado, embarcando com seu regimento, algum tempo depois, para a fronteira sul em virtude da invasão espanhola. No relatório que o vice-rei Luiz de Vasconcelos remeteu ao conde de Rezende, é feita uma relação dos numerosos serviços prestados por Xavier Curado, sendo ele recomendado para substituí-lo no cargo de Vice-rei. Em 1797, o conde de Rezende apresentou-o a dom Rodrigo de Sousa Coutinho com as melhores referências. No último período do governo do conde de Rezende foi nomeado governador de Campos. Deixando o cargo, seguiu para a Europa no desempenho de outra função, “por demais importante”, junto à corte de Lisboa. Regressou ao Rio de Janeiro em 1800. Ver: Lago, s.d., p. 83; Silva in: Azevedo, 2011.

portuguesa ao Brasil, quando este ainda era governador de Santa Catarina. Essas notícias acerca do Rio da Prata eram resultado das incursões secretas que algumas vezes foram realizadas pelo comandante português em território platino para sondar a organização militar e política do vice-reinado.

Na missiva, o ministro português tentava convencer os cabildantes de Buenos Aires que os fatos ocorridos na Europa também levado à “total sujecion de la Monarquia Española en Europa a la Francia, y la casi entera aniquilacion de la misma por los perfidos consejos del maior enemigo [...] donde resulta el total abandono de los Pueblos Españoles que abitan la America”¹⁴. Dessa forma, após descrever a situação da Metrópole diante da invasão de Napoleão e, na tentativa de sensibilizar os governantes do Prata, dom Rodrigo revelava sutilmente o que podia ser um dos pontos-chaves para se compreenderem os motivos que impulsionavam o projeto de “proteção”: o comércio. Em suas palavras, a população do vice-reinado

se hallan de nuevo grabados con nuebos y excesibos impuestos, despues de tantos servicios practicados en la ultima ebacuasion de los Ingleses, y Reconquista de la Ciudad de Buenos Ayres, y conosiendo Su Altesa Real [...] no podia dejar de ser agradable a Ustd y de traerle a la memoria que por su medio podria *evitar la ruina de su Comerico*, y las fatales catastrofes a que se halla espuesto el Rio de la Plata¹⁵.

Notamos, pelo comentário exposto, o quanto os interesses comerciais eram essenciais para a manutenção do vice-reinado, apesar de não se ter a precisa idéia de qual tipo de comércio lhe aprazia mais: se o livre-cambista ou o monopolista. Sabendo desse ponto nevrálgico e, também, muito interessado na participação que poderia alcançar em dito comércio com Buenos Aires, dom João, através de dom Rodrigo, decidiu “ofrecerle tomar al Cavildo y Pueblo de la Ciudad de Buenos Ayres y todo el Virrenato, vajo Su Real Proteccion”, garantindo que manteria “todas sus esenciones y jurisdicciones, y empeñandole Su [...] palabra, no solo de no grabarlos com nuebos impuestos, sino aun de asegurarle Su Comercio libre è integro”¹⁶.

¹⁴ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 13.

¹⁵ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 13. [Grifo nosso]

¹⁶ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 13.

Lembramos que durante praticamente três séculos portugueses e espanhóis se digladiaram em solo americano, especialmente por territórios e por acusações mútuas de contrabando. Portanto, o governo português, ao enviar um *ultimatum* para os dirigentes de Buenos Aires, dava sinais de que acreditava que o Vice-Reinado do Rio da Prata, há pouco mais de trinta anos livre da dependência direta do vice-reinado do Peru, iria desligar-se tão facilmente de um sistema político e ideológico metropolitano espanhol relativamente bem arquitetado.

Diferentemente do que ocorria no Brasil, as colônias espanholas possuíam um sistema de ensino há muito tempo desenvolvido, a fim de inculcar nos *criollos* e indígenas o sentimento de pertencimento e de obediência ao rei. Assim, apesar das inúmeras diferenças étnicas e culturais existentes entre os povos que compunham o imenso império hispano-americano, a ligação com o rei e com as instituições espanholas sempre foram muito presentes.

Ressaltamos, então, mais dois pontos interessantes da correspondência enviada pelo ministro dom Rodrigo ao Cabildo de Buenos Aires: a relação com a Grã-Bretanha e a ameaça armada. Percebemos que, por vezes, o ministro português revela a estreita ligação de Portugal com os ingleses, afirmando, inicialmente, que não desejava “a un tiempo obrar con toda la fuerza de sus Armas y con la de sus Aliados”, sendo que poderia “ebitar que cualesquiera nacion aliada pueda conserbar contra los mismos havitantes alguna memoria de lo pasado y pueda querer cometer contra ellos cualesquiera / acto de hostilidad ó de venganza”¹⁷, contando como certa a participação inglesa para a submissão do vice-reinado ao trono português, ressaltando que contribuiriam para isso os ressentimentos de não terem conseguido manter a ocupação de Buenos Aires e Montevideu nos anos anteriores.

O último excerto da correspondência referia-se à expulsão dos ingleses, em 1807, após a malfadada tentativa das forças britânicas em invadir Buenos Aires pela segunda vez. Mas, apesar dessas assertivas, no caso de haver uma decisão negativa por parte do Cabildo de Buenos Aires, resolvendo não se submeter ao poder e “proteção” do príncipe regente de Portugal, o aliado (leia-se, a Grã-Bretanha) seria demovido de integrar as forças que submeteriam pelas armas o Vice-Reinado do Rio da Prata, pois

¹⁷ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 13-14.

Su Alteza Real sera obligado à obrar en comunidad con su poderoso Aliado, y con los grandes y fuertes medios que la Probidencia deposito en Sus Reales manos, y tal bes a ver con dolor el glorioso y esperable suceso de sus armas, y a considerar con lastima que Pueblos unidos por los estrechos vinculos de la misma Sagrada Relijion, por las mismas costumbres y por el idioma que es casi el mismo, se buelban enemigos, y sacrifiquen sus mas Sagrados intereses¹⁸.

Sem perder tempo, em 15 de março de 1808 deu-se início ao que pode ser chamado de “missão Curado”, em território platino. dom Rodrigo destacou o comandante Joaquim Xavier Curado para que fosse até o Rio da Prata, pois esperava que o agente português desse continuidade ao que havia proposto na missiva ao Cabildo¹⁹. Todavia, essa missão, que deveria ser rápida, acabou se arrastando por meses, levando a uma alteração crucial nos planos portugueses, tendo em vista não apenas o que Curado despreveria sobre a realidade no Prata, mas também as vicissitudes do cenário internacional.

Além disso, a troca de correspondências era um problema para se entabularem negociações em curto espaço de tempo, pois não se dispunha de nenhum meio de transporte eficaz na época, a não ser de cavalos ou de embarcações que iam até o Prata. Assim, os ofícios do ministro Sousa Coutinho enviados no final de março chegaram a Buenos Aires somente por volta da metade do mês de abril. Dessa forma, nas noites de 27 e 28 de abril de 1808, o Cabildo, após analisar as missivas portuguesas em reunião e deliberação, juntamente com o vice-rei interino Santiago de Liniers, resolveu sobre o que deveria ser observado para garantir a “lealtad con que este Cavildo se há conducido y conducirá siempre en obsequio de su legitimo y mui amado Soverano y Señor natural”²⁰.

¹⁸ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 14.

¹⁹ Conforme correspondência de Linhares a Curado, este último deveria “1 - he conseguir ser admitido em Monte Video e Buenos Ayres, e este ponto q. he o mais essencial, poderá vencelo per si, e por via do governador do Rio Grande, propondo a negociação de q. vai encarregado para segurar a continuação do Comercio, na forma, que se esta praticando [...] 2 - he tentar od governadores para o fim de unir aqueles países ao Real Dominio, o que seria muito feliz, pois evitaria toda outra ulterior contenda. O 3 he o exame e conhecimento verdadeiro do voto da Nação Hespanhola, e da Opinião Pública sobre entragarem-se ao Governo Português, e em qualquer cazo o conhecimento do estado da Força Pública em Soldado, Officiais, Munições, q. tem, e ocupa o Rio da Prata”. apud Acevedo in: *REVISTA do IHGB*, jul./set. 1946, p. 175.

²⁰ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 16.

Os representantes do governo do Vice-Reinado do Rio da Prata resolveram que seriam enviadas correspondências para a Espanha, informando sobre tudo que estava ocorrendo na América, especialmente em relação ao vice-reinado. Logo em seguida, dispuseram que deveriam ser imediatamente informados, de forma reservadíssima, o Vice-Reinado de Lima (Peru), as presidências do Chile, Cuzco e Charcas, assim como todas as intendências do interior, para que enviassem dinheiro, armamento e soldados para a defesa do Prata²¹.

Essas primeiras medidas estavam de acordo com o que rezava a “cartilha” do *Ancien Régime*, tendo em vista que qualquer relação direta do vice-rei ou do cabildo com representantes de outro governo que interferisse nas relações internacionais ou em setores cruciais da administração implicava uma transgressão do Pacto Colonial. De acordo com as normas vigentes durante o absolutismo, não era permitido que representantes da burocracia colonial tomassem decisões sem o consentimento do rei ou de seus órgãos deliberativos metropolitanos.

No terceiro ponto a ser observado, o Cabildo comentava sobre dois ofícios enviados pelo brigadeiro Joaquim Xavier Curado e pelo tenente-general João da Silva Gama (na época governador da província de São Pedro), nos quais havia pontos discordantes no discurso acerca da relação que declaravam desejar manter entre o vice-reinado e a colônia portuguesa. Entretanto, julgavam que em alguns aspectos havia demonstrações dos mesmos intuitos da missiva do ministro Sousa Coutinho: a dominação pelas armas.

Assim, decidiram que Xavier Curado, que já se encontrava na qualidade de emissário do governo português em Montevidéu desde o mês de abril, desejando passar a Buenos Aires para discutir acordos com o vice-rei, deveria ficar detido na Banda Oriental. Essa prisão teria o intuito de que o “Governador de aquella Plaza [...] contestase à los puntos de su comision, y hecho se regresase desde alli a sus Territorios.”²² Entretanto, naquele momento, talvez na esperança de que o próprio Curado a motivasse, a ordem para aprisionar o comandante português não foi enviada por Liniers ao governador de Montevidéu.

Por fim, o Cabildo de Buenos Aires concluía que, pelo teor das correspondências recebidas e pelas intenções do ministro dom Rodrigo, a nação portuguesa e seu governo eram declaradamente seus inimigos. Na visão dos ouvidores, o motivo que havia levado os portugueses a

²¹ Ibid.

²² *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961. p. 17.

não terem promovido nenhuma invasão até aquele momento devia-se ao fato de não possuírem o número necessário de tropas, pois, se as tivessem, fossem nacionais ou inglesas, já teriam realizado “las hostilidades, que no dejará de poner en ejercicio [...] resultando de aqui la inevitable perdida de toda la Campaña Oriental y ruina de sus habitantes y hacendados”²³.

Assim, ficava decidido que o único meio possível para barrar o ataque lusitano seria a tomada de Rio Grande, por onde os portugueses teriam fácil acesso à Banda Oriental. Além disso, foi ratificado que a expedição platina não deveria se limitar somente ao Rio Grande:

sino también à la del Rio Pardo, y que para llamar à un tiempo y à puntos distantes entre si las atenciones de los Portugueses y ebitar su reunion expediria las correspondientes Ordenes para que al mismo (tiempo) se les atacase por la Provincia de Misiones y à sus establecimientos de Coimbra (Miranda) y Matogroso.²⁴

Enquanto isso, em Montevidéu, Joaquim Xavier Curado seguia as ordens que havia recebido do ministro Sousa Coutinho e aguardava permissão para passar a Buenos Aires. Até o mês de setembro, ao menos, encarregou-se de observar os pontos que interessavam à Coroa portuguesa em relação ao vice-reinado, especialmente na Banda Oriental. Curado enviou um ofício reservado ao ministro dom Rodrigo de Sousa Coutinho, no qual fazia uma extensa e minuciosa descrição de todos os elementos que podiam ser importantes para levar adiante os planos portugueses em relação do Vice-Reinado do Rio da Prata. Nessa epístola, é possível verificar como estava caracterizada, na visão de Curado, a sociedade platina daquele período:

Os Estancieiros são os unicos, que acharião o seu interesse em hua união temporanea; porem como ao mesmo tempo são todos Comerciantes, e os beneficios que rezultão do Comercio são mais importantes, que o das Estancias, devem propender mais bem aos interesses daqueles, que d’estas. O interesse de todo o Povo portanto, he opposto á união²⁵.

Ao examinar este excerto, verificamos o quanto Xavier Curado estava sendo específico em relação aos planos portugueses na região do

²³ Ibid.

²⁴ *Política lusitana en el Rio de la Plata*. Colección Lavradio I (1808-1809), 1961, p. 19.

²⁵ Arquivo Histórico do Itamaraty (AHI). Lata 193, maço 6, pasta 1.

Rio da Prata. Portanto, demonstrava exatamente quais eram as intenções diplomáticas, políticas e militares de Portugal para a região. Além disso, fazia um minucioso relato de como estavam organizadas as principais nucleações populacionais da América Meridional.

A correspondência de Xavier Curado não é datada, mas podemos inferir, pelos comentários e dados que reproduziu, que deva ter sido escrita por volta de finais de abril de 1808, enquanto ele aguardava autorização do vice-rei Santiago de Liniers para passar a Buenos Aires e iniciar discussões sobre o plano de proteção do vice-reinado proposto pelo príncipe regente de Portugal. Assim relatava sobre a reação dos platinos ao receberem a notícia da vinda da família real portuguesa para a América:

Logo que os Hespanhoes tiverão noticia da vinda de S.A.R. para o Brazil, conceberão, que a da parte septentrional do Rio da Prata seria hua consequencia necessaria do estabelecimento deste novo Imperio. Se uniformavão em opinar, que não havia forças para rezistir aos Portuguezes; manifestavão hum grande e fundado receio de serem conquistados; porem nunca ouvi amais minima expreção, que podesse dar a entender que dezejavão unir-se ao Brazil.²⁶

Com isso, o comandante/espião do governo português declarava que não seria tão fácil a empresa que se pretendia no Prata, tendo em vista que a vontade do povo em unir-se a outra Coroa não tinha a mínima expressão. Entretanto, explicava que se podia tirar proveito da animosidade existente entre as duas principais cidades do Vice-Reinado do Rio da Prata, pois

Buenos Ayres considera Monte Vídeo como húa Cidade Extrangeira cheia de traidores, e que offende aos moradores desta na honra, e nos interesses. Pode-se sacar hum grande partido desta antepatia, e agitar com expecialidade a plébe, que não poderia convencer-se por outros principios²⁷.

A relação entre as duas cidades, desde a criação de Montevidéu, sempre estivera estremecida pela disputas econômicas e políticas, tendo em vista a proximidade entre as duas e, sobretudo, a concorrência mercantil pela principal via de ligação da América meridional com a Europa. Montevidéu tinha a primazia de estar mais bem situada para o

²⁶ AHI. Lata 193, maço 6, pasta 1.

²⁷ AHI. Lata 193, maço 6, pasta 1.

comércio marítimo da época, ao passo que Buenos Aires tinha melhor estrutura portuária e as principais casas de comércio que efetuavam a ligação comercial com a Espanha.

Curado, ao permanecer durante alguns meses em solo hispano-americano notara as principais vicissitudes para que o plano da Coroa portuguesa em anexar o Vice-Reinado do Rio da Prata fosse posto em prática. Demonstrava, pelo que notamos inúmeras vezes nesta correspondência de quarenta e uma laudas, uma maior preocupação em evidenciar os detalhes da campanha da Banda Oriental do rio Uruguai, chamada por ele de “Banda Septentrional do Rio da Prata”. Ao final da correspondência, Xavier Curado elencava os principais pontos pelos quais se podiam efetuar as ações do plano supracitado:

1º Precindir de toda a especie de inteligencias secretas esperando metelas em uso ao tempo em que se possão apoyar com a força, condição sem a qual me parece que nada se pode concluir.

2º Publicar hum Manifesto em que S.A.R. se mostre informado dos progressos que tem feito alguns principios revolucionarios, principal cauza da anarquia actual, e precursors das desgraças que amiação as Provincias do Rio da Prata. Principios que poem ao mesmo Senhor na necessidade de fazer ocupar pelo seu Exercito huma pozição que asegure a obediencia das Provincias ás antigas leys estabelecidas, [...] prometendo no entanto protecção favo[ável].

3º Fazer marchar ao mesmo tempo seis mil homens para ocupar as cercanias de Monte Video em direitura.

Me atrevo a provar que estas forças são de sobejo para tomar Monte Video, e guardar todo o paiz comprehendido entre Maldonado, e Arroyo da China, até a Fronteira de Portugal. [...]

A Conquista de Buenos Ayres pode efectuar-se com quinze mil homens em poucos dias, e sem derrame de sangues²⁸.

Em relação ao primeiro item, Curado apresenta uma idéia que, por um lado, já estava sendo posta em prática pelo ministro Sousa Coutinho, tendo em vista que ele próprio, Joaquim Xavier Curado, era um dos enviados ao Prata, mesmo que em caráter não oficial, para que fornecesse as devidas informações sobre a situação política, econômica e militar do vice-reinado, assim como para dar início às propostas que o príncipe regente de Portugal faria aos governantes platinos.

Já, o último item exposto no trecho supracitado da carta de Xavier Curado, quando este afirmava que a dominação de Buenos

²⁸ AHI. Lata 193, maço 6, pasta 1.

Aires poderia ser realizada sem derramamento de sangue, não há como deixar de imaginar que uma ação dessa grandeza – tendo em vista as correspondências que desde finais de 1808 estavam sendo enviadas aos diversos pontos da América Espanhola, pedindo auxílio para a proteção de Buenos Aires, além do retrospecto das invasões inglesas – pudesse resultar numa tomada pacífica da capital platina pelos portugueses.

Considerações finais

O desenrolar dos fatos, especialmente a partir do mês de agosto de 1808, faria com que se movimentasse uma verdadeira máquina de espionagem e ligações excusas entre o Rio de Janeiro e Buenos Aires, pela qual cada governo tentava adiantar-se aos acontecimentos, evitando ser pego desprevenido em caso de uma ação mais drástica do vizinho. A diplomacia, naquele período, parecia depender mais do serviço da espionagem “oficial” que da própria ação política dos representantes. Nenhum passo era dado sem antes dispor de informações, mesmo que não fossem seguras, das movimentações que ocorriam no lado que se pretendia convencer ou controlar. Neste caso, a região compreendida entre o Rio de Janeiro e Buenos Aires tornou-se palco para os mais diversos tipos de pessoas que desejavam o reconhecimento do monarca português, ou dos governantes platinos, para participar dos círculos de beneficiamento pessoal, nos quais poderiam desfrutar da possibilidade de absorção de parte do dinheiro circulante nesses meios.

Notamos, portanto, o quanto a conjunção dos fatores externos ao Vice-Reinado do Rio da Prata, como a invasão e desorganização de Espanha pelos franceses e a pressão inglesa sobre as possessões espanholas, e internos, como a falta de unidade entre os diversos setores do governo, podia levar os portugueses a crer que uma ação diplomática, ou militar, se fosse o caso, bem planejada, renderia ótimos frutos à Coroa bragantina com a desejada anexação do Vice-Reinado do Rio da Prata ao Império português.

Referências

AZEVEDO, Antonio Carlos do Amaral. *Dicionário de nomes, termos e conceitos históricos*. São Paulo: Nova Fronteira, 1990.

AZEVEDO, Francisca Nogueira de. *Dom Joaquim Xavier Curado e a política Bragantina para as províncias platinas (1800-1808)*. Disponível em <<http://www.ifcs.ufjf.br/~ppghis/pdf/topoi5a6.pdf>>. Acessado em: 31 de maio 2011, às 10:20h.

FARIA, Sheila de Castro. *A colônia Brasileira: economia e diversidade*. São Paulo: Moderna, 2001.

FRAGOSO, João; BICALHO, Maria Fernanda; GOUVÊA, Maria de Fátima (Org.). *O Antigo Regime nos trópicos: a dinâmica imperial portuguesa (séculos XVI-XVIII)*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001. p. 319-338.

LAGO, Laurêncio. *Brigadeiros e generais de dom João VI e dom Pedro I no Brasil. Dados biográficos, 1800-1831*. Rio de Janeiro: Gráfica Laemmert, s.d.

LIMA, Oliveira. *D. João VI no Brasil*. São Paulo: Topbooks, 1996.

NORTON, Luís. *A corte de Portugal no Brasil: notas, alguns documentos diplomáticos e cartas da imperatriz Leopoldina*. 2. ed. São Paulo; Brasília: Ed. Nacional; INL, 1979.

ACEVEDO, Walter Alexandre. A missão secreta do marechal Curado ao Rio da Prata (1808-1808). In: *REVISTA do IHGB*, Rio de Janeiro, jul./set. 1946.

WILLIMAN, Jose Cláudio do Amaral; PONS, Carlos Panizza. *La Banda Oriental em la lucha de los Impérios: 1503-1810*. Montevideu: Ediciones de la Banda Oriental, 1977. Tomo I. (Historia Uruguaya).

Sites consultados

<http://cvc.cervantes.es/actcult/museo_naval/sala7/personajes/personajes_11.htm>. Acesso em: 31/05/2011, às 17h.

<http://ar.geocities.com/genealogia_fernandez/pafg1139.htm#32634>. Acesso em: 19/05/2011, às 15:30h.

Documentação Consultada

Arquivo Histórico do Itamaraty (AHI). Lata 193, maço 6, pasta 1.

Política lusitana en el Rio de la Plata. Colección Lavradio I (1808-1809). Buenos Aires: AGN, 1961.

Submetido em 01/06/2011.

Aprovado em 30/11/2011.

Histórias da nossa história: o acervo de José Honório Rodrigues*

*Histories of our history:
José Honório Rodrigues's archive*

Luciano Aronne de Abreu**

Resumo: Este estudo objetiva tecer algumas considerações sobre a organização do acervo de José Honório Rodrigues, que se encontra sob a guarda do Espaço de Documentação e Memória Cultural Delfos, da PUCRS, além de fazer breves indicações sobre o seu conteúdo e potencialidades de pesquisa. O acervo foi classificado em 7 categorias: Governos Militares/Militarismo; Relações Internacionais; Holandeses; Judeus; Brasil Império; História/Historiografia/Patrimônio e Arte; e Assuntos Gerais.

Palavras-chave: José Honório Rodrigues, História, Historiografia

Abstract: This study makes some observations on the work of organization of archives belonging to José Honório Rodrigues. Part of these archives are maintained by Delfos Documentation and Cultural Memory Center, at PUCRS. Besides the paper gives some indications about its content and research potentialities. This archive was classified in 7 categories: Military Government/Militarism; International Relations; the Dutch; the Jewish; Imperial Brazil; History/Historiography/Patrimony and Art; and General Subjects.

Keywords: José Honório Rodrigues, History, Historiography

* A escrita deste texto contou com a colaboração da acadêmica do curso de História da PUCRS, Amanda Araújo de Araújo, bolsista de iniciação científica do projeto "Histórias da Nossa História: o Acervo de José Honório Rodrigues".

** Professor do curso de História e do Programa de Pós-Graduação em História da PUCRS. Doutor em História Latino-Americana pela UNISINOS. E-mail: <luciano.abreu@pucrs.br>.

José Honório Rodrigues (1913-1987)¹, que se definiria historiador por vocação, é reconhecido por seus colegas de profissão como uma espécie de “pai da historiografia brasileira”, pioneiro nos estudos teóricos e estudioso da história da história do Brasil². A esse respeito, José de Assunção Barros destaca que a contribuição de José Honório Rodrigues (JHR) para a formação de historiadores deixou traços firmes na historiografia brasileira, visto que esta não foi uma preocupação comum entre os historiadores brasileiros até recentemente, a não ser em estudos pontuais de Capistrano de Abreu e de Oliveira Lima. Em suas palavras, diz Barros: “um esforço sistemático de produzir uma abrangente análise historiográfica brasileira, como o que foi empreendido pelo historiador carioca, é certamente uma jóia rara até tempos mais recentes” (Barros, s/d: 3).

Ainda assim, ao contrário do que acontece com outros grandes historiadores de sua geração, como, por exemplo, os chamados “intérpretes do Brasil” – Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda, Caio Prado Júnior, Nelson Werneck Sodré, Celso Furtado e Raimundo Faoro – a obra de JHR tem sido pouco estudada e difundida entre as novas gerações de historiadores e de estudantes de história. Sobre esses autores e suas obras, José Otávio de Arruda Mello observa que seria algo ingênuo situar algum deles “como o *maior*, tal a amplitude da contribuição que, de diferentes ângulos, eles perfizeram. Um deles, todavia, fez-se *única e exclusivamente historiador*” – José Honório Rodrigues (Mello, 1994: 145).

¹ José Honório Rodrigues nasceu em 20 de setembro de 1913, no Rio de Janeiro, filho de Dona Judith e de Honório José Rodrigues. Em 1933 ingressou na Faculdade de Direito do Rio de Janeiro, mais tarde transferindo-se para a Faculdade Nacional de Direito da Universidade do Brasil. Aos 24 anos, além de concluir sua formação jurídica, conquistou também o Prêmio de Erudição da Academia Brasileira de Letras com o trabalho “A Civilização Holandesa no Brasil”, que, em 1940, seria publicado como seu primeiro livro. Em 1943, JHR foi contemplado com uma bolsa de estudos da Fundação Rockefeller, levando-o a passar uma temporada nos EUA, o que marcaria de forma significativa sua formação de historiador e o influenciaria a realizar seus estudos pioneiros nas áreas de teoria, metodologia e historiografia no Brasil. Já nos anos 50, ganhou uma nova bolsa de estudos, dessa vez do Conselho Britânico, e realizou cursos na Escola Superior de Guerra (1955), o que contribuiu para dar novos rumos à sua obra de historiador, mais preocupada com questões do presente e suas relações com o passado, o que José Otávio de Arruda Mello definiria como “história combatente”, participante. Dentre outros tantos cargos de professor e pesquisador exercidos ao longo de sua vida profissional, JHR foi também diretor do Instituto Rio Branco e do Arquivo Nacional. Em 1969 foi eleito para a cadeira nº 35 da Academia Brasileira de Letras. Faleceu no Rio de Janeiro, em 1987, meses após sofrer uma isquemia cerebral.

² A respeito da obra de José Honório Rodrigues, uma ampla avaliação pode ser encontrada em: GLEZER, Raquel. *O Fazer e o Saber na obra de José Honório Rodrigues: um modelo de análise historiográfica*. São Paulo: USP, 1976.

Talvez se possa especular que essa situação se deva especialmente a três fatores conjugados: a) as amplas e profundas mudanças ocorridas no campo da história, desde fins dos anos 80 até hoje, que teriam levado ao “esquecimento” algumas das principais obras de JHR sobre teoria, metodologia e historiografia da História; b) a inexistência de uma tradição de estudos historiográficos no Brasil, temática que concentra algumas das principais contribuições de JHR aos estudos históricos, o que não teria estimulado muitos historiadores a estudarem sua obra; c) a controvérsia a respeito da doação do acervo José Honório Rodrigues (AJHR) e as conseqüentes restrições daí advindas para o seu acesso à pesquisa. Atualmente, porém, deve-se ressaltar que este acervo se encontra sob a guarda do Instituto de Estudos Brasileiros (IEB), da Universidade de São Paulo (USP) e, uma pequena parcela, no DELFOS – Espaço de Documentação e Memória Cultural, da Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (PUCRS), ambos com livre acesso aos pesquisadores.

Nesse momento, porém, não pretendemos avançar na análise de tais especulações, nem exatamente realizar um estudo historiográfico sobre a obra de JHR, mas tão somente tecer algumas breves considerações sobre o trabalho de organização da parcela do seu acervo que se encontra sob a guarda da PUCRS, e fazer algumas também breves indicações sobre o seu conteúdo e potencialidades de pesquisa.

O acervo e sua organização

Em primeiro lugar, deve-se observar que o trabalho de organização de um acervo principia sempre pela busca de informações a respeito de sua própria história, o que é essencial à correta avaliação de historiadores ou arquivistas a respeito de sua integridade, condições de conservação e dos critérios de organização e catalogação a serem adotados. No caso do AJHR, porém, pouco se sabe a respeito de sua história, a não ser por informações esparsas encontradas em algumas bibliografias ou mesmo em alguns documentos que dele fazem parte.

Quanto às informações bibliográficas, por exemplo, Raquel Glezer nos informa em sua tese que JHR dava preferência em suas pesquisas aos materiais impressos – anais, atas, periódicos, legislações e obras publicadas – tendo consultado documentos manuscritos em apenas dois de seus trabalhos: “Brasil e África: outro horizonte” e “A Assembléia Constituinte de 1823”. Sobre o volume de suas publicações, Glezer contabilizou um total de 1053 documentos editados, sendo 87% em

periódicos em 13% em publicações autônomas (livros). A esse respeito, José Otávio Arruda de Mello diz que tal volume se deveu

ao caráter *metódico* do historiador que, onde quer que estivesse, recolhia material de revistas e jornais para organização de pastas, sobre as quais trabalhava em geral de manhã. As tardes normalmente eram reservadas a pesquisas e compromissos sócio-culturais na cidade, e as noites a telefonemas, leitura de jornais, programas de televisão. [...] Essa metodologia de trabalho, algo sistemática, conjugou-se com a coerência do autor, conferindo unidade à sua produção (Mello, 1994: 183).

Além de tais informações, de caráter mais genérico, encontram-se no próprio acervo documentos que nos informam sobre seu conteúdo – mais de 300 pastas, microfilmes, fotografias, originais do autor, textos de jornais, objetos, móveis e cerca de 25 mil livros. Nesse sentido, podem-se consultar os próprios originais do documento intitulado “Protocolo de Intenções – Doação da ‘Coleção José Honório Rodrigues’ ao Instituto de Estudos Avançados da Universidade de São Paulo por Leda Boechat Rodrigues” (AJHR T 0070). De igual forma, estes mesmos documentos nos dão também pistas sobre a controvérsia acima referida, sobre a doação inicial do acervo de JHR ao Instituto de Estudos Avançados (IEA), da Universidade de São Paulo (USP).

De sua parte, a Sr^a. Leda se manifestaria descontente com o cuidado e o tratamento dispensados ao acervo por ela doado ao IEA (AJHR T 0070); por outro lado, ao menos na parcela do acervo JHR que atualmente se encontra sob a guarda do Delfos, não encontramos a esse respeito nenhuma manifestação ou resposta do Instituto à viúva. Ainda assim, deve-se observar que algumas pastas do AJHR contêm materiais timbrados do IEA, o que evidencia o início do seu trabalho de higienização e catalogação da documentação então recebida em doação. De todo modo, ainda que fisicamente a maior parte do seu conteúdo já tivesse sido encaminhada para o IEA, depreende-se dos documentos acima citados que a assinatura da doação oficial do acervo JHR à USP não teria ocorrido naquele momento, de forma imediata. Não sabemos com segurança a continuação e os meandros dessa história, apenas o seu final, que resultou na atual guarda do acervo JHR pelo IEB (www.ieb.usp.br), e não mais pelo IEA, e pelo Delfos (www.pucrs.br/delfos), sendo que os documentos de posse deste último não foram doados diretamente pela Sr^a. Leda, mas pelo historiador Ricardo Seitenfus, por ela referido em pelo menos um dos documentos da já citada controvérsia.

A seguir, após tais referências de ordem mais geral, devem-se então considerar algumas questões mais específicas sobre os documentos e as condições de organização e catalogação do acervo JHR doado em 2008 ao Delfos. A esse respeito, além de suas condições bastante ruins de conservação – umidade, folhas roídas por ratos e traças e documentos incompletos ou misturados – deve-se ainda destacar duas outras importantes questões: alguns dos seus documentos, como acima já referido, haviam passado por um processo inicial de catalogação na USP, estando ainda hoje guardados em pastas timbradas do IEA; outros, no entanto, claramente não haviam pertencido a JHR, mas a Ricardo Seitenfus, tendo sido misturados ao longo do tempo.

Nessas condições, embora esse tenha sido um princípio básico do trabalho de catalogação e arquivamento do acervo JHR, nem sempre foi possível restituir a organização supostamente original dos documentos em suas respectivas pastas e envelopes. Além das dificuldades já referidas à adoção desse princípio, deve-se ainda apontar o caráter lacunar do acervo recebido pelo Delfos, sem que se saiba exatamente se esta parte do acervo e aquela sob a guarda do IEB têm documentos complementares entre si, ou se são totalmente distintas. Ainda assim, com base em possíveis evidências encontradas nos próprios documentos – paginação, data e seqüência textual, por exemplo – e em indicações bibliográficas esparsas, como a referência já citada de Mello, de que JHR organizava metodicamente recortes de jornais e revistas (e outras notas) em pastas temáticas, buscamos minimamente nos aproximar do que supomos ter sido a lógica de organização do referido acervo.

Das mais de 300 pastas que teriam sido doadas inicialmente à USP, cerca de 100 delas encontram-se hoje no Delfos. Ou estas e aquelas seriam diferentes? Impossível saber com certeza, mas o mais importante é destacar que os documentos nelas existentes são do mesmo tipo daqueles que fazem parte do conjunto doado à Universidade de São Paulo e que Glezer diz terem sido os preferidos por JHR em seus estudos – anais, atas, periódicos e legislações. Não foi recebida pelo Delfos a doação de microfimes, objetos ou móveis, nem de qualquer parte da biblioteca pessoal de JHR; fotos há apenas uma ou outra soltas em meio aos demais documentos escritos.

Em termos práticos, após a etapa de higienização do acervo, seus documentos foram organizados em pastas temáticas do tipo “Dossiê”, visto que o próprio JHR reunia num mesmo conjunto diferentes tipos de fontes pertinentes a um determinado assunto. Por exemplo, ao longo de suas pesquisas sobre as invasões holandesas no Brasil, o historiador

José Honório Rodrigues coletou todo tipo de fontes e referências sobre o tema, desde indicações de documentos de arquivos nacionais e estrangeiros até bibliografias, passando também por notas biográficas dos seus personagens e notícias contemporâneas de jornais variados sobre a Holanda e os holandeses. Desse modo, o estudioso da obra de JHR poderá encontrar numa mesma pasta desde notas sobre fontes do século XVII até recortes de jornais de fins do século XX, subdivididos em envelopes confeccionados e titulados pelo próprio historiador. A organização, portanto, do acervo JHR em pastas do tipo “Dossiê” baseou-se no princípio já referido de respeitar, sempre que possível, sua lógica e ordem supostamente originais.

Em tais pastas, para cada um dos seus itens documentais, foi organizado um “inventário sumário”, o qual se encontra disponível no site da biblioteca central da PUCRS (www.pucrs.br/delfos), contendo as seguintes informações: assunto, data, tipo de documento, breve resumo e observações. Por fim, deve-se ainda referir que as cerca de 100 pastas do acervo JHR guardadas no Delfos foram agrupadas nas seguintes categorias: Governos Militares/Militarismo; Relações Internacionais; Holandeses; Judeus; Brasil Império; História/Historiografia/Patrimônio e Arte; e Assuntos Gerais, cujos conteúdos e possibilidades de pesquisa veremos a seguir.

O acervo e a pesquisa

Ainda que José Honório Rodrigues tenha ficado conhecido, como já referimos, como uma espécie de “pai da historiografia brasileira”, por seu pioneirismo nos estudos de teoria e historiografia brasileira, deve-se aqui observar que suas obras abrangem também outros tantos temas essenciais à compreensão da história do Brasil, desde as invasões holandesas até as relações internacionais do país, desde o século XVII até fins do século XX. Tal variedade e amplitude de sua produção, que até o ano de 1975 foi contabilizada por Glezer em 1053 documentos editados (1976: 19), pode ser atribuída não só ao caráter metódico de JHR, como já citado, mas também aos variados cargos por ele exercidos ao longo de sua vida como historiador e, talvez, à sua própria concepção “revisonista e combatente” da história, como diz Mello.

Sobre tal concepção de história, em suas próprias palavras, diz JHR: o objetivo da história é dar sentido ao passado, “é conhecer e compreender não para contemplar um passado morto, mas para agir, para libertar consciências, para dar força às forças do progresso, para

identificar e integrar o país todo com sua história e seu futuro, essa é toda a tarefa da história” (In: Mello, 1994: 150). Quanto às suas várias atividades de historiador, desenvolvidas em diferentes momentos de sua vida junto ao Instituto do Açúcar e do Alcool, Instituto Nacional do Livro, Biblioteca Nacional, Instituto Rio Branco, Itamaraty, Arquivo Nacional e como professor visitante em universidades da Inglaterra e dos Estados Unidos, Glezer e Mello³ estão de acordo em associá-las diretamente às mudanças de enfoque e à variedade de sua produção historiográfica.

Sua obra de estreia, por exemplo – “Civilização Holandesa no Brasil” (1940) – que em 1937 havia sido vencedora do Prêmio de Erudição da Academia Brasileira de Letras, corresponde a uma fase em que “o açúcar constituiu uma predileção honoriana, para quem as raízes do Brasil encontram-se no nordeste e não em São Paulo, ‘bugre até o século XVIII’” (Mello, 1994: 163). Nessa época, coincidência ou não, o historiador viria a desempenhar sua primeira função pública como bibliotecário do Instituto do Açúcar e do Alcool (1945), então presidido por Barbosa Lima Sobrinho (Glezer, 1976: 96).

Já entre os anos de 1946 e 1958, como Diretor de Obras Raras e Publicações da Biblioteca Nacional, de acordo com Francisco Iglesias, JHR seria responsável por tornar acessíveis obras até então de difícil acesso. O mesmo se daria quando de sua passagem como Diretor do Arquivo Nacional (1958-64), preocupando-se também com a publicação de fontes e a adoção de reformas e cursos de formação de pessoal, inclusive trazendo ao Brasil T. R. Schellenberg, então a maior autoridade mundial em arquivística (Mello, 1994: 165).

Nessa mesma época, JHR seria ainda nomeado Encarregado de Pesquisas do Instituto Rio Branco (1949), onde começaria a atuar como professor a partir de 1953, manifestando então sua predileção por temas de relações internacionais. Tal predileção seria ampliada a partir dos anos 60, motivada por dois outros fatores: a relação bastante próxima que JHR manteve com os chamados brasilianistas – historiadores estrangeiros que se preocupavam cada vez mais em estudar o Brasil, e sua oposição pessoal à política externa dos regimes militares, de franco alinhamento com os Estados Unidos. Daí decorrem, segundo Mello, as seguintes obras: “Capítulos das Relações Internacionais do Brasil”;

³ Poucos são os estudos sistemáticos sobre a obra de José Honório Rodrigues. Dentre os mais importantes incluem-se os de Raquel Glezer, “O Fazer e o Saber na Obra de José Honório Rodrigues: um modelo de análise historiográfica”, tese defendida na USP (1976), e de José Otávio de Arruda Mello, “Revisão e Combate no Grupo José Honório Rodrigues”, que faz parte de obra organizada em conjunto pelo autor e por Leda Boechat Rodrigues (1994).

“Brasil e África: Outro Horizonte e Interesse Nacional”; e “Interesse Nacional e Política Externa” (1994: 159; 177).

Por fim, sem pretendermos ser exaustivos ou deterministas nas relações ora estabelecidas entre obras publicadas e funções desempenhadas por JHR, devemos citar ainda duas outras importantes influências em sua produção de historiador: sua passagem pelos Estados Unidos, como bolsista da Fundação Rockefeller (1948), e o curso por ele realizado na Escola Superior de Guerra do Estado Maior das Forças Armadas (ESG) (1955).

No primeiro caso, na opinião de Glezer, ainda que José Honório Rodrigues exercesse suas atividades paralelamente à existência de cursos de formação de historiadores profissionais, ele próprio teria sido formado no período anterior à existência destes, só recebendo formação específica de historiador em cursos realizados nos Estados Unidos, quando teria então despertado para a importância do estudo de questões de teoria, metodologia e historiografia (1976: 85). Nesse mesmo sentido, Mello diz que JHR teria voltado dos Estados Unidos com a ideia de escrever uma obra seriada, com um livro dedicado a questões de teoria – “Teoria da História do Brasil”, outro voltado à pesquisa histórica – “A Pesquisa Histórica no Brasil”, e uma série de caráter historiográfico, em vários volumes, os quais não chegaram a ser concluídos – “História da História do Brasil” (Mello, 1994: 159).

Quanto ao curso realizado na ESG, Glezer diz que este marcou o início de uma nova fase nos estudos de JHR, cujas obras passaram a ter um caráter mais analítico e menos descritivo (1976: 85). Em sentido semelhante, ainda que em outros termos, Mello diz que após esse curso José Honório mudou sua face de um “historiador erudito” para um “historiador participante”, mas sem perder a erudição. A seu ver, a obra “Conciliação e Reforma no Brasil” seria a mais representativa dessa fase, na qual o autor se situa na linha de frente contra o “generalismo autoritário” (1994: 166-171).

Diante de uma produção historiográfica tão vasta e variada, como exemplificamos acima, Mello sugere aos estudiosos interessados em conhecer a obra de José Honório Rodrigues que principiem pela leitura da trilogia “Teoria e História do Brasil”, “A Pesquisa Histórica no Brasil” e “História da História do Brasil”, acrescentando a seguir os livros da trilogia de ideias histórico-políticas: “Aspirações Nacionais”, “Conciliação e Reforma no Brasil” e “Interesse Nacional e Política Externa”. Aos que quiserem aprofundar seus conhecimentos da obra honoriana, Mello sugere ainda mais uma trilogia, que resume suas ideias

de historiador, ou sua visão de História – “Vida e História”, “História e Historiadores do Brasil” e “História e Historiografia” (Mello, 1994: 202-204). A estes mesmos estudiosos, ou ao menos àqueles que desejarem dar continuidade aos estudos pioneiros de José Honório Rodrigues sobre historiografia brasileira, tomando sua própria obra como objeto de pesquisa, sugerimos finalmente que se dediquem a um criterioso estudo dos documentos que constituem o chamado acervo JHR, atualmente sob a guarda do IEB (USP) e do Delfos (PUCRS), como já referido.

Nesse sentido, ressalvado o caráter lacunar da parcela do acervo recebida pelo Delfos, sua própria forma de organização e os tipos de documentos que dele fazem parte podem já se constituir em indicativos, ainda que preliminares, dos métodos de trabalho do historiador José Honório Rodrigues, sempre preocupado em coletar a maior quantidade e variedade possível de dados sobre os seus objetos de estudo, os quais eram reunidos em envelopes temáticos por ele mesmo confeccionados. Tal era a sua obsessão a esse respeito que, certa vez, chegou a confessar ao seu amigo e também historiador, padre Serafim Leite, ter dificuldade em parar de pesquisar e começar a escrever, ao que este teria respondido: “Não tente esgotar o assunto do seu trabalho. Deixe algo para os que vierem depois de si. Quando sentir que o material recolhido já lhe permite escrever, encerre a pesquisa e comece a redação” (Rodrigues, 1994: 124). Além disso, pode-se também afirmar que as diferentes categorias em que foi dividido o acervo JHR do Delfos são igualmente representativas da variedade de temas pelos quais vimos que esse historiador se interessou ao longo de sua carreira. Apenas a título de exemplo, portanto, faremos algumas breves referências ao conteúdo documental de cada uma delas, com especial ênfase às categorias “Holandeses” e “Relações Internacionais”, que concentram a maior parte e os mais importantes documentos do acervo referido.

A categoria “Governos Militares/Militarismo” reúne centenas de recortes de jornais e revistas variados, entre as décadas de 1950 e 1970, que abordam questões como treinamento dos militares, regulamentação da carreira militar, notas sobre os governos de Castelo Branco, Costa e Silva e Médici, desenvolvimento econômico brasileiro, indústria bélica e ditadura militar na África, os quais são reunidos, por exemplo, em envelopes com os seguintes títulos: “Militarismo (1966)”; “Militarismo (1967)”; “Militarismo (1968)”; “Militarismo (1969)”; “Militarismo (1970)”; “Militares (1970)”; “Militares (1973 e 1974)”; “Militares (1975, 1976, 1977 e 1978)”; “África – Golpes Militares década de 60”; e “Governo Médici (política nacional)”.

Em “Relações Internacionais”, além de muitos recortes de jornais e revistas (décadas de 1950 a 1980), encontram-se também alguns artigos impressos e anotações manuscritas de JHR sobre questões relativas à política externa de Juscelino Kubitschek, relações externas do Brasil (especialmente com Estados Unidos, França, Rússia, África e América Latina), OTAN, ONU, armas atômicas, Fidel Castro e John Kennedy.

Dentre estes, destacamos especialmente os originais datilografados do “Curso de Relações Internacionais”, ministrado por José Honório Rodrigues no Itamarati, em 1956, totalizando mais de 200 páginas. Além do seu conteúdo e das correções manuscritas feitas pelo próprio autor, que por si só já justificariam a atenção de pesquisadores interessados em estudos de historiografia brasileira ou de crítica genética, este texto se destaca também por sua inusitada trajetória, a qual é relatada em sua folha de rosto por Leda Boechat Rodrigues (LBR), após a morte de JHR. Em suas palavras, diz ela:

Título sugerido por Paulo Sérgio Pinheiro.

Em 1957 JHR pediu a José Ant^o. Soares de Souza para ler as apostilas do curso que deu em 1956 no Itamarati.

José Antônio apontou erros e a inversão de 2 capítulos. Aconselhou José Honório a não publicar antes de preencher as lacunas existentes, na sua opinião.

Em dezembro de 1986, já hemiplégico e sem fala, recebeu carta da Ática, perguntando se ele teria algo para ela. José Honório decidiu mandar como livro o texto das apostilas de 1956, sem mexer no que ficara na gaveta desde 1957.

A Ática recebeu os originais deste ‘livro’ e da ‘Introdução à História do Açúcar no Brasil’ e depois de algum tempo devolveu-os pelo correio sem qualquer explicação escrita ou oral.

O Embaixador Hélio Cabral esteve com estes originais; constrangida pedi-lhe a devolução dos mesmos pelo telefone dia 17/08 e ele veio ao meu apartamento entregá-los, muito queixoso e desapontado.

Agora, em SP, darei palavra a Carlos Guilherme Mota e Ricardo Seitenfus. Suas sugestões no momento e depois.

Aguardarei.

18/8/91

LBR (AJHR 30053)

Embora breve, pode-se dizer que este relato é bastante preciso em suas indicações aos pesquisadores sobre a história do já citado texto de JHR, que seria mais tarde revisado e ampliado por Ricardo Seitenfus, o qual viria a publicá-lo em 1995, em seu nome e no de José Honório,

pela editora Civilização Brasileira, sob o título de “Uma História Diplomática do Brasil (1531-1945)”. Neste caso particular, portanto, ao contrário do que é usual em estudos historiográficos ou de crítica genética, os eventuais estudiosos do acervo JHR poderão conhecer com maior precisão a história de sua última obra (póstuma), comparar suas correções e texto original, escrito na forma de um curso, com as revisões e acréscimos feitos cerca de 40 anos depois por Seitenfus, que deu ao texto sua forma final para publicação.

Nessa mesma categoria – “Relações Internacionais” – destacamos ainda os seguintes documentos: original datilografado do texto “O Novo Sentido da Política Exterior do Brasil”, com o nome do autor e correções escritos à mão, em papel timbrado do Ministério da Justiça e Negócios Interiores (AJHR 29282); e volume encadernado sob o título “Arquivo Histórico (1967): Ministério das Relações Exteriores – Departamento de Administração – Arquivo Particular do Visconde de Cabo Frio” (AJHR 30007).

Já as categorias “Holandeses” e “Judeus”, ainda que sejam evidentemente distintas, possuem importantes ligações entre si, visto que as primeiras referências de JHR aos judeus nos remetem ao período do domínio holandês no Brasil, embora não se limitem a ele, estendendo-se até os anos 1980 e referindo-se também à imigração israelita e à formação de congregações judaicas no país. São muitos os manuscritos de JHR sobre personagens do período holandês, bibliografias e referências de fontes e arquivos (brasileiros e estrangeiros) sobre essas duas temáticas, originais do autor (incompletos), textos impressos e vários exemplares da revista “Aonde Vamos?”, que se define como um “semanário judaico independente do Brasil”.

Em particular na categoria “Holandeses”, pode-se perceber com clareza o já citado caráter metódico de JHR, que reunia todo tipo de fontes e referências sobre o tema em estudo em envelopes por ele mesmo confeccionados, os quais eram em geral divididos por eventos, regiões ou personagens. Nesse sentido, a título de exemplo, podem-se citar os títulos de alguns destes envelopes: “Relação e Guerra Holanda-Inglaterra”; “Holandeses na Amazônia”; “Invasões Holandesas – cronologia”; História Holanda – século XVIII”; “Guiana Holandesa”; “Holandeses nos Estados Unidos”; “Matias de Albuquerque”; “Fco. Barreto”; “Grotius”; “Netscher/Nassau/Conde Olivares/Vidal Negreiros”; “Felipe Camarão”; e muitos outros.

Ainda sobre seu caráter metódico, outro exemplo interessante encontrado também na categoria “Holandeses” são os cadernos de

anotações de JHR, que reuniam uma série de informações e observações do historiador sobre os arquivos por ele pesquisados e seus fundos, condições de conservação e características dos documentos e breves indicações de seu conteúdo. Um destes cadernos se intitula “Documentos Holandeses coligidos por José Higino”, com o nome de JHR grafado logo abaixo, onde são por ele reunidas indicações dos documentos holandeses encontrados em arquivos de Pernambuco (AJHR 30771). Para que se tenha uma ideia mais clara a esse respeito, citamos abaixo uma breve nota encontrada em outro destes cadernos de JHR, intitulada “Documents sur les marranes d’ Espagne et de Portugal sous Philippe IV”, onde se pode ler o seguinte:

Estes dois adquiridos recentemente em Madri provêm dos arquivos do Conselho da ING em Espanha. Formam uma coleção de 103 pastas, algumas trazendo a ‘paraphe’ de Ph IV.

1621 – sub de Ph IV cristãos passando para ESP para fugir da inquisição portuguesa.

1622 – 4.000 partiram para o estrangeiro (AJHR 30799).

Por fim, pode-se também encontrar nessa mesma categoria um minucioso planejamento de JHR para a escrita de um trabalho intitulado “Introdução ao Estudo da Influência Holandesa no Brasil”, a ser dividido em 6 partes – “Problemas da Civilização Atlântica”; “O Plano Geográfico da Conquista”; “O Problema das Raças”; “A Sociedade (meio urbano)”; “A Sociedade (meio rural)”; e “O Espírito do Renascimento” – já com a indicação de cada uma de suas subdivisões (AJHR 30773).

Pode-se dizer, portanto, que tais documentos presentes na categoria “Holandeses” permitem ao estudioso da obra de José Honório Rodrigues demonstrar empiricamente o caráter metódico de cada uma das etapas do seu trabalho de historiador – pesquisa documental, crítica das fontes e escrita da história – o que pode de alguma forma auxiliar numa melhor compreensão e interpretação de suas obras sobre essa temática. Além disso, ainda que muitas dessas informações tenham sido publicadas na obra “Historiografia e Bibliografia do Domínio Holandês no Brasil” (1949), algumas pequenas notas ou indicações encontradas no acervo JHR podem ter permanecido inéditas, cabendo aos seus estudiosos identificá-las, o que poderia se constituir também em valiosas dicas aos novos historiadores interessados em estudar o período de domínio holandês no Brasil (1630-1654).

Quanto à categoria “Brasil Império”, esta reúne muitos recortes de jornais, algumas fotografias e manuscritos de JHR com referências

a personagens como Varnhagen e Barão do Rio Branco, além de cópias de documentos como as Atas das Sessões do Conselho de Estado. Em alguns casos, porém, como em relação ao já citado arquivo particular do Visconde de Cabo Frio, ainda que seus documentos se refiram aos tempos monárquicos, optamos por classificá-los na categoria “Relações Internacionais”, devido ao seu conteúdo e por terem sido reunidos e publicados pelo Ministério das Relações Exteriores. Por outro lado, dentre os documentos efetivamente classificados na categoria “Brasil Império”, merecem destaque aqueles relativos aos estudos de José Honório sobre Varnhagen, que reúnem desde uma única foto sobre a casa onde este teria nascido (AJHR 31116) até notas de pesquisa e textos escritos por JHR sobre o seu personagem. Quanto às notas, pode-se citar como exemplo o documento intitulado “Pesquisas de Varnhagen”, contendo várias páginas anotadas a lápis por José Honório Rodrigues, com referências e comentários às pesquisas desenvolvidas por Varnhagen quando em missão na Europa, em meados do século XIX (AJHR 31108). Já em relação aos textos, dois deles merecem destaque: o original datilografado de um estudo de JHR, escrito em espanhol, com o título “Francisco A. de Varnhagen (Miembro de la Universidad de Chile)” (AJHR 31116); e uma fotocópia de texto datilografado, com título escrito à mão, intitulado “Varnhagen: Primeiro Mestre da Historiografia Brasileira (1861-1878)”, com correções e revisões manuais do historiador JHR (AJHR 31116). Por fim, pode-se também destacar dentre os documentos de “Brasil Império” um conjunto de 5 envelopes com mapas da campanha brasileira na Guerra do Paraguai, cujos títulos são exatamente “Guerra do Paraguai – Mapas de Campanha” (AJHR 0029.1 até 0029.5)

Já as categorias “História/Historiografia/Patrimônio e Arte” e “Assuntos Gerais” têm em comum o fato de serem formadas por documentos esparsos, sem muita continuidade entre si, ainda que as questões que servem de título à primeira delas tenham se constituído numa espécie de “ponto de contato” entre os seus documentos constituintes – recortes de jornais, alguns manuscritos e textos impressos – que se referem a temas como história e imprensa, história e cinema, história moderna e contemporânea, O Continente do Rio Grande, historiografia nordestina, historiografia artística brasileira, patrimônio histórico e acervo do Rijksinstituut Museu, da Holanda. Em “Assuntos Gerais” encontram-se também alguns recortes de jornais e manuscritos sobre temas variados, como, por exemplo, Chile e Salvador Allende, Minas Gerais e reforma agrária.

Enfim, apesar das suas já citadas limitações, pode-se afirmar que o acervo JHR do Delfos oferece boas referências aos estudiosos que desejarem realizar uma análise historiográfica da obra de José Honório Rodrigues, seja em relação aos seus métodos de trabalho ou, por exemplo, às suas opiniões e impressões pessoais a respeito de livros, acontecimentos históricos ou mesmo de sua própria época. Por fim, fica aqui o nosso desejo de que a ampliação e valorização crescentes dos estudos de historiografia entre os historiadores, aí incluídos muitos brasileiros, possam se constituir em estímulos para a ampliação dos estudos sobre a obra pioneira de José Honório.

Referências

- BARROS, José D'Assunção. *História e Historiografia: considerações sobre a obra de José Honório Rodrigues*. Fênix Revista de História e Estudos Culturais, v. 5, ano V, n. 3.
- FRAIZ, Priscila Moraes Varella; COSTA, Célia Maria Leite. *Como Organizar Arquivos Pessoais*. São Paulo: 2001.
- GLEZER, Raquel. *O Fazer e o Saber na obra de José Honório Rodrigues: um modelo de análise historiográfica*. São Paulo: USP, 1976.
- IGLÉSIAS, Francisco. José Honório Rodrigues e a Historiografia Brasileira. *Revista de Estudos Históricos*, v. 1, n. 1, 1988.
- LEITE, Marilena Paes. *Arquivo: teoria e prática*. Rio de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas, 1994.
- MOTA, Carlos Guilherme. *José Honório Rodrigues: a obra inacabada*. Estudos Avançados, USP.
- RODRIGUES, Leda Boechat; MELLO, José Otávio de Arruda. *José Honório Rodrigues: um historiador na trincheira*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1994.
- RODRIGUES, José Honório. *Civilização Holandesa no Brasil*. São Paulo: Cia. Editora Nacional: 1940.
- RODRIGUES, José Honório. *Teoria da História do Brasil: introdução metodológica*. São Paulo, IPE: 1949.
- RODRIGUES, José Honório. *A pesquisa histórica no Brasil*. Rio de Janeiro: INL: 1952.
- RODRIGUES, José Honório. *Conciliação e Reforma no Brasil: um desafio histórico-cultural*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira: 1965.
- RODRIGUES, José Honório. *Interesse Nacional e Política Externa*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira: 1966.
- RODRIGUES, José Honório. *História e historiografia*. Petrópolis: Vozes: 1970.
- RODRIGUES, José Honório. *História da História do Brasil*. São Paulo: Cia. Editora Nacional: 1979.

A justiça e a produção do Direito em Castela no século XV

Justice and Law production in Castille in Century XV

Adriana Vidotte*

Resumo: O reinado dos Reis Católicos – Fernando de Aragão e Isabel de Castela – (1474-1504) se situa no período de transição da Idade Média para a Idade Moderna e foi considerado um período de paz e justiça em Castela. Isto nos possibilita questionar sobre as implicações, para o direito, da organização de um reino em uma era de transição. Propomos verificar o que caracteriza a passagem de um direito medieval para um direito moderno, e quais os elementos que indicam essa transição no governo dos Reis Católicos. Enfatizamos duas prerrogativas principais, uma de tradição medieval, a de juiz, e outra de caráter moderno, a legislativa, que se encerram na figuras de Fernando e Isabel.

Palavras-chave: Justiça, Direito, Monarquia

Abstract: The Catholic kings government – Fernando of Aragon and Isabel of Castille – (1474-1504) is set in Middle to Modern Age transition period and was considered a period of justice and peace in Castille. It makes us possible to question about implications, to law, of a kingdom organization in a transition era. We propose to verify what characterize the passage from a medieval law to a modern law, and which elements indicate this transition in catholic kings government. We emphasize two main prerogatives, a medieval tradition, a judge one, and another of modern character, the legislative, that close on Fernando and Isabel tradition.

Keywords: Justice, Law, Monarchy

* Professora da Faculdade de História da Universidade Federal de Goiás – UFG. Coordenadora do Laboratório de Estudos Medievais – LEME – Núcleo UFG e da Rede Goiana de Pesquisa em História Antiga e História Medieval/FAPEG. Doutora em História pela Unesp-Assis. E-mail: <adrianaavidotte@gmail.com>.

Introdução

De forma geral, no final da Idade Média, o direito sofre significativas mudanças na Europa ocidental, tanto na sua própria concepção, como no que diz respeito a sua forma de aplicação. Embora os períodos medieval e moderno manifestem grande interesse pelo direito, revelam perspectivas jurídicas acentuadamente diferentes quando analisadas as suas especificidades. O marco dessa diferença se situa na instrumentalização do direito durante a modernidade, ao passo que, na Idade Média, estava diluído na sociedade da qual emanava, e se punha entre os seus fins supremos. No final da Idade Média e durante a Idade Moderna, o que ocorre é uma crescente utilização do direito para os fins não mais da sociedade (como um conjunto de normas de caráter subjetivo) mas do poder político contingente, na qualidade de um direito objetivo.¹

O cerne da questão se coloca aqui na relação direito/poder. E prontamente avançamos para a ideia de que na Idade Média, direito não é poder. Não é poder porque dele não emana; não é um instrumento em suas mãos. O direito medieval não é resultado de um projeto político de um monarca; não visa aos objetivos deste, nem é manobrado para satisfazer as suas necessidades. Como bem observa Paolo Grossi (2004, p. 33), o direito na Idade Média é uma realidade ôntica, presente na natureza das coisas.

Segundo Gurevich (1990, p. 195), na Idade Média

ninguém, nem o imperador nem qualquer outro soberano ou assembleia de notáveis ou representantes da terra, sonhava elaborar novos códigos de leis. Na medida em que Deus era considerado o fundador do direito, parecia evidente que este não podia ser nem injusto nem mau. Pela sua própria essência, era bom e adequado. O direito era sinônimo de justiça.

¹ Segundo John Gilissen (1995, p. 241): “A formulação de um direito objectivo sobrepõe-se no século XIII, à massa dos direitos subjectivos. Durante a época feudal, a formação de regras jurídicas tende quase exclusivamente para o enunciado de direitos subjetivos, quer dizer, direito duma ou de certas pessoas em relação a uma ou algumas outras pessoas. [...] Desde o século XII, os primeiros esforços de formulação dum direito objectivo aparecem um pouco por toda parte na Europa. Trata-se de regras de direito, aplicáveis a todos os habitantes dum território ou a todos os membros dum grupo social determinado, gozando duma certa autonomia política.”

Isso não quer dizer que o direito fosse totalmente codificado e não fosse passível de adaptações, segundo as novas necessidades que se apresentavam:

Não se refazia o direito, tratava-se de o “procurar” e de o “encontrar” [...] Os grandes homens de leis medievais não eram legisladores. Contentavam-se em encontrar o direito antigo e restabelece-lo no esplendor da sua veracidade. Desta forma, o direito até então em vigor não era anulado, mas completado e apenas as alterações cometidas pelos homens podiam privá-lo da sua força. (Gurevich, 1990, p. 196)

Exatamente o oposto da perspectiva que começa a se manifestar no final da Idade Média² e que alcançará seu ápice no início do século XIX, do direito como instrumento nas mãos do poder político contingente.³ À nova perspectiva da relação entre poder político e ordem jurídica acompanha o surgimento de uma nova figura de Príncipe, cada vez mais interessado na produção do direito.⁴ A nova conexão entre Príncipe e

² H. J. Berman (1996, p. 318) afirma: *En este periodo, las disposiciones feudales que antes habian sido relativamente arbitrarias y laxas en su significacion, y diversas y discriminatorias en su operacion local, si volvieron considerablemente mas objetivas y precisas y mas uniformes y generales.*

³ Gilissen (1995, p. 237), ao tratar da “evolução” do direito na transição da Idade Média para a Moderna, toma por referência as suas fontes, buscando demonstrar que, de originariamente consuetudinário, toma por fonte principal no século XIX a lei: “Nos séculos X, XI e XII, o direito é, na maior parte da Europa, com exceção do direito canônico, quase que exclusivamente consuetudinário; o costume é aí, de longe, a principal fonte do direito. No século XIX, o direito é, na maior parte dos Estados da Europa, quase exclusivamente de origem legislativa; dito de outro modo, a lei é a principal fonte do direito, o costume uma fonte secundária. Encarada sob o ângulo dessas duas fontes do direito, a evolução geral do direito pode, pois resumir-se a uma lenta progressão da lei, correspondente a um declínio do costume.” Manifesta-se, nas palavras de Gilissen, a perspectiva de uma evolução do direito, indicada pela passagem (progresso) do costume à lei. Além disso, ao abordar o problema a partir da dicotomização das fontes, limitada ao costume e a lei escrita, o autor reduz a uma fórmula simples e geral, os complexos e plurais direitos medievais. Certamente, não se pode ignorar as diferentes tradições jurídicas do período.

⁴ Wieacker (1987, p. 119) afirma que a transformação da sociedade corporativa e hierárquica da Idade Média no Estado Moderno implica em exigências, entre as quais uma justiça mais racional. É resposta “a nova ordem axiológica do Estado Moderno, cujas exigências éticas e políticas já não poderiam tolerar uma administração irracional da justiça ... Trata-se de uma opção entre ideias de direito a questão de saber se a justiça entre os homens é mais bem servida por uma via ou por outra. No conjunto, os maiores pensadores europeus e alemães deram preferência à formação consciente da vida pública, segundo o critério da ideia de direito, mas também de ciência jurídica teórica”. Wieacker coloca a questão em termos de “racionalidade” da justiça. As suas palavras revelam uma perspectiva equivocada, que vincula a substituição da sociedade corporativa e hierárquica (e sem Estado) medieval pelo Estado Moderno à racionalização da justiça.

dimensão jurídica se constrói lentamente, durante séculos, e situa-se na relação entre o rei e a lei.

A relação entre o rei e a lei estava no fundo do problema da soberania e caracterizava-se pela manutenção de uma dependência recíproca. Por um lado, a função primordial do monarca era manter o reino em justiça e, para isso, eram necessárias as leis como procedimento imparcial. Por outro lado, o rei, como representante de Deus na terra, era, assim, representante da própria justiça.

O rei tinha uma obrigação moral de respeitar as leis, de modo que elas eram aplicáveis a ele próprio e às suas ações como governante. Porém, como observa Antony Black (1996, p. 237), segundo a terminologia do direito romano, o rei estava submetido à força moral das leis (*vis directiva*), mas não à sua força coativa (*vis coactiva*). Por outro lado, permitia-se que o rei se afastasse da letra da lei em duas situações: quando o tribunal supremo de apelação, o qual presidia, interpretasse as leis vigentes ao ponto de anular seus rigores em casos concretos, e em casos de “urgente necessidade” ou “evidente utilidade”.

A introdução das obras de Aristóteles na Europa havia contribuído para a ampliação do debate e para uma formulação mais precisa das posições em torno da relação entre o rei e a lei. O filósofo, em *Política*, no Livro III, dizia que, num regime constitucional, as leis governam em lugar dos homens, já que são elas que estipulam os procedimentos pelos quais os indivíduos obtêm seus cargos, ao passo que, na monarquia absoluta, é um indivíduo determinado que governa, e este tem o poder de anular as leis, o que é justificável se este governante é suficientemente virtuoso e o faz por justas razões. No capítulo X deste mesmo Livro III, lança a questão na qual, séculos mais tarde, iriam se centrar os autores medievais que utilizavam sua obra: “se é mais vantajoso estar sob a autoridade de um homem perfeito ou de leis perfeitas”. Ou seja, se era melhor um governo monárquico ou um governo constitucional.

De forma geral, embora a maioria dos teóricos manifestassem suas preferência pelo governo monárquico, o rei não era necessariamente um “monarca” no sentido aristotélico de um governo soberano que podia prescindir da lei. A ideia de que a autoridade do poder real procedia de Deus (*rex dei gratia*) não significava que este era ilimitado.⁵

⁵ Enquanto para alguns monarcas e letrados que estavam a seu serviço o vicariato régio constituía uma fórmula de afirmação ilimitada do poder régio, convertendo-se este em algo absolutamente incontestável, para outros, sobretudo nobres e eclesiásticos, se tratava de uma fórmula de limitação do poder real, no sentido de que o exercício deste deveria ajustar-se a certos cânones de comportamento, em consequência da referência divina em que se inspirava (Nieto Soria, 1988, p. 56).

É nesta perspectiva que deve ser entendida a administração da justiça no período dos Reis Católicos – título concedido pela Sé Romana a Fernando de Aragão e Isabel de Castela –, como manifestação de uma nova realidade que se edifica, sustentada, porém, em sólidas bases medievais. No reinado dos Reis Católicos se assiste a uma reforma do direito em Castela, baseada em uma tradição medieval, mas atendendo às necessidades atualizadas e com vistas para o futuro. Nas figuras de Fernando e Isabel se encerram duas prerrogativas principais, uma de tradição medieval, a de juiz, e outra de caráter moderno, a legislativa.

Os Reis-juízes

A função do rei como juiz fundamentava-se na ideia do vicariato régio, segundo a qual o rei recebia de Deus o poder e, com ele, sua principal função: fazer justiça. Nas *Partidas* de Afonso X (I, I), explica-se o “*qué quiere decir rey, et por qué es así llamado*”:

Et señaladamente tomó el rey nombre de nuestro señor Dios, ca así como él es dicho rey sobre todos los otros reyes, porque dél han nombre, et él los gobierna et los mantiene en su lugar en la tierra para facer justicia et derecho; asi ellos son tenudos de mantener et de gobernar en justicia et en verdat a los de su señorío ...

Esta ideia se mantém viva no pensamento político castelhano do período dos Reis Católicos, como demonstra a *Suma de la Política* de Rodrigo Sánchez de Arévalo (II, I, 283):

Todo regimiento humano deve ser conforme a la monarchía divina, la qual es perfectísima, y ésta es regida por un Dios, rey e príncipe potentísimo, regidor y gobernador de todas las cosas, del qual principado divino todos los otros umanos regimientos deven tomar exemplo.

Da mesma forma que os reis tomam emprestado seu nome de Deus, também dele tomam o poder de fazer justiça. Assim como a justiça divina tem como finalidade castigar os maus e premiar os bons, a justiça régia deve ter a mesma função.

Como observa Antonio Marongiu (1953, p. 714-715), a função do rei-juiz em Castela tem duas interpretações distintas: uma relacionada ao governo do reino e outra referente ao ministério judicial, pelo qual o rei dita sentenças sobre determinados pleitos particulares. Esta dupla

interpretação relaciona-se, também, com a preocupação de certos escritores em estabelecer uma clara distinção entre justiça comutativa e justiça distributiva, entendendo que a distributiva era própria da função do monarca. Diego de Valera, por exemplo, ao fazer tal distinção, reduzia as competências do rei ao âmbito da justiça distributiva. Mas este não era o entendimento predominante entre os escritores da época dos Reis Católicos. Ao contrário, entre aqueles que estudamos a postura de Valera parece ser uma exceção. Estes autores não compartilham da ideia de reduzir as competências do monarca ao exercício de apenas um destes dois tipos de justiça, interpretando a função do rei-juiz tanto em relação ao governo – distribuição de cargos, ofícios e rendas, e recebimento do que é devido à realeza – como em relação ao ministério da justiça – resolvendo questões entre particulares.

A primeira interpretação confere à função rei-juiz um sentido mais amplo, e corresponde à ideia de que o rei vive e reina pela justiça. Se a justiça é dar a cada um o que é seu, esta será a essência do bom governo. De acordo com Marongui (1953, p. 706), é o termo juiz o que melhor expressa a função do *rectum facere* aplicada a todos os âmbitos do governo. Esta concepção fundamenta e justifica todas as ações do governo de Fernando e Isabel, não apenas as de caráter estritamente jurídico, mas também, administrativo, político, ou de qualquer outra índole.

Jose Manuel Nieto Soria (1988, p. 164), em seus estudos sobre as imagens jurídicas da realeza, apresenta uma série de testemunhos da Baixa Idade Média castelhana que evidenciam a crença em uma justiça de valor público, considerada como meio eficaz para que os reis pudessem governar à satisfação divina, à honra deles próprios e para o bem comum.⁶ Aos testemunhos de outros reinados que podem ser acompanhados na obra de Nieto Soria, acrescentamos um outro do período dos Reis Católicos, extraído do *Preámbulo al Ordenamiento de las Cortes de Toledo de 1480* (Apud: Villapalos Salas, 1997, p. 40). Neste texto, afirmam os Reis:

Dios ... principalmente a los que tenemos sus veces en la tierra, dio mandamiento singular a nos dirigido por boca del sabio, diciendo: amad la justicia los que juzgays la tierra; e por non incurrir en la sentencia del sabio que dize: juicio muy duro será fecho contra los que mandan la tierra, conviene a saber, si mala governacion

⁶ Indica, neste sentido, o *Laberinto de la fortuna*, de Juan de Mena; as Cortes de Toledo de 1436, as Cortes de Burgos de 1453 e as Cortes de Valladolid, de 1518.

en ella posieren; y creyendo y conociendo que en esto se fallará Dios de nos servido y nuestros Reynos y tierra e pueblos que nos encomendó, aprovechados y bien gobernados, tenemos contino pensamiento e queremos con acuciosa obra executar nuestro cargo haciendo e administrando justicia.

Destaca-se, no texto, a relação entre o temor a Deus, o amor à justiça e o governo do reino. Representantes de Deus na terra, os reis tinham que dar conta do bem-estar de toda a sociedade, caso contrário estariam sujeitos às penas divinas; o *rex iustus et pacificus* alcançaria a glória, enquanto o *rex impius et iniquus* estaria fadado à pena no inferno.⁷ Esta mesma preocupação se apresenta no *Testamento y Codicilo* da Rainha (p. 16), quando afirma que o juízo de Deus é “*más terrible contra los poderosos e, si ninguno ant’Él se puede justificar, quanto menos los que de grandes reynos e estados avemos de dar cuenta*”. Como observa Manuel García-Pelayo (1981, p. 241), em uma época de forte religiosidade – como a que abordamos – tal crença podia ser mais eficaz, como garantia de um bom governo, do que muitos “complexos sistemas de controles que possam inventar uma época dominada pelo espírito racionalista”. Considerava-se que o rei, governando retamente, podia ser o principal promotor da justiça. Porém o oposto também era válido, pois se não governasse bem, promoveria a injustiça, pois *de sua negligência na justiça, procediam injustiças*.⁸

No quadro de crise geral que caracterizava Castela no início do reinado de Fernando e Isabel, a função primordial do rei/juiz ganhava maior relevância e os escritores da época tiveram a oportunidade de destacar as figuras destes monarcas como amantes da justiça e protetores das leis. A atitude destes monarcas deve ser entendida como uma resposta aos anseios de paz e unidade do reino. De acordo com Nieto Soria (1988, p. 164), a justiça, interpretada como destinada a salvaguardar o bem

⁷ Neste sentido, afirma Gurevich (1990, p. 194): “o direito tomava a imagem do soberano que era a encarnação dos princípios legais (*lex animata*), que conhecia os interesses comuns e velava pela justiça. Apenas a Igreja tinha competência para decidir em que condições um monarca que tivesse feito mau uso do seu poder deixaria de ser o representante e o servidor de Deus; só ela tinha qualidade para distinguir o *tyrannus* do *rex justus*; era ela ainda que podia privar o tirano dos poderes concedidos ao soberano justo e libertar os súditos da obrigação de se submeter a um tal tirano.”

⁸ Isto afirma o cronista Fernando del Pulgar (1943: I, 22), que assim prossegue: *quando mayor lugar tienen de cumplir los deleytes, tanto mayor vigilancia deven poner en los refrenar, porque ynpiden el juyzio para la administración de la justicia; la qual es amiga de Dios, y es la que haze los rreyes amados y temidos, y es aquella que conserua los reynos y provincias, y los haze florecer todo el tiempo que ella en ellos florece.*

comum do reino e diretamente vinculada ao poder real e à instituição monárquica, se converte em um dos fundamentos básicos da unidade do reino, sendo este um dos fenômenos mais renovadores e avançados no processo de mudança político-institucional de Castela na Baixa Idade Média. A unidade do reino se fundamentava na imagem orgânica do rei e da realeza.

O modelo celestial da realeza na Baixa Idade Média serviu para justificar a unidade do reino em torno do soberano. Na concepção corporativa, o reino era representado como um corpo místico e físico, integrado por membros de diversas condições e cuja cabeça, coração ou alma era o rei.⁹ Além destas três representações do rei que aparecem em várias obras, Fernando del Pulgar (1943: I, 36) acrescenta outra, o sangue. Esta aparece em um discurso atribuído à própria Rainha, que diz:

la sangre como buena maestra va naturalmente a remediar las partes del cuerpo que reciben alguna pasión; pues que oyamos cada día el Rey mi señor e yo la guerra que los portugueses como contrarios e los castellanos como tiranos facen en aquellas partidas a nuestros súbditos, y no les proveamos como devemos, no sería provisión de rey, mas sería ynhumanidad de tirano.

Este é o único exemplo da analogia do rei com o sangue que encontramos nas obras do período, contudo, esta representação nos parece a mais adequada para ilustrar a atuação dos Reis Católicos na sua função de rei-juiz. A analogia com o sangue confere aos monarcas uma imagem mais dinâmica que as outras. A cabeça e o coração, embora membro e órgão de comando e preeminência, são estáticos em sua localização. Da mesma forma, a alma embora possa ser entendida como preenchendo e comandando o corpo todo, não parece se deslocar por

⁹ Recolhemos apenas alguns documentos que ilustram a concepção corporativa do reino: *Siete Partidas* (II, I, VII): *Porque naturalmente las voluntades delos omes son departidas, los unos quieren mas valor que los otros. E porende fue menester por derecha fuerça que oviessse uno que fuesse cabeça dellos, por cuyo seso se acordassen e se guiassen assi como todos los miembros del cuerpo se guian e se mandan por la cabeça. E por esta razon convino que fuessen los Reyes e tomassen los omes por señores.*

Diego de Valera, *Doctrinal de Principes*, (II, 174): *E asi como el rey es cabeza, alma e coraçon de su reino ... así ha de sostener mayores cuidados e fatigas que todos los de su señorio, de los quales a Dios ha de dar cuenta.*

Pulgar *Crónica de los Reyes Católicos* (I, 7): *Ya sabeys, señores, que todo reyno es avido de un cuerpo natural, del qual tenemos el rey ser la cabeça, y todo el otro reyno los miembros; y si la cabeça, por alguna ynabilidad, es enferma, parecería mejor consejo poner las melezinas que la razón quiere que quitar la cabeça, que la natura difiende.*

ele. Já o sangue se move, percorre as partes do corpo em constante movimento. Acompanhando as analogias, nosso entendimento é que, nas primeiras, o rei atua “de cima”, de sua posição superior, ao passo que na última, o rei atua “por dentro”, como o sangue, transita pelo corpo de seu reino, livremente, aplicando a justiça, promovendo a paz, impondo seu poder, garantindo a unidade do corpo. Neste sentido, os Reis Católicos podiam transitar entre os diversos grupos sociais, entrar em vilas e cidades e ali manifestar toda sua preeminência.

O exercício pleno da função de reis/juizes no período dos Reis Católicos relacionava-se diretamente com o caráter itinerante da atividade dos monarcas. É impressionante o intenso deslocamento dos Reis Católicos por todo o Reino, e durante todo o reinado, exercendo a prerrogativa régia de julgar e conduzir a aplicação da justiça. Esta forma de governar já havia sido reivindicada aos reis anteriores e, inclusive, já havia se institucionalizado em reuniões de Cortes, mas apenas sob os Reis Católicos é que efetivamente vai prevalecer. Estes monarcas seguiram com rigor a decisão tomada nas Cortes de Toledo de 1480: “*que el rrey ande por toda la tierra a administrar justiça*”.¹⁰ Estes foram, porém, os últimos reis a praticarem esse tipo de governo itinerante.¹¹

Na nova ordem política que se formava, era a própria sociedade que desejava a unidade e a justiça no reino e, Fernando e Isabel, respondendo às expectativas depositadas na sua condição régia, tomaram-nas como prioridade de governo. Em 17 de março de 1475, três meses e cinco dias após a proclamação de Isabel como rainha de Castela, os Reis enviaram uma carta para todas as cidades e vilas castelhanas, informando seus trabalhos e sucessos na pacificação do reino depois dos distúrbios do período de Enrique IV e, diante das ameaças de sua reprodução, convocavam seus vassallos para a luta contra os rebeldes e os malfeitores (*Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*,

¹⁰ Esta lei que encontrava precedentes nas Cortes de Madrid e Alcalá, realizadas no período de Juan II, aparece nas *Ordenanzas Reales de Catilla* (II, III) com o seguinte texto: *Conbiene al rrey que ande por todas sus tierras e señorios usando de justiça e aquella administrando e que ande con el su consejo e alcaldes e los otros ofiçiales con la menos gente que pudiere para saber el estado de los fechos de las çibdades e billas e logares e para pugnir e castigar los delinquentes e malfechores e procurar como el rreyno biva en paz e sosiego*.

¹¹ Villapalos Salas (1997, p. 124) recorda que os Reis Católicos já foram definidos como “os últimos reis *juílgadores* da Espanha”, o que lhe parece correto já que seus sucessores não podiam e não necessitavam estar presentes nas vilas e lugares do reino. Não podiam porque eram titulares de um império plural. Não precisavam por causa das definitivas transformações institucionais legadas pelos Reis Católicos.

I, 12).¹² Nesta carta, escrita em Medina del Campo, os Reis anunciam sua determinação:

estamos dispuestos de poner nuestras personas a todo trabajo e peligro fasta derramar la sangre si menester fuere por la definsion e libertad destos dichos nuestros Reynos e subditos e naturales dellos e para punir e castigar e escarmentar los malfechores e rreboluedores e cabsadores de los dichos bolliços e escandalos.

Encontramos aqui um bom exemplo da ação justiceira dos monarcas. Atuando à imagem de Deus, os reis deveriam corrigir, punir e castigar. Mas, segundo os textos da época, o exercício desse ofício régio exigia prudência dos monarcas. A justiça, segundo os escritores, era vizinha da crueldade. A justiça, quando aplicada com excessivo rigor, podia ser um estímulo aos delitos.¹³ Esta crença fundamentava-se na ideia do vicariato régio, conforme manifesta o cronista Pulgar (1943, I, 314):

la Sacra Scriptura está llena de loores ensalzando la piedad, la mansedunbre, la misericordia e clemencia, que son títulos e nombres de Nuestro Señor [...] E por el contino uso de su clemencia le llamamos: “miserator, misericors, paçiens, multi misericordia”. Mire bien Vuestra Alteza cuántas vezes refiere este su nombre de

¹² Afirmam nesta carta (TUMBO, I, 12): *bien sabedes y a todos es notorios las grandes guerras e males e muertes e robos e fuerças e otros ynfinitos males que en estos nuestros Reynos han sido perpetrados de doze annos ha esta parte e la gran desorden que en todos los tres estados dellos ha auido e despues que a nuestro sennor plogo leuar desta presente vida al sennor Rey don enrique nuestro hermano que aya santa gloria e nosotros por la graçia de nuestro sennor subçedimos en estos dichos Reynos avemos trabajado e procurado quanto avemos podido como a todos es notorio paçificarlos e ponerlos en justia. Et agora avemos sabido que algunos destos nuestros Reynos e otros de fuera dellos se aperçiben e aparejan e procuran de fazer algunos leuantamientos e alborotos e meter escandalos y guerras e males en ellos con proposito de turbar la paz e justia e sosiego que en ellos ay e por estoruar que la non aya adelante e de fazer en estos dichos nuestros Reynos los otros males y daptos que de la guerra se siguen. Et por que si lo tal non se estoruase los dichos nuestros Reynos vernian en los males y dannos e desanenturas pasadas e porque asi commo nuestros subditos e naturales son obligados a nos ayudar e favorecer e seguir para defender los dichos nuestros Reynos e los tener en toda libertad e justia e paz e sosiego ... acordamos de mandar dar esta nuestra carta para vos por la qual mandamos a todos e cada vno de vos que ... estedes aperçebidos e prestos ...*

¹³ Na *Crónica de los Reyes Católicos* (v. I, 313), Fernando del Pulgar apresenta um discurso em que o bispo Alonso de Solís afirmava: *el rigor de la justia engendra miedo, y el miedo turbaçion, y la turbaçion algunas vezes desesperaçion e pecado; y de la piedad proçed amor, y del amor caridad, y de la caridad sienpre se sigue mérito y gloria.*

misericordioso, lo que fallamos veces tan repetidas del nombre de justiciero, e mucho menos de reguroso en la justícia ...¹⁴

Ao lado do nome de justiceiro se encontrava o de misericordioso. Os Reis, vigários de Deus na terra, deveriam, à Sua semelhança, muitas vezes, perdoar. Tratava-se, na maioria das vezes, do perdão geral, estabelecido em favor de uma coletividade, ou de um grupo de pessoas de um mesmo lugar. O ato de perdoar era uma prerrogativa régia, nenhum juiz ou qualquer outro funcionário da justiça podia decretar o indulto. Era uma atitude recorrente em períodos anteriores e, sob os Reis Católicos, passa a ser claramente regulamentado. Nas *Ordenanzas Reales de Castilla*, o título XI do livro II, contém sete leis que definem, em detalhes, os casos e as formas de aplicação do perdão e reserva exclusivamente aos Reis a faculdade de outorgá-lo.¹⁵ Considerando a importante projeção política do ato, nas mesmas *Ordenanzas* é estabelecido o *dia do perdão anual*.

Contudo, esperava-se que em certas ocasiões o rei-juiz atuasse com rigor. Em outras palavras, também eram aceitos a ira dos reis contra os maus e o uso da crueldade, quando as circunstâncias assim o exigiam. Acreditava-se que agindo com mais rigor em determinadas ocasiões, os reis provocavam o medo entre os súditos, o que era benéfico para o reino. Este medo se fundamenta num certo mistério que envolvia a *ira régia*, pois era incerto quando explodiria, qual intensidade teria e a quem afetaria. O medo da ira régia – e aqui se pode estabelecer a analogia com o medo da ira divina – representava um meio eficaz de garantir a paz para todo o reino. Entendia-se, portanto, que os reis não deveriam ser nem excessivamente clementes, nem excessivamente rigorosos. A clemência desmedida ou o rigor excessivo provocavam prejuízos à justiça do reino. A atitude mais recomendável era na função do rei-juiz, era uma alternância entre clemência e rigor.

¹⁴ Da mesma forma argumenta Diego de Valera (*Tratado de las Epístolas*, I, 4) em uma epístola enviada a Juan II, pai de Isabel: *Considerare asimesmo, Vuestra Merced, si nuestro Señor a todos penasse, según merecemos, cuánto sería el mundo desierto. E si vos, Señor, por rigor de justicia quisiéssedes a todos juzgar, sobre quán pocos podríades reinar. Derrámese, pues, el agua de vuestra benigna clemencia sobre tan bivas llamas de fuego, e no dé lugar Vuestra Merced a tantos males quantos se esperan..*

¹⁵ Em linhas gerais, estabelecem: Lei I: exclui os casos de traição e morte do perdão geral; Lei II: torna nulos todos os perdões que não fossem dados por cartas régias devidamente seladas. Trata dos casos de segundo perdão e estabelece o dia para o perdão anual; Lei III: garante a restituição dos bens a seus proprietários, não obstante o perdão dado aos usurpadores; Lei IV e V: trata dos casos de lugares fronteiriços; Lei VI: trata dos casos de acolhida de criminosos; Lei VII: confirma a forma que devem ter as cartas de perdão.

Da mesma forma deveriam atuar os reis no ministério judicial, ou seja, na sua função de juiz, no sentido mais estrito. No exercício desta atividade, em poucos anos, Fernando e Isabel alcançaram grandes êxitos, e a isto se deve, em grande parte, a consagração do reinado entre os seus contemporâneos.¹⁶ Um dos maiores êxitos, nesse sentido, foi a afirmação da superioridade da justiça régia – *mayoria de justicia* – sobre as demais jurisdições do reino, e a consagração dos reis como a última instância para recursos civis e criminais cometidos em quaisquer lugares do reino.¹⁷

A dedicação pessoal dos Reis ao ministério judicial se materializava mais sensivelmente nas audiências régias, realizadas periodicamente para resolver litígios entre particulares. Estas audiências públicas se realizavam em reinados anteriores, mas foi sob os Reis Católicos que esta ocupação régia foi institucionalizada. Determinou-se que, dois dias por semana, os monarcas recebessem aqueles que quisessem expor seus casos às suas considerações (*Ordenanzas Reales de Castilla*, II, I, I).

Os Reis-legisladores

Destaca-se, no período dos Reis Católicos, o triunfo da estatização do direito e a absorção da faculdade legislativa do poder soberano,

¹⁶ São muitos os exemplos de autores que louvaram o governo dos Reis Católicos tendo em vista a aplicação da justiça. Entre eles, Fernando del Pulgar (1943, I, 67-68): *E luego que començaron a rreynar, fiçieron justicia de algunos omes crimosos e ladrones que en tiempo del rrey don Enrique avían cometido muchos delitos e malefiçios; e con esta justiça que fizieron, los omes çibdadanos e labradores, e toda gente común, deseosos de paz, estauan muy alegres, e dauan graças a Dios, porque venia tiempo en que le plazía aver piedad destes rreynos, con a justiça que el Rey e la Reyna començauan a executar; porque cada uno pudiese ser dono de lo suyo, sin rreçelo que otro forçosamente gelo tomase. E allende de la afiçion que los pueblos les avían, con esta justiça que adminstrauan ganaron los coraçones de todos comunmente, y en manera que los buenos les avían amor, e los bolliçiosos onbres y escandalosos que avían cometido muchos crímenes e delitos vivían en grand miedo.*

¹⁷ O título I do livro III das *Ordenanzas Reales* trata, especificamente, da superioridade da justiça régia: *Jurisdiçion suprema civil e criminal pertenesçe a nos fundada por derecho común en todas las çibdades e billas e logares de nuestros rreynos e señoríos. E por esto mandamos que en la jurisdiçion suprema que nos tenemos en defeto de los nuestros juezes inferiores. Ningunos nin algunos delos señores que tiene o touiere çibdades o billas o logares en los dichos nuestros rreynos e señoríos sean osados de inpedir nin estoruar en los dichos logares de señorío a los que apelaren pa ante nos o para ante la chancelaria. Nin alos agraviados que se binièren a querer ante nos nin a los pleytos de los huerfanos e biudas e pobres e miserables personas. E los otros casos de nuestra corte que por las leyes de nuestros rreynos se pueden traher ante nos que non sean inpedidos nin estoruados.*

sobretudo como consequência da consagração dos princípios romanistas e da fórmula *rex imperator in regno suo* (Perez Bustamante, 1997, p. 147; Villapalos Salas, 1997, p. 49). Mas a função legislativa do monarca justificava-se, também, pelo caráter sagrado do seu poder.

A prerrogativa régia na elaboração das leis e revelação do direito já havia sido declarada na obra jurídica de Afonso X, o rei Sábio, e serviu como respaldo para legitimar a atitude criadora dos Reis Católicos. O *Espéculo* (I, I, IV) afirmou a plenitude do poder legislativo do monarca ao determinar que só fossem válidas as leis feitas por ele ou por seu mandato, retirando qualquer competência legislativa originária de outras esferas de poder local.¹⁸ Nesta obra jurídica encontra-se ainda a definição do perfil do monarca-legislador, vinculando a atividade legislativa ao poder divino, como fonte inspiradora, mas considerando as leis como obra da razão.¹⁹

O vicariato régio impunha condições concretas à atividade legislativa do monarca. Para que o legislador alcançasse êxito na sua tarefa deveria amar a Deus e tê-lo em mente quando da criação das leis, pois estas deveriam estar de acordo com as leis divinas. Além da referência teológica, a lei era concebida como obra da razão, destinada ao bem dos súditos e ao bom funcionamento da sociedade. Estas ideias se desenvolveram amplamente no período dos Reis Católicos, por meio da apropriação da tradição tomista. Consagrou-se a ideia de que havia a necessidade de regramento externo do comportamento humano, por meio da lei, em prol do bem comum.²⁰ Assim, deveria a lei estimular

¹⁸ *Espéculo*, I, I, IV: *Ninguno non puede facer leyes, si non emperador o rey o outro por su mandamiento dellos. E si otros las fezieren sin su mandado non devem ser obedecidas nin guardadas por leyes nin deven valer en ningun tienpo.*

¹⁹ *Espéculo*, I, I, IV: *El fazedor de las leyes debe amar a Dios y temer e tenerle ante sus ojos quando las feziere porque las leyes que feziere sean cumplidas e derechas. E deve amar justicia e verdat e seer sin codicia para querer que haya cada uno lo suyo. E deve seer entendudo por saber departir el derecho del tuerto, e apercebido de razon para responder ciertamente a los que la demandaren. E deve seer fuerte a los crueles e a los sobervios, e piadoso para aver merced a los culpados e a los mezquinos lo convenier. E deve seer omildoso para non seer sobervio nin cruo a sus pueblos por su poder nin por su razon, e bien razonado porque sepa mostrar como se devem entender e guardar las leyes. E deve ser sofrido en oyr bien lo que dixieren, e mesurado e non se rebatar en dicho ni en fecho.*

²⁰ ARÉVALO, *Suma de la Política*, II, X: *Pues, el buen político deve ordenar las leyes onestas y corregientes los maleficios. Deve esso mesmo establecer tales leyes que principalmente acaten al bien común de la cibdad o reyno y no a otro particular fin. Onde dize Aristóteles que no hay persona alguna que discreta sea, que ordene y faga leyes por causa dellas mesmas, mas por salvar y conservar la república, ca la ley es como melezina al cuerpo humano, la qual fue instituida para sanar al cuerpo y no a otro fin. E assí la ley no se deve ordenar, salvo quanto aprovecha al bien común de la cibdad o reyno por cuya causa es fecha, y no por otros particulares provechos.*

os súditos a uma vida de virtudes e castigar e punir quando o contrário se manifesta.

A partir desta concepção, a literatura política do período dos Reis Católicos apresenta indicações sobre a direção que o monarca deveria seguir na produção das leis. Era necessário que o rei, ao legislar, observasse além dos preceitos religiosos, a tradição do reino. A necessidade de se respeitar os usos e costumes deriva diretamente da própria noção de direito desse período. A atividade legislativa significava a reatualização do direito antigo, sobretudo pela revelação e definição dos costumes. Esse apego à tradição fez com que o costume prevalecesse, ainda que não totalmente consagrado em lei. A fé no caráter sagrado do costume é que promoveu a elaboração dos Códigos e Ordenamentos de toda a natureza. Afirma-se, por isso, que, com relação ao direito, o espírito inovador correspondia à prática conservadora (Gurevitch, 1990, p. 206).

As leis criadas pelos monarcas deveriam atingir a todo o conjunto do reino,²¹ mas deveriam atender à diversidade dos estados pessoais que existiam no reino sobretudo ao dar as sentenças,²² atuando assim o rei como legitimador desta diversidade de estados. O rei-legislador deveria também atentar para que as leis fossem entendidas por todos, para que fossem efetivamente obedecidas. Seu texto deveria ser compreensível a todos os súditos e ser devidamente publicado. Contudo, deve-se lembrar que a condição primeira para validar a lei é que esta deveria ser elaborada pelo rei, em seu nome ou por seu mandato.

Por fim, a literatura política da época dos Reis Católicos buscava impor limites para a atuação legislativa dos monarcas. A capacidade legislativa dos reis para fazer novas leis e revogar outras anteriores

²¹ *Deve otrosí la ley ser común para todas las personas, y que ligue y constriña assí a los ricos como a pobres, assí a poderosos como a flacos; e no sea assí como la tela de la araña, la qual sostiene a los animales flacos, pero a los fuertes non se estiende ...* (Arévalo, *Suma de la Política*, II, X).

²² Assim afirma Diego de Valera (*Exortacion de la Pas*, p. 82): *Ca en una manera nos devemos aver con el plebeo, en otra con el noble; en otra con el siervo, en otra con el libre; en otra con el viejo, en otra con el mancebo; en otra con el pobre, en otra con el rico; en otra con el que muchas vezes yerre, en otra con el que una ves erró; en otra con el que yerra acaso, en otra con el que con voluntad deliberada de yerrar; en otra con el que costreñido por necesidad, en otra con el que de grado; en otra con los incorregibles, en otra con los de quien se espera corrección; en otra con los parientes, en otra con los estraños; en otra con los naturales, en otra con los estrañeros; en otra con los católicos en otra con los infieles; en otra con los que ofenden la magestad real, en otra con los que ofenden el pueblo; en otra con la muchedunbre que yerra.*

foi repetidamente interpretada como uma competência exclusiva, unipessoal e que não devia ser compartilhada. Embora pudesse ter sido contestada de alguma forma, e em certas ocasiões,²³ esta interpretação era amplamente aceita. Porém, exigia-se que os reis fossem criteriosos nesta atividade, pois disso dependia a própria observação das leis e a obediência aos monarcas.²⁴ O que se pretendia era que os monarcas exercessem excepcionalmente essa tarefa de fazer leis, reservando-a apenas para os casos em que eram reconhecidamente necessárias a criação de novas leis ou a revogação de outras. No mais das vezes, esperava-se que as leis anteriores fossem conservadas e devidamente respeitadas.

Contudo, o que se verifica no período dos Reis Católicos, é uma intensa atividade legislativa. Os Reis legislavam, sobretudo, por meio das bulas,²⁵

²³ Deve-se ter em conta que os senhorios laicos e eclesiásticos resistiram ao estabelecimento da supremacia da justiça régia em suas jurisdições. J. M. Nieto Sória (1988, p. 158) lembra que nas Cortes de Valladolid de 1506 tentou-se obrigar o Rei Católico a compartilhar suas faculdades legislativas com os procuradores de Cortes e se exigiu a anulação das pragmáticas reais. Salientamos, contudo, que aquelas Cortes se deram em condições excepcionais. Com a morte de Isabel, em 1504, iniciou-se a disputa pelo trono entre Fernando e Felipe de Habsburgo e o reino foi novamente cenário de lutas e revoltas. A ordem só foi restabelecida em 1507, quando Fernando assumiu o trono novamente como regente de sua filha, Juana. Portanto, nas Cortes de 1506, em meio aos embates políticos e a indefinição da sucessão ao trono castelhano, alguns nobres sentiram-se em condições favoráveis para pressionar Fernando e submeter o poder real a seus interesses próprios.

²⁴ Rodrigo de Arévalo explica (*Suma de la Política*, II, X, VI): *como dize Aristóteles, cosa peligrosa es para la cibdad o reino acostunbrar de instituir nuevas leyes, por las causas siguientes. La primera: porque induzir expressamente nuevas leyes no es otra cosa salvo acostunbrar a los cibdadanos o a los súbditos a no obedecer a las leyes, ca como ellas tengan eficacia por la costunbre – ca no valen más de quanto son usadas: con gran dificultad van los omes contra las cosas que por luengos tiempos han sido acostunbradas –, pues, como dize el dicho filósofo, acostunbrarse los omes a no obedecer las leyes, es acostunbrarse a no obedecer a los príncipes, lo qual es muy peligroso.(...) La ij^o: razón por que no es conveniente fazer leyes nuevas, aunque no sean suficientes a todos los casos particulares, se por quanto por la continua mudança de las leyes se causa que ley alguna no se acostunbre. Ca quando la una comiença a se usar, sobreviene nueva ley y embarga o del todo quita eficacia de la primera, y assí embarga que las tales leyes se usen, que es el effecto dellas. Por ende, concluyen los sabios antiguos, que, puesto que las leyes nuevas sean mejores, no deven ser establecidas, pues embargan que las leyes no passen en costumbres; lo qual es mayor daño que no el provecho de las nuevas leyes, las quales es duda si avrán eficacia de costunbre, porque los omes están assuetos a las antigas leyes. De lo qual resulta qu'el rey e buen político deve más travajiar por fazer que las leyes antigas se usen y acostunbren que no inorarlas por nuevos estatutos y leyes.*

²⁵ O nome destas cartas solenes emitidas pelos monarcas deriva do nome dado ao antigo selo de ouro, prata ou chumbo, pendentes de documentos emitidos por papas e por outros soberanos, e que resultava da compressão do metal entre dois cunhos.

pragmáticas²⁶ e provisões e estas foram em grande número, o que chegou a gerar problemas durante o reinado. Em algumas ocasiões, estes monarcas expediram documentos contrários uns aos outros ou aos usos e costumes de certos lugares, o que provocou confusões e insatisfações. Diego de Valera chegou a alertar o Rei Católico dos problemas que decorriam da expedição de provisões contraditórias.²⁷ Para remediar a situação, os Reis valeram-se, em alguns momentos, da fórmula “*que se obedezca pero no se cumpla*”. Este era um recurso interessante, pois com ele não se revogavam as determinações régias, as quais deviam ser acatadas pelos súditos que, porém, ficavam desobrigados de cumpri-las (cf. *Tumbo de los Reyes Católicos del Consejo de Sevilla*, I-48).

As obras jurídicas do reinado

No amplo projeto de reformas levado a cabo por Fernando e Isabel era necessário, além da criação de novas leis, a revisão do direito já existente, resolvendo as contradições, realizando adaptações necessárias aos novos tempos e, o mais importante, buscando unificar a legislação para a aplicação em todo o reino. Estabelecer um direito de âmbito geral era um desejo já manifesto em reinados anteriores e de difícil alcance, devido às singularidades da história ibérica.

Na Espanha o processo singular da Reconquista gerou circunstâncias específicas na formação do direito. A fragmentação do território proporcionou uma pluralidade e diversidade de ordenamentos jurídicos, os quais favoreciam, por sua vez, o renascer de velhos particularismos, e cujos elementos integrantes sobressalentes foram os usos e costumes dos grupos sociais estabelecidos nas comarcas (Perez-Bustamante, 1997, p. 121). Neste sentido assiste-se, desde os primeiros séculos da Idade

²⁶ Segundo Villapalos Salas (1997, p. 82-83), esta denominação é proveniente do direito romano e aparece nos dicionários políticos da Baixa Idade Média como “máxima norma emanada do Imperador”. Generaliza-se em Castela durante o reinado de Juan II, sendo objeto de profusão extraordinária durante o reinado dos Reis Católicos como a mais elevada expressão da faculdade legislativa dos monarcas, com um protocolo amplo e solene, um fragmento de caráter expositivo, uma série de artigos e uma promulgação.

²⁷ Em uma carta dirigida ao Rei Católico, Diego de Valera (*Tratado Epistolas*, Epístola IX, p. 15) aconselhava: *Vuestra Alteza deve remediar en una cosa que mucho toca vuestro honor e servicio, la qual es, que mande que las cartas que de vuestro Consejo se dieren, o por espediente o merced Vuestra Señoria mandare dar; se den así justas que no convenga revocarlas; porque en algunas vuestras cibdades he visto desto mucho murmurar diciendo Vuestra Alteza aver enbido cartas contrarias unas de otras, lo qual no conviene a los reyes faser sin grandes e justas cabsas.*

Média, a formação de um direito de âmbito local, identificado na criação das *Cartas Pueblas*, dos *Fueros Breves* e dos *Fueros Extensos*.²⁸

É este pluralismo jurídico que Fernando e Isabel buscaram superar para fazer predominar um direito de âmbito geral. Mas estes reis não foram pioneiros neste empreendimento. Outros monarcas ibéricos haviam se empenhado, por meio da produção oficial do direito, em estabelecer um ordenamento unitário.²⁹ Destaca-se, neste sentido, a obra legislativa de Alfonso X, o Sábio, fruto de um empreendimento reformador e unificador diante da diversidade e do localismo que vigoravam em Castela no início do seu reinado. As duas grandes realizações jurídicas deste reinado são o *Fuero Real* e as *Partidas*. Estas últimas, as mais

²⁸ Os tipos mais característicos deste direito local são segundo Pérez-Bustamante, as *Cartas Pueblas*, os *Fueros Breves* e os *Fueros Extensos*. As primeiras constituem “concessões ou pactos outorgados por um monarca, um nobre ou um abade aos *pobladores* de um lugar com o objetivo de fixar as condições de seu assentamento”. Dentre as *Cartas Pueblas* mais antigas estão a de Brañoseira, 824, atribuída ao Conde Nuño Nuñez e confirmada por Fernán Gonzalez, e a de Valpuesta, 804, concedida por Alfonso II. Os segundos, também conhecidos como *Cartas*, *Fueros de Libertades y Franquicias*, são instrumentos mais amplos, pois determinam além dos aspectos agrários, o *status* dos *pobladores*, a organização da comunidade vecinal, matérias de caráter administrativo-fiscal, militar e algumas normas de direito Penal, Processual e Civil. Dentre os primeiros *Fueros del Reino de León* estão o *Fuero* da cidade de León, outorgado por Alfonso V, os diversos *Fueros* da vila de Sahagún, especialmente os de Alfonso VI, de 1085, modificados por Alfonso VII em 1152 e por Alfonso X em 1255. Entre os mais antigos *Fueros Breves de Castilla* destacam-se o de Castrojeriz, 974, outorgado pelo conde García Fernandez e confirmado por Fernando IV, o *Fuero de Melgar de Suso*, confirmado por Fernán de Armentales e sucessivamente pelo conde García Fernandez em 988 e por Fernando III em 1251, e o *Fuero de Salas de los Infantes*, outorgado por Gonzalo Gustios em 974. Os últimos, os *Fueros Extensos*, são assim chamados porque são as mais amplas e desenvolvidas entre as formas de direito local, e constituem verdadeiros códigos locais. Correspondem a uma época mais tardia que os dois primeiros, sendo produzidos entre os séculos XI e XV. Destacam-se entre os mais antigos o *Fuero de Sepúlveda*, outorgado em 1076 por Alfonso VI, o *Fuero de Cuenca* elaborado em 1190, durante o reinado de Alfonso VIII. Além destes merecem menção o *Libro de los Fueros de Castilla* e o *Fuero Viejo de Castilla*, ambos frutos de uma reelaboração, produzida no século XIII, do chamado “Direito Territorial Castelhanos” ou “Colecciones Consuetudinarias de Castilla Vieja” (Perez-Bustamante, 1997, p. 121-130).

²⁹ No âmbito de Castela e Leão, a primeira manifestação de um direito territorial se dá com as chamadas *Leyes de León*, promulgadas por Alfonso V na Cúria plena de 1017 e incorporadas às disposições locais do *Fuero de León*. Abordavam questões de governo, deveres militares, responsabilidade penal, organização judicial, condição das pessoas e questões de terras. Outras Assembléias seguiram à Cúria de 1017 e geraram a produção de outras leis e decretos para o reino sendo a mais importante, segundo Bustamante, *Curia de León de 1188*. Nesta Cúria foi produzido o que alguns autores consideraram a *Carta Magna Leonesa*, em analogia com a Carta Magna Inglesa de 1215. O texto, segundo Perez Bustamante (1997, p. 134), “*garantiza los derechos de los súbditos, ordenando la justicia del rey, y es considerado como la primera manifestación del Derecho Público medieval de los reinos hispánicos.*”

importantes das obras produzidas sob a iniciativa de Afonso Sábio, são um dos melhores exemplos da tentativa de substituir os localismos jurídicos por um direito geral, de forte inspiração no direito Romano de Justiniano. *As Siete Partidas* mantiveram-se como direito vigente em Castela, mesmo que suplementar, durante vários séculos e se apresenta como fonte para a nova compilação desejada por Isabel.³⁰

Durante o período dos Reis Católicos, foram elaboradas duas grandes obras jurídicas de caráter geral: as *Ordenanzas Reales de Castilla* (também conhecida como *Ordenamiento de Montalvo*) e o *Libro de las Bulas y Pragmáticas*; e uma de direito privado: as *Leyes de Toro*. As *Ordenanzas Reales* é uma compilação de leis elaborada pelo jurista Montalvo, que aborda diversas matérias do direito. O *Libro de las Bulas y Pragmáticas* é uma compilação da produção legislativa dos Reis Católicos por meio da emissão de pragmáticas, cédulas, provisões e outras disposições, às quais se uniriam algumas ordenações de reis anteriores e outras bulas papais. As *Leyes de Toro*, chamadas assim porque foram promulgadas na cidade de Toro, em 1505, é a grande obra legislativa do período no âmbito do direito privado, compreendendo matérias de direito matrimonial, filiação, capacidade da mulher e direito sucessório.

Considerações finais

No final da Idade Média, a realização plena do rei como promotor da justiça e da unidade do reino se dava com a soma das atuações do rei como juiz, em ambos os sentidos, lato e estrito, e como legislador. Como representante de Deus na terra, e governando à Sua imagem, deveria, além de julgar e governar retamente, elaborar leis e ordenamentos que assegurassem o direito de todos os súditos e que fossem aplicáveis a todo o conjunto do reino. A intensa atividade legislativa dos Reis Católicos explica-se, efetivamente, pelas necessidades dos novos tempos e pelo momento histórico em que se inscreve este reinado. Não está, ainda, totalmente consagrada a ideia do direito como instrumento do poder ou da sua utilização para os fins do poder político contingente. Mas, também, já não é especificamente um conjunto de normas que atenda tão somente aos interesses da sociedade. Trata-se, da mesma forma, de um direito mais geral que tenta se sobrepor aos direitos locais sem,

³⁰ Em seu *Testamento y Codicilo* (p. 65) a Rainha manifesta a sua vontade: *E quanto a las leyes de las Partidas mando que esten en su fuerça e vigor, salvo si algunas se hallaren contra la libertad eclesiastica o que parezcan ser ynjustas.*

contudo, conseguir definitivamente eliminá-los. Não obstante, mesmo que atendendo às exigências de respeito às tradições, os Reis Católicos conseguiram realizar, através de suas leis, uma profunda reforma política, pautada, assim, na justiça e no direito.

Referências

Fontes

AFONSO X, o Sábio. *Las siete partidas*. Madrid: Boletim oficial del Estado, 1985. 3v. Ed. fac-símile da versão glosada por el Licenciado Gregorio Lopez. Salamanca, 1516.

ARÉVALO, R. *Suma de la Política*. In: *Prosistas castellanos del siglo XV*. v. 1. Ed. de Mario Penna. Madrid: Atlas, 1959. p. 249-309. (Biblioteca de Autores Españoles, 116).

EL TUMBO DE LOS REYES CATÓLICOS DEL CONSEJO DE SEVILLA. Ed. R.Carande e J. M. Carriazo. 6v. Sevilla: Universidad Hispalense, 1929-1968.

LIBRO DE LAS BULAS Y PRAGMATICAS DE LOS REYES CATÓLICOS. Madrid: Instituto de España, 1973.

ORDENANZAS REALES DE CASTILLA – Copilacación de leyes del reino, de Afonso Díez de Montalvo, realizada em el año 1484. Ed. fac-símile da primeira edição de 1484. Valladolid: Lex Nova, s./d. Exemplar 97/1.600.

PULGAR, Fernando del. *Crónica de los Reyes Católicos*. 2v. Ed. Juan de Mata Carriazo. Madrid: Espasa-Calpe, 1943. (Colección de Crónicas Españolas, V-VI).

Testamento y codicilo de Isabel la Católica. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores. Direccion General de Relaciones Culturales, 1956.

VALERA, Diego de. *Doctrinal de Príncipes*. Mário Penna (Ed.). Madrid: Atlas, 1959. p. 173-196. (Biblioteca de Autores Españoles, 102).

VALERA, Diego de. *Tratado de las Epistolas*. Madrid: Atlas, 1959, p. 5-51 (Biblioteca de Autores Españoles, 116).

VALERA, Mosen Diego. *Exortación de la pas*. In: BAE, 116: *Prosistas castellanos del siglo XV*, v.I, Ed. de Mario Penna, BAE, Madrid: Atlas, 1959. p. 77-87. (Biblioteca de Autores Españoles, 116).

Bibliografia

BERMAN, H.J., *La formacion de la tradicion jurídica de Occidente*. Trad. Mônica Utrilla de Neira. México: Editora Fondo de Cultura Económica, 1996.

BITTAR, E. C. B. *Teorias sobre justiça*. São Paulo: Editora Juarez de Oliveira, 2000.

BLACK, A. *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

BOBBIO, N.; MATTEUCCI, N.; PASQUINO, G. *Diccionario de política*. Trad. Carmen C. Varriale et al. 5. ed. São Paulo: Editora UNB, 2000. 2v.

DEL VECCHIO, G. *Lições de filosofia do direito*. 5. ed. Coimbra: Armênio Amado Editor, 1979.

- DOMINGUEZ ORTIZ, A. *El antiguo regimen*. Los Reyes Católicos y los Austrias. 2. ed. Madrid: Alianza, 1988.
- ELLIOT, J. H. *La España Imperial – 1469-1716*. 5. ed. Barcelona: Vicens Vives, 1991.
- GARCIA-PELAYO, M. *Los mitos políticos*. Madrid: Alianza, 1981.
- GARILI, G. *Aspetti della filosofia giuridica, politica e sociale di S. Agostino*. Milano: Giuffrè, 1957.
- GAUVARD, C. Justiça e paz. In: LE GOFF, J.; SCMITT, J. C. (Dir.). *Dicionário temático do Ocidente Medieval*. p. 55-61.
- GILISSEN, J. *Introdução histórica ao direito*. 2. ed. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, 1995.
- GOYARD-FABRE, S. *Os princípios filosóficos do direito político moderno*. São Paulo: Martins Fontes, 1999.
- GROSSI, P. *Mitologias jurídicas da modernidade*. Florianópolis: Fundação Boiteux: 2004.
- GROSSI, P. *El orden jurídico medieval*. Madrid: Marcial Pons, 1996.
- GUREVITCH. *As categorias da cultura medieval*. Lisboa: Caminho, 1990.
- MARAVALL, J. A. *Estudios de historia del pensamiento español*. Madrid: Cultura Hispánica, 1983. 3v.
- MARAVALL, J. A. *El concepto de España en la Edad Media*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales. 4. ed. 1997.
- MARONGIU, A. Un momento típico en la monarquía medieval. El rey-juez. In: *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXIII, 1953. p. 677-715.
- NADER, P. *Filosofia do direito*. Rio de Janeiro: Forense, 2000.
- NASCIMENTO, C. A. R. A Justiça Geral em Tomás de Aquino. In: DE BONI, L. A. (Org.). *Idade Média: ética e política*.
- NIETO SORIA, J. M. (Dir.). *Orígenes de la monarquía hispánica*. Madrid: Dykinson, 1999.
- NIETO SORIA, J. M. *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla*. Madrid: Eudema, 1988.
- PEREZ, J. *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*. Madrid: Nerea, 1988.
- PEREZ-BUSTAMANTE, R. *Historia del Derecho español. Las fuentes del derecho*. Madrid: Dykinson, 1997.
- ROLDÁN VERDEJO, R. *Los jueces de la monarquía absoluta*. Su estatuto y actividad judicial. Corona de Castilla, siglos XIV-XVIII. Madrid: Universidad de La Laguna, Secretariado de Publicaciones, s/d.
- RUCQUOI, A. (Org.). *Realidad e imágenes del poder*. Valladolid: Ambito, 1988.
- RUMEU DE ARMAS, A. *Itinerario de los Reyes Católicos, 1474-1516*. Madrid: CSIC, 1974.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Los Trastámaras y Los Reyes Católicos*. Madrid: Gredos, 1985. (Historia de España, 7).
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Monarquía Hispana y Revolución Trastámara*. Madrid: Real Academia de la Historia, 1994.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Nobleza y monarquía. Puntos de vista sobre la historia política castellana del siglo XV*. Madrid: Rialp, 1989a.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *Los Reyes Católicos. Fundamentos de la monarquía*. Madrid: Rialp, 1989b.

VILLAPALOS SALAS, G. *Justicia y monarquía*. Madrid: Marcial Pons, 1997.

VILLAPALOS SALAS, G. *Los recursos contra los actos de gobierno en la Baja Edad Media. Su evolución histórica en el reino castellano. 1252-1504*. Madrid, 1976.

WIEACKER, Franz. *História do direito privado moderno*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, 1987.

Submetido em 16/06/2011.

Aprovado em 30/11/2011.

Figuras femininas e fronteiras sociais na poética de Manoel de Barros

*Feminine figures and frontiers social in the
poetic of Manoel De Barros*

Rauer Ribeiro Rodrigues*

Resumo: Refletimos acerca das fronteiras nas relações sociais, verificando de que modo o discurso poético internaliza convenções morais e fixa identidades ao propor a alteridade como um “outro” radicalmente diferente. Estudamos a representação da mulher na poesia de Manoel de Barros, nas figuras da avó, da mãe, das mulheres do povo e das prostitutas. Verificamos o modo como as mulheres são figurativizadas e a função que desempenham no universo poético barroano.

Palavras-chave: História, Literatura Brasileira, Poesia

Abstract: We contemplated concerning the borders in the social relationships, verifying that way the speech poetic internalizes the moral conventions and it fastens identities when proposing the alterity as a one “other” radically different. We studied the woman’s representation in the poetry of Manoel de Barros, in the grandmother’s figures, of the mother, of the women of the people and of the prostitutes. We verified the way as the women are figured and the function that they carry out in the universe of poetic’s Barros.

Keywords: History, Brazilian literature, Poetry

O tema da representação da figura feminina tem sido bastante estudado nos últimos anos. Parece-nos que, após o desenvolvimento da História Social e da História das Mentalidades, alguns estudiosos buscaram recuperar personagens históricos até então “invisíveis” aos pesquisadores e, talvez por isso, novas discussões tenham sido

* Doutor em Estudos Literários pela UNESP de Araraquara; Professor e pesquisador do Mestrado em Letras da UFMS, Câmpus de Três Lagoas; coordenador do Grupo de Pesquisa Luiz Vilela (<http://gpluizvilela.blogspot.com>). E-mail: <rauer.rauer@uol.com.br>. A elaboração deste texto contou com o apoio da pesquisadora Luciene Lemos de Campos. Mestre em Estudos Fronteiriços pela UFMS, Câmpus do Pantanal, em Corumbá. Mestranda em Letras da UFMS, Câmpus de Três Lagoas. E-mail: <lucienelemos10@yahoo.com.br>.

fomentadas acerca dos “papéis” representados pelas mulheres na sociedade, embora ainda sejam relativamente poucos os estudos dedicados só a esse tema.

Nosso propósito, neste estudo, é mostrar como as figuras femininas são representadas na obra de Manoel de Barros. Investigamos a caracterização dos tipos femininos a partir das figuras da mãe, da avó, das prostitutas e das mulheres do povo. Verificamos os papéis destinados a elas, o modo como são caracterizadas pelo poeta e a função que desempenham no universo poético criado por Barros. Como desdobramento dessa leitura da obra de Manoel de Barros, propomos uma reflexão acerca das fronteiras que permeiam as relações sociais, verificando de que modo o discurso poético internaliza convenções morais e fixa identidades ao propor a alteridade como um “outro” radicalmente diferente. Nosso corpus, além de *Poemas concebidos sem pecado* (1937, doravante *PCSP*), se volta para as *Memórias inventadas: a infância* (2003).¹

Nos poemas de Barros, as personagens femininas ora representam a conduta domiciliar, com a dona de casa cuja virtude está pautada no zelo pela harmonia do lar, ora surgem como mulheres do povo e ora são representadas como prostitutas. Verifiquemos inicialmente a concepção de fronteira que podemos discernir a partir de dois poemas, sintomaticamente nomeados “O muro”: o primeiro deles aparece em *Face imóvel*, cuja primeira edição é de 1942, e o segundo surge em *Poemas rupestres*, de 2004. Eis esse último:

O MURO

O menino contou que o muro da casa dele era
da altura de duas andorinhas.
(Havia um pomar do outro lado do muro.)
Mas o que intrigava mais a nossa atenção
principal
Era a altura do muro
Que seria de duas andorinhas.
Depois o garoto explicou:
Se o muro tivesse dois metros de altura
qualquer ladrão pulava
Mas a altura de duas andorinhas nenhum ladrão
pulava.
Isso era.

(Barros, 2004, p. 59)²

¹ Também foram lançados, na série *Memórias inventadas*, os volumes “*A segunda infância*” (2006), um com o subtítulo “*Para crianças*” (2007) e “*A terceira infância*” (2008).

² Mantivemos nas citações sempre a disposição gráfica, a ortografia e a formatação do original.

Manoel de Barros trata dos vários conceitos de fronteira e insere uma reflexão acerca do espaço social que o outro ocupa. A imagem do muro aparece definida no título do poema, caracterizado pelo determinante “O”, o que conota valor qualificativo: “O muro”. Não se trata, portanto, de limite qualquer. O sintagma nominal, informado pelo eu-lírico, remete à extremidade de uma casa, um pomar; é o obstáculo com o qual os “ladrões” poderiam se deparar se quisessem entrar no local, mas é também o espaço onde a voz poética se edifica.

No plano da expressão, é informado tanto o imaginado quanto o real. Cada vez mais alto, o muro simboliza não somente um limite marcado, uma proteção, como também o distanciamento, a comunicação interrompida, não efetivada, a impossibilidade ou a probabilidade de interação do eu com os outros. Muitos são os muros construídos com o objetivo de serem barreiras artificiais contra guerras, inimigos, contra bandidos e forasteiros, como também são utilizados para separar, segregar, para esconder tesouros e mazelas.

Usualmente, o termo fronteira é associado à separação, à exclusão do indesejado, de “qualquer ladrão” que, de uma maneira ou outra, ameaça o objeto de cobiça em um espaço demarcado. Mais difícil de mensurar a altura do muro quando se insere a imagem da liberdade, conotada pela altura de duas andorinhas – aves migratórias que, para muitos povos, simboliza o indivíduo sem fronteiras, a mobilidade, o migrante, a liberdade e a renovação da vida; “duas andorinhas” remetem a ideia de par, casal, união, solidariedade, conceito oposto ao que o senso comum atribui a muro.

Nesse caso, a fronteira parece representar a possibilidade de congregação e não de efetivação de diferenças: *duas andorinhas* compõem a pluralização da liberdade, a medida dessa fronteira. Daí “a altura de duas andorinhas” subverter o conceito de limite demarcado com que se tem associado a marca fronteira representada pelo muro. Assim, no poema, o conceito de fronteira é paradoxal: o muro separa o espaço da propriedade, mas – inusitada – também une os diferentes. Desse modo, tem-se uma extremidade in-conformada com a principal concepção vigente.

As considerações teóricas de Raffestin corroboram nosso raciocínio:

A ordem e a desordem não são, paradoxalmente, noções opostas e não representam mais do que momentos de um processo semelhante ao da cinemática da fronteira. A fronteira não é uma linha, a fronteira é um dos elementos da comunicação biossocial que assume função reguladora. Ela é a expressão de um equilíbrio dinâmico que não se encontra somente no sistema territorial, mas em todos os sistemas biossociais. (Raffestin, 2005, p. 13).

Em Barros, o recorte de natureza horizontal, espaço que separa dois povos, torna-se transponível para os indivíduos cuja mobilidade não se limita às certezas pré-concebidas. Já a andorinha, por toda parte, está associada à fertilidade, equilíbrio, alternância de ciclos; é ser que vive em bando na fronteira entre céu e terra. Se faz muito frio ou calor, as andorinhas mudam de moradia.

Muros que protegem ou separam, de certa forma, asseguram ou tentam compor uma identidade, que, no entanto, já surge em diluição. No poema de Barros, percebe-se, o marco fronteiriço é mais abstrato que concreto; a capacidade de o menino imaginar, inventar, faz com que a barreira fronteiriça seja transposta. O que evidencia uma inversão do estabelecido: o muro assegura o domínio, o status, mas não impede a capacidade inventiva, a transgressão.

Os muros tornaram-se símbolos de uma sociedade dividida em classes, lados, blocos, pólos antagônicos, gêneros em conflito. A eleição do espaço pantaneiro constitui o *locus* de enunciação da poética de Barros, sem, contudo, deixar de evidenciar questões urbanas, cosmopolitas, universais e atemporais. Em “O muro” (2004), parece que o eu poético vislumbra um mundo além dos muros. O pomar, enunciado entre parênteses, é o espaço fechado, o paraíso perdido de onde o poeta extrai a sua essência poética. Eis aí outra fronteira instaurada: os muros das *urbes* delimitam a poesia do lado de cá e o pomar (à parte) concretiza a poesia do lado de lá, a periférica. Ao investir no questionamento da separação real ou imaginária a que esse linde alude, observa-se o limite materializado entre o cosmopolita e o provinciano, o centro e a periferia. Desse modo, o muro assume não somente o sentido de defesa física do terreno, mas também do elemento que relativiza a alteridade. A identidade surge como algo ambíguo. No poema “O Muro”, de *Face Imóvel*, a identidade surge inapreensível:

O MURO

Não possuía mais a pintura de outros tempos.
Era um muro ancião e tinha alma de gente.
Muito alto e firme, de uma mudez sombria.
Certas flores do chão subiam de suas bases
Procurando deitar raízes no seu corpo entregue ao tempo.
Nunca pude saber o que se escondia por detrás dele.
[...]

(Barros, 2010, p. 40-41).

Nesse poema, o abandono social parece relacionar-se com o que havia por detrás desse muro. Há uma identificação com o espaço

enunciado, mas há também uma assimetria entre o vivenciado e o narrado. O muro erige-se opaco, restritivo, sombrio, ainda que contenha a beleza que o tempo e as flores lhe emprestam. Além-muro o que existe só se pode supor, e o eu-lírico supõe que seja abandono. Se as andorinhas indiciam limite pela abstração, o muro de *Face imóvel* erige-se na concretude, de bases firmes no chão onde deita raízes e a partir do qual ganha existência, e inapreensível identidade, como “alma de gente”.

Ao que parece, o poeta percebe, no poema de 1942, os duros limites impostos pelas restrições com as quais o eu-lírico convive, para depois, no poema de 2004, desrealizar tais limites, erigindo-os pelo símbolo, pela metáfora das andorinhas. O outro lado, antes pressuposto, emerge como quintal que representa a urbe. É como se o poeta migrasse, de um muro ao outro, para a constatação de que as fronteiras se enraizaram pela padronização cosmopolita, cabendo ao poeta des-construir o sistema elitista do poder.

A relação com o espaço tem repercussões no processo de construção da identidade, a qual depende das relações dialógicas do eu com os outros. Ao tratar do conceito de fronteira, faz-se necessário refletir acerca da questão da identidade. Nas palavras de Stuart Hall:

A identidade [...] preenche o espaço entre o ‘interior’ e o ‘exterior’ – entre o mundo pessoal e o mundo público. O fato de que projetamos a ‘nós próprios’ nessas identidades culturais, ao mesmo tempo que internalizamos seus significados e valores, tornando-os ‘parte de nós’, contribui para alinhar nossos sentimentos subjetivos com os lugares objetivos que ocupamos no mundo social e cultural. A identidade, então costura (ou, para usar uma metáfora médica, ‘sutura’) o sujeito à estrutura. (Hall, 2006, p. 12).

As identidades poéticas foram, parafraseando Hall, “suturadas” tanto pelo movimento de concentração e tradição quanto pela dispersão e expansão de ideias. Assim, cabe ao poeta que observa o mundo com olhos de menino deslocar padrões pré-estabelecidos. Nesse sentido, o discurso do reconhecimento aparece não só no âmbito individual, mas também na esfera pública.

A alteridade, apresentada no poema (2004) de Barros, mostra-se afastada da racionalidade do adulto e, conotativamente, identificada com o modo como a criança concebe e se relaciona com o meio que a cerca. Desse modo, o pomar, espaço almejado, “do outro lado do muro” (Barros, 2004, p. 59), é compartilhado no plano da imaginação. Há um

obstáculo no caminho: o muro, responsável pela limitação do desejo; mas esse poema narrado em primeira pessoa torna-se, pois, como que um elogio à criatividade inventiva de quem traz o olhar infantil, o qual tem consciência da sua própria invenção: uma fronteira paradoxal, onde o impossível é possível. A fronteira surge, então, como um reino a ser desencantado: "Isso era" – e a forma verbal no pretérito imperfeito do indicativo faz lembrar a narração das fábulas, contos fantasiosos: "era".

A fronteira na poética barreana talvez seja um entre-lugar, resultante do que é concreto e do que é representação, com o qual o eu-lírico ora com ele se identifica, ora dele se afasta. É o *limes* que delinea dois campos, dois territórios, mas é o caminho, a estrada que o poeta precisa percorrer para perceber e manter sua identidade:

[...] Esta estrada melhora muito
de eu ir sozinho nela. Eu ando por aqui desde pequeno. E sinto que
ela bota sentido em mim. Eu acho que ela manja que eu fui para a
escola e estou voltando agora para revê-la. Ela não tem indiferença
pelo meu passado [...].

(Barros, 2003, XII).

Identidades refletem experiências históricas em comum e códigos culturais partilhados. Dessa forma, a estrada na poética barreana torna-se o limes, o trajeto que separa dois campos, a faixa que separa a diacronia, presente e pretérito, e os espaços, "aqui" e "a escola". A fronteira, então, nesse poema, significa um espaço de convivência da alteridade sem que esta seja um estrangeiro, ádvena.

No poema "O muro" (2004), não é o muro que faz a casa do menino diferente, mas a altura que a separa do pomar. A fronteira, assim, é um espaço definido por uma prática onde a alteridade inventa suas leis, é um terceiro espaço, o espaço do meio, é o "entre-lugar" (Santiago, 2000, p. 9) da interação, da complementaridade. O muro simboliza o limite demarcado entre dois territórios, mas relativiza a alteridade.

Segundo Silviano Santiago,

O escritor latino-americano brinca com os signos de um outro escritor, de uma outra obra. As palavras do outro têm a particularidade de se apresentarem como objetos que fascinam seus olhos, seus dedos, e a escritura do segundo texto é em parte a história de uma experiência sensual com o signo estrangeiro. (Santiago, 2000, p. 21).

Os poemas “O muro”, de Manoel de Barros, concretizam peculiar marco fronteiro, como símbolo visível do limite de um espaço que não pertence a nenhum dos dois lados. A fronteira na poética barreana talvez seja um “entre-lugar”, resultante do que é concreto e do que é representação, com o qual o eu-lírico ora com ele se identifica, ora dele se afasta. É o *limes* que delinea dois campos, dois territórios, mas é o caminho que o poeta precisa percorrer para perceber suas identidades. Parece-nos que os territórios, além de dominados, instrumentos de controle, de inclusão ou exclusão do diferente, são também apropriados, concreta e simbolicamente, numa infinidade de significados. Nesse sentido, o território é mutável de acordo com as forças sociais que nele operam; logo, é produto das relações de poder de quem constrói muros, de quem efetiva as faixas de fronteiras.

Examinemos agora essa fronteira que é *limes* e entre-lugar no âmbito das relações sociais tendo por foco a figurativização da mulher na poesia de Manoel de Barros. No dizer de Glaydson Silva, em seu estudo *Representações Femininas e Relações de Gênero na Ars Amatoria*,

Ao tratar do intercâmbio que se estabelece entre Literatura e História, ou, entre o texto literário e as percepções do ‘real’ nele expressas, torna-se imprescindível problematizar, ainda que brevemente, o uso que aqui se faz do conceito de representação, visto ser ele o instrumental analítico no qual se centra essa leitura. Duncan Kennedy³ concebe, acerca do termo, uma disjunção expressa entre arte e mundo, ou, literatura e vida. Para o autor, o termo está ‘[...] muito em evidência nas atuais discussões sobre a elegia amorosa romana’ (1993, p. 1). Maria Wyke define a problemática em torno do discurso da representação como ‘[...] uma necessidade de determinar a relação entre a realidade da vida das mulheres e sua representação na literatura’ (Cf. WYKE 1989, p. 25 apud KENNEDY 1993: 1)⁴, ela vê o realismo como uma qualidade própria do texto, ‘[...] não uma manifestação direta do mundo real’ (p. 27). Para Roger Chartier as representações devem ser entendidas como ‘[...] representações que os grupos modelam deles próprios ou dos outros’ (1991, p. 183).⁵ Sobre a atualidade destas discussões, Judith Hallet irá comentar que [...] debates sobre a mensagem ideológica da elegia latina e sua adequação para a pesquisa feminista prognosticam uma

³ KENNEDY, Duncan F. *The arts of love: Five studies in the discourse of Roman love elegy*. New York: Cambridge University Press, 1993.

⁴ Maria Wyke, citada por Kennedy, não é referenciada por Glaydson Silva.

⁵ CHARTIER, Roger. O mundo como representação. *Estudos Avançados*, São Paulo, v.r, n. 11, p. 180-193, jan./abr., 1991. cf. Glaydson Silva.

satisfatória transformação dos estudos de literatura latina (1993, p. 64).⁶ Para a autora, estes debates conduzem para as várias formas de representação das mulheres na literatura do período; ainda que a elegia seja uma poesia dos meios sociais mais abastados, de um meio predominantemente aristocrático, com uma visão de mundo descrita dessa perspectiva (KENEDY, 1993. p. 1), as mulheres que nela aparecem – matronas, libertas ou escravas, ricas ou pobres – são iguais em sua ‘natureza’. (Silva, 2008, p. 2).

As representações femininas invocadas na poética de Manoel de Barros – aquelas que surgem como figuras pautadas nas virtudes do zelo pela harmonia do lar –, encenam personagens domesticadas e passivas, cujas condutas limitam a testemunhar sem intervir.

Perrot, em sua obra *História da vida privada*, faz a seguinte afirmação:

As relações cotidianas entre pais e filhos variam imensamente na cidade e no campo, onde as manifestações de ternura não são muito apreciadas, conforme os meios sociais, as tradições religiosas e mesmo políticas. A concepção que se tem da autoridade e da apresentação de sua própria pessoa influi sobre as palavras e os gestos do dia-a-dia. A família, desse ponto de vista, é o lugar onde se processa uma evolução contraditória. De um lado, o controle do corpo e da expressão emocional se aprofunda; isso se vê, por exemplo, na história das lágrimas, a partir de então reservadas às mulheres, às classes populares, à dor e à solidão, ou ainda na intensificação da disciplina sobre a linguagem e as atitudes físicas das crianças, intimidadas a ficar retas, a comer direito, e assim por diante. De outro lado, a troca de carinhos entre pais e filhos é tolerada, e até desejada, pelo menos na família burguesa. (Perrot, 1991, p. 157).

Cabe-nos observar que a década de 1930 – não será demais lembrar, momento em que Barros publicou sua primeira obra, *PCSP* – foi um período de muitas conquistas da mulher. Acerca dessa questão, Carlos Martins Júnior, no artigo “O esforço de construção de representações femininas idealizadas nos jornais mato-grossenses no Estado Novo”, assim anota:

⁶ HALLET, Judith. *Feminist Theory, Historical periods, literary canons, and the study of Greco-Roman antiquity*. In: RABINOWITZ, Nancy Sorkin, RICHLIN, Amy. (Orgs.). *Feminist theory and the classics*. New York: Routledge, 1993. p. 44-72.

Pouco a pouco, as conquistas femininas no exterior repercutiam no Brasil, com o próprio Governo Provisório acatando algumas de suas reivindicações. Em 1932, durante as eleições para a Assembléia Constituinte, foi concedido o direito de voto às mulheres. Na Constituição de 1934, a participação feminina na política se acentuou e vários artigos da Constituição viriam a beneficiá-las, a exemplo da regulamentação do trabalho feminino já previsto nos Decretos Leis de 17 de maio de 1932. (Martins Júnior, 2006, p. 117-133).

Samara, em seu estudo, intitulado *Mulheres pioneiras: histórias de vida na expansão do povoamento paulista*, acrescenta:

Para as historiadoras dedicadas ao estudo da condição feminina no passado, essa questão aparece logo de início como um desafio, ou mesmo um desejo de recuperar as mulheres na sua identidade social e de mostrar sua presença no processo de tomada de decisões. Vejam-se, por exemplo, os trabalhos de Susan Rogers sobre o mito da dominação masculina e os ‘poderes’ femininos e de Michelle Perrot sobre a mulher popular rebelde, entre muitos outros. (Samara, 2002, p. 19).

Na obra *Memórias inventadas: a infância* (2003), no poema intitulado “Fraseador”, Barros descreve uma cena no espaço privado do *domus*⁷ em que a figura da mãe é personificada como coadjuvante:

Hoje eu completei oitenta e cinco anos. O poeta nasceu de treze.
Naquela ocasião escrevi uma carta aos meus pais, que moravam na fazenda, contando que eu já decidira o que queria ser no futuro.
Que eu não queria ser doutor. Nem doutor de curar nem doutor de fazer casa nem doutor de medir terras. Que eu queria era ser fraseador.
Meu pai ficou meio vago depois de ler a carta. Minha mãe inclinou a cabeça. Eu queria ser fraseador e não doutor. Então, o meu irmão mais velho perguntou: Mas esse tal de fraseador bota mantimento em casa?
Eu não queria ser doutor, eu só queria ser fraseador. Meu irmão insistiu:
Mas se fraseador não bota mantimento em casa, nós temos que botar uma enxada na mão desse menino pra ele deixar de variar. A mãe baixou a cabeça um pouco mais. O pai continuou meio vago. Mas não botou enxada.

(Barros, 2003, VII).

⁷ Acrescentemos aqui, apenas como uma observação à margem, a asserção de Kant, que dizia que a casa, o domicílio, que encerra em suas paredes tudo o que a humanidade recolhe ao longo dos séculos, é a única barreira contra o horror do caos, da noite e da origem obscura.

Estão associados, ao vocábulo "mãe", os verbos "inclinat" e "baixar", os quais podem conotar vários sentidos: desânimo, decepção, cansaço, alheamento, submissão, resignação ou compreensão e tolerância diante da decisão do filho "fraseador". Entretanto, parece-nos que ao empregar os verbos "inclinat" e "baixar", associados ao sujeito verbal "A mãe", o poeta, nesse poema, apresenta a mulher como coadjuvante nas decisões familiares, pois o filho mais velho questiona, até mesmo sugere uma atitude, quase que um castigo: "nós temos que botar / uma enxada na mão desse menino pra ele deixar de variar." O pai, no entanto, deixa a questão para lá, "meio vago", e à mãe cabe tão somente "baixar a cabeça um pouco mais" – no *domus*, à mulher cabe a submissão.

O eu-lírico informa ao leitor que a cena lembrada ocorrera há mais de setenta anos ("Hoje eu completei oitenta e cinco anos. O poeta nasceu de treze"). Há, no poema, outros índices que merecem destaque: a prática epistolar era própria de pessoas alfabetizadas, com facilidade de redigir, e talvez represente um indício da vocação de escritor reiterada pelo eu enunciat"r. Conforme muitos historiadores,⁸ o domínio da escrita, na zona rural, era quase que exclusividade dos homens.

Embora sejam poucos os elementos físicos e morais fornecidos pelo poema ao leitor, esses são suficientes para configurar o perfil feminino, de forma impressiva, no universo familiar descrito por Barros. A figura representada, no poema, é a da mulher no universo patriarcal rural; ela, na sua passividade e impotência, tenta ocultar suas emoções, o que transparece no gesto de "baixar a cabeça". A seleção vocabular transforma o gesto único em exemplo da circunstância a que estava submetida a figura feminina.

No poema "Fraseador", existem duas histórias: uma individual e outra coletiva.⁹ A individual recupera as reminiscências do poeta-narrador cuja família, à época em que ele *estudava no colégio, interno, no Rio de Janeiro* (Barros, 2003, IV), *morava na fazenda* (Barros, 2003, VII) e com a qual se correspondia, provavelmente, através de cartas. A história coletiva presente no poema é gerida pelas questões políticas e sociais do País no que tange às discussões acerca das conquistas femininas nesse período. Descreve-se uma cena familiar comum, mas – ao que nos parece – subjaz no poema narrado um engajamento ideológico acerca da condição da mulher na família patriarcal rural.

⁸ A informação é tão disseminada que se torna ocioso referendá-la com alguma abonação.

⁹ Não se trata, aqui, do conceito de Píglia (1994), de que "um conto sempre conta duas histórias".

Em outros poemas de Barros, a figura feminina surge como “transgressora”, é o protótipo familiar liberal, ainda que não promova transformações na realidade vigente. Essa representação emerge com as mulheres mais experientes, como a “avó”, “Nhanhá”. Apesar de reações socialmente consideradas como típicas do universo feminino, tais como o choro, a preocupação com os familiares e o cuidado com a educação das crianças, é a avó que orienta o eu-lírico a infringir certos padrões e conceitos. Esse espírito libertário surge tanto nos *Poemas Concebidos sem Pecado* quanto nas *Memórias inventadas: a infância*.

Nhanhá, a avó que educa e orienta, surge em “Cabeludinho” (PCSP):

– Vai desremelar esse olho, menino!
– Vai cortar esse cabelão, menino!
Eram os gritos de Nhanhá.

(Barros, 2005, p. 9).

Ela se entristece com a partida do neto:

[...]
Havia no casarão umas velhas consolando Nhanhá
que chorava feito uma desmanhada
– Ele há de voltar ajuizado
– Home-de-bem, se Deus quiser

(Barros, 2005, p. 17).

A avó é o membro familiar com quem o eu-lírico parece se identificar, o que depreendemos dos versos seguintes, em que o adolescente racionaliza sua rebeldia:

Carta acróstica:
“Vovó aqui é Tristão
Ou fujo do colégio
Viro poeta
Ou mando os padres...”

Nota: Se resolver pela segunda, mande dinheiro para comprar um dicionário de rimas e um tratado de versificação de Olavo Bilac e Guima, o do lenço.

(Barros, 2005, p. 21).

Quando descobre que “o neto que foi estudar no Rio [...] voltou de ateu” (Barros, 2003, VIII), é a avó aquela que mais sofre:

[...]

Nhanhá choraminga:

– Tá perdido, diz que negro é igual com branco!”

(Barros, 2005, p. 31).

Ao mesmo tempo, é a avó, no poema “Obrar”, que inspira o narrador a ser um “transgressor” e “a não desprezar as coisas desprezíveis e nem os seres desprezados”:

[...]

A vó então quis aproveitar o feito para ensinar que o cago não é uma coisa desprezível.

Eu tinha vontade de rir porque a vó contrariava os ensinamentos do pai.

Minha avó, ela era transgressora.

(Barros, 2003, II).

A mulher mais velha, na obra de Barros, parece representar os atributos femininos de “choramingar”, ensinar as crianças, mas com uma singularidade: a de desempenhar também a função paterna na disciplina dos filhos. Nos intertícios do patriarcado, ou ainda mais o firmando, dá lições de transgressão ao eu-lírico masculino, alter-ego do poeta.

Se, por um lado, à mãe cabe “baixar a cabeça”, à avó, a mulher mais velha, cabe a orientação e des-orientação quanto às condutas sociais. Mas, não deixa de ser também bastante significativo observar o olhar de quem as recia. Nessa perspectiva, em um aparente paradoxo, o eu-enunciador que “vai desremelar o olho”, reconhece também sua masculinidade ao perceber que “a vó contrariava os ensinamentos do pai” e o orienta, ao menino, a não aceitar o pré-estabelecido.

Em sua *Poética*, Aristóteles argumenta que a poesia contém um teor mais filosófico do que o discurso histórico, pois narra imaginativamente o que poderia ter ocorrido e não se atém a um relato pretensamente fidedigno dos acontecimentos.

Barros, em entrevista a José Castello (1997), indicia que, em sua poesia, retoma fatos da realidade e os recia poeticamente. Assim se dá no poema “Maria-pelego-preto”, personagem recriada a partir de uma realidade de miséria que o poeta presenciou:

Estado – E o que encontraram pelo caminho?

Manoel – Miséria. Em Santa Cruz de la Sierra, fomos abordados por um menino que veio oferecer-nos mulher. Ele nos levou a uma casa muito pobre e nos apresentou a suas três irmãs, três meninas miseráveis. O menino pegava homens na rua para transar com as irmãs, era assim que a família sobrevivia. Essa experiência rendeu-me um poema, que chamei de Maria-Pelego-Preto.

Estado – Ela existiu mesmo?

Manoel – Sim, uma das meninas tinha pentelhos que subiam até o umbigo. Os pais exploravam esses pêlos como um fenômeno, uma anormalidade. Cobravam ingressos só para exibi-los. (Castello, 1997).

Sob esta perspectiva, a obra de Manoel de Barros constitui objeto de análises para os estudos fronteiriços, visto que há em sua poesia significativas reflexões acerca de fatos que ocorrem num tempo e num espaço peculiares, fatos que repercutem por meio da “voz” do eu-lírico.

Na obra *A mulher na história do Brasil*, Del Priore assim relata:

A prostituição, embora aparentemente transgressora, constituía-se numa prática a serviço da ordem sócio-espiritual no mundo moderno. No Brasil, no entanto, as características que a tornavam um ‘mal necessário’, vão misturar-se com outras práticas consideradas pelas autoridades como transgressoras, fazendo com que a igreja enxergasse em cada mulher que infringisse as normas, uma prostituta em potencial. Como não se isolava as prostitutas em ‘putarias e mancebias’, nem se as cobria com véus como era uso na metrópole, na colônia os limites entre os comportamentos tidos por desviantes e a prostituição eram tênues. (Del Priore, 1994, p. 22).

Em *PCSP*, a personagem Maria-pelego-preto é assim poetizada:

Maria-pelego-preto

Maria-pelego-preto, moça de 18 anos, era abundante de pêlos no pente.

A gente pagava pra ver o fenômeno.

A moça cobria o rosto com um lençol branco e deixava pra fora só o pelego preto que se espalhava quase até pra cima do umbigo.

Era uma romaria chimite!

Na porta o pai entevado recebendo as entradas...

Um senhor respeitável disse que aquilo era uma indignidade e um desrespeito às instituições da família e da Pátria!

Mas parece que era fome.

(Barros, 2005, p. 51).

Não se expressa, nesse poema, apenas a representação de uma realidade nem pretende o poeta somente instaurar a comoção do leitor. Ao que parece, há uma voz, a do narrador, que denuncia a exploração da mulher, da pessoa humana, em nome da miséria, da fome como justificativa para o sustento da família na sociedade capitalista.¹⁰

Maria-pelego-preto é encarada com certa simpatia pelo eu enunciatador, pois esta é apresentada como vítima de um sistema em que o diferente torna-se fenômeno, aberração, em que a mulher é subjugada ao poder patriarcal. Nessas poucas referências fornecidas pelo narrador, todo um conjunto de valores se constela: o físico, o moral, a ética da prestação de serviço, do trabalho (“o pai entrevado recebendo as entradas”) e a dinâmica da relação social em que um homem se relaciona com outros, às vezes de diferente condição socioeconômica, visando exclusivamente aos seus prazeres. No que diz respeito à ética do trabalho, o narrador chama-nos a atenção (“mas parece que era fome”), deixando que o leitor faça seus julgamentos e tire as suas conclusões.

Nesse sentido, o poeta, ao apresentar o que, parece, já se banalizou, tornou-se comum na sociedade, “A gente pagava pra ver o fenômeno”, atenta para a reflexão, a tomada de consciência do leitor, revelando uma sociedade fragmentada, em que o “pentelho”, os pêlos pubianos da “moça de 18 anos”, torna-se um bem consumível mais significativo que o ser.

Entre o captado pelo olhar do poeta e a realidade vigente, ao que nos parece, a casa – guardada pelo “pai entrevado” – é um microcosmo percorrido por fronteiras para as quais convergem, e nas quais se confrontam o privado e o público: o sexo está na cotação; o íntimo é revelado, mas o rosto fica encoberto pelo lençol branco, talvez uma alusão simbólica à justiça: olhos vedados.

O poeta não se isentou de apresentar, nesse poema, uma sociedade que sujeita a mulher ao papel de coadjuvante e que muitas vezes a personifica como “pecadora”, faz dela um objeto de compra e venda. Os homens, em bando, se satisfazem em “avaliar” a mercadoria: “Era uma romaria chimite!”

Outra personagem feminina da obra de Barros que parece refletir o modo como a sociedade patriarcal caracteriza a mulher é Antoninha-me-leva:

¹⁰ No Brasil, a condição da mulher na literatura – seja como objeto de representação, como autora ou como leitora – começou a ser objeto de estudos acadêmicos somente no final dos anos sessenta; e esse poema é dos anos trinta.

Antoninha-me leva

Outro caso é o de Antoninha-me-leva:
Mora num rancho no meio do mato e à noite recebe os vaqueiros
tem vez que de três e até quatro comitivas
Ela sozinha!
Um dia a preta Bonifácia quis ajudá-la e morreu.
Foi enterrada no terreiro com o seu casaco de flores.
Nessa noite Antoninha folgou.
Há muitas maneiras de viver mas essa de Antoninha era de morte!
Não é sectarismo, titio.
Também se é comido pelas traças, como os vestidos.
A fome não é invenção de comunistas, titio.
Experimente receber três e até quatro comitivas de boiadeiros por dia!
(Barros, 2005, p. 73).

A mulher representada nesse poema é a prostituta. Sob a ótica do eu-enunciador, trata-se de uma mulher que mora num lugar pobre e distante do mundo civilizado, “num rancho no meio do mato”. Seu comportamento zoomorfizado parece condizente com o meio. O vigor e a resistência física da personagem fogem aos padrões das demais mulheres: “Um dia a preta Bonifácia quis ajudá-la e morreu”. Ao que parece, há uma tomada de posição do narrador, que não compactua com a ideologia vigente na sociedade da época, o que fica indiciado pelo verbo “experimentar” do último verso do poema. E o verbo, na ambiguidade entre o subjuntivo e o imperativo, lança um desafio, pois que a atividade de Antoninha se mostra grandiosa, quase épica no seu heroísmo.

Essa quase virilidade de Antoninha-me-leva, sua resistência física, revela-nos que, de certa maneira, essa personagem ganha a simpatia do narrador. Por outras palavras, o narrador se converte em um porta-voz dos sentimentos de Antoninha, como nos versos finais do poema citado. O poema simula um diálogo em que o tio representa a voz social discriminadora, a voz do eu-poético enuncia solidariedade, com a qual o eu-lírico utopicamente se irmana, como que dando voz para que a própria Antoninha manifeste suas dores.

De acordo com a obra *A mulher na História do Brasil*, de Del Priore,

[...] Deslocadas dos bordéis, como se usava na Europa, e à mercê dos casamentos instáveis consagrados pelas condições de vida do período, compreendemos melhor as prostitutas sob o pano de fundo da pobreza, onde o meretrício era um ofício ou uma forma de trabalho, ligada à mais imediata sobrevivência. (Del Priore, 1994, p. 26).

Em seus poemas, compostos de forma narrativizada (cf. Grácia-Rodrigues, 2006), Barros representa as mulheres do povo geralmente na cozinha ou próximas aos afazeres domésticos. Em *PCSP*:

[...]
Um dia Nhanhá Gertrudes fazia bolo de arroz
Negra Margarida socava pilão.
E eu nem sei o que fazia mesmo.
Veio um negro risonho e disse sem perder o riso:
– Vãobora comigo negra?

(Barros, 2005, p. 40).

As mulheres do povo surgem representadas também em momentos em que contam histórias, como no poema “Achadouros”, da obra *Memórias Inventadas: a infância*:

[...] Aquilo que a negra Pombada, remanescente de escravos do Recife, nos contava. Pombada contava aos meninos de Corumbá sobre achadouros.

(Barros, 2003, XIV, sublinhado no original).

Surgem, ainda, as mulheres, queixando-se das suas condições. Em *PCSP*, a personagem Dona Maria representa as mulheres que buscam libertar-se de condições não explicitadas. É mais um poema narrativizado:

Dona Maria

Dona Maria me disse: não agüento mais, já tô pra comprar uma gaita, me sentar na calçada, e ficar tocando, tocando...
– Mas só pra distrair?
– Que Mané pra distrair! O senhor não está entendendo?
– Entendo. A senhora vai ficar sentada na calçada, de vestido sujo, cabelos despenteados, esquelada, a soprar uma gaitinha rouca, não é?
[...]

(Barros, 2005, p. 53).

De acordo com Del Priore (1994, p. 27), “[n]as cidades coloniais, as ‘mal procedidas’ ganham suas vidas em praças, fontes, ruas e casas de comércio, até esbarrar na repressão periódica de autoridades ou da vizinhança, incomodados com suas brigas e ameaças”.

O nome Maria congrega vários sentidos e pertence a várias histórias, sacras ou profanas, e representa o feminino real ou inventado. Na obra de Barros, ora surge subjugada ao regime patriarcal, “Na porta o pai entrevado recebendo as entradas...”, ora representa a mulher, nem casta nem obediente, mas que clama pela liberdade em relação às convenções sociais, que muitas vezes propõe como realização plena da condição feminina a dedicação exclusiva à vida do lar: “não agüento mais, já tô pra/ comprar uma gaita, me sentar na calçada, e ficar tocando,/ tocando”.

Permite-nos aprofundar a análise, no aspecto em que empreendemos nossa leitura, o estudo *A unidade dual: Manoel de Barros e a poesia*, de Prioste:

O poeta reconhece o fingimento da palavra e apreende a *realidade* como um cenário construído a partir do alicerce verbal. Percebe que a fronteira com o falseio é muito tênue para ousar referendar um discurso que se pretende claro e distinto quando tudo é muito mais complexo e indefinível do que supõe qualquer filosofia. A obscuridade compartilha da clareza em um infinito enlace no qual o humano se embate sem a certidão fidedigna de uma verdade imune ao contradito, ao dubitável e ao oblíquo. (Prioste, 2006 p. 19).

A opção pelos marginalizados é uma tônica constante na poética de Manoel de Barros. Ao narrar as histórias dessas personagens femininas, o poeta revela-nos várias fronteiras construídas no espaço e no tempo. A realidade da concretude histórica é apreendida no discurso, é discurso. Assim, torna-se esquiva, indefinível, obscura; torna-se complexa e permeada pelas dúvidas inerentes à linguagem, ao discurso construído, ao ideológico que emerge na ontologia da língua.

É a necessidade de expor o real, o concreto, transfigurando-o poeticamente, que singulariza a poesia de Manoel de Barros, não apenas como homem e como artista, mas porque sua obra não se prende à descrição de situações sociais injustas, o que o afasta da mediocridade da sondagem social rasa. A poesia barreana aproxima o factual do ficcional, do poético, tendo um veio subterrâneo de compaixão, humanismo e leitura do fato social.

O eu-enunciador cede a palavra à personagem D. Maria não como registro exterior, mas como manifestação do seu íntimo humano (“não aguento mais...”).

E assim, o eu-lírico se volta para as lembranças recuperadas, tornando-as memórias que se expressam nos poemas narrativizados de

PCSP e de todos os volumes das *Memórias inventadas*. No recorte que observamos e descrevemos, a evocação poética se fixa sobre as figuras femininas, tanto as do *domus* quanto aquelas expostas nas ruas.

Nesse momento, as figuras singulares do poeta como que representam todas as milhares de mulheres da América Latina que viveram e vivem no atraso, na pobreza e nos ermos da solidão (a lembrança mais forte aqui é a personagem Ana Terra, de Érico Veríssimo). Ainda hoje elas são vendidas como escravas, são mutiladas, são torturadas e são prostituídas. A independência econômica é conquista evidenciada, principalmente, nos grupos privilegiados das zonas urbanas. Entre a autonomia e a heteronomia, muitas são as fronteiras sociais que prendem a mulher à subalternidade, em prolongamento de situações que o poeta descrevia nos anos trinta do século XX. Tal fronteira social tem deixado lacunas que merecem estudos mais aprofundados. Apesar dos recentes embates acerca dessa questão, o problema do tráfico humano e o da exploração sexual feminina são constantes nos veículos midiáticos quando se referem ao Brasil.

Com efeito, as personagens femininas da obra de Barros protagonizam uma humanidade fragmentada pelo sexismo, pelo poder simbólico (cf. conceito elaborado por Bordieu, 2007) instituído em nome dos costumes e das criações culturais. E ao revelar poeticamente o outro silenciado, marginalizado, o poeta descortina o real, o concreto, sem se prender a descrições emocionadas de situações sociais ou panfletos políticos.

A produção literária de Manoel de Barros, entre outros aspectos, é também expressão das emoções e reflexões do poeta diante do mundo, da defesa da poesia como fundamento do humano e de crítica ao sexismo, à miséria, à exclusão e à diferença entre gêneros. A identidade que exclui, que se ergue como fronteira ou muro, tem por contraponto a concepção de que entre o eu e a alteridade há um entrelugar que deve ser *limes*, espaço de encontro, de trânsito.

A obra de Barros tem como efeito – para além do estético ou de qualquer compromisso político – clamar pela humanização em um mundo no qual impera a mecanização, a reificação, a coisificação do ser como objeto de consumo e alienação. É arte que recusa o condicionamento do meio; é, por isso, transgressora e revolucionária. As fronteiras internas, na sociedade vincada por diferenças gritantes de renda, de escolaridade, de acesso a bens culturais, constituem fronteiras entre culturas distintas em que o outro, diferente em sua alteridade, torna-se um estranho absoluto; tais fronteiras, construídas ao longo da História, presentificam-

se na poesia de Manoel de Barros quando a estudamos sob o enfoque da representação mimética da figura feminina, como empatia ao espoliado e como denúncia da estrutura econômico-social que gera tal situação. A revolução da forma e da linguagem que é estesia clama por revoluções outras, que poetizem o dia-a-dia e modifiquem a relação dos homens entre si e com os objetos.

Referências

- ARISTÓTELES. *Poética*. Trad. Eudoro de Souza. São Paulo: Abril, 1973. (Os pensadores, IV).
- BARROS, Manoel. *Poemas concebidos sem pecado*. 4. ed. Rio de Janeiro: Record, 1999. 78 p.
- BARROS, Manoel. *Memórias inventadas: a infância*. São Paulo: Planeta, 2003. XV cadernos.
- BARROS, Manoel de. *Poemas rupestres*. Rio de Janeiro: Record, 2004. 75 p.
- BARROS. *Poesia completa*. São Paulo: Leya, 2010. 493 p.
- BOURDIEU, Pierre. *O poder simbólico*. Trad. Fernando Tomaz. 11. ed. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2007. 322 p.
- CASTELLO, José. Manoel de Barros faz do absurdo sensatez. *O Estado de S. Paulo*, 18 out. 1997. Caderno 2, p. 1-3. Reproduzido em: <<http://www.jornaldepoesia.jor.br/castel11.html>>. Acesso em: 9 set. 2011.
- DEL PRIORI, Mary. *A mulher na história do Brasil*. 4. ed. São Paulo: Contexto, 1994. 64 p. (Coleção Repensando a história).
- GRÁCIA-RODRIGUES, Kelcilene. *De corixos e de veredas: a alegada similitude entre as poéticas de Manoel de Barros e de Guimarães Rosa*. 312 f. Tese (Doutorado em Estudos Literários) – FCL-Ar, UNESP, Araraquara, 2006.
- HALL, Stuart. *A identidade cultural na pós-modernidade*. Trad. Tomaz Tadeu da Silva, Guaracira Lopes Louro. 11. ed. Rio de Janeiro: DP&A, 2006. 102 p.
- MARTINS JÚNIOR, Carlos; TRUBILIANO, Carlos Alexandre Barros. O esforço de construção de representações femininas idealizadas nos jornais mato-grossenses no Estado Novo. In: BORGES, Maria Celma; OLIVEIRA, Vitor Wagner Neto de (Orgs.). *Cultura, trabalho e memória: faces da pesquisa em Mato Grosso do Sul*. Campo Grande: UFMS, 2006. p. 117-133.
- MURARO, Rose Marie. *Sexualidade da mulher brasileira – corpo e classe social no Brasil*. 3. ed. Petrópolis, RJ: Vozes, 1983. 501 p.
- PERROT, Michéle. *História da vida privada 4: da Revolução Francesa à Primeira Guerra*. Trad. Bernardo Joffily. São Paulo: Companhia das Letras, 1991. 637 p.
- PIGLIA, Ricardo. Teses sobre o conto. In: PIGLIA, Ricardo. *O laboratório do escritor*. Trad. Josely Vianna Baptista. São Paulo: Iluminuras, 1994. p. 37-41.
- PRIOSTE, José Carlos Pinheiro. *A unidade dual: (Manoel de Barros e a poesia)*. Tese (Doutorado em Ciência da Literatura) – Faculdade de Letras, Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, 2006.

RAFFESTIN, C. *Por uma geografia do poder*. São Paulo: Ática, 2005.

SAMARA, Eni de Mesquita. Histórias de vida na expansão do povoamento paulista. *BRASA VI – International Congress – Brazil: new visions*. 2002. Disponível em: <<http://sitemason.vanderbilt.edu/files/etVaU0/Samara%20Eni%20de%20Mesquita.pdf>>. Acesso em: 3/10/ 2011.

SANTIAGO, Silvano. *Uma literatura nos trópicos: ensaios sobre dependência cultural*. Rio de Janeiro: Rocco, 2000. 219 p.

SILVA, Glaydson José da Silva. *Representações femininas e relações de gênero na Ars Amatoria*. Disponível em: <<http://www.gtantiga.net/textos/textosbeccpa.pdf>>. Acesso em: 3 out. 2011.

VERÍSSIMO, Érico. *Ana Terra*. São Paulo: Companhia das Letras, 2005. (Integra o ciclo *O tempo e o vento*).

Submetido em 03/10/2011.

Aprovado em 30/11/2011.

Avaliadores 2011

Appraisers 2011

O Conselho Editorial agradece a todos os avaliadores que emitiram pareceres sobre as submissões recebidas pela *Revista Estudos Ibero-Americanos* em 2011.

- Bruno Henz Biazetto – Georgetown University (Washington DC-EUA)
- Carla Menegat – UFRGS (RS-BR)
- Carmem Gessilda Burgert Schiavon – FURG (RS-BR)
- Claudira Socorro Cirino Cardoso – IPA (RS-BR)
- Claudio Llanos – PUCV (Valparaíso-CH)
- Cláudia Quinto – PUCRS (RS-BR)
- Eliana Ávila Silveira - PUCRS (RS-BR)
- Earle Diniz Macarthy Moreira – IHGRS (RS-BR)
- Fábio Kühn – UFRGS (RS-BR)
- Gustavo Peretti Wagner – PUCRS (RS-BR)
- Imgart Grützmann – UFPEL (RS-BR)
- José Carlos Pinheiro Prioste – UERJ (RJ-BR)
- Leila Nesralla Mattar – PUCRS/Faculdade de Arquitetura (RS-BR)
- Luciano Aronne Abreu – PUCRS (RS-BR)
- Luís Carlos Dos Passos Martins – PUCRS (RS-BR)
- Marcelo Pereira Lima – UFBA (BA-BR)
- Maria Cristina Bohn Martins – UNISINOS (RS-BR)
- Maria Eunice Moreira – PUCRS/Faculdade de Letras (RS-BR)
- Martha Daisson Hameister – UFPR (PR-BR)
- Nara Helena Naumann Machado – PUCRS/Faculdade de Arquitetura (RS-BR)
- Pablo Alberto Lacoste – Universidad de Santiago (CH)
- Rodrigo Santos De Oliveira – UNIMONTE (RS-BR)
- Ronaldo Bernardino Colvero – UNIPAMPA (RS-BR)
- Ruth M. Chittó Gauer – PUCRS (RS-BR)
- Sandra Lubisco Brancato – IHGRS (RS-BR)
- Sören Brinkmann – Universidad de Erlangen-Nuremberg (ALE)